

UN CEO MUY DESCARADO

AITOR FERRER

UN CEO MUY DESCARADO

AITOR FERRER

Primera edición.

Un CEO muy descarado

©Aitor Ferrer

©junio, 2025

©Imágenes por Freepik

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Epílogo

Capítulo 1



Jimena

Cuando cumplí treinta años, pensé que al menos una parte de mi vida estaría resuelta. No pedía mucho: solo un poco de orden, un par de certezas y, quizás —solo quizás—, una historia de amor que no terminara como un capítulo de telenovela venezolana. Pero ahí estaba yo, con una carrera exitosa como directora de una sucursal bancaria, unos padres jubilados que seguían compitiendo entre ellos como si fueran CEOs de Wall Street y una vida amorosa que daba pena ajena.

¿Equilibrada? En absoluto.

¿Sobreviviente? Siempre.

Mi nombre es Jimena Martín. Y con mi metro sesenta y cinco, mi melena larga y morena, y mis ojos castaños, todo el mundo me había dicho a lo largo de los años que era igual que mi madre.

Según Marta, mi mejor amiga, mis ojos «tienen cara de que saben más de lo que dicen». Nunca entendí qué quería decir con eso. Supongo que era su forma de decir que tengo cara de haberlo vivido todo y de haberlo guardado en una carpeta bien archivada en la mente, con contraseña y doble autenticación.

Trabajaba en una sucursal bancaria del centro, y aunque a veces sentía que la rutina me comía, no podía negar que me gustaba mi trabajo. Lo que no me gustaba tanto era compartir espacio con Sergio Díaz, el guapo insufrible con aires de galán de novela que trabajaba conmigo desde hacía tres años. Él juraba que me deslumbraba cada vez que me hablaba. Yo

simplemente fingía no darme cuenta de que se pasaba las manos por el cabello para peinarlo antes de entrar al despacho.

Hoy, como cualquier otro jueves, me encontraba organizando unos papeles cuando escuché su voz detrás de mí.

—Jimena, ¿crees que el banco sobrevivirá si me tomo cinco minutos para ir a por un café?

—Solo si prometes no volver con otro de esos *muffins* de quinoa —contesté, sin ni siquiera girarme. Estaba demasiado concentrada en un informe que, sinceramente, leía por quinta vez sin entender por qué tenía tantas comas mal puestas.

—Eres una mujer sin fe, señorita Martín.

—Y tú, un hombre con colesterol confundido.

Sergio soltó una carcajada y desapareció por el pasillo. Me cayó mal la primera vez que lo conocí. Luego me cayó peor. Después lo toleré. Ahora era como un lunar molesto: a veces no lo notaba, a veces me picaba, pero ya formaba parte de mí. No podía negarlo: me había salvado de más de una reunión con clientes complicados y, aunque me costara admitirlo, cuando no estaba, el banco se sentía un poco menos… entretenido.

Pero ese día no iba a ser solo un día bancario cualquiera. Me esperaba un desayuno con Marta, lo que implicaba café, bollos y conversaciones tan frívolas como terapéuticas. La cafetería donde siempre nos encontrábamos tenía una terraza que parecía sacada de un catálogo escandinavo, pero servía las mejores tostadas con aguacate de la ciudad.

—Tienes que ayudarme con la fiesta —dijo Marta, sin saludar ni sentarse siquiera. Llevaba un vestido blanco con lunares negros y unas gafas de sol ridículamente grandes para las once de la mañana.

—Buenos días. Sí, yo también me alegro de verte. ¿Qué fiesta?

—La de cumpleaños de Iván, ¡te lo dije! Va a ser una sorpresa. Ya alquilé el salón, contraté un DJ que solo pone música *indie* y necesito que vengas conmigo a ver las luces.

—¿Luces?

—Sí, luces LED de ambiente. Que cambian de color. Me dijeron que hacen que la gente se sienta joven y emocionalmente disponible.

—¿Para qué quieres gente emocionalmente disponible? Es una fiesta de cumpleaños, no una terapia grupal.

Marta rio y, por un momento, todo en el mundo pareció en orden. Ella tenía ese efecto en mí. Podía estar en crisis, con el alma hecha trizas, y Marta me hablaba de decoración de fiestas como si nada importara. Y a veces, eso era justo lo que necesitaba.

—¿Cómo estás tú? —preguntó de repente, bajando un poco la voz, como si me preguntara si tenía fiebre o si me había enamorado de nuevo, que en su cabeza era más o menos igual de grave.

—Bien —mentí. Lo hice con la naturalidad de quien había tenido práctica.

—¿Samuel?

Ahí estaba el nombre. No pronunciaba esa palabra en voz alta desde hacía meses. *Samuel*. El tipo que me hizo pensar que el amor podía ser otra cosa. Que podía ser fácil. Que no dolía.

—Lo bloqueé de todo. —Tomé un sorbo de café y miré hacia la calle. Marta me agarró la mano por encima de la mesa.

—¿Quieres hablar de eso?

No.

Pero sí.

Porque dolía. Porque todavía dolía.

Samuel y yo nos conocimos en una conferencia bancaria. La ironía era, cuanto menos, ridícula: encontrar el amor en un evento sobre gestión de riesgos financieros. Él era encantador, brillante, y tenía esa clase de sonrisa que hacía que una quisiera decir cosas estúpidas solo para escucharlo reír.

Salimos durante casi un año. Un año que, visto en retrospectiva, estuvo lleno de señales que decidí ignorar. Era amable, atento, pero siempre distante. Como si una parte de él estuviera guardada en una caja fuerte de la que nunca tuve la combinación.

Yo, por supuesto, quise encontrar la clave. Porque soy así: persistente hasta el ridículo.

La bomba explotó una tarde, después del trabajo. Había hecho lasaña. Él llegó con cara de haber visto un fantasma.

Y no, no fue porque mi lasaña tuviera demasiada bechamel.

—*Tenemos que hablar* —dijo, sin siquiera besarme.

—*Eso nunca termina bien* —contesté, intentando sonar graciosa. No funcionó.

Samuel me miró y lo supe. Lo supe incluso antes de que lo dijera. No era mío. Nunca lo fue.

Había vuelto con su ex, con la que juró no volver nunca. Me explicó sus motivos. Yo no lo escuché. Estaba demasiado ocupada con no llorar.

Lo eché de mi casa sin gritar. Le devolví su chaqueta de cuero y su cepillo de dientes. Y luego me pasé dos semanas escuchando a Adele y comiendo helado de pistacho. Fue la ruptura más elegante y devastadora de la historia.

—Fue hace seis meses, Marta —dije al fin, volviendo a la terraza y a su cara llena de compasión—. Ya estoy bien.

—Claro que no. Pero vas a estarlo.

Tenía razón. Marta tenía esa extraña habilidad de decirte lo que no querías escuchar con una sonrisa. Y yo necesitaba esa sonrisa más de lo que estaba dispuesta a admitir.

Volví al banco y, como castigo cósmico, Sergio me había cambiado el fondo de pantalla del ordenador.

—¿Qué demonios es esto?

—Es un cachorro disfrazado de dinosaurio. Representa tu lado tierno y feroz. — dijo, apoyado en el marco de la puerta con esa sonrisita de *«sí, lo hice y me encantó»*.

—Te voy a matar.

—Pero vas a reír primero.

Y reí. Contra todo pronóstico, reí.

Traté de mantenerme centrada entre informes, simulaciones de crédito y clientes que confundían «plazo fijo» con «plazo fugaz». Pero Sergio no me lo iba a poner fácil. Lo supe en cuanto lo vi apoyado en la fotocopiadora, con ese aire de galán de los años cincuenta que a otras les funcionaba. A mí solo me daban ganas de lanzarle una grapadora.

—Estás más sonriente de lo normal. ¿El café tenía algo especial o es que alguien finalmente te hizo reír? —preguntó, arqueando una ceja mientras

sostenía una carpeta con el logotipo del banco como si fuera un portafolios de pasarela.

—No te emociones, que no ha sido tu cachorro dinosaurio el que me ha sacado una risa. Marta ha sido la primera. Tú sigues en la lista de personas que me hacen dudar de la humanidad.

—¿Eso significa que estoy en tu lista?

—Sí, justo debajo del tipo que dejó un calcetín en la caja de reclamaciones el otro día.

Sergio rio, y yo traté de esquivar la conversación caminando hacia mi oficina otra vez. Pero él me siguió, como si esto fuera una película donde el secundario insistente se cree protagonista.

—Oye, hablando de listas… ¿alguna vez has pensado en salir con alguien del trabajo?

Me detuve. Él se detuvo detrás de mí, y el aire se sentía pesado y frío a partes iguales.

—¿Eso ha sido una pregunta hipotética, o estás intentando invitarme a salir sin usar el verbo «invitar»?

—Mira, solo digo que podríamos cenar. Tú, yo, una botella de vino. —Hizo un gesto con la mano como si pintara la escena en el aire—. Sin informes, sin correos urgentes, sin clientes que nos digan *«te lo paso por WhatsApp»*.

—Sergio… —Empecé, pero él levantó una mano, como si quisiera anticiparse al rechazo.

—No tienes que responder ahora. Solo piénsalo. Soy un tipo encantador, cocino mejor que la media, no tengo antecedentes y sé cómo se usa una lavadora.

—¿También sabes cuándo parar?

—Toco la batería en una banda de *jazz*. Eso debería darte una idea.

Me reí. Maldita sea.

Él lo notó, claro. Se quedó ahí un segundo más; luego se giró y se fue como si no hubiera soltado una bomba en medio del área de empleados.

Me senté en mi escritorio, abrí el correo y, durante diez segundos, fingí que no estaba pensando en eso. Pero la verdad es que lo pensé.

No porque estuviera enamorada de Sergio —ni por asomo—, sino porque esa fue la primera vez en meses que alguien me vio como algo más que la directora de la sucursal. Y eso era bonito. Peligroso, pero bonito.

La jornada siguió, entre llamadas, reuniones y ese cliente que venía cada jueves a depositar cien euros en la cuenta de su nieta y contarme su teoría sobre los alienígenas. No tenía pruebas, pero decía que el euríbor era manipulado por seres interplanetarios. A veces me daban ganas de creerle.

A eso de las tres, cuando la sucursal ya comenzaba a vaciarse y el eco en los pasillos sonaba a libertad, Sergio apareció de nuevo. Esta vez no traía ningún archivo. Solo una mirada más serena.

—¿Te molesta si te digo algo sincero?

Lo miré con cautela. Eso nunca termina bien. Pero asentí.

—Sé que no soy tu tipo. No lo digo con lástima, lo digo porque lo noto. Y sé que lo tuyo con Samuel te dejó tocada. Pero también sé que te mereces algo más que lamerte las heridas en silencio.

Así que, si algún día te apetece cenar con alguien que no quiere arreglarte, solo escucharte… ya sabes dónde encontrarme.

Y se fue. Así, sin más. Dejándome con la boca medio abierta y el corazón medio alterado.

Me quedé sentada mirando la pantalla del ordenador, donde un Excel parpadeaba con una fórmula mal escrita, como si también quisiera consolarme sin saber cómo.

Sergio tenía cuarenta años, era alto, moreno, con unos bonitos ojos azules, siempre vestía impecable y usaba gafas que le daban un aire de lo más intelectual. Y como le conocía mejor que nadie, no podía dejar de preguntarme: ¿Qué hacía Sergio Díaz, el arrogante simpático, siendo tan… humano?

Esa noche, ya en casa, Marta me envió una nota de voz de tres minutos sobre los colores de los globos de la fiesta.

No le contesté. Solo la escuché mientras cocinaba un salteado de verduras que no sabía a nada. Luego me serví una copa de vino y me senté en el sofá, envuelta en una manta, como una señora mayor viendo el mundo desde su ventana.

Pensé en Samuel. En su forma de besarme la frente. En cómo, después de todo, no fue capaz de elegirme. Pensé en Sergio, en sus bromas, en su propuesta que no era una propuesta, pero que era todo lo que yo necesitaba oír.

Y entonces, como si fuera una epifanía ridícula, lo entendí: no había respuestas. No había cierre perfecto. Solo había días.

Buenos, malos y extrañamente humanos.

A veces, lo único que necesitábamos era que alguien nos viera cuando no éramos espectaculares. Cuando estábamos rotos. Cuando solo éramos nosotros. Y Sergio, por un instante, me vio así.

No sabía si iba a aceptar su invitación. Pero, por primera vez, me apetecía pensar en ello.

Y con eso, apagué el móvil, dejé la copa a un lado y me dejé caer en el sofá. No era amor. Pero era algo.

Y eso, para un jueves cualquiera, era suficiente.

Capítulo 2



Jimena

Los domingos en casa de mis padres siempre fueron una mezcla entre ritual sagrado y campo minado. El menú era invariable: comida casera, vino que mi padre seleccionaba como si fuera para una cata internacional y una conversación que, en algún punto, inevitablemente giraba en torno a mi vida amorosa. O a la falta de ella.

Ese domingo no sería la excepción.

Llegué a las dos y media, puntual como me enseñaron, vestida con unos vaqueros oscuros, blusa blanca y una chaqueta de cuadros que mi madre seguramente criticaría con alguna frase pasivo-agresiva tipo: «Muy moderna, hija. Casi parece que no trabajas en un banco».

—¡Hola, mamá! —dije nada más entrar en la casa, que olía a pollo al horno, pan recién hecho y un toque de perfume de lavanda.

—¡Hola, cariño!

—¿Te ayudo con algo?

—Solo con sobrevivir a papá si empieza a hablar de tipos de interés durante el postre.

Ella rio y me dio un beso en la mejilla. Mi madre, Lucía, era la definición de elegancia atemporal: pelo corto con reflejos rubios, labios perfectamente delineados y una habilidad increíble para servir la comida mientras daba lecciones sutiles de vida.

Mi padre, en cambio, estaba en el salón, sentado en su sillón favorito, leyendo un periódico de papel como a él le gustaba; decía que eso era mejor

que una Tablet. Andrés Martín era un exdirector bancario con alma de detective financiero. Siempre olía a colonia fresca y a orgullo mal disimulado.

—¡Jimena! —dijo desde su trinchera de lectura— Ven aquí, que acabo de leer una barbaridad sobre la banca digital. Van a acabar destruyendo las oficinas físicas.

—Buenos días, papá. También te quiero. —Sonreí mientras me acercaba a besarle la frente, y él hacía ruidos de desaprobación con la boca.

Nos sentamos a la mesa y la comida comenzó como de costumbre: pan crujiente, vino tinto y anécdotas recicladas de la época en que ellos trabajaban juntos en el banco. Siempre me fascinó esa parte. Se conocieron trabajando y, en algún momento, entre reuniones y cafés compartidos, se enamoraron. Nunca supe cómo fue ese salto, y cada vez que preguntaba, ellos cambiaban de tema o hacían alguna broma tonta. Jamás respondían de verdad. Quizás por eso siempre me costó creer en eso de «el amor llega solo».

—¿Y cómo va la sucursal? —preguntó mi madre mientras me servía más ensalada.

—Bien. Mucho movimiento esta semana. Aunque Sergio me hizo cambiar la contraseña del sistema, olvidó la suya y se metió con la mía. Dijo que era una «situación de emergencia informática».

Mi padre soltó una risa seca.

—Dime que no lo ascendieron desde que yo me jubilé, por favor.

—No, sigue siendo jefe de operaciones, pero se cree estrella invitada.

—¿Y tú? —intervino mi madre con su tono dulce y peligroso— ¿Cómo estás tú? ¿Tienes tiempo para ti?

Traducción: ¿Estás saliendo con alguien? ¿Estás menos amargada que la semana pasada?

—Sí, tengo tiempo. El viernes fui a cenar con Marta y el sábado dormí catorce horas seguidas. Estoy viviendo mi mejor vida.

—¿Sin hombres? —Curioseó mi padre, sin levantar la vista del tenedor.

—Sin errores —respondí, levantando mi copa de vino a modo de brindis conmigo misma.

Mi madre me miró como si fuera a soltar una parábola sobre el amor, pero se contuvo. En lugar de eso, se limpió los labios con la servilleta y se levantó para ir a buscar el postre. Silencio. Luego, mi padre carraspeó.

—Por cierto, princesa, hay algo que quería comentarte.

Y ahí fue cuando supe que algo tramaba. Porque mi padre jamás me llama «princesa» si no viene con intención de negociar, regañar o manipular emocionalmente.

—¿Sí? —dije, bajando mi tenedor con cautela.

—Ayer estuve hablando con un viejo conocido, Miguel González. ¿Te acuerdas de él?

—¿El de las corbatas imposibles? Sí, claro. Era cliente del banco cuando tú estabas, ¿no?

—Exacto. Bueno, su hijo, Ismael, está teniendo algunos roces con el banco donde tiene el dinero, personal y empresarial. Parece que tuvo algunas diferencias con el nuevo director. Desconfía, dice que no se siente cómodo con la gestión ni con la forma en que lo tratan.

—Normal. Los nuevos gerentes a veces tratan a los clientes como si fueran algoritmos.

—Eso mismo le dije. Y pensé… —Bajó un poco el tono, como preparando el terreno para la verdadera intención— que podría recomendarle que te visite en tu sucursal. Que hable contigo. Quizá lleguéis a un acuerdo.

—Claro, papá. Estaré encantada de atenderle. ¿De qué tipo de empresa se trata?

—Una multinacional. Tiene bastante movimiento y maneja buenas cifras. Pero más allá de eso, es una buena oportunidad de ampliar cartera. Y tú sabes manejar ese tipo de perfil perfectamente.

—¿Tiene previsto ir esta semana?

—No, todavía no, pero le dije que lo pensara. Le daré tu número directo para que coordine una reunión.

Asentí con una sonrisa profesional. Era el tipo de cosas que siempre agradecía: los contactos de mis padres, su experiencia, la red invisible que me habían tejido durante años sin que yo lo pidiera. Pero en ese instante, ocurrió algo.

Mi padre volvió a mirar su plato. Y mi madre, que acababa de regresar con la fuente de tarta de manzana, se detuvo un segundo antes de colocarla en la mesa. Se miraron. Solo un instante, una fracción de segundo. Pero algo en esa mirada me inquietó.

No fue una mirada casual. Fue una mirada con peso, como si acabaran de comprobar mentalmente que algo iba según lo planeado.

Y lo noté.

—¿Qué? —dije, arqueando una ceja— ¿Por qué esa mirada? ¿Qué pasa?

—¿Qué mirada? —preguntó mi madre, sirviendo la tarta como si no hubiera pasado nada.

—Esa mirada que os sale cuando estáis compartiendo un secreto y creéis que no me doy cuenta.

—Estás imaginando cosas, Jimena —contestó mi padre mientras cogía su copa y bebía como si le diera vergüenza. Mala señal.

—¡Por favor! Mamá pone cara de «todo está bajo control» y tú evitas mirarme directamente a los ojos. ¿Qué estáis tramando? —insistí, porque los conocía muy bien a los dos.

—Nada, de verdad. Solo pensamos que sería bueno que lo conocieras. Profesionalmente hablando, claro. —Mi padre se apresuró a aclararlo, pero su tono tenía esa rigidez ensayada que me hizo fruncir el ceño.

—Ajá —respondí, dando un mordisco a la tarta. Estaba perfecta, como siempre. Mi madre cocinaba como si la vida dependiera de la textura del hojaldre. Pero ni siquiera eso logró distraerme de la sospecha que empezaba a escarbarme dentro de mí—. ¿Y este Ismael González… está casado? ¿Tiene hijos? ¿Qué edad tiene? ¿Colecciona sellos? ¿Viene con dote?

—¡Jimena! —Rio mi madre, negando con la cabeza—. Por favor, no seas ridícula. No estamos haciendo de casamenteros.

—Claro que no. Solo estáis sugiriendo que el hijo del amigo de papá, que casualmente está buscando un nuevo banco, pase por mi sucursal, y resulta que os miráis como si acabarais de arreglar mi boda para septiembre.

Ahí mi padre soltó una carcajada breve, pero incómoda.

—Tienes demasiada imaginación, hija.

—Y tú tienes una sonrisa rara, papá. Como de abuelo en prácticas.

Ambos rieron, pero ninguno negó nada con contundencia. Y eso era exactamente lo que me preocupaba.

Durante el postre, cambiaron de tema. O, mejor dicho, fingieron cambiarlo. Hablaron de unas obras en la terraza, de una vecina que se había ido a vivir a un balneario naturista —«¡A los setenta y cuatro años, Jimena! ¡Desnuda en un balneario en Alicante!», había dicho mi madre— y de cómo la tarta había salido mejor que la de Navidad.

Yo asentía, pero en mi cabeza solo giraba una frase en bucle: ¿Qué demonios estarían tramando estos dos?

Mientras ayudaba a mi madre a recoger la mesa, lancé otra indirecta, porque sí, yo era así: no podía quedarme callada cuando la curiosidad me consumía.

—Oye, por cierto, ¿Ismael es guapo?

—¿Yo qué sé? —respondió, demasiado rápido. Lo cual, en el lenguaje materno, era sinónimo de «sí, pero no quiero que pienses que te estamos empujando a sus brazos».

—Ajá.

—Creo que es un chico serio. Muy trabajador. Lo ha pasado mal con algunos temas personales, pero es estable. Tiene su propia empresa. Buena reputación.

—Mamá, eso suena exactamente a cómo le hablarías de mí a un posible pretendiente.

—Bueno, hija… —Sonrió como quien intentaba contener un chisme urgente— Solo digo que no es mala persona. Y a veces, conocer a alguien con quien puedas hablar de lo tuyo, de tu mundo, puede ser refrescante. Tú siempre te rodeas de locos adorables.

—Gracias por reducir mis relaciones a convivir en un hospital psiquiátrico feliz.

—Con mucho amor. —Me guiñó un ojo.

Cuando por fin me despedí de ellos y bajé por el ascensor, llevaba un táper de croquetas y otro con ensaladilla rusa, además de una sospecha enorme flotando en el estómago.

Mis padres nunca se ponían de acuerdo ni para ver una película. El hecho de que los dos estuvieran tan sincronizados en torno a este tal Ismael

González no era casualidad.

Volví a casa alrededor de las cinco de la tarde. Abrí una cerveza y me senté en el sofá, rodeada de mis táperes como si fueran trofeos de una batalla campal. Saqué el móvil, lo desbloqueé y abrí WhatsApp.

Marta: *¿Sobreviviste al domingo familiar? ¿Te preguntaron por tu útero otra vez?*

Jimena: *No, esta vez solo intentaron emparejarme con el hijo del amigo del padre del sistema bancario. Nada grave.*

Marta: *Ja, ja, ja. ¿Y está bueno? ¿Tiene nombre de galán de novela?*

Jimena: *Ismael González. Suena a actor argentino con veleros.*

Marta: *Uf. O a un chef que te seduce con pasta trufada.*

Jimena: *O a psicópata que colecciona uñas.*

Marta: *¡Jimena!*

Jimena: *¡¿Qué?! Nunca se sabe.*

Marta: *Bueno, si es un cliente potencial… profesionalidad, ante todo. Pero si está bueno, profesionalidad con coqueteo.*

Jimena: *No puedo creer que seas una persona funcional con pareja estable.*

Marta: *Yo tampoco. Iván dice que soy como un pingüino dopado con azúcar. Pero no cambia de novia, ¿eh?*

Ni yo cambiaría de amiga, porque Marta era esa persona que te levantaba el ánimo sin que apenas te dieras cuenta.

Capítulo 3



Jimena

El lunes volví al banco con una mezcla rara de humor y paranoia. Sergio, por supuesto, me estaba esperando en mi despacho con un café en la mano y una sonrisa sospechosa.

—Buenos días, jefa. ¿Dormiste bien o estuviste leyendo informes hasta las tres?

—Dormí perfectamente. Tú deberías intentar hacerlo también en tu propia oficina.

—*Touché*.

Me senté y encendí el ordenador. Tenía varios correos marcados como importantes, pero uno destacaba. Era de una dirección desconocida, con asunto escueto:

«Contacto por recomendación de Andrés Martín»

Lo abrí con el mismo miedo con el que uno abre la factura de la luz.

«Estimada Jimena:

Soy Ismael González. Su padre, Andrés, me habló muy bien de usted y me sugirió ponerme en contacto para evaluar una posible colaboración bancaria, tanto a nivel personal como empresarial.

Quedo a su disposición para concertar una reunión cuando le sea conveniente.

Atentamente,
Ismael González»

Adjuntaba su número de teléfono, el nombre de su empresa y su perfil empresarial. Lo abrí sin vergüenza. Era alto, moreno, de ojos verdes, con barba muy cuidada y sonrisa de persona que sabía negociar sin levantar la voz. En su foto de perfil aparecía con camisa blanca y una copa de vino. Muy corporativo, con toque de revista para hombres con poder adquisitivo.

—¿Por qué sonríes sola? —preguntó Sergio, asomándose por la puerta.

—Por nada que te importe. —Minimicé la ventana rápidamente.

—¿Es Samuel?

—¿Siempre apuestas al peor caballo?

—¿Entonces es un nuevo caballo? Interesante…

—Sal de mi despacho.

Sergio levantó las manos en señal de rendición y se fue de mi despacho, aunque no sin antes dejar caer una de sus frases.

—Cuando sonríes así, alguien va a sufrir. Solo espero que no sea yo.

No le respondí. Lo observé alejarse y cerré la puerta con suavidad. Me tomé un momento para mirar la pantalla de nuevo, como si el correo de Ismael pudiera responder todas las preguntas que aún no me atrevía a hacer.

Lo reenvié a mi asistente con una nota rápida.

«Por favor, agendar una reunión presencial esta semana con el Sr. Ismael González. Que sea en sala dos, con café y agua. Que no falte nada. Gracias».

Cerré el portátil con ese pequeño cosquilleo que uno siente cuando sabe que algo está por comenzar. No era emoción. Tampoco miedo. Era esa anticipación extraña que recorre el cuerpo cuando sospechas que te estás metiendo en algo, aunque no sepas exactamente en qué.

Durante el resto de la jornada me centré en el trabajo, además de en echar un vistazo a los enlaces que me enviaba Marta con el asunto «Importante, es para la fiesta».

No había visto más luces de LED en toda mi vida, de verdad.

Y así llegué a mi casa por la noche, a mi lugar de refugio, con mis plantas, mis velas aromáticas y la tranquilidad, deseando que el resto de la semana fuera tranquila y se pasara rápido.

Y sí que se iba a pasar rápido, sí, porque antes de darme cuenta ya habíamos llegado al miércoles por la mañana.

Estaba terminando una llamada cuando mi asistente me avisó por el interfono.

—Jimena, el señor González, está aquí. Ya lo pasé a la sala dos. Te espera.

—Perfecto. Ahora voy.

Me observé en el espejo del baño del banco. Me alisé el flequillo y me puse un poco de brillo labial. No porque quisiera impresionarlo, me repetí mentalmente, sino porque así funcionaba mi cerebro cuando necesitaba tener el control: apariencia impecable, actitud profesional, todo en orden.

Cuando entré en la sala, él se levantó al instante.

—Jimena Martín. Un gusto conocerte, al fin.

—Ismael González. El gusto es mío. —Le estreché la mano. Tenía un apretón firme, de esos que te dicen que estás tratando con alguien que no necesita alzar la voz para hacerse escuchar.

Vestía un traje azul marino, camisa sin corbata y un reloj caro pero sobrio. No era de los que alardeaban. Al menos no con lo evidente.

Nos sentamos y empezamos a hablar de su empresa, de sus necesidades financieras, de lo que esperaba de un banco. Era meticuloso, educado, pero tenía ese brillo en la mirada de alguien que estaba constantemente evaluando al otro. Lo cual, claro, me gustaba. Me obligaba a estar alerta.

—Mi padre me ha hablado mucho de ti —dijo en un momento—. Bueno, de ti y de tus padres. Dice que eras la más competitiva, incluso cuando jugabas a las cartas con él en vacaciones.

—Sí. Lo amenacé con esconderle el tablero de ajedrez si volvía a hacer trampa.

Ismael rio. Tenía una risa grave, sincera, de las que no abundan.

—¿Y él también te habló de mí? —preguntó con una sonrisa que buscaba algo más que una respuesta profesional.

Me detuve.

—Sí —respondí, sin profundizar demasiado—. Pero me gusta hacerme mi propia idea.

—Buena filosofía.

Seguimos hablando durante casi una hora. Me habló de cómo había construido su empresa desde cero, cómo últimamente sentía que necesitaba un entorno más sólido para manejar su dinero.

—Confío en lo que me han dicho de ti —agregó—. Pero quería verte, conocerte en persona, antes de mover nada.

—Es lo justo —respondí—. Y si algo te puedo prometer, es transparencia. No vendemos humo aquí. Solo café con sabor decente y comisiones razonables.

Nos despedimos con otro apretón de manos. No hubo promesas. Solo la sensación de que habíamos dado un paso importante.

Cuando me quedé sola, mientras me tomaba un café, llamé a mi madre.

—Hola, hija. ¿Todo bien?

—Sí. Te llamo para decirte que ya conocí a tu amigo, el galán financiero.

—¿Y? —insistió ella, con ese tono neutro que en realidad significaba: «cuéntamelo todo y no omitas ni el color de su corbata».

—Y… es muy correcto. Profesional. Tiene presencia. Sabe lo que quiere.

—¿Presencia tipo «me aburre más que una conferencia» o del tipo «me hace reconsiderar el celibato»?

—Mamá…

—Es solo una pregunta académica.

—A ver… —suspiré—. Tiene presencia del tipo «me hace leer dos veces un correo antes de enviarlo».

Silencio, y poco después la oí suspirar al otro lado.

—Eso no lo dices de cualquiera.

—Lo sé. Por eso me molesta.

—¿Por qué?

—Porque no sé si me interesa como cliente, como historia o como trampa familiar.

—No hay trampa. Te lo prometo. Solo pensamos que podría ser un buen contacto para ti. Profesionalmente.

—Ajá. Como cuando me regalasteis un maletín a los doce años porque «ya era hora de que pensara en mi futuro financiero».

—Eso fue una broma.

—¡Tenía calculadora incorporada!

Mi madre rio, y yo también. Pero en cuanto colgamos, me quedé en silencio. Miré la ventana de mi despacho, contemplando los edificios que me rodeaban.

Había algo raro en todo esto. No en Ismael, que era tan correcto que casi parecía salido de un anuncio de seguros de vida. Sino en cómo mis padres lo habían presentado. En esa mirada compartida. Ese silencio previo al postre.

Porque si algo había aprendido con los años, era que mis padres no se metían en mi vida amorosa. No directamente. Habían aprendido que yo saltaba como una gata si notaba intenciones ocultas.

Sin embargo, aquí estaban. Recomendando a alguien con nombre, apellido, empresa y sonrisa profesional. Casi como si no fuera solo una recomendación. Como si algo más se cocinara bajo esa receta.

Esa noche soñé que estaba en la oficina, pero en vez de Sergio, tenía un equipo entero de exnovios asesorándome sobre inversiones. Samuel estaba a cargo del área de préstamos emocionales. Uno de ellos, al que no reconocía, me ofrecía un fondo mixto con lágrimas incluidas. Me desperté empapada en sudor y con el impulso de borrar mi historial amoroso.

Me serví un café a las seis de la mañana y abrí mi portátil para releer el correo de Ismael. Lo leí despacio, palabra por palabra, buscando algo que no estaba ahí.

Revisé su perfil profesional otra vez. Miré las empresas que seguía, los contactos en común. Su vida parecía tan perfectamente estructurada que me generaba desconfianza.

Nadie era tan ordenado sin esconder un caos en algún rincón.

Al día siguiente, justo antes de empezar la jornada en la sucursal, Sergio entró en mi oficina sin tocar.

—¿Puedo?

—Ya estás adentro.

Se sentó frente a mí, sin la típica sonrisa de galán de comedia romántica. Esta vez parecía distinto. Más serio.

—Vi al tipo con el que te reuniste ayer. González. Buena pinta. Buen reloj.

—¿Vigilas mis reuniones ahora? —pregunté, arqueando la ceja.

—Solo cuando parecen importantes. O cuando hay tensión.

Lo miré. Esa intuición suya era tan certera que me daban ganas de echarlo… o de contratarlo como detective.

—¿Qué tensión viste?

—No sé. Como si fuera una partida de ajedrez silenciosa. Tú eras la torre. Él, el rey. Y todos sabemos que el rey se protege, pero rara vez se expone.

—Bonita metáfora. ¿También dabas clases de poesía bancaria y no lo sabíamos?

—Estoy aprendiendo de ti, jefa.

Nos quedamos en silencio. Luego, Sergio se levantó y, justo antes de salir, habló de nuevo.

—Solo ten cuidado. A veces la gente no entra a un banco por el dinero. A veces es por lo que hay detrás del mostrador.

—¿Y tú qué estás buscando? —pregunté sin pensarlo.

Sergio se detuvo y me miró con una media sonrisa.

—Yo aún estoy decidiendo si soy cliente… o riesgo.

Y se fue.

Miré mi portátil y, sin pensarlo demasiado, le escribí un correo a Ismael.

«Gracias por la reunión. Cuando gustes, podemos seguir viendo los productos que te convienen. Estoy para ayudarte».

Él respondió una hora después:

«Gracias a ti. Me sentí cómodo. Es raro sentir eso en un banco.

¿Te parece si nos tomamos un café fuera de la oficina la próxima vez? Solo para hablar con menos formularios de por medio».

Lo leí una vez. Luego otra. Y sí, una tercera.

¿Era eso una propuesta profesional informal? ¿O un intento de invitarme a salir sin romper la fachada de cliente satisfecho?

Pensé en Marta. En cómo estaría gritando «¡COF COF LIGUE COF COF!», si leyera ese mensaje.

Pensé en mis padres. En esa mirada. En la tarta de manzana. En las trampas que venían disfrazadas de oportunidades.

Y pensé, sobre todo, en mí.

En cómo, a pesar de todo, una parte de mí quería contestar: «Me parece bien».

No por amor, y tampoco por expectativas. Sino porque, por primera vez en mucho tiempo, me sentía curiosa.

Y la curiosidad, en mi mundo, era una forma de esperanza.

Capítulo 4



Ismael

Me llamo Ismael González y, si tuviera que definirme en pocas palabras, diría que soy un tipo que siempre ha sabido lo que quiere. O al menos eso creía.

CEO de una multinacional, cuarenta años, alto, moreno, ojos verdes. Un buen partido, según la mayoría. Traje hecho a medida para cada ocasión. Por fuera, todo parecía perfecto. Por dentro… bueno, ahí la cosa ya era otro cantar.

Mi vida, durante mucho tiempo, se había reducido a dos cosas: trabajo y encuentros fugaces. Sin citas, sin flores, sin cenas a la luz de las velas. Solo momentos breves, directos, sin complicaciones emocionales ni expectativas. El amor, para mí, era un terreno demasiado imprevisible, una aventura de la que prefería mantenerme al margen.

Y no es que me faltaran oportunidades. Más bien al contrario. Pero esas experiencias siempre fueron esporádicas, casi accidentales. Mujeres bonitas, sin nombre ni compromiso. Encuentros rápidos y nada más. Eso era lo que mi agenda —y mi cabeza— podían soportar. El amor serio, con todo lo que implicaba, nunca fue mi prioridad.

Salvo una excepción. Clara.

Mi única relación formal y duradera: la que tuve en la universidad. Estuvimos juntos cinco años, desde el segundo año de carrera hasta tres después de graduarnos. Fue intensa, real: con planes, discusiones y sueños compartidos. Pero también con diferencias irreconciliables.

Al final, nos separamos en buenos términos, aunque para mí fue un golpe más duro de lo que admití en su momento. Esa ruptura marcó un antes y un después. Desde ahí, el amor dejó de ser un camino que quisiera volver a recorrer.

El trabajo se convirtió en mi refugio. La empresa, mis logros y mis responsabilidades, llenaron ese espacio vacío que había quedado. Siempre había algo por hacer, una crisis que resolver, una negociación que ganar. Me gustaba esa sensación de control, esa seguridad que me daba la rutina.

Pero, como solía pasar en la vida, nada era tan simple como uno se imaginaba.

Durante años mantuve mis cuentas bancarias en un banco específico, una entidad tradicional con la que tenía una relación casi automática. Sin embargo, desde hacía poco, las cosas se habían complicado. El nuevo director de mi sucursal empezó a tratarme con una hostilidad que no entendía. Más tarde supe la razón: creía que me había acostado con su mujer. Una acusación absurda, sin fundamento, que decidí no enfrentar. La situación se volvió tensa, incómoda. No quería seguir depositando mi dinero en un lugar donde la confianza estaba rota, aunque la ruptura fuera completamente ajena a mí.

Fue entonces cuando supe de Jimena.

La conocí en una reunión que debía ser puramente profesional. Jimena Martín, directora de una sucursal con buena reputación, me sorprendió desde el primer momento. Morena, de estatura media, figura atlética, una melena brillante bajo las luces del salón. Pero lo que realmente me atrapó fueron sus ojos castaños y esa sonrisa: peligrosa, inteligente, tentadora. Como si escondiera secretos… y promesas.

Cuando entró en la sala, algo en ella me llamó la atención. No solo su físico, aunque era innegable. Fue su presencia. Esa seguridad que irradiaba. La forma en que manejaba la conversación con una mezcla de profesionalismo y soltura que hacía parecer simple, incluso lo complejo.

Nos entendimos bien. Había química, sí. Pero sobre todo, una conexión inesperada en medio de aquel mundo de cifras y contratos. Me fui con la sensación de que, quizás, por primera vez en mucho tiempo, alguien podría interesarme más allá del trabajo y los encuentros fugaces.

De vuelta en mi despacho, estaba revisando los documentos cuando el teléfono sonó. Era mi padre.

—¿Qué tal fue la reunión con la directora? —preguntó con voz pausada, como siempre.

Le conté que todo había salido bien, que la mujer parecía competente y que quizás podía ser la solución a mis problemas con el banco.

—¿Crees que mamá está detrás de todo esto? —le pregunté con media sonrisa— Ya sabes cómo es ella, siempre tratando de arreglar las cosas a su manera… Y Jimena es, digamos, bastante atractiva. Me pregunto si no habrá algún plan oculto para que termine casándome antes de lo previsto.

Se rio, y esa risa me recordó a mi infancia, a esos días en que las preocupaciones no iban más allá de qué juego escoger para la tarde.

—No pienses tonterías, hijo —respondió—. Y ahora que lo mencionas, nos esperan para cenar el viernes. Será bueno que vengas; hace tiempo que no nos vemos. Como te dije, su padre es un viejo conocido. Era el director de esa sucursal bancaria cuando yo tenía la asesoría.

—Papá…

—Es solo una cena, Ismael. No vamos a hablar de vuestra boda.

—De mamá, lo dudo. Ya te diré cómo tengo la agenda el viernes.

—Más te vale que la tengas libre para la noche, o a tu madre le dará un infarto si no vienes.

—Lo que yo decía: antes de darme cuenta, me veo con el chaqué en el altar.

—Pues estarías guapo, como lo estuve yo hace años.

Nos despedimos poco después. Colgué con la sensación de que algo se movía bajo la superficie, un juego de intereses y deseos que ni siquiera mi padre se atrevía a desvelar del todo.

En ese momento, Claudia, mi asistente personal, entró con el informe que me habían pedido revisar antes de enviarlo a los clientes.

—Aquí tienes, Ismael. Lo he revisado, y hay algunos puntos que creo que deberías mirar con atención —dijo, poniendo el papel sobre mi escritorio.

—Gracias, Claudia —respondí—. Vamos a verlo.

Pasamos la siguiente media hora ajustando detalles, ella con su sarcasmo habitual y yo tratando de no perderme entre los números y las cifras.

Cuando terminamos, sonó el móvil. Era Pablo, mi mejor amigo.

—¿Comemos hoy? —preguntó— Tengo algo que contarte que te va a interesar.

Acepté sin dudar. A mediodía nos vimos en nuestro restaurante favorito, un lugar discreto donde podíamos charlar sin interrupciones.

Cuando llegué, Pablo ya estaba esperándome en el restaurante, con esa sonrisa que lo caracterizaba, una mezcla de ironía y entusiasmo que convertía cualquier encuentro en una pequeña aventura.

—¿Cómo va la vida de CEO? —bromeó, señalando mi traje.

—La vida de CEO va bien, aunque me falte tiempo para dormir y para algo que se parezca a una vida personal.

—Ah, la eterna historia —dijo Pablo—. Sabes que deberías probar algo distinto. No todo son reuniones y contratos.

Le lancé una mirada divertida.

—Si te refieres a esas «aventuras» que me organizas, te recuerdo que no son lo mío.

—Ismael, me han invitado a una fiesta privada el sábado. —Empezó a decirme Pablo mientras comíamos—. Quiero que vengas conmigo. Será divertido, y necesito a alguien que me saque de un par de líos.

Reí ante la propuesta.

—Ya sabes que las fiestas no son lo mío.

—Por eso mismo te necesito. Además, seguro que te vendrá bien desconectar un poco de números y correos electrónicos. Así que, te pongas como te pongas, este sábado vienes a la fiesta conmigo. Será divertido, y lo sabes.

—Ahora entiendo por qué me has llamado para comer hoy, si ya habíamos comido —suspiré.

—No me doy por vencido fácilmente y lo sabes, así que no te quejes.

Me quedé pensativo. La idea de ir a una fiesta me resultaba extraña, casi alienígena. Pero sabía que Pablo tenía razón: necesitaba desconectar.

—Está bien, cuentas conmigo. —Acepté finalmente.

La comida transcurrió entre risas y anécdotas, y por un momento sentí que ese mundo de negocios y formalidades podía esperar.

Y no dejé de pensar en Jimena. Como era de esperar, Pablo también me preguntó por la reunión con la directora del banco, donde posiblemente podría acabar llevándome el dinero. Le hablé de ella mientras tomábamos café.

Volví a la oficina con la cabeza llena de ideas, dudas y una curiosidad que no podía explicar del todo.

Quizá, solo quizá, esa fiesta del sábado fuera el comienzo de algo distinto.

Entré y me quedé unos minutos mirando por la ventana de mi despacho. La ciudad parecía tranquila, un contraste con el torbellino de pensamientos que giraban en mi cabeza. La imagen de Jimena seguía viva, como un destello inesperado que rompía la monotonía de mi mundo perfectamente calculado.

Me recordé a mí mismo que no tenía tiempo para complicaciones. Siempre había creído que el amor era un lujo que no podía permitirme, una distracción que acababa por quemarte cuando menos lo esperabas. Mis relaciones habían sido eso: distracciones. A lo sumo, momentos de placer sin compromiso, sin necesidad de profundizar más allá de una conversación superficial o una sonrisa lanzada al viento.

Pensé en esas noches sin final, en habitaciones de hoteles anónimos, en cafés apresurados tras una llamada de último minuto, en el tacto fugaz de manos que se buscaban sin intención de quedarse. Nunca quise que nada de eso significara algo. Porque cuando una relación implicaba expectativas, sentimientos, vulnerabilidad, el riesgo de perder el control aumentaba.

Y yo no estaba dispuesto a jugar con eso.

Y luego estaba Clara. A veces me sorprendía recordándola, como una sombra que se negaba a desaparecer del todo. Habíamos sido jóvenes, idealistas, seguros de que el futuro era una línea recta hacia la felicidad. Pero no lo fue. Nuestros caminos se separaron cuando entendimos que nuestros sueños no encajaban, que nuestras prioridades eran demasiado distintas. Fue duro, claro. Pero aprendí a cerrar esa puerta y a no mirar atrás.

Por eso Jimena me desconcertaba. No era solo su belleza o su sonrisa; había algo más, algo intangible. Tal vez la forma en que me hizo sentir respetado, valorado, escuchado. Algo que no esperaba encontrar en una reunión de negocios. Algo que me sacaba, sin esfuerzo, de mi zona de confort.

—Ismael —interrumpió Claudia mis pensamientos—, ¿quieres que te prepare un café? —preguntó con esa mezcla de seriedad y sarcasmo que tanto me gustaba.

—Por favor, necesito uno fuerte —respondí, agradeciendo su presencia.

Mientras esperaba, pensé en la cantidad de veces que Claudia me había salvado de un apuro con su eficiencia y su ojo crítico. Era joven, sí, pero tenía un talento para detectar errores que a mí se me escapaban. A veces me preguntaba si veía más allá de mi fachada de jefe exitoso, si intuía que detrás del traje impecable había alguien que también luchaba con sus propias dudas.

—¿Quieres que le eche un vistazo rápido al informe? —ofreció, dejando el café sobre la mesa.

—Sería un milagro si detectaras algo que yo no haya visto —bromeé.

Ella me lanzó una mirada entre divertida y mordaz.

—No me subestimes, Ismael. Aunque seas un genio de los negocios, a veces necesitas que alguien te recuerde, que no todo es perfecto.

Aquel comentario me hizo sonreír. Claudia era una de esas pocas personas con las que podía permitirme ser un poco menos rígido, menos serio.

Esa noche, mientras salía de la oficina, la imagen de Jimena volvió a mi mente. Esa mujer que, sin proponérselo, había logrado que cuestionara la rigidez de mi vida, que me hiciera preguntarme si había algo más allá del trabajo y las relaciones sin alma.

Y fue así como supe que aquel viernes, en la cena con mis padres, y el sábado, en la fiesta con Pablo, podrían ser el inicio de algo que ni siquiera yo sabía que estaba buscando.

Después de una jornada intensa, cuando salí de la oficina, tenía la sensación habitual de haber dejado mil cosas pendientes. Me dirigía a casa de mis padres para cenar, un lugar donde la rutina y las expectativas

familiares siempre me envolvían con la misma intensidad que los trajes que usaba cada día.

Mis padres, Miguel y Sofía, ya estaban jubilados, pero no parecían capaces de apartar la mente del trabajo ni por un segundo. Mi padre había sido dueño de una asesoría contable durante años, y mi madre, aunque sin título, era una fuerza imparable cuando se trataba de mantener unida a la familia y ejercer el control absoluto sobre las relaciones sociales. Había aprendido mucho de ellos: desde la disciplina hasta el arte de fingir que todo estaba bajo control.

Al entrar, me recibió el aroma de su cocina, cálido y familiar, que siempre lograba desarmar mi rigidez. Mi madre estaba terminando de poner la mesa, mientras mi padre hojeaba el periódico con esa mirada inquisitiva que lo caracterizaba.

—Ismael, hijo —dijo mi madre con esa voz dulce que podía convertirse en un mandato absoluto—, ¡ven, siéntate! Tenemos mucho de qué ponernos al día.

Mientras me sentaba, recordé cómo cada cena familiar solía convertirse en una mezcla de charla sobre negocios, noticias del día y, en ocasiones, algún que otro comentario sobre mi vida personal o, mejor dicho, la ausencia de ella.

—¿Cómo va todo en la empresa? —preguntó mi padre, dejando el periódico sobre la mesa.

—Bien, bastante bien. Estamos cerrando varios proyectos importantes —respondí, tratando de sonar seguro, y mi madre me sonrió con complicidad.

—¿Y con el banco? ¿Ya conociste a la hija de Andrés? —Curioseó mi madre.

Solté un suspiro. La relación con mi banco actual había sido todo menos sencilla. El director, un tipo con un ego enorme y escaso sentido del humor, me había acusado, sin fundamento alguno, de haberme acostado con su mujer. Una mentira ridícula, pero suficiente para que decidiera que era mejor llevar mi dinero a otro lugar, a alguien en quien pudiera confiar de verdad.

—Sí, he conocido a Jimena Martín. ¿No te lo ha dicho papá? —Arqueé una ceja.

—Se me habrá pasado —respondió él, y mi madre sonrió.

Mentira. Claro que se lo había dicho, pero ella quería oírlo de mí, quería escucharme hablar de esa mujer.

—Su padre fue un gran director, y seguro que ella también lo es —comentó mi madre.

—Es profesional, eso no lo niego. Me pareció correcta y de confianza. Además, me he informado: tiene varias empresas importantes en su cartera de clientes.

—Entonces es un buen banco para tu dinero. No le des más vueltas —dijo mi padre.

Fue entonces cuando noté esa mirada entre ellos, esa complicidad que parecía ocultar algo más allá de las simples recomendaciones profesionales. No pude evitar preguntarme qué se cocía detrás de aquella insistencia en que confiara en esa mujer para manejar mis finanzas.

¿Qué se traerían entre manos?

No tuve que esperar mucho para confirmarlo. Mi padre sonrió de manera enigmática y, al mirar a mi madre, sus ojos brillaron con ese destello de secreto compartido.

Intenté mantener la compostura, pero un pequeño escalofrío recorrió mi espalda.

—Bueno, ya veremos qué sucede —dije, tratando de sonar despreocupado.

Después de cenar, mientras ayudaba a limpiar, mi madre se acercó y me habló con tono más suave.

—Ismael, sabes que solo queremos lo mejor para ti. Y, a veces, la familia puede ayudar más de lo que imaginas.

Asentí, sintiendo que estaba atrapado en un juego que no controlaba del todo.

Aquella noche, al volver a mi ático, repasé mentalmente todo lo ocurrido: la reunión con Jimena, la insistencia de mis padres, las miradas cómplices… ¿Sería solo una coincidencia, o había algo más?

Me acosté con la mente dando mil vueltas a todo, sin poder evitar que el recuerdo de Jimena me acompañara como una promesa inesperada, un

enigma que, quizás por primera vez en mucho tiempo, quería intentar resolver.

Capítulo 5



Ismael

Llegó el viernes, y con él, la cena de la que me había hablado mi padre.

El restaurante elegido era uno de los mejores asadores de la ciudad, conocido por su cocina tradicional y su ambiente acogedor. Al entrar, el aroma a leña y de platos caseros me envolvió como una bienvenida silenciosa. Mis padres ya estaban allí, sentados en una mesa reservada en un rincón tranquilo del local, junto a Andrés Martín y su esposa, Lucía. La verdad es que no los había visto mucho, pero a él lo recordaba vagamente de algún encuentro casual, tomando café con mi padre.

—Ah, aquí estás —dijo mi padre al verme, y sonrió—. ¿Recuerdas a Andrés?

—Ismael. —Andrés se puso de pie para estrecharme la mano—. Te veo igual que cuando tenías veinte años.

—Pues han pasado otros veinte desde entonces —contesté mientras se la estrechaba.

—Mi hijo es como el buen vino: mejora con los años. —Escuché decir a mi madre con una sonrisa.

—Ella es Lucía, mi esposa.

—Un placer verte de nuevo, Ismael.

—¿Nos habíamos visto antes? —pregunté, frunciendo el ceño.

—Un par de veces, pero hace mucho —respondió con una sonrisa—. Tu padre aún no tenía tantas canas.

—Ahora tampoco tengo tantas —replicó él.

—Cariño, sí que las tienes. —Rio mi madre, y yo sonreí.

Así eran ellos, con ese humor tan suyo que siempre lograba sacarme más de una sonrisa.

Nos sentamos, y Andrés me comentó que su hija estaría al llegar. Desde ese momento, no pude evitar mirar de reojo hacia la puerta, esperando verla. Jimena, la mujer que dirigía el banco donde ahora tenía mi dinero. La mujer que, desde nuestra primera reunión, no había logrado salir de mi cabeza.

No tardé en verla aparecer, y juro que en ese instante mi corazón dio un vuelco. Su presencia era como una brisa fresca en una tarde calurosa: inesperada, revitalizante y absolutamente cautivadora.

Llevaba un vestido negro de corte elegante que abrazaba su figura con sutileza, y unos zapatos de tacón que añadían altura y gracia a su caminar. Su cabello caía en ondas suaves sobre sus hombros, y sus ojos brillaban con una intensidad que desmentía su aparente serenidad. Caminaba con una elegancia natural, como si estuviera acostumbrada a ser el centro de atención, pero sin pretenderlo.

Me levanté para saludarla. Al acercarme, me dedicó una sonrisa que hizo que mi pulso se acelerara.

—Jimena, me alegra verte de nuevo — dije, apoyando con suavidad una mano en su cintura mientras me inclinaba.

—Hola, Ismael.

Nos besamos en la comisura de los labios, un gesto breve pero cargado de significado. Y sí, ella se sonrojó. Sus mejillas adquirieron un tono rosado que me pareció encantador.

Nos sentamos a la mesa, donde pronto llegó una botella de vino tinto, pan recién horneado y los primeros entrantes. La conversación fluyó con naturalidad, como si nos conociéramos desde siempre. Entre risas y anécdotas, los padres se turnaban para contar historias de juventud, distorsionadas por la nostalgia y los años.

—¿Recuerdas aquel viaje a la costa con la tienda de campaña rota? — preguntó Andrés, señalando a mi padre.

—¿Cómo olvidarlo? Tu «maravillosa» idea de comprar la tienda más barata del mercado —respondió mi padre con fingida indignación—.

Acabamos durmiendo dentro del coche, con Lucía echándome aire con una tapa de sartén.

—¡Y tú roncando como un tractor! — añadió mi madre, y las risas estallaron alrededor de la mesa.

Lucía tomó un sorbo de vino y se volvió hacia Jimena con una sonrisa cómplice.

—Cariño, tú no sabes lo que es ver a tu padre intentando cocinar pescado con una linterna y una cuchara. Un espectáculo digno de National Geographic.

—Eso explica por qué ahora delega la cocina en ti —dijo Jimena, y Andrés levantó las manos, resignado.

—Mira, lo mío es la jubilación, no los fogones.

—La jubilación y la siesta, aclaremos —intervino de nuevo Lucía—. Tiene una relación romántica con el sofá del salón. Si ese sofá hablara…

—¡Diría que soy un excelente conversador! —remató Andrés entre carcajadas.

La cena transcurrió entre platos de cordero asado, verduras al horno y copas que parecían multiplicar las carcajadas. Mis padres también compartieron sus impresiones sobre la nueva vida tras la jubilación.

—Lo bueno de estar jubilado es que por fin tengo tiempo para dedicarme a mis verdaderas pasiones —dijo mi padre con orgullo.

—Sí, claro… como ver documentales de trenes —interrumpió mi madre —. Nunca creí que pudiera haber tantos.

—Cada uno tiene su National Geographic interior —respondió él con gesto solemne, ganándose otra ronda de risas.

Yo miraba a Jimena en cada pausa de la conversación, observando cómo se reía, cómo se tocaba el cabello sin pensar, cómo su mirada se iluminaba al hablar de su trabajo en el banco.

—¿Y tú qué tal en el banco, hija? —preguntó Lucía, girándose hacia ella.

—Bien, mamá. Ha sido una semana intensa. Estamos cerrando la auditoría del primer semestre y hay mil cosas que revisar. Ya sabes cómo son esas cosas… Papá te lo contaba todo el tiempo.

—Cierto —sonrió.

—Es muy aplicada —añadió Andrés, asintiendo con orgullo—. Desde pequeña organizaba sus juguetes como si fueran empleados.

—Y les ponía multas por llegar tarde —añadió Lucía, riendo.

—Eso explica por qué ahora soy tan exigente con los informes —dijo Jimena, con una risa que a mí me pareció contagiosa.

—¿Y tú, Ismael, cómo te va con la empresa? —preguntó Andrés, quien, al igual que mi padre, siempre había sido un hombre de negocios.

—Agotador, como siempre. Entre las reuniones con Asia en horarios imposibles y las decisiones estratégicas que no se toman solas, a veces siento que vivo más en la pantalla del portátil que en mi casa.

—Lo dice como si no le encantara —comentó mi padre con una media sonrisa, y no pude evitar sonreír también.

—Sabes que siempre me ha gustado. Pero últimamente estoy empezando a valorar otras cosas. Como poder sentarme a cenar sin mirar el teléfono cada cinco minutos.

—Eso es porque esta compañía es de las buenas —dijo mi madre, señalándonos a todos en la mesa—. Amigos, buena comida y una joven maravillosa que, por lo visto, ha resultado ser el centro de atención.

Jimena arqueó una ceja con coquetería.

—¿De verdad crees que soy el centro de atención? —preguntó, ya que mi madre la miraba con complicidad.

—Desde que entraste al restaurante, querida. Y no solo de esta mesa… —respondió ella con una sonrisa astuta.

La miré. Y en ese momento supe, con una claridad casi incómoda, lo que había estado sospechando desde que la vi en la puerta: Jimena era distinta. No solo era preciosa —eso saltaba a la vista—, sino interesante, aguda, natural. No se parecía en nada a las mujeres con las que solía tener encuentros rápidos y sin compromiso. Había algo en ella que me despertaba el deseo de conocerla de verdad, de quedarme más tiempo.

La cena siguió adelante, salpicada de recuerdos de esos viajes que nuestros padres habían hecho durante su juventud. También contaron aquella época en la que Andrés y Lucía se marcharon a otra ciudad por trabajo, y cómo perdieron el contacto con mis padres, hasta que lo

recuperaron al regresar, cuando Andrés asumió la dirección de la sucursal que Jimena heredaría dos años atrás.

Mi padre había entrado al banco una mañana para hacer unas gestiones, y allí se reencontró con su viejo amigo. Desde entonces, retomaron aquellos cafés que solían compartir, y alguna que otra salida con sus esposas para cenar.

—Creo que deberíais hacer un viaje los cuatro —dijo Jimena de pronto, mirando a sus padres y los míos—. Para recordar viejos tiempos.

—¿Un viaje? —preguntó su padre, alzando una ceja— ¿De verdad propones que hagamos uno de esos viajes que hacen los jubilados?

—A ver, que nosotros estamos en la flor de la vida y lo sabemos, Andrés —respondió mi padre—. Pero, además, estando jubilados, tenemos descuentos en todo.

—Sí, menos en paciencia —añadió Lucía, provocando otra oleada de carcajadas.

—¿Y a dónde iríamos? —preguntó mi madre, intrigada.

—Pues mira, alquilamos una autocaravana y a recorrer España —sugirió Lucía.

—¡A mí me hablas de playa y no necesito más! —dijo Andrés— Con tal de que no tenga que cocinar ni una tortilla…

—No, no, tú conduces, que tienes mejor vista —le replicó mi padre.

—Es que ya no tienes veinte años, Miguel; los setenta no perdonan para llevar gafas de botella.

—¡Papá! —exclamó Jimena, y acabó riéndose.

—No te preocupes, Jimena, que conozco a tu padre desde hace mucho y sé cómo se las gasta.

—Ya debes tenerle paciencia entonces, Miguel —dijo ella, divertida.

—Más que yo, que mira que se la tengo —añadió Lucía.

—Yo es que no me los imagino en una autocaravana —murmuré en el oído de Jimena.

—Yo sí —sonrió—. Y además los creo capaces hasta de hacer un programa propio. Ya los estoy viendo: *Jubilados por España.*

En ese momento, incluso yo me reí sin poder evitarlo.

Nuestras miradas se cruzaron una vez más. Y durante esos segundos, el ruido del restaurante se volvió un murmullo lejano. Había algo en esos intercambios breves, en las bromas suaves, en el modo en que compartíamos complicidad sin forzar nada, que me recordaba que la verdadera conexión no se gritaba; se susurraba entre risas y vino.

En un momento de la noche, mis padres —con su característico afán de indagar en mi vida sentimental— no perdieron la oportunidad de comentar sobre mi aparente falta de interés en el amor. Lucía, con una sonrisa pícara, dijo:

—Nuestros hijos tienen buen corazón, pero lo tienen tan blindado bajo capas y capas de coraza que ni ellos mismos saben cómo acceder a él.

Todos rieron, y aunque intenté mantener una actitud relajada, no pude evitar notar cómo la mirada de Jimena se posaba sobre mí con una intensidad que me desconcertaba. Cada vez que la observaba, ella me devolvía la mirada con una sonrisa que parecía decir: *Sé que me estás mirando*. Y entonces, un leve rubor se apoderaba de sus mejillas, como si fuera consciente del deseo silencioso que despertaba en mí.

Cuando la cena llegó a su fin, entre brindis y promesas de futuros viajes, todos estuvimos de acuerdo: había que repetir encuentros así más a menudo. Mis padres se despidieron con abrazos cálidos, y Lucía y Andrés con una lista mental de destinos posibles.

Jimena y yo, en cambio, nos quedamos unos segundos más junto a la puerta del restaurante, como si ninguno de los dos quisiera marcharse aún.

—¿Te gustaría tomar una última copa conmigo? —le pregunté, con la esperanza apenas disimulada de que dijera que sí.

Ella me miró. Por un momento, creí que iba a rechazar la invitación. Pero luego, esa sonrisa suya volvió a aparecer, delicada y luminosa, y asintió con suavidad.

—Me encantaría —respondió.

Y mientras caminábamos, sentí que algo había cambiado. Jimena no era solo una mujer atractiva; había en ella una mezcla de calma y determinación, de calidez y misterio, que despertaba en mí una curiosidad genuina y una atracción que no experimentaba desde hacía mucho. No era

solo deseo: era la sensación, casi olvidada, de querer descubrir a alguien más allá de las apariencias.

Capítulo 6



Ismael

La noche tenía ese aire tibio y complaciente. Caminábamos sin prisa, como si ninguno quisiera que ese instante terminara. Jimena iba a mi lado, envuelta en un silencio que no era incómodo, sino lleno de posibilidades. Su perfume, suave, pero persistente, flotaba entre nosotros como una promesa discreta.

Elegí un bar tranquilo, de esos que apenas aparecen en los mapas, con luz tenue, *jazz* de fondo y un camarero que ya me conocía lo suficiente como para no hacer preguntas. Nos sentamos en una mesa del fondo, una de esas que invitan a hablar en voz baja y a escuchar con atención.

—¿Y bien? —dijo Jimena, con una sonrisa ladeada— ¿Eres de los que siempre invita a una copa después de cenar con sus padres?

Me reí sin poder evitarlo.

—Solo cuando hay una mujer con un vestido negro que me ha dejado sin aliento durante toda la cena.

Ella volteó los ojos, pero su sonrisa se ensanchó.

—Te llevas bien con tus padres —comentó, tomando la copa de vino que acababa de servirle el camarero—. Se nota que te conocen bien… y que les encanta hacer de celestinos.

—Mi madre vive para ello. Si fuera por ella, ya estaría casado, con dos hijos, un perro y una hipoteca compartida. No necesariamente en ese orden.

—La mía no se queda atrás —respondió, y se quedó mirando su copa unos segundos antes de continuar—. Por eso estaba tan nerviosa esta noche.

Sabía que había algo detrás de esa invitación. Y cuando te vi allí, entendí el porqué.

La miré con curiosidad, y entendí que, a diferencia de a mí, a ella sus padres no le habían dicho que cenaría con mis padres y conmigo.

—¿Y eso te molestó? —pregunté.

Negó lentamente con la cabeza.

—No. Me sorprendió. Pero no me molestó.

Hubo un silencio breve, cómodo. De esos que demuestran que, a veces, no decir nada también dice mucho.

—¿Te puedo preguntar algo? —dijo de pronto.

—Claro.

—¿Alguna vez estuviste realmente enamorado?

Suspiré. Ese tipo de preguntas tenían filo, y yo era de los que preferían no cortarse en público. Pero con ella, con su mirada fija en mí, sentí que mentir no era una opción.

—Sí. Una vez. En la universidad. Se llamaba Clara.

—¿Qué pasó?

—Nos enamoramos como se enamoran los idiotas jóvenes: sin pensar, sin medida. Duramos años. Y luego, cuando la vida empezó a pesar, cuando el trabajo me absorbía y ella quería algo más… yo no estuve ahí. No me fui, pero tampoco me quedé. ¿Tiene sentido?

Asintió, como si supiera exactamente, de lo que hablaba.

—¿Y tú? —pregunté.

Jimena dudó un momento, como quien decidía si abrir una caja cerrada hacía tiempo.

—Samuel —dijo por fin, casi en un susurro—. Fue una historia rara. Intensa. Creí que me quería. Bueno, creo que sí me quería… pero no lo suficiente como para elegir quedarse.

—¿Qué pasó?

—Me engañó. —La palabra salió sin dramatismo, sin pausa—. Estuvo viéndose con su ex durante un tiempo… y decidió volver con ella.

Instintivamente, le tendí la mano. Ella dudó un segundo, pero la aceptó. No fue un gesto romántico, ni posesivo, ni siquiera planeado. Fue humano.

Dos personas, rotas de forma distinta, reconociendo sus cicatrices en la penumbra de un bar.

—¿Y después de Clara? —Curioseó.

—Relaciones esporádicas. Encuentros rápidos. Nada duradero. Lo mío ha sido el trabajo. En lo personal… sexo sin preguntas. Complicidad con fecha de caducidad.

Ella sonrió, pero me pareció ver una sombra de amargura cruzándole el rostro.

—A mí me pasa parecido. Aunque supongo que a ti no te juzgan por eso.

—¿Y a ti sí?

—Siempre. Una mujer soltera, treintañera, con un buen puesto… dicen que intimido. Pero lo que realmente pasa es que los que se acercan solo quieren derribar la fachada, sin preguntarse qué hay detrás.

—¿Y qué hay detrás? —Ahora el curioso era yo. Jimena me miró, y esta vez no sonrió.

—Una mujer cansada de ser fuerte todo el tiempo.

Tragué saliva. En ese instante, no vi a la directora de banco. Ni a la hija de los amigos de mis padres. Vi a una mujer real. Vulnerable. Compleja. Y deseé conocerla más.

—¿Sabes? —dije— Si esto fuera una cita, diría que está yendo demasiado bien.

—¿Y no lo es? —preguntó, arqueando una ceja.

—No sé. Tú dime.

—Dependerá de si hay segunda copa.

Le hice una señal al camarero.

—Entonces, que haya.

Mientras él se alejaba hacia la barra, ella volvió a mirar su copa, pensativa.

—¿Sabes qué es lo peor de una relación fallida? —preguntó de pronto.

—¿Qué?

—Que nunca sabes si aprendiste algo… o solo te hiciste más fría —dijo, y la miré fijamente.

—Yo creo que, si aún duele, es porque aún sientes. Y si aún sientes, no estás rota. Solo te has vuelto más cuidadosa.

Jimena alzó la mirada, con los ojos brillando de una forma distinta. Más abiertos. Más vulnerables.

—¿Y tú, Ismael? ¿Estás roto?

—No lo sé. Pero si lo estoy, contigo, por primera vez en mucho tiempo, no me importa reconocerlo.

Ella bajó la mirada, como si mis palabras hubieran abierto una grieta inesperada. Pero luego levantó la vista y sonrió, y esa sonrisa ya no era la profesional, ni la diplomática. Era una sonrisa íntima, genuina, como si de pronto se sintiera más ligera.

—A lo mejor esta no era una cita —dijo—, pero acaba de parecerse peligrosamente a una.

—Entonces brindemos —contesté, levantando mi copa—. Por lo que no esperábamos. Y por lo que puede ser.

Chocamos las copas con ese sonido limpio y prometedor que tienen las cosas cuando empiezan. Muy dentro de mí, supe que lo que acabábamos de compartir no era un simple encuentro. Era un umbral.

Y yo estaba dispuesto a cruzarlo.

—Te llevas bien con tus padres —dijo, más como una afirmación que como una pregunta.

—Sí, la verdad es que sí. Y por lo que he visto, tú también.

—Es lo que tiene ser hija única —sonrió.

—Yo agradezco tener una relación así con ellos, aunque a veces se metan a hacer de celestinos.

—Y yo. —Rio—. Aunque admito que me sorprende mucho que, a su edad, sean tan modernos.

—Por las historias que he escuchado esta noche de su juventud, lo que me sorprende es que no nos tuvieran mucho antes.

—Se ve que se centraron en su trabajo antes de ampliar la familia. Es justo lo que mi madre no quiere que haga yo, pero voy por ese camino.

—Ya somos dos. —Choqué de nuevo nuestras copas y ella sonrió.

Y así pasamos el resto de la noche, hablando de nosotros, de nuestros padres, y del trabajo. Algo inevitable entre dos personas que vivían por —y para— él.

Salimos del bar cerca de la una de la madrugada. La ciudad seguía viva, como siempre. Las luces de los escaparates se reflejaban en el asfalto húmedo, y un murmullo suave de coches y risas lejanas nos acompañaban mientras caminábamos sin rumbo fijo. No hacía frío, pero Jimena se cruzó de brazos, y yo, sin decir nada, reduje el paso para que camináramos al mismo ritmo.

Íbamos cerca, casi hombro con hombro, y en cada paso sentía esa corriente invisible que empezaba a surgir entre nosotros. No era solo atracción. Era una atención mutua, una afinidad sutil que se deslizaba entre las palabras y los silencios.

—¿Te gustó la cena? —le pregunté, rompiendo el silencio.

—Más de lo que esperaba —respondió con una media sonrisa—. Aunque si lo llego a saber, me habría puesto una armadura emocional.

—¿Y eso por qué?

—Tus padres. Los míos. La tensión… Todo parecía una comedia de enredos con final anunciado.

—¿Y tú crees que este es el final?

Se rio. Esa risa suya era ligera, como una campanilla bajo el cielo nocturno.

—No lo sé. Pero si lo es, ha sido un buen capítulo.

Nos miramos, y por un instante todo el ruido del mundo desapareció. Solo quedaban sus ojos castaños mirándome, brillando bajo la luz tenue de una farola, y esa sonrisa suya que parecía esconder más de lo que mostraba.

—¿Estás bien? —pregunté.

—Sí, ¿por qué?

—Te has puesto un poco nerviosa.

—¿Yo? —Intentó hacerse la sorprendida, pero su risa la delató—. No, no, para nada.

—Claro que no. Solo que me ha parecido, a lo largo de la noche, que cuando te pones nerviosa te muerdes el labio —dije—. Y lo estás haciendo ahora mismo.

Ella se detuvo, soltó una carcajada breve y negó con la cabeza.

—Eso es trampa.

—Soy observador.

—Eres peligroso, Ismael.

—Solo si bajas la guardia —murmuré.

Ella me miró con algo parecido a temor en los ojos, y la vi tragar con fuerza.

Seguimos caminando, y podía notar que su cuerpo estaba cada vez más cerca del mío. No nos tocábamos, pero podíamos sentirnos. La noche nos empujaba, suave, cómplice.

—Oye —dije, rompiendo el hilo de tensión que nos envolvía—, lo de hablar de trabajo tomando un café… lo decía en serio.

Ella levantó la vista hacia mí, como si midiera el tono de mi voz, buscando la doble intención.

—Cuando quieras —respondió—. ¿Te gusta el café de la oficina?

—Depende. ¿Va con sonrisa tuya incluida?

—A veces.

—Entonces me verás el lunes.

Nos detuvimos justo frente a la esquina donde teníamos que separarnos. Ella vivía a unas pocas calles. Yo tenía el coche a la vuelta. Por un momento, ninguno dijo nada. Solo nos miramos.

Me acerqué un poco más. Ella no se apartó.

—Buenas noches, Jimena.

—Buenas noches, Ismael.

Me incliné y le di un beso, suave, en la comisura de los labios. Ni rápido ni lento. Preciso. Medido. Sabiendo exactamente dónde rozarla para que se quedara pensando en ello después.

Cuando me alejé, aún estábamos cerca. Nuestras miradas no se soltaron. Y fue entonces, en ese instante, cuando lo supe con absoluta claridad:

Esa mujer iba a ser un peligro para mí.

Porque no solo me gustaba. No era solo su figura, ni su voz, ni esa forma en que se sonrojaba sin querer. Era la manera en que me hacía bajar la guardia.

Y eso, para alguien como yo, era una alarma que sonaba fuerte.

Pero no me moví.

Ella sonrió. Y ese gesto, simple, pero intenso, me desarmó por completo.

—Nos vemos el lunes —dijo, con una voz casi susurrada.

—Nos vemos el lunes.

Y entonces se fue, caminando con paso seguro, pero con esa gracia suya, como si el mundo entero fuera su pasarela privada.

La vi alejarse, y solo cuando dobló la esquina y desapareció de mi vista, respiré hondo y me obligué a dar media vuelta.

Caminé hacia mi coche sabiendo que esa noche no iba a dormir bien. No por insomnio, ni por estrés. Sino porque una parte de mí ya había empezado a imaginar la siguiente conversación, la siguiente copa, la siguiente vez que su mirada se cruzara con la mía.

Y cuando uno empezaba a imaginar… ya no había marcha atrás.

Capítulo 7



Ismael

Nunca fui fanático de las fiestas multitudinarias. Prefería un buen vino en casa, música de fondo y el silencio necesario para poner orden a mis pensamientos. Pero cuando Pablo decía «fiesta privada», lo que quería decir era: «Vamos a una casa enorme en las afueras donde habrá demasiada gente, demasiada bebida y, probablemente, demasiadas mujeres con ganas de olvidar a sus ex».

Y, como casi siempre, tenía razón.

La mansión estaba a las afueras de la ciudad, lejos del centro, de la rutina y de ojos curiosos. Rodeada de pinos, con un camino de entrada que serpenteaba entre farolillos colgantes y coches de lujo, parecía sacada de un spot publicitario de champán caro. Pablo conducía, como de costumbre. Decía que yo debía «relajarme» y dejar el volante por una vez.

—Prometo no ponerte en una situación demasiado comprometida, esta vez —dijo mientras aparcaba.

—Eso suena peor que si dijeras que sí vas a hacerlo.

—Tienes que aprender a vivir un poco, Ismael. No todo es traje, oficina y reuniones a puerta cerrada.

—¿Y cuál es tu plan esta noche? ¿Encontrar a otra *influencer* con perro para tener algo en común?

—Perro, gata, loro… No me voy a ir a la cama con su mascota, sino con ella.

Solté una risa. Eso era lo que me gustaba de Pablo. Siempre encontraba el modo de quitarle peso al mundo.

La casa era moderna, de cristal y madera, con un jardín enorme, lleno de luces colgantes y mesas bajas cubiertas de copas medio vacías. Alguien había contratado a un saxofonista que improvisaba sobre bases de *chill house*. Había más gente de la que esperaba, y casi todos parecían salidos de un catálogo de moda informal de lujo: chaquetas de lino, vestidos vaporosos, relojes caros y sonrisas fingidas.

Pero era sábado por la noche. Y yo había prometido no ser el CEO de siempre.

—¡Ismael! —Una voz femenina me sacó del análisis arquitectónico— ¡Cuánto tiempo!

La mujer que se acercó a mí llevaba un vestido negro ajustado que parecía haber sido cosido directamente sobre su cuerpo. No recordaba su nombre, pero sí su perfume: almizcle, vainilla y algo afrutado. Su mirada lo decía todo: no había venido solo a saludar.

—Hola… —Me esforcé en disimular el vacío en mi memoria—. Me alegra verte.

—¿De verdad? Porque la última vez te fuiste sin despedirte…

—La última vez había demasiadas personas. Como ahora.

Ella rio, levemente molesta, levemente divertida. Se inclinó para darme dos besos, y su boca se detuvo demasiado cerca de la comisura de mis labios. Demasiado intencionado. Pablo, a mi lado, alzó las cejas como diciendo: *«la primera en cinco minutos, récord»*.

Y así transcurrieron los primeros cuarenta y cinco minutos de la noche. Me acerqué a la barra en busca de *whisky* y me alejé de cada conversación con mujeres que, una tras otra, venían a verme con ese brillo evaluador en los ojos. Algunas eran directas. Otras se hacían las distraídas. Pero el objetivo era el mismo. Como si el hecho de que yo estuviera allí fuera un desafío: *«¿Con quién se irá esta noche el intocable Ismael González?»*.

La verdad es que no pensaba irme con nadie. No porque no pudiera, sino porque no quería.

No desde que vi a Jimena la noche anterior en el restaurante, y mucho menos desde que caminamos juntos después de tomar aquella copa.

Era absurdo, lo sabía. Apenas habíamos compartido unas pocas horas. Pero me había dejado algo clavado en el pecho, como una canción que no podías sacarte de la cabeza.

—¿Otra copa? —preguntó Pablo, apareciendo con dos vasos en la mano.

—Claro.

Brindamos.

—¿Ya has elegido? —preguntó en tono de broma— Porque si tú no te decides, se van a matar entre ellas. Es fascinante.

—No estoy aquí por eso.

—¿Entonces por qué has venido?

—Por ti.

—Qué romántico. ¿Me estás diciendo que soy tu cita esta noche? —preguntó mientras batía las pestañas, con una sonrisa en los labios.

—Cállate, imbécil —dije, y Pablo rio con fuerza, dándole un trago largo al *gin-tonic*.

—Vale, pues si no estás aquí por una aventura, al menos haz negocios. Mira, ahí está Enrique Morales, el tipo que está montando un fondo de inversión de energías limpias. Me ha dicho que busca un socio silencioso.

—¿Tú le llamas «socio silencioso» a alguien que pone cinco millones de euros?

—Enrique le llama así. Ven, vamos.

Y sin más, nos acercamos al grupo. Enrique estaba en medio de una conversación con dos tipos que claramente ya habían pasado el umbral del alcohol prudente. Aun así, cuando nos vio, se levantó de su silla con una sonrisa ancha.

—Ismael, joder, cuánto tiempo.

Nos dimos un apretón de manos. Firme, seco, como siempre. Hablamos durante un rato sobre el proyecto, sobre sus planes de expansión, y aunque parecía tener buenas intenciones, su entusiasmo me sonaba más a necesidad que a visión. Aun así, le pedí que me mandara el plan de negocios el lunes.

Mientras hablábamos, no pude evitar notar cómo otra mujer se acercaba desde el fondo. Esta vez era una morena de labios rojos que tenía una copa en cada mano y me dedicó una sonrisa con la sutileza de un anuncio de perfume.

—¿Te busco? —preguntó Pablo en cuanto notó mi expresión.

—¿Ahora?

—Sí. Si no haces algo, va a haber un motín.

—Dame diez minutos. Voy a fumar.

—¿Desde cuándo fumas?

—Desde nunca. Por eso será rápido.

Me alejé del grupo, esquivé a la morena de labios rojos como quien esquiva una bala con tacones, y salí al jardín. El aire fresco me golpeó la cara con alivio. Respiré hondo, como si pudiera sacarme de encima todo el peso del ambiente anterior.

La verdad era que estaba agotado. No físicamente. Mentalmente. Había algo de grotesco en que tanta atención no me provocara ni un mínimo deseo de actuar.

Antes, habría elegido a la más directa. Habríamos terminado en un hotel y, a la mañana siguiente, olvido mutuo. Pero ya no.

No desde ella. Desde Jimena.

Y eso me cabreaba más de lo que debería admitir.

Volví al interior con una copa nueva en la mano y el rostro fresco después del aire del jardín. A pesar del bullicio, de las risas y del volumen creciente de la música, algo en mí se había desconectado del entorno. Caminaba entre la gente como un invitado en su propio cuerpo, con el piloto automático encendido.

Pablo me encontró enseguida.

—Te fuiste tanto rato que la morena esa se resignó y se fue a por un DJ —dijo, señalando con la cabeza hacia la terraza.

—Espero que tenga buena música.

—¿Y tú qué? ¿Nada? ¿Ni una tentación?

—Pablo, estoy bien. De verdad.

—Esa frase siempre es sinónimo de que estás mal. —Lo escuché decir mientras le daba un trago a mi *whisky*.

—Solo estoy cansado. Esta semana ha sido larga. Reuniones, lo del banco, Jimena… —Me interrumpí al decir su nombre, como si acabara de encender un faro dentro de mi cabeza.

—Ajá —dijo Pablo, sonriendo como un gato—. Y ahí está la verdadera razón.

—¿Cuál?

—La mujer del banco. La morena con el vestido azul que aún no te sacas de la cabeza.

—Es directora de una sucursal, para ser exactos.

—Y tú, CEO de una multinacional. Qué combinación tan aburridamente perfecta. —Volteó los ojos.

—No es eso.

—¿Entonces qué es?

—Que me gustó. Y no estoy acostumbrado a eso. No así.

Pablo me miró, algo más serio de lo habitual.

—¿Y por qué no le escribes?

—Porque la veré el lunes en su oficina. Y si meto la pata ahora, será incómodo.

—¿Y si no metes la pata?

—Tú no sabes cómo funciona mi vida.

—No, pero sí sé cómo funcionas tú: huyes cada vez que algo tiene la más mínima posibilidad de importarte. Como hiciste con Clara.

Su nombre me golpeó como un recordatorio desagradable. Clara. La única mujer con la que había tenido algo real. Varios años de relación. Una mudanza fallida. Un compromiso roto. Una despedida sin drama, pero con todo el silencio que podía caber entre dos personas que alguna vez se amaron.

—No es lo mismo —dije—. Con Clara había historia. Con Jimena solo fue una cena en la que, te recuerdo, estaban nuestros padres —contesté porque le había contado de camino a la fiesta lo ocurrido la noche anterior.

—Y una copa. Y una conversación sincera. Y una caminata. ¿Y si no es lo mismo, porque esta vez lo haces diferente?

Lo miré, pero no respondí. En ese momento, una mujer que me sonaba vagamente —ojos verdes, labios finos y el pelo recogido en una coleta alta y perfecta— se acercó con una sonrisa ensayada.

—Ismael, ¿verdad?

—Sí.

—Soy Laura. Fuimos juntos a una conferencia en Berlín hace algunos años. Estabas con Clara, de hecho.

Ah, perfecto. El universo tenía sentido del humor.

—Sí, claro. Me acuerdo —mentí.

—Te vi hace un rato y pensé… bueno, me alegra verte solo.

La sutileza se había extinguido hacía rato en esa fiesta.

—Gracias, Laura. Un placer volver a verte —contesté, y ella se quedó esperando. Como si eso no fuera suficiente.

—¿Y a ti qué te trae por aquí? —preguntó Pablo, para salvarme del silencio incómodo.

—Estoy trabajando con Enrique Morales en su nuevo fondo. Me dijo que quizás necesitaban asesoramiento legal. ¿Tú eres…?

—El amigo guapo y divertido. Y abogado.

Y reímos los tres. Ella con entusiasmo; yo, con discreción. Cuando Laura se fue a buscar otra copa —o a buscar otra persona con quien intentar pasar una noche de sexo desenfrenado—, Pablo se giró hacia mí.

—Necesitas salir de aquí. Lo digo en serio.

—¿Y adónde quieres que vaya? ¿A una iglesia?

—A casa. Pero antes, ven, quiero que saludes a alguien más. Prometo que es un contacto de negocios, nada con tacones.

Lo seguí hasta una sala más tranquila, donde había apenas cinco personas sentadas en sofás bajos, con copas de vino en la mano. Allí estaba Hugo Salvatierra, un viejo inversor con el que ya había trabajado años atrás. Nos saludamos con respeto, y tras unos minutos de charla sobre el mercado y los cambios recientes, Hugo me miró con una media sonrisa.

—Por cierto, el otro día estuve hablando con Andrés Martín, el antiguo director del banco con el que trabajo. Me comentó que tuviste una reunión con su hija.

Jimena. Otra vez. El universo no descansaba.

—Sí —respondí, con tono neutro—. Fue una reunión muy agradable.

—Dicen que es buena. Seria, eficiente. Muy parecida a Lucía, su madre. Andrés está encantado de que te hayas interesado.

—¿Interesado? —Fruncí el ceño.

—Bueno, en el banco, en trabajar con ellos, ya sabes.

Sonreí, pero sentí el doble sentido flotando entre nosotros.

—Sí, claro. Profesionalmente hablando, por supuesto.

—Por supuesto —repitió Hugo, pero tenía una mirada traviesa. Como si supiera algo que yo aún no estaba listo para admitir.

Después de despedirme del grupo, volví al jardín, donde Pablo ya estaba hablando con una chica nueva. Me saludó con un gesto y me señaló con la cabeza, como si dijera «te cubro, ve si quieres escapar». Lo hice. Me senté en un banco al borde de la piscina, mirando las luces que flotaban en el agua. Era curioso. Tenía a mi disposición cualquier aventura fugaz, pero estaba pensando en una mujer que probablemente ya estaba en pijama, leyendo un libro o viendo alguna serie.

Una mujer con carácter, con esa sonrisa llena de ironía y esos ojos castaños que parecían ver más de lo que yo decía.

Pensé en cómo se había puesto un poco nerviosa cuando la miré fijamente la noche anterior. En su rubor. En su forma de bajar la mirada. En cómo, al despedirme, no retrocedió cuando besé la comisura de sus labios. Todo eso era más sugerente, más excitante, que todo lo que esta fiesta tenía para ofrecer.

Y eso, sin duda, era un peligro. Uno del que, por primera vez en años, no quería huir.

Cuando Pablo me encontró de nuevo, yo seguía sentado al borde de la piscina, con la copa vacía en una mano y los pensamientos mucho más llenos de lo que hubiese querido.

—¿Me vas a decir ya qué te pasa, o voy a tener que emborracharte para que lo sueltes?

—Nada —mentí.

—No te creo.

Lo miré. Estaba de pie, sujetando dos cervezas frías y con una expresión que mezclaba preocupación real y su típico sarcasmo protector.

—Gracias —le dije, aceptando una.

Nos sentamos en silencio unos segundos. No necesitábamos llenar todos los huecos con palabras. Así era nuestra amistad: sólida, sin esfuerzo. Pero Pablo sabía cuándo hablar. Y, sobre todo, cuándo no dejarme escapar.

—¿Jimena? —Curioseó, y suspiré.

—Sí. Jimena.

—No te culpo. Tiene algo. No solo es guapa, que lo es.

—¿Cómo sabes tú eso si no la conoces? —Arqueé la ceja.

—Encontré su perfil profesional: te recuerdo que es directora de una sucursal bancaria y yo, abogado. Pero, a lo que iba —dio un trago a su cerveza antes de continuar—. Esa mujer es diferente. Y tú no estás acostumbrado a que alguien te despierte interés de ese tipo. Estás entrenado para ignorarlo. Para cerrarte.

—¿Sabes en lo que he pensado hoy?

—¿Además de en su vestido?

—He pensado en Clara —dije, ignorando su comentario.

Pablo levantó las cejas, pero no dijo nada.

—No porque se parezcan. Sino porque con Clara, por mucho tiempo, sentí que sabía dónde iba. Había un plan. Una lógica. Y con Jimena no hay nada. Pero hay algo. Una chispa, un misterio. Me dan ganas de romper mis propias reglas, ¿me entiendes?

—Te entiendo. Pero no es Clara. Y eso es justo lo que la hace peligrosa. Y adictiva.

—Y real.

—¿Piensas llamarla?

—Voy a verla el lunes en el banco, ya te lo he dicho.

—¿Y vas a comportarte como el CEO frío y elegante, o como el idiota que se quedó mirando su figura después de que ella se fue anoche?

—No me quedé mirando su figura.

—No, claro. Te quedaste mirando el aire con cara de «qué diablos me pasa». Que es mucho más revelador.

Reímos, porque, muy a pesar, Pablo tenía razón. Como siempre.

—¿Sabes qué es lo peor? —dije mientras miraba mi cerveza— Que no sé si me interesa más lo que pasa con ella… o lo que me pasa a mí cuando estoy con ella.

Pablo bebió un trago y asintió.

—Eso, mi querido CEO emocionalmente analfabeto, se llama: *te estás enamorando*.

—No jodas.

—Yo no lo inventé. Pero si quieres que use otra palabra para que no entres en pánico, podemos decir que «te estás implicando emocionalmente». ¿Mejor?

—Solo un poco.

—Pues prepárate. Porque si Jimena es la mitad de lo que parece, no vas a tener escapatoria.

Me quedé en silencio, mirando cómo la luz del jardín se reflejaba en las copas medio vacías y en las risas de otros grupos que seguían charlando o coqueteando sin preocupaciones. La fiesta seguía, pero yo ya me había ido, al menos mentalmente.

—Creo que me voy —dije finalmente.

—¿Tan temprano?

—Necesito dormir. Y pensar.

—Mala combinación, mi querido Watson.

Nos dimos un abrazo breve, de esos que solo se dan los amigos de verdad.

—¿Nos vemos mañana para almorzar?

—Cuenta con eso. Y mientras tanto… —me señaló con la botella— piensa si estás listo para cambiar tus propias reglas. Porque si no lo estás, no le hagas perder el tiempo a una mujer como ella.

—Créeme —dije mientras caminaba hacia la salida—, si hay algo que no quiero hacer, es eso.

El aire fresco de la madrugada me golpeó cuando crucé el jardín. Pedí un taxi, metí las manos en los bolsillos y me quedé un momento mirando el cielo. Ni una nube. Como si el universo me estuviera dando permiso para sentir algo de verdad esta vez.

Pero por dentro, la tormenta ya había empezado. Y su nombre era Jimena Martín.

Capítulo 8



Jimena

Era lunes por la mañana y yo estaba sentada frente a mi escritorio, con la mirada fija en el reloj, esperando que Ismael llegara para nuestra reunión. El silencio del despacho contrastaba con la agitación que sentía por dentro. No podía dejar de pensar en la cena del viernes pasado, en la conversación que habíamos tenido después, ya los dos solos. En lo fácil que había sido abrirnos el uno al otro, como si nos conociéramos de toda la vida. Eso no era algo que me sucediera con frecuencia, sobre todo en un ambiente tan formal y rígido como el de un banco.

Recordaba cómo, aquella noche, mientras compartíamos una mesa en aquel bar tranquilo, la charla había fluido con una naturalidad inesperada. Al principio, todo parecía un intercambio de palabras corteses y temas superficiales, pero pronto esa barrera se rompió. Ismael y yo dejamos atrás el protocolo para hablar con una sinceridad que me sorprendió y me atrajo al mismo tiempo.

La conversación derivó en nuestras experiencias personales en el trabajo, los retos que enfrentábamos, las frustraciones… y también las pequeñas victorias. Ismael me habló de su equipo, de lo satisfecho que estaba con ellos y con el buen trabajo que hacían.

No recordaba bien en qué momento exactamente dejamos de hablar solo de trabajo para tocar temas más íntimos, pero el cambio fue palpable. Hablamos de nuestras familias, de nuestros sueños, de esas pequeñas cosas

que nos hacían quienes éramos. Y en medio de esa conversación, surgió una chispa que hizo que el tiempo pareciera detenerse.

El sonido de pasos en el pasillo me sacó de mis pensamientos. La puerta se abrió y apareció Ismael con su habitual porte tranquilo, una carpeta bajo el brazo y una sonrisa que parecía esconder algo más.

—Buenos días, Jimena —dijo mientras entraba y cerraba la puerta tras de sí—. Espero no haberte hecho esperar mucho.

—No, justo estaba repasando algunas cosas para nuestra reunión —respondí, levantándome para ofrecerle una silla—. ¿Cómo te fue el fin de semana?

—Bien, tranquilo —contestó—. Pero tengo la impresión de que esta semana va a ser más movida, especialmente después de la cena del viernes.

Sonreí ante su comentario, sintiendo cómo una mezcla de nervios y entusiasmo me invadía.

—Me alegra escucharlo —respondí, acomodándome en la silla frente a él—. Veo que traes algo para mí —dije, señalando la carpeta, que él dejó sobre la mesa.

—Las cuentas y las condiciones que tengo en el otro banco. A ver si es cierto que puedes mejorarlas.

—Dalo por hecho —le aseguré, cogiendo la carpeta.

Revisé las condiciones de sus cuentas, las cláusulas importantes. Me habló de lo que necesitaba y de que, por su trabajo en el área de inversiones, en ocasiones se le presentaban oportunidades que no podía dejar pasar, y necesitaba de la eficacia del banco para facilitarle el dinero de inmediato.

Unos minutos después, nuestra conversación fue interrumpida por un par de llamadas, pero retomamos el hilo con facilidad, como si no hubiéramos perdido el ritmo. La reunión se extendió durante casi dos horas, pero finalmente quedó convencido de que podía mejorar las condiciones que tenía en el otro banco y de que podía confiar plenamente en mí y en mi equipo para manejar su dinero.

Pero lo que realmente me sorprendió fue lo cómoda que me sentía con él. Había algo en su manera de escuchar y en su sinceridad que me hacía bajar la guardia, algo que pocas veces me permitía en el trabajo.

Cuando finalmente cerramos el portátil, él se recostó en la silla y me miró con una sonrisa cómplice.

—¿Sabes? —dijo—. Me gustaría continuar esta conversación fuera del banco. ¿Qué te parece si vamos a comer? Tengo un lugar en mente donde podemos hablar sin interrupciones y, de paso, relajarnos un poco.

Sentí que el corazón me acababa de dar un vuelco.

—Me encantaría —respondí sin dudarlo.

Guardamos nuestras cosas y salimos juntos del despacho. Mientras caminábamos por el pasillo, sentí que la energía entre nosotros era distinta, más ligera y espontánea.

Le dije a Vicky —una de las chicas de caja que estaba libre en ese momento— que me marchaba ya, y sonrió al ver que iba bien acompañada.

No pasó por alto el vistazo que Gloria, la encargada de las cuentas de pequeñas empresas, le echó a Ismael, como tampoco el modo en el que Sergio nos miraba desde su puesto.

El restaurante no estaba lejos. Era un lugar pequeño y acogedor, con una decoración sencilla y una atmósfera cálida, ideal para una comida tranquila. Nos sentamos en una mesa junto a la ventana, desde donde se veía un parque con árboles donde pensé que se estaría la mar de cómodo bajo su sombra.

Pedimos algo rápido, pero suficiente para acompañar la charla que no tardó en retomarse.

—Cuéntame —empecé—, ¿de dónde te viene la pasión por las inversiones?

Ismael se quedó pensativo un momento antes de responder.

—Mi padre tenía una asesoría contable. Le echaba una mano en verano durante el último año de instituto y cuando cursé Empresariales en la universidad. Tenía un cliente que era inversor, y hablaba de esas empresas que necesitaban liquidez para sus proyectos, en las que él invertía. Sentí curiosidad, hablé con mi padre y decidí que eso era lo que quería hacer, no seguir con la asesoría. ¿Y tú?

—Ya sabes el refrán: de tal palo… —Me encogí de hombros y él sonrió.

—Cierto. Los dos trabajaban en banca antes de jubilarse, ¿verdad?

—Ajá, en el banco en el que estoy yo pasaron los últimos veinticinco años.

La comida avanzó mientras seguíamos compartiendo anécdotas, ideas y sueños. La química entre nosotros era evidente, aunque ninguno de los dos parecía querer nombrarla en voz alta.

Cuando terminamos, Ismael propuso dar un pequeño paseo por el parque. Caminamos bajo el sol tibio, disfrutando del momento y del silencio cómodo que se había instalado entre nosotros.

En ese instante supe que aquel lunes, lejos de ser un día común en el banco, marcaba el inicio de algo nuevo.

Mientras caminábamos por el parque, sentí que el ritmo de mis pensamientos se desaceleraba. El aire fresco y el canto de los pájaros parecían borrar el peso de la rutina diaria. Ismael tenía una forma de hacerme sentir que todo lo complicado podía simplificarse si estábamos dispuestos a compartirlo.

Caminamos un poco más, hasta que nos detuvimos junto a un banco del parque. Nos sentamos, y allí, con el sol acariciándonos la piel, la charla cambió de rumbo otra vez.

—¿Sabes qué me gusta de ti, Jimena? —me dijo con sinceridad— Que no tienes miedo de ser directa, pero al mismo tiempo eres empática. Eso es raro.

Sentí que mis mejillas ardían, otra vez con ese sonrojo que él me provocaba, pero también me llenó de una cálida satisfacción.

—Gracias —respondí—. Eso significa mucho viniendo de ti.

Nos quedamos en silencio unos segundos, disfrutando de esa conexión callada. Fue entonces cuando, sin pensarlo demasiado, me atreví a preguntarle algo más personal.

—Ismael, ¿qué haces cuando no estás ocupado con reuniones o inversiones? ¿Qué te apasiona fuera del trabajo?

Él se quedó mirando un punto lejano, como buscando en sus recuerdos.

—Me gusta mucho la música —respondió—. Toco la guitarra desde niño. No soy un experto, pero es mi escape, mi forma de desconectar.

—Qué interesante —dije, sorprendida—. No me lo imaginaba. ¿Tocas solo o con alguien más?

—Solo, aunque hace años que no lo hago, la verdad. Ese era como un pequeño refugio.

En ese momento sentí que veía otra faceta de Ismael, más allá del profesional serio y dedicado que había conocido en el banco.

—Tal vez algún día me invites a escuchar esa música —le dije con una sonrisa, y él rio suavemente.

—Será un placer.

Volvimos a ponernos de pie y comenzamos a regresar hacia el banco, conscientes de que el día seguía avanzando y que aún quedaba mucho por hacer.

De camino, la conversación volvió a centrarse en el trabajo, en algunas dudas que le habían quedado sobre las cuentas que iba a abrir con mi banco al día siguiente.

Al llegar a la entrada, sentí una mezcla de satisfacción y expectativa.

—Gracias por hoy, Ismael —dije sinceramente—. Creo que esto es el comienzo de una buena colaboración.

Él me miró fijamente, con esa chispa en los ojos que había notado desde el viernes.

—Estoy seguro de que sí, Jimena. Mucho más que eso, creo que estamos empezando algo que puede cambiar muchas cosas.

Nos despedimos con un apretón de manos que duró un instante más de lo habitual, como si ambos sintiéramos que había más en ese gesto que solo formalidad.

Aunque me habría encantado que nos despidiéramos de otra forma, que me diera un beso en la mejilla como la otra noche y así poder disfrutar del calor de su mano en mi cintura, y del aroma de su perfume.

Pero estábamos en la puerta del banco, donde mis compañeros —las personas que tenía a mi cargo, dada mi posición de directora de la sucursal — podían vernos, y no quería que hablaran más de lo necesario sobre algo que no les incumbía.

Entré en el banco y, mientras caminaba hacia mi despacho, supe que ese lunes sería recordado como el día en que algo cambió para siempre.

No solo en mi carrera —puesto que iba a tener a una de las empresas de inversiones más importantes de la ciudad (y del país) a mi cargo—, sino

también en lo que respectaba a mi vida personal.

Y es que sí, ahora estaba convencida de que Ismael González había llegado a mi vida con intención de quedarse por un tiempo indefinido.

Capítulo 9



Jimena

La noche había caído con suavidad sobre la ciudad, y las luces de los escaparates titilaban como si intentaran competir con las estrellas. Caminé por la acera con paso ligero, dejando atrás la jornada en el banco, ansiosa por reencontrarme con Marta. Hacía semanas que no teníamos una de nuestras cenas de chicas, y ya me hacía falta reírme hasta que me doliera todo.

La encontré esperándome en la terraza de nuestro restaurante italiano favorito, con una copa de vino blanco en la mano y ese brillo en los ojos que siempre tenía cuando tramaba algo. Marta era así: intensa, divertida, y con la capacidad de convertir una cena normal en una anécdota que contaríamos durante años.

—¡Por fin! —exclamó al verme— Ya pensaba que te habías escapado con uno de tus clientes del banco.

—Anda, exagerada. —Reí mientras me dejaba caer en la silla frente a ella—. Llego cinco minutos antes de la hora, y no me he escapado con nadie. ¿Tú qué tal?

—Mucho mejor ahora que tengo esto —dijo con una sonrisa cómplice, y sacó de su bolso una cajita alargada envuelta en papel azul marino con un lazo plateado.

La miré con curiosidad mientras le daba un sorbo al vino que el camarero acababa de servirme.

—¿Y eso?

—El regalo de Iván —dijo, abriendo la cajita con cuidado como si fuese un tesoro—. Mira, ¿a que es una pasada?

Y lo era. Dentro había un reloj espectacular, de esos que solo se veían en los anuncios de revistas de lujo. La correa de acero pulido brillaba bajo la tenue luz del restaurante, y la esfera negra con detalles plateados tenía ese aire elegante y masculino que claramente decía: *«Me lo merezco»*.

—¡Vaya! —exclamé— ¿Es el que quería?

—El mismo —asintió ella, orgullosa—. Lo mencionó hace meses, así como si nada, dejándolo caer, como si no me fuese a acordar. Pero claro que me acordé. Me costó un riñón, no te voy a mentir, pero se lo merece. El tío curra una barbaridad.

—Y tú también, no te quites mérito —le dije—. Si no fuera por ti, esa asesoría se caía a trozos.

—No lo digas muy alto, que luego se lo cree —respondió riendo—. Pero sí, entre tú y yo, sin esta secretaria multitarea y todoterreno, el despacho se convierte en un caos.

Nos reímos las dos. Marta tenía ese don de reírse de todo, incluso de las cosas que a cualquiera le sacarían de quicio. Y esa noche estaba especialmente chispeante. Empezamos a pedir: *burrata*, *carpaccio* de ternera y pasta fresca con trufa. La conversación fluía con la misma facilidad que el vino, y nos lanzábamos pullas y anécdotas como si estuviéramos en el instituto.

—Oye, ¿se puede saber por qué miras tanto el móvil? —me soltó de repente, entre bocado y bocado de su ravioli.

—¿Qué? No lo estoy mirando tanto.

—Claro que sí, llevas toda la cena con un ojo en la pantalla. ¿Esperas un mensaje del Banco Central Europeo o qué?

—Ay, cállate —le dije justo cuando me vibró el teléfono. Lo cogí casi por reflejo y vi el nombre en la pantalla: *Ismael*. El corazón me dio un pequeño brinco.

—¡Ajá! —Marta alargó la mano y me lo quitó antes de que pudiera reaccionar—. A ver, a ver qué dice ese tal… Ismael.

—¡Marta, devuélvemelo!

—Un momento, mujer. *«¿Te apetecería cenar mañana?»* —Leyó con teatralidad, al tiempo que arqueaba una ceja—. Bueno, bueno, bueno… ¿Y quién es Ismael?

—Es… —Dudé un momento, pero al final se acabaría enterando igual—. El nuevo cliente que mi padre quería que conociera.

—¿Y al final resultó ser chef o un psicópata?

—Es inversor —contesté, riendo—. Inversor, no asesino.

—Ajá. ¿Nombre completo?

—Ismael González.

Marta ya tenía su móvil en la otra mano y tecleaba con rapidez. En cuestión de segundos, su rostro cambió de concentración a sorpresa.

—La Virgen… —murmuró— Qué bueno está. Jimena, este hombre es para ti.

Me reí, algo avergonzada.

—¡Que no! Que solo es un cliente.

—Por una cena se empieza. Así empezó lo mío con Iván, ¿te acuerdas? Una comida de trabajo que acabó con una copa, luego otra… y ya ves.

Volteé los ojos con una sonrisa. Marta tenía memoria de elefante para esas cosas, y probablemente tenía razón. Pero no iba a admitirlo tan fácil.

—Mañana no es una cita. Es solo… cortesía profesional.

—Cortesía profesional, ¡mis narices! —murmuró, y brindamos entre risas.

La cena siguió entre carcajadas y confidencias, como esas noches que una no planea, pero terminan siendo inolvidables. Marta estaba desatada, como si el vino le hubiera soltado los frenos del sarcasmo, y yo no podía parar de reír.

—Te imagino mañana, con tu chaqueta de ejecutiva y tu sonrisa profesional, diciéndole: «Ismael, sus fondos están muy bien diversificados, pero… ¿ha considerado diversificar también sus cenas con una chica encantadora como yo?» —soltó, imitando mi voz con un tono ridículamente agudo.

—Eres idiota —le dije entre risas—. ¿Por qué siempre tienes que burlarte?

—Porque te quiero, tontita. Y porque no sabes la cara de boba que pones cuando alguien te gusta. Y esa sonrisa que se te escapó cuando viste su nombre… ¿Qué? ¿Crees que no me he dado cuenta?

—No es eso —contesté, bajando un poco la voz y revolviendo mi plato con el tenedor—. Es que no sé, me ha pillado por sorpresa. No esperaba que me escribiera fuera del horario de oficina.

—Ah, claro, porque los inversores viven encerrados en sus despachos hasta que les das permiso para respirar. —Volteó los ojos.

—Tonta —le dije, dándole un toque en el brazo.

—Mira, Jimena, lo que está claro es que si ese hombre te ha escrito un jueves por la noche para invitarte a cenar un viernes… eso no es estrictamente profesional. Eso es interés. Y tú deberías explorarlo.

—¿Explorar? ¿Qué soy, Dora la Exploradora?

—Exacto. Y mañana vas a explorar ese restaurante, esa cena y a ese señorón de ojos verdes que, si me dejas decirlo, está como quiere.

Me reí de nuevo, algo más nerviosa esta vez. No quería hacerme ilusiones, pero Ismael tenía algo que me intrigaba. En las reuniones del banco había sido educado, serio, pero con un punto de humor muy sutil, y esa sonrisa… Esa sonrisa me había perseguido más de una noche, aunque me negara a admitirlo.

Terminamos los platos entre más risas, cotilleos de oficina y el análisis detallado de los nuevos fichajes del despacho de Marta. Al parecer, una nueva administrativa se había liado con uno de los contables y el rumor ya iba por la tercera planta.

—Lo mejor de todo es que nadie se atreve a contárselo a Recursos Humanos porque, ¡oh, sorpresa!, ella es Recursos Humanos —dijo Marta, entre carcajadas.

Nos limpiamos las lágrimas de tanto reírnos y pedimos un tiramisú para compartir. Cuando llegó, Marta lo miró con la misma devoción que si fuera una joya.

—Esto sí es amor verdadero.

—Más que Iván. —La piqué.

—Bueno… es menos complicado. El tiramisú no deja la tapa del váter levantada. —Y me reí de nuevo.

El postre nos duró menos de cinco minutos. Después, nos quedamos un rato más, hablando ya en un tono más tranquilo, bajando de la euforia a una calma íntima.

—¿Sabes qué? —me dijo, de pronto— Me alegra tanto que tengas esa cena mañana. No porque crea que tengas que emparejarte, ni nada por el estilo. Es solo que… te mereces un poco de emoción. De mariposas.

—¿Tú crees que todavía estoy a tiempo para las mariposas?

—Jimena, tienes treinta años, por Dios, no ochenta. Y, además, no es cuestión de edad. Es cuestión de actitud. Y tú llevas demasiado tiempo viviendo en modo avión.

—No es tan fácil.

—Lo sé —dijo, y me miró con una ternura que me desarmó—. Pero a veces lo difícil es justo lo que más vale la pena.

Suspiré. Me conocía demasiado bien. A Marta no le hacía falta presionarme, nunca lo hizo; con esas frases bastaba para removerme por dentro.

Pagamos la cuenta a medias, como siempre, y nos pusimos de pie justo cuando el fresco de la noche empezaba a acariciarnos los brazos.

—Entonces, ¿sábado a las nueve en el restaurante del primo de Iván? —dijo antes de que nos despidiéramos.

—Allí estaré. Con tacones y todo.

Nos dimos un abrazo largo, de esos que duran unos segundos más, porque ninguna quiere soltarse del todo.

—Te quiero, boba —me dijo al oído.

—Y yo a ti.

—Feliz cita con tu inversor —añadió, guiñándome un ojo con una sonrisa pícara.

—No es una cita —respondí, entre risas, mientras me daba la vuelta.

—Claro, claro… ¡Que no se te olvide la servilleta para secarte la baba! —gritó la muy loca.

Me alejé negando con la cabeza, pero no podía dejar de sonreír.

Caminé de vuelta a casa con las manos en los bolsillos y el paso lento, dejando que la noche me envolviera. Las luces de las farolas formaban un

camino tibio sobre la acera, y el sonido distante de una guitarra callejera me acompañaba a ratos.

Pensé en Ismael. En su voz tranquila. En cómo me miraba cuando hablábamos en la oficina. En cómo había escrito ese mensaje, tan sencillo y directo.

«¿Te apetecería cenar mañana?»

Sí, claro que me apetecía.

Entré en casa descalzándome en la entrada, como si no quisiera romper el silencio. El piso estaba tal como lo había dejado esa mañana: ordenado, tranquilo, acogedor en su rutina. Dejé las llaves en el cuenco de cerámica junto a la puerta y fui directa a la cocina. Bebí un vaso de agua, intentando enfriar el calor suave que el vino me había dejado en las mejillas, aunque lo que me daba vueltas en la cabeza era otra cosa.

La conversación con Marta. El mensaje de Ismael.

Me senté en el sofá, con las piernas cruzadas y el móvil en la mano. Leí el mensaje por tercera vez. No tenía nada extraordinario: cortés, breve, directo. Pero había algo en él… algo que me hizo sentir *vista*. Como si, detrás de esas seis palabras, se escondiera una intención real. Una invitación a explorar, como decía Marta.

Suspiré. Quizá me estaba haciendo películas.

O quizá ya era hora de dejar que algo nuevo ocurriera.

Abrí el chat. Tecleé con pulso firme, aunque con los nervios mordiéndome por dentro:

Jimena: *Claro, dime tú el sitio y la hora.*

Lo envié, y sentí que por dentro estaba llena de mariposas.

Minutos después, llegó su respuesta:

Ismael: *Perfecto. ¿Te viene bien a las nueve en «El Cielo»? Pido una mesa en la parte de arriba. Me han dicho que hay buenas vistas y mejor vino.*

Sonreí. ¿*Buenas vistas*? ¿Lo decía por la ciudad… o por la compañía?

Me levanté y fui al baño. Me desmaquillé frente al espejo con movimientos lentos, mirándome de vez en cuando, como si buscara respuestas en mi reflejo. ¿Estaba nerviosa? Sí. ¿Excitada? También. Pero, sobre todo, sentía esa expectación dulce, como cuando abrías un libro sin saber a dónde te iba a llevar.

Marta tenía razón en una cosa: llevaba meses, quizá años, en modo automático. Trabajando bien, con eficiencia, manteniendo todo bajo control. Pero sin dejar espacio para lo imprevisto. Y a veces, el *caos del bueno* era lo único que daba sentido al orden.

En la habitación, me senté en la cama y encendí la lámpara de noche. La luz cálida tiñó las sábanas en un tono ámbar, y me invadió una paz suave e inmediata. Saqué el móvil una vez más y vi que Marta me había mandado una nota de voz. La abrí y escuché su voz medio cantarina, medio mandona.

—No me digas que ya estás en pijama, que te conozco. Ponte una mascarilla, elige modelito y duérmete soñando con inversores. Y ni se te ocurra plantarte mañana con el traje gris de señora seria. Saca ese vestido azul que te hace un tipazo. ¡Y sonríe, hostia, que te lo mereces! Te quiero, chiflada.

Reí en voz baja y le respondí con otra nota.

—Te odio y te quiero a partes iguales. No prometo nada sobre el vestido. Pero gracias… por estar siempre.

Dejé el móvil en la mesita y me tumbé. Cerré los ojos con una sonrisa que no podía borrar. El corazón me latía con ese ritmo especial que tienen las cosas cuando aún no han sucedido, cuando todo es posible y nada está dicho.

Pensé en Ismael. En su voz pausada. En la cena de mañana.

Pensé en Marta, en el abrazo de despedida, en su regalo cuidadosamente elegido para Iván, en su risa contagiosa y sus consejos llenos de amor disfrazados de sarcasmo.

Y pensé en mí. En que quizá —solo quizá— era hora de dejar de mirar la vida desde la barrera y atreverme a saltar.

Mañana sería otro día.

Pero esa noche, en ese momento exacto, me sentí en paz.

Con una pequeña esperanza latiendo en el pecho.

Capítulo 10



Jimena

La mañana había comenzado como todas en la oficina: demasiado café, demasiadas tareas pendientes y muy poco silencio. Desde que me ascendieron a directora de la sucursal, los días se llenaban de pequeñas decisiones con grandes consecuencias, y al final de la jornada sentía que todo el peso de la banca reposaba sobre mis hombros.

A las nueve y veinte ya había respondido dieciséis correos, firmado otros tantos documentos y apagado un pequeño incendio con el departamento de riesgos. Me quitaba la chaqueta cada vez más temprano, como si así pudiera sacudirme la presión.

Y entonces, como cada mañana, como un reloj suizo —pero menos sutil —, apareció Sergio.

—¿Has desayunado ya, jefa? Porque dicen que no se deben tomar decisiones importantes con el estómago vacío —dijo, entrando con ese aire entre descarado y encantador que sabía usar con maestría.

Levanté la vista del informe de riesgo de una pyme local y le dediqué una sonrisa leve.

—He desayunado, gracias. Y también he tomado decisiones significativas, por si te preocupa la estabilidad del sistema financiero.

—Siempre me preocupa —respondió, acercándose al escritorio y apoyándose en él como si estuviera en su casa—. Pero más me preocupa que aún no hayas aceptado mi invitación a cenar.

—¿Otra vez con eso?

—Oye, uno no se rinde fácilmente. Y tú tampoco deberías. Algún día tendrás que aceptar salir conmigo, aunque sea solo para callarme.

—Y justo ese día tú dejarás de tontear, y perderás tu encanto —le dije, negando con la cabeza mientras sonreía sin poder evitarlo.

Él me guiñó un ojo.

—Prometo seguir tonteando, incluso si te enamoras de mí.

—Vete a trabajar, Sergio —dije entre risas—. Que, si no, tendré que hablar con Recursos Humanos. O con tu madre.

—Vale, vale, me voy. Pero lo dicho: algún día.

Se marchó con esa sonrisa suya que combinaba descaro y dulzura a partes iguales. Cerró la puerta tras él y solté el aire como si llevara rato conteniéndolo. Me gustaba Sergio, no lo iba a negar. Me caía bien, me divertía. Al menos ahora, porque cuando entró no me caía especialmente bien. Pero no era el tipo de hombre que necesitaba en mi vida.

Volví a sumergirme en los informes: marcando cifras, subrayando errores, revisando cláusulas. El mundo real estaba en esos papeles, en las firmas, en las aprobaciones que salían de mi despacho. Mi móvil vibró una vez, pero no lo miré. Me obligué a seguir.

Entonces, alguien llamó a la puerta.

—¿Sí?

Cuando se abrió, me quedé un segundo sin palabras.

—¿Hugo? —pregunté al verle.

Allí estaba. Alto, impecable como siempre, con su americana azul marino y esa sonrisa que sabía desarmar a cualquiera. No lo veía desde hacía semanas. Meses, más bien. Y, sin embargo, el recuerdo de su piel aún tenía la mala costumbre de colarse en mi memoria cuando menos lo esperaba.

—Hola, Jimena. ¿Molesto?

—No, claro que no. —Le devolví la sonrisa, ya en automático, y me levanté para saludarlo. Nos dimos un abrazo breve, cordial, con ese toque de confianza que solo daba el pasado compartido y la confianza de conocernos desde hacía años.

—Pasaba por la zona y pensé en venir a saludarte —dijo mientras entraba—. Hace tiempo que no hablamos y quería saber cómo estás.

—Muy liada —admití, volviendo a mi silla—. El trabajo no da tregua.

—Lo sé. Pero eso se soluciona fácilmente: una cena. Y lo que surja.

Me miró con ese brillo en los ojos que conocía demasiado bien. Sentí cómo las mejillas se me encendían, y odié que aún pudiera provocarme eso.

—Hugo…

—Anda, no pongas esa cara. Lo pasamos bien, ¿no?

—Sí, claro. Pero fue hace cuatro meses —dije, bajando la mirada al escritorio—. Y no debió pasar. Yo estaba hecha polvo por lo de mi ex y, bueno, tú eres mi cliente. No fue la mejor de mis ideas, la verdad.

—Discrepo. Fue la mejor idea —contestó, inclinándose un poco hacia mí con la voz suave—. Fue real. Al menos para mí.

Tragué saliva al escucharle, y de nuevo noté mis mejillas ardiendo.

—No dudo que lo fuera. Pero no debería repetirse. No ahora.

Hugo asintió despacio, sin perder la sonrisa.

—Bueno. Si cambias de idea y te apetece cenar… ya sabes dónde encontrarme.

Se despidió con un beso fugaz en la mejilla. Le acompañé a la puerta y salió con la misma elegancia con la que había entrado. Cerré la puerta, apoyándome en ella un segundo, intentando respirar con normalidad.

Suspiré cerrando los ojos.

Hugo Salvatierra. Uno de mis mejores clientes. Uno de mis peores impulsos.

Lo nuestro no fue nada serio. Solo unas cenas, algunas risas, una noche intensa que se repitió un par de veces. Lo justo para sentir algo. Lo suficiente para arrepentirme después. No por él, sino por mí. Porque lo hice desde el vacío, desde el dolor de sentirme rechazada por el hombre al que de verdad había querido.

Después de Hugo vinieron otros. Hombres de una noche. Un poco de sexo, un poco de olvido. Nada duradero. Nada que me hiciera sentir completa.

Volví al escritorio y encendí la pantalla. Tenía una notificación. El nombre apareció como si supiera que estaba pensando en él:

Ismael: *Estoy deseando verte esta noche.*

Mi corazón dio un pequeño brinco. Y entonces sí, sonreí.

Me quedé un momento mirando el mensaje. Solo una frase, nada más. Pero ¿cómo podía pesar tanto una frase cuando la escribía la persona adecuada?

«Estoy deseando verte esta noche».

Ismael no era como los demás. Había algo en él —en su forma de hablar, de observar, de escuchar— que me descolocaba sin esfuerzo. Y no lo decía como una colegiala con mariposas en el estómago (aunque sí, un poco las tenía). Lo decía como una mujer que llevaba tiempo guardando distancias y que ahora sentía cómo esas barreras empezaban a desmoronarse solas, casi sin permiso.

Guardé el móvil en el cajón del escritorio como si quemara. Necesitaba terminar un informe antes de la reunión de las doce, y no iba a dejar que un mensaje me distrajera más de la cuenta. Pero claro, decirlo era fácil. Hacerlo, otra historia.

Durante los siguientes minutos me forcé a concentrarme. Revisé los datos de una solicitud de hipoteca, anoté observaciones en un informe de viabilidad y respondí correos con una precisión automática. Cada clic del ratón era un intento por recuperar el control. Porque sí, en la oficina yo tenía todo en orden. Era eficiente, respetada, impecable. Pero fuera de aquí… bueno, fuera de aquí era otra historia.

Y lo peor era que aún me rondaban las palabras de Hugo.

Lo que más me molestaba no era que hubiera venido, ni siquiera lo que dijo. Era que, en el fondo, tenía razón: lo pasamos bien. ¿Eso hacía que valiera la pena? No. Porque lo nuestro nació de una herida, no del deseo genuino de empezar algo.

Me dolía admitirlo, pero aquella historia breve —ese paréntesis con Hugo— no fue más que un intento de acallar el eco de otra voz.

Una que aún hoy, a veces, cuando no podía dormir, seguía escuchando en mi cabeza. Samuel. Mi ex, el hombre al que creí querer como a nadie.

Y también el hombre que me dejó con una frialdad quirúrgica, volviendo con su ex, porque en realidad nunca me quiso a mí.

Desde entonces, me prometí no volver a entregarme así. A nadie. Cerré puertas. Subí muros. Hasta con Marta, a veces, me costaba abrirme del todo.

Por eso Ismael me daba tanto miedo.

Porque parecía que podía atravesar todo eso sin ni siquiera proponérselo.

Volví a mirar el reloj. Eran casi las dos. Me quedaba una hora para comer algo y preparar el informe que tenía que presentar por la tarde. Cogí mis cosas y salí de la oficina rumbo a la cafetería del edificio. Mientras bajaba por las escaleras, me crucé con Sergio, que venía con un café en una mano y su eterna sonrisa en la otra.

—¿Hora de comer? —preguntó.

—Hora de sobrevivir. ¿Tú?

—Hora de recordarte que aún no me has dicho que sí a esa cena —contestó, y volteé los ojos, divertida.

—¿Otra vez?

—Lo seguiré intentando hasta que me denuncies por insistencia excesiva. O aceptes. Lo que ocurra primero.

—¿Y si acepto por aburrimiento?

—Lo tomaré como una victoria —dijo, sonriendo—. Pero tranquila, sé que no tengo nada que hacer con el inversor misterioso.

Me detuve en seco al escucharle.

—¿Perdona?

—Vamos, Jimena, esto es un banco, no la CIA. Aquí todo se sabe antes que en redes sociales. Además, te lo noto en la cara cuando recibes un mensaje, y sonríes.

Suspiré.

—No es lo que piensas. Solo es una cliente, esto es algo profesional.

—Claro. Profesionalmente deseable, tal vez.

—Vete, Sergio.

—Voy, voy. Pero si necesitas consejos amorosos, ya sabes dónde estoy.

Lo vi alejarse con su paso relajado y ese aire de *todo me resbala* que tanto le gustaba fingir. A veces pensaba que, si no fuera mi compañero, ni tan insistente, igual hasta me lo habría planteado. Pero no. Yo no estaba para juegos.

Comí algo ligero —solo una ensalada y un café— mientras revisaba el móvil. Nada nuevo de Ismael, aunque tampoco lo esperaba. Había algo tranquilizador en su forma de comunicarse: directa, clara, sin buscar atención constante. No necesitaba llenarme el día de notificaciones para que supiera que pensaba en mí. Bastaba una frase, y ahí estaba yo, dándole vueltas.

De vuelta en la oficina, el ambiente era más tranquilo. La mayoría del equipo se había marchado a comer fuera, y por fin el silencio me permitió avanzar con los informes. Me sumergí de nuevo en datos, cifras, proyecciones. Durante un par de horas me olvidé de Hugo, de Sergio, incluso de Ismael.

Pero justo cuando ya estaba imprimiendo el último documento, sentí una punzada extraña en el estómago. Una mezcla de nervios y anticipación.

Mañana a esta hora sabría si todo esto era solo una ilusión.

Volví a mirar el mensaje. Ese *«deseando verte»* había reencendido algo dentro de mí que creía apagado. No una llama. Más bien una chispa. Un posible inicio. O un nuevo error.

Pero esta vez quería saberlo. Quería arriesgarme. Y eso… eso ya era algo.

Salí de la oficina pasadas las cinco, después de una reunión de última hora con uno de mis clientes. Quería tiempo para arreglarme con calma, sin sentirme contra reloj. Mientras caminaba hacia casa, el aire tibio de la tarde se colaba entre los edificios con ese olor mezcla de asfalto y flores que tenía la ciudad.

Al llegar a casa, lo primero que hice fue soltar el bolso y dejar los tacones junto a la entrada. Me preparé un té y lo llevé al dormitorio, donde abrí el armario como quien se enfrentaba a una misión diplomática.

No es que no tuviera ropa. Es que nada me parecía adecuado. Demasiado formal. Demasiado atrevido. Demasiado neutro.

Al final, como casi siempre, fue el vestido azul marino el que me miró desde su percha con esa seguridad que yo no tenía.

Entallado, elegante, pero sin exagerar. Lo justo. Como yo quería sentirme.

Estaba empezando a maquillarme cuando sonó el móvil. Miré la pantalla y suspiré con una sonrisa. Era mi madre.

—Hola, mamá.

—Hola, hija. ¿Te pillo bien?

—Me estoy arreglando para salir a cenar. ¿Qué pasa?

—Ay, nada… solo quería saber cómo te había ido el día… y contarte que me ha llamado Sofía.

Sofía. La madre de Ismael. Por supuesto.

—Mamá…

—Sí, sí —dijo, con esa voz suya entre inocente y entrometida—. Me ha dicho que Ismael va a cenar contigo esta noche.

Apoyé una mano en el tocador y cerré los ojos un segundo.

—¿De verdad no tenéis otra cosa de la que hablar que de nosotros?

—No —contestó rápido y sin pensar, y ambas nos reímos al mismo tiempo.

—Mamá, es solo una cena. Él es cliente del banco. Vamos a hablar de su empresa, de inversiones… ya sabes, números.

—Pues ojalá habléis poco de números. Te lo digo yo. Tienes todo el día para eso. Esta noche diviértete. Disfruta. Y, por favor, deja el trabajo fuera de la conversación por una vez.

—Sí, claro. ¿Y le llevo una tarta también?

—No te pongas sarcástica. Además, ¿sabes qué me ha dicho Sofía? Que Ismael lleva mucho tiempo sin salir con nadie.

—Madre mía… entre tú y ella, no sé quién es más celestina.

—¡Ay, hija! Es que te veo tan guapa, tan capaz, tan todo… Que ya va siendo hora de que alguien te vea también así. Y lo valore.

Me quedé en silencio un momento, tocando con suavidad el broche de un pendiente. No supe qué decir. Me enterneció, pero también me asustó un poco.

—Mamá, es solo una cena —repetí, más bajito.

—Ya. Bueno, ya me llamarás mañana para contarme «cómo fue la reunión de trabajo».

—Prometido.

—Y si necesitas consejo, ya sabes que tu madre también fue joven.

—Ya… pero tú empezaste a salir con papá a los diecisiete y te casaste a los veintidós.

—Bueno, nadie es perfecto —respondió con risa ligera.

—Te quiero, mamá.

—Y yo a ti, preciosa. ¡Pásalo bien!

Colgué con una carcajada que no pude contener. Mi madre y Marta deberían escribir un libro juntas. *Manual de la celestina moderna.* O algo peor.

Dejé el móvil sobre la cama y volví al espejo. Ya tenía la base aplicada, un poco de colorete, y me puse un labial suave. Nada recargado. No quería parecer que lo había planeado más de la cuenta.

Aunque, claro, lo había planeado hasta el más mínimo detalle.

Me puse el vestido y comprobé, como siempre, que me sentaba bien. Era cómodo y elegante. Me alargaba la figura sin marcar demasiado. Lo combiné con unos zapatos negros de tacón medio y me recogí el cabello en una coleta alta, dejando sueltos un par de mechones que caían suavemente a los lados del rostro.

Me miré al espejo. No parecía una ejecutiva cansada de bancos e informes. Parecía… yo. En una versión que ya casi no recordaba.

Y aunque me costaba admitirlo, me gustaba cómo me veía.

Cogí aire, me dediqué una última mirada al reflejo y sonreí pensando en Ismael, en la cena, y en que estaba preparada para saber qué pasaría después.

Capítulo 11



Ismael

Había llegado al restaurante con quince minutos de antelación. No porque me preocupara la puntualidad, sino porque necesitaba esos minutos a solas. Respirar. Calmar el ritmo del día. Y prepararme, aunque no supiera para qué.

El Cielo era uno de esos lugares que sabían elegir bien sus silencios. Mesas bien dispuestas, luz cálida, música apenas audible y un personal que parecía conocer con exactitud cuándo acercarse y cuándo desaparecer. Me acomodaron en la mesa del nivel superior, justo al lado del ventanal. Desde allí podía verse la ciudad extendida como un mapa de luces suaves, justo cuando el sol acababa de retirarse por completo.

Pedí una copa de vino blanco mientras esperaba. No solía ponerme nervioso en una cita o en una cena de negocios. Pero esto… esto no sabía todavía cómo definirlo. Sabía lo que no era: no era una cita cualquiera, y tampoco solo una reunión profesional. Con Jimena, desde el primer momento, había algo más. Algo que me empujaba a querer descubrir qué había detrás de esa mirada de hielo elegante y esa sonrisa que se escapaba solo cuando bajaba la guardia.

Y entonces la vi.

Entró con paso sereno, sin prisa, con ese tipo de presencia que no necesitaba hacer ruido para llenar una sala. El vestido azul marino le sentaba de forma impecable: marcaba su figura con elegancia, sin caer en el

exceso, como si cada curva hubiera sido pensada por un diseñador con vocación de escultor. Su coleta alta dejaba al descubierto la línea del cuello y la suavidad de su piel, y cuando sonrió —porque lo hizo, justo cuando sus ojos se cruzaron con los míos—, sentí que algo en mi pecho se aflojaba.

Tragué saliva.

Y no fui el único que la miró. Lo noté. Todos los hombres en ese lugar giraron la cabeza, aunque solo fuera un segundo, arrastrados por ese magnetismo tranquilo que tenía Jimena. Pero ella parecía no darse cuenta. O quizá sí, y simplemente no le daba importancia. Eso me gustaba aún más.

Me puse de pie en cuanto se acercó a la mesa.

—Estás… —Empecé a decir, pero no terminé.

Me acerqué y, en un gesto más instintivo que planificado, la besé en la comisura de los labios. No fue un beso largo, solo un roce. Pero lo suficiente para que ambos lo notáramos.

—Gracias —dijo ella en voz baja, sonriendo, mientras se sentaba—. El sitio es precioso.

—No tanto como tú esta noche —respondí, sin vergüenza, y ella arqueó una ceja, divertida.

—¿Así que hoy vienes en modo seductor?

—No. Hoy vengo en modo sincero.

La camarera apareció con los menús y nos tomamos un momento para elegir. Optamos por una propuesta sencilla, pero exquisita: de primero, raviolis rellenos de *ricotta* y trufa, con una crema suave de parmesano; de segundo, solomillo de ternera en reducción de vino tinto, acompañado de *parmentier* de patata y cebolla caramelizada; y, de postre, *coulant* de chocolate con helado de vainilla.

Cuando se fue, brindamos con un vino blanco seco, fresco, perfecto para abrir la noche.

—Cuéntame —dije, mirándola por encima de la copa—. ¿Cómo ha ido la semana en el banco?

Ella soltó una risa suave, de esas que se escapaban sin permiso.

—Interesante. Un poco agotadora. Ya sabes cómo es esto… informes, clientes que llaman cada diez minutos, compañeros que no entienden la palabra «límites»…

—¿Algún compañero en particular? —Curioseé.

—Digamos que tengo uno que me pide salir a cenar al menos tres veces por semana.

—¿Y por qué aceptaste conmigo?

Jimena clavó los ojos en los míos, sin esquivar la pregunta.

—Porque tú no lo has hecho tres veces por semana.

Reímos los dos. Me gustaba su manera de hablar. Su ironía medida, el control con el que elegía cada palabra, como si se permitiera mostrar solo la parte justa de sí misma.

—¿Y tú? —me preguntó, dejando la copa sobre la mesa— ¿Cómo van esas inversiones misteriosas que tienes en estudio?

—Tengo dos propuestas sobre la mesa —respondí—. Una en energías limpias. Interesante, pero aún muy volátil. Y otra en tecnología médica. Muy prometedora. Mucho riesgo, pero también mucha proyección.

—¿Y cuál te hace más ilusión?

—La verdad… —dije, bajando un poco la voz— ninguna tanto como esta cena.

Ella se rio, pero no me quitó la mirada. No la desvió. Había un juego en marcha, y ambos lo sabíamos. Pero no era un juego frívolo, era algo más. Complicidad. Curiosidad mutua. Y quizá, algo parecido a ganas de empezar de nuevo.

El solomillo estaba en su punto. Tierno, jugoso, con una salsa intensa que pedía pan para terminarla. Jimena comía con elegancia, pero sin ese cuidado impostado de quien quiere parecer lo que no es. Me gustaba eso. Tenía clase sin esforzarse. Y no fingía. Eso era raro. Muy raro.

—¿Y Marta, qué dice de todo esto? —le pregunté mientras dejaba el cuchillo sobre el plato, tras escucharla hablar sobre su mejor amiga con la que estaba cuando le envié el mensaje para invitarla a cenar.

—¿«Esto»? ¿Qué «esto»? —me dijo, fingiendo inocencia.

—Esta cena. Tú y yo. El inversor misterioso.

Jimena rio mientras tomaba un sorbo de vino.

—Marta es… Marta —contestó con esa sonrisa que me tenía cautivado —. Y se ha montado su propia película sobre esto. Dice que por una cena se empieza, que así comenzó lo suyo con Iván.

—¿Y tú qué dices?

Me miró un segundo de más antes de responder.

—Que solo es una cena.

Asentí, sin quitarle los ojos de encima.

—Claro. Solo una cena.

Pero el silencio que siguió dijo mucho más. Porque ninguno de los dos se lo creía del todo. Porque había algo en el ambiente que se sentía como el principio de algo. O, al menos, como el momento justo antes del principio.

El postre llegó en silencio. El *coulant* de chocolate se abría con precisión quirúrgica al contacto de la cuchara, liberando una lava oscura y brillante que se mezclaba con el helado de vainilla. Jimena cerró los ojos al primer bocado y murmuró un «madre mía» que me hizo sonreír.

—Esto debería estar prohibido —dijo.

—Lo está. Por eso sabe mejor.

Seguimos hablando. De libros. De viajes. De cosas que no se contaban en una reunión de negocios. Me sorprendió saber que le gustaban las películas antiguas, las que se veían en blanco y negro y no tenían prisa. Y a ella le hizo gracia descubrir que yo cocinaba, y que mi plato estrella era un *risotto* de setas que, según mi madre, valía por una declaración de intenciones.

—¿Eso te funcionaba antes? ¿El *risotto*?

—Digamos que no tengo malas críticas —le dije, guiñándole un ojo.

—Pues me apunto en la lista de degustación.

Fue un comentario al aire. O eso quiso que pareciera. Pero noté la pequeña trampa tendida. Y me dejé caer en ella con gusto.

Cuando terminó el postre, la miré con intención.

—¿Te apetece una última copa?

Jimena me sostuvo la mirada un segundo, después sonrió.

—¿Dónde?

—Conozco un lugar —dije, dejando un par de billetes con la cuenta—. Discreto. Buen ambiente. Muy selecto.

—Me fío de tu criterio. Pero solo una copa, ¿eh? —me advirtió, levantando el dedo.

—Una copa —repetí, levantándome mientras le ofrecía la mano para ayudarla a incorporarse.

Ella aceptó el gesto con una elegancia natural. Mientras salíamos del restaurante, rodeé su espalda con mi mano, justo en la parte baja, lo suficiente para guiarla sin invadirla. La noté erguirse un poco, pero no se apartó. No dijo nada. Y yo tampoco. No hacía falta.

El aire fuera era templado, agradable. Caminamos unos metros en silencio hacia el coche. No había prisa. La ciudad, en ese momento, parecía haberse detenido para nosotros.

La tenía cerca. Su perfume era suave, sin pretensiones. Sentía su energía, su calor, su risa todavía reciente.

Y no podía dejar de pensar en cómo se sentiría tocarla. De verdad.

Llegamos al coche, un sedán negro que había dejado en el aparcamiento privado del restaurante. Le abrí la puerta y esperé a que se acomodara antes de rodear el vehículo y sentarme al volante.

Encendí el motor y también la música, suave, *jazz* instrumental, apenas un fondo para el momento.

Mientras tomaba la primera curva, no pude evitar pensarlo: el mejor lugar para una última copa… era mi ático.

No se lo dije. Pero ya estaba conduciendo en esa dirección.

El trayecto fue breve. No hablamos demasiado durante el camino, pero el silencio no pesaba. Era un tipo de silencio cómodo, lleno de significado, como si ya hubiésemos dicho lo suficiente por esa noche y ahora solo hiciera falta dejarnos llevar.

Mi ático estaba en el centro, en la última planta de un edificio sobrio, discreto. Me gustaba ese lugar por muchas razones, pero la principal era que allí podía escucharme pensar. O dejar de pensar, si era necesario.

Cuando llegamos, le abrí la puerta del coche y luego la del edificio. Subimos en el ascensor, sin cruzar muchas palabras. Sentí cómo su perfume llenaba el reducido espacio, mezclado con el leve aroma de su piel, con ese calor contenido que parecía aumentar a cada segundo.

Al entrar al ático, encendí las luces tenues del salón, que iluminaron de forma suave los espacios amplios y cálidos. El interior era moderno, pero

no frío: madera, tonos grises, una iluminación pensada para invitar al descanso, al vino, a una conversación sin relojes.

—Vaya —dijo al entrar—. No sé qué esperaba, pero esto lo supera.

—¿Para bien o para mal?

—Para bien. Para muy bien. Es… acogedor, elegante. Masculino, sin ser prepotente.

—Gracias —dije sonriendo—. ¿Te apetece esa copa?

—Ahora sí.

Fui a la vinoteca y saqué una botella de vino tinto reserva, un Rioja de esos que guardaba para ocasiones especiales. No porque pensara que el vino definía un momento, sino porque me gustaba pensar que ciertos momentos se merecían algo mejor.

Le serví una copa y otra para mí, y nos acomodamos en el sofá, frente a los ventanales que daban a la terraza. Desde allí, la ciudad brillaba como un mar lejano de luces titilantes. A través del cristal, el mundo parecía tranquilo.

—¿Siempre tienes esta vista? —preguntó, cruzando una pierna sobre la otra, mientras sostenía la copa con una mano delicada.

—Sí. Me recuerda que todo sigue su ritmo ahí fuera, pero que puedo elegir cuándo participar.

—Eso suena bastante bien.

La observé un segundo. El vino le daba un brillo diferente en los ojos. Sus labios tenían un leve tono rosado por el labial y el calor. Había algo en su expresión que se abría, poco a poco, como una flor que llevaba tiempo cerrada.

—¿Sabes qué es curioso? —le dije.

—¿Qué?

—No me imaginé que estaríamos aquí, tú y yo. Ni siquiera después de aceptar esta cena.

—¿Y ahora?

—Ahora no me imagino estar en otro lugar —contesté sincero, y nos miramos.

Y ese fue el momento exacto. No hizo falta acercarme más: ella ya estaba cerca. Y yo ya no tenía la menor intención de seguir fingiendo que

no deseaba tocarla.

Dejé mi copa sobre la mesa y ella hizo lo mismo. Me incliné hacia ella despacio, sin prisa. Nuestros rostros se encontraron en un punto medio, y esta vez no fue la comisura. Fue en sus labios. Un beso lento, contenido al principio, como quien probaba algo nuevo, y luego más profundo, más decidido.

Mis manos encontraron su cintura. Las suyas rodearon mi cuello. Su cuerpo encajaba perfectamente contra el mío, como si lo hubiésemos ensayado sin saberlo. La besé con más intensidad, y ella me respondió sin reservas. No había prisa, pero tampoco había duda.

La cogí de la mano y nos pusimos de pie. Caminamos hasta el dormitorio sin dejar de besarnos, sin perder ese hilo que se había tensado desde el restaurante y ahora, por fin, se soltaba.

La habitación estaba en penumbra, iluminada solo por la luz que entraba desde la terraza. Me detuve un segundo para mirarla. Se veía hermosa. Serena. Encendida. Le aparté un mechón del rostro y lo acaricié con los labios antes de volver a besarla.

Sus manos fueron hábiles, decididas. Las mías también. Nos deshicimos de la ropa entre caricias, entre miradas que decían más que cualquier palabra. Su vestido se deslizó hasta el suelo como una segunda piel. Su cuerpo era una provocación perfecta, no solo por la belleza evidente, sino por la forma en que se ofrecía: sin miedo. Sin barreras.

Recorrí con mis labios cada centímetro de su piel, guiado por una mezcla de deseo y admiración. Sus suspiros se entrelazaban con mis caricias, y podía sentir cómo el placer se intensificaba entre nosotros, creando una conexión casi palpable. Al llegar a su esencia, a ese espacio íntimo reservado para aquellos que se atreven a escuchar y sentir, supe que esa noche, yo era uno de esos valientes.

Deslicé mis dedos con delicadeza entre sus pliegues mientras acariciaba su clítoris con suavidad. Ella, en respuesta, se aferró a mis hombros con fuerza. Instintivamente, levantó una pierna, rodeando mi cintura, lo que me permitió moverme con mayor libertad y explorar su cuerpo de una manera más profunda y conectada.

La penetré con dos dedos y gimió, al tiempo que apartaba sus labios de los míos, con los ojos cerrados y dejando la cabeza caer hacia atrás. Me lancé a su cuello, lo besé y mordí, sintiendo su pulso vibrar contra mi lengua, cada vez más acelerado. Moví mi mano con mayor intensidad, decidido a llevarla al clímax, a escucharla.

Se corrió con fuerza. Al retirar la mano, la hice sentarse al borde de la cama. Me arrodillé entre sus piernas y comencé a lamerla, saboreando el eco de ese orgasmo que yo le había provocado. Noté sus dedos enredarse en mi cabello, cómo se aferraba mientras yo seguía con mi lengua y ella movía las caderas al compás del placer. En pocos minutos, la sentí temblar de nuevo, dejando salir otro orgasmo.

La miré. Se recostó en la cama, mordiéndose el labio, sin apartar la mirada de la mía. Se insinuaba, me provocaba, me llamaba a seguirla. Y lo hice. Me acomodé entre sus piernas y volvimos a besarnos.

Nos abrazamos, y la penetré mientras entrelazaba mi mano con la suya. Nos dejamos llevar por el momento, por el deseo, por las ganas de que simplemente sucediera.

Mis manos recorrieron su espalda con una mezcla de urgencia y ternura, acariciando cada curva, cada pequeño detalle que me hacía perder el control. Su perfume me envolvía, me atrapaba, me hacía olvidar todo lo demás.

Sentí sus uñas clavarse suavemente en mi cuello, y eso me hizo estremecer, una corriente eléctrica que subió por mi espina dorsal. Nuestros besos se tornaron más profundos, más hambrientos, como si el tiempo se hubiese detenido y solo existiera el aquí y ahora.

Su piel contra la mía, el calor de su respiración, el ritmo entrecortado de nuestros suspiros: todo encajaba en una sincronía perfecta, en una danza silenciosa y apasionada. Nos movíamos al unísono, descubriéndonos sin miedo, sin prisa, dejándonos guiar por el deseo.

Sus gemidos eran música para mis oídos, una invitación a la que respondí entregándome por completo. Cada caricia, cada roce, era una promesa muda, una confesión hecha piel. La abracé con fuerza mientras la seguía penetrando, perdidos ambos en una pasión intensa y genuina.

Aquella noche no fue solo deseo. Fue mucho más. Fue el comienzo de algo real, algo que no quería dejar escapar.

Y cuando su respiración empezó a calmarse junto a la mía, entendí que esa noche no iba a ser fácil de olvidar. Que, quizás, no quería que lo fuera.

La habitación estaba en silencio, salvo por la respiración pausada de Jimena, dormida y acurrucada junto a mí. La luz tenue del amanecer se filtraba por las cortinas, dibujando sombras suaves sobre su piel. La observé en calma, admirando la serenidad que había encontrado tras tantas batallas invisibles.

Pensé en cómo, en apenas unas horas, aquella mujer fuerte y distante se había dejado ver tal cual era, sin máscaras ni defensas. Y en cómo esa noche habíamos compartido algo que iba más allá del deseo.

La calidez de su cuerpo junto al mío era un recordatorio de que, a veces, las conexiones inesperadas tienen el poder de cambiarlo todo.

Sonreí, porque en esa cama, entre susurros y caricias, algo había empezado. Algo que, aunque no supiera aún qué era, deseaba profundamente descubrir.

Capítulo 12



Jimena

Desperté con la luz tenue de la mañana filtrándose por las persianas, dibujando rayos delicados sobre mi piel, aún cálida por el cuerpo de Ismael junto al mío. Abrí los ojos despacio y me encontré con su mirada tranquila, los párpados un poco entrecerrados y esa sonrisa suave que me hizo sentir inexplicablemente segura. Me hizo un gesto, como un suspiro contenido, y sus labios rozaron los míos en un beso lento, lleno de calma y ternura.

—Buenos días —susurró contra mis labios.

Le devolví el beso con la misma suavidad, como si temiera despertar demasiado pronto la intensidad de lo vivido la noche anterior. Mis brazos lo rodearon, apretándolo contra mí. Él me correspondió con un abrazo firme, sus manos, cálidas y protectoras, descansando en mi espalda.

Nos quedamos así unos minutos, respirando el uno del otro, dejando que el silencio hablara por nosotros. Finalmente, él rompió la calma con una sonrisa cómplice.

—Anoche… —empezó, mirándome a los ojos—, nos dejamos llevar, ¿no?

Reí bajito, sintiendo cómo mis mejillas se teñían de rojo.

—Sí —contesté, casi en un susurro—. Fue… inesperado, pero no me arrepiento.

Ismael arqueó una ceja, divertido.

—¿Seguro? —preguntó, con un brillo travieso en los ojos.

Negué con la cabeza, sin poder dejar de sonreír.

—No, en absoluto. Aunque supongo que esto no es típico en mí, ¿verdad?

—Para nada —respondió, acercándose para besarme de nuevo, esta vez más profundo, más urgente—. Pero no me importa.

El calor de su beso me hizo sentir viva. Me aferré a él, dejando que ese momento se alargara un poco más, que el tiempo se estirara y nos envolviera. Cuando finalmente nos separamos, me miró con una mezcla de ternura y deseo.

—¿Quieres que continuemos? —susurró, con voz ronca.

Asentí, sin dudarlo, y nos perdimos otra vez en esa danza lenta y calmada, donde cada caricia era un descubrimiento, y cada suspiro, una confesión. No había prisa ni miedo, solo nosotros y la conexión profunda que se había tejido entre nosotros en unas horas.

Nos dejamos llevar de nuevo. Nos besamos y acariciamos como si el mundo se hubiera detenido, como si el tiempo no siguiera su curso tras cada paso de la manecilla del reloj.

Ismael besó mi cuerpo como la noche anterior; cada rincón de piel que rozaban sus labios se estremecía, y yo gemía en respuesta. Con sus dedos dibujó mi figura mientras me besaba, descendiendo hasta encontrar mi sexo, ese que le esperaba húmedo y expectante.

Lamió, mordió y me penetró con la lengua, para después añadir sus dedos en ese juego hasta que me llevó al orgasmo. Y mientras liberaba el clímax, Ismael me penetró sin dudarlo, besándome de nuevo mientras se movía dentro de mí, una y otra vez, hasta que ambos alcanzamos, otra vez, el clímax.

Después, tumbados, acariciándonos y compartiendo palabras bajas, me preguntó cómo me sentía.

—Extraña —le dije, con una sonrisa tímida—. Pero bien. Feliz, en realidad.

Ismael me sostuvo la mirada.

—Lo importante es que seas feliz.

Me giré para mirarlo mejor, admirando la sinceridad que había en sus ojos.

—Gracias por hacerlo tan fácil —susurré.

Nos quedamos en silencio un rato, hasta que el estómago nos recordó que era hora de bajar a desayunar.

Después, mientras él se duchaba, yo me vestía despacio, sintiendo aún el eco de la noche en mi piel. Cuando estuvo listo, me llevó en su coche hacia mi casa. El trayecto fue tranquilo, con conversaciones ligeras y sonrisas cómplices que confirmaban que lo que había pasado no era solo un desliz.

Al llegar, me preguntó si quería cenar con él esa noche.

—Me encantaría —dije, y él sonrió—, pero no puedo. Es el cumpleaños del novio de Marta.

Ismael asintió, comprensivo.

—Entonces será en otra ocasión.

Nos despedimos con un beso dulce y cálido, y entré en casa con el corazón acelerado, lleno de preguntas y dudas.

Mientras me desvestía, pensé en que Ismael era un cliente, un cliente nuevo del banco. Y aunque aquella noche había sido hermosa, no quería arriesgarme a complicar nada.

¿Había sido un error? No estaba segura. Pero tenía que hablar con Marta.

Pasé el resto del día recogiendo la casa y, sí, evitando llamar a mi madre para contarle cómo había ido mi cena con Ismael. Como no la llamaba ni le escribía, ella me envió un mensaje por la tarde que me arrancó más de una carcajada:

Mamá: *Como conozco a los padres de Ismael y sé que lo han educado bien, estoy segura de que no te ha descuartizado y por eso no me has llamado todavía. Pero no creas que me voy a olvidar, jovencita; más vale que me llames mañana y me cuentes todo, da igual lo vergonzoso que te resulte o lo escandaloso que creas que va a sonar para mí. Tengo sesenta y cinco años, pero te recuerdo que una vez fui joven y tuve citas con tu padre antes de casarnos. ¿O cómo crees que tú llegaste al mundo? Porque ya te digo que la cigüeña no te trajo a nuestra puerta. Te quiero, mi niña.*

Me sentía agradecida por los padres que tenía, porque con ellos podía hablar de cualquier cosa, aunque con mi padre no hablaba de sexo: eso me daba más vergüenza.

Después de una ducha y de elegir qué ponerme —opté por un vestido rosa pastel y unos zapatos blancos—, estaba más que lista para disfrutar de la noche del sábado.

Llegué al restaurante con un poco de nervios, pero también con ganas de desconectar. El local estaba decorado con luces cálidas y globos; el murmullo de la gente, junto a la música, creaba un ambiente festivo y acogedor. Busqué con la mirada a Iván y lo encontré charlando con algunos amigos, relajado y sonriente. Me acerqué a él con una copa de vino en la mano.

—¡Iván! —lo saludé con una sonrisa— ¡Feliz cumpleaños!

Él se volvió, y vi que sus ojos brillaban de sorpresa y alegría al verme.

—Jimena, gracias por venir —dijo abrazándome—. ¿Qué es esto? —preguntó, señalando el paquete que le tendía.

—Un pequeño regalo para ti —respondí, sintiendo cómo mi corazón latía un poco más rápido.

Iván desenvolvió el paquete con cuidado, y su sonrisa se ensanchó al ver la pluma estilográfica de firma, con sus iniciales grabadas en el cuerpo elegante y brillante.

—¡No me lo esperaba! —exclamó—. Y sabes cuánto la quería —añadió con una sonrisa—. Muchas gracias, Jimena.

—No hay de qué, Iván.

Me abrazó de nuevo, más fuerte esta vez, y me sentí cálida por dentro.

En ese momento, Marta apareció a mi lado con una copa también y me susurró:

—¿Cómo fue la noche con Ismael?

La miré, divertida y un poco avergonzada.

—Fue… una locura —dije, y le conté lo que había pasado—. No sé si debí hacerlo.

Marta se rio con esa confianza de quien no juzga.

—Lo hiciste porque te apeteció, punto —respondió con firmeza—. Y si tiene que volver a pasar, que pase. No pienses tanto, Jimena. Disfruta. Que sea lo que tenga que ser. —Me miró con complicidad y añadió—. Y no te preocupes porque sea un cliente. No serías ni la primera ni la última persona en hacerlo.

Nos reímos y nos unimos al resto del grupo. La noche continuó entre risas, bromas, una comida deliciosa y mucho buen vino. La música subió de volumen y, sin dudarlo, Marta me cogió de la mano para arrastrarme a la pista de baile.

—Vamos a bailar unas bachatas —dijo con una sonrisa traviesa.

Mientras nos movíamos al ritmo sensual y cadencioso que tan bien dominaba Marta, David, el hermano de Iván, se acercó y me cogió de la mano para sacarme a bailar también.

—Si no fuera gay, serías mi novia —dijo, guiñándome un ojo. No pude evitar reírme—. Eres la candidata perfecta, y mi madre te adora.

—Si no fueras gay, nunca habría salido con Samuel —le respondí con una sonrisa cómplice.

—Lo sé, cariño.

—Y sé que tu madre me adora. Siempre me ha dicho que me quiere como nuera.

—¿Ves? Todo son señales. ¿Nos casamos antes que mi hermano y Marta?

—¿Y robarle a ella la exclusiva? No, gracias —contesté entre carcajadas.

Me abrazó con cariño y me dio un beso en la frente. La noche se llenó de momentos divertidos y baile, pero por más que intentaba enfocarme en el presente, mi mente volvía una y otra vez a Ismael, a su forma de mirarme. A lo que habíamos compartido.

Aunque intentaba disfrutar, sentía que algo había cambiado, que algo nuevo y complejo estaba empezando entre nosotros. Algo que no podía ignorar.

Cuando la música bajó un poco, me detuve por un instante, observando a mi alrededor: los globos, las luces, las caras alegres de amigos riendo y bailando. Me pregunté, en silencio, qué camino tomaría todo aquello con Ismael. Pero decidí dejar esos pensamientos para más tarde. Por ahora, solo quería seguir disfrutando del momento.

La pista de baile vibraba con cada compás. Marta y yo nos dejábamos llevar por las bachatas; sus movimientos eran perfectos, casi hipnóticos, y yo me esforzaba por seguirle el ritmo. La risa fácil entre nosotras hacía que

todo fuera más ligero, más divertido. David, por su parte, no paraba de lanzarme miradas pícaras y bromas que me hacían reír.

Mientras seguíamos bailando, sentí cómo la energía de la fiesta me envolvía, y aunque mi mente a ratos volaba hacia Ismael y todo lo que había pasado, el ritmo y la compañía me mantenían en el presente.

Entre canciones, me acerqué a la barra para tomar una copa de vino. No tardó en aparecer Marta a mi lado, con su habitual chispa en los ojos y esa mezcla de picardía y lealtad tan suya.

—Entonces, ¿qué vas a hacer? —me preguntó con seriedad entre risas— ¿Vas a llamarle, quedar de nuevo?

Suspiré, observando el vino girar en la copa. Las dudas me recorrían como una corriente sutil.

—No sé… —murmuré— Ismael es un cliente, y no quiero mezclar las cosas. Tal vez fue un error.

Marta negó con la cabeza, fijando sus ojos en los míos con una firmeza tranquila.

—Si fue un error, fue un error que te hizo feliz. Y no hay nada malo en eso. Disfruta lo que tengas que disfrutar, Jimena.

Sonreí, sintiendo su apoyo como un abrazo invisible. Luego, la música cambió a algo más movido y divertido, y la fiesta siguió con más risas, bailes y buena comida.

Por unos instantes, me olvidé de mis preocupaciones y simplemente fui Jimena: amiga, compañera de risas y bailes.

Pero, en el fondo, el pensamiento de Ismael seguía allí, una presencia dulce y confusa que me acompañaba en cada paso.

La noche fue avanzando y la música, cambiando de ritmo. De las bachatas pasamos a canciones más movidas; las luces del restaurante se atenuaron, y el ambiente se volvió más cálido, casi íntimo. Marta seguía a mi lado, incansable, arrastrándome una y otra vez a la pista, sacándome carcajadas que hacía tiempo no tenía.

En un momento, nos sentamos en una mesa junto a la ventana para recuperar el aliento. Iván estaba en otra mesa, rodeado de sus amigos, y de vez en cuando lanzaba miradas de agradecimiento y felicidad. Se notaba que le encantaba el regalo, y eso me hizo sonreír.

—Jimena —dijo Marta mientras alzaba su copa—, quiero brindar por esta noche, y por lo que sea que esté pasando con Ismael.

Reí, sintiendo ese nudo de nervios mezclado con ilusión.

—No sé qué está pasando, la verdad —respondí—. Pero, por ahora, quiero disfrutar sin pensar demasiado.

Ella me dio un codazo amistoso.

—Así se habla. No dejes que la cabeza te amargue el corazón.

Volvimos a la pista, y esta vez fue David quien apareció para sacar a bailar a Marta, dejándome sola por unos minutos. Me quedé apoyada en la barra, observando todo a mi alrededor, respirando ese aire lleno de música, risas y vino.

Y entonces pensé en él.

En Ismael.

En la noche que habíamos compartido.

En su sonrisa cuando desperté.

En sus manos.

En todo lo que me provocaba.

Sabía que no sería sencillo mantener la línea invisible entre lo profesional y lo personal, pero algo dentro de mí, una voz baja pero firme, quería arriesgar.

Al final, cuando la fiesta empezó a dispersarse, me despedí de Marta y de Iván con abrazos y promesas de vernos pronto. Mientras caminaba hacia mi coche, el frío de la noche me envolvió, y con él, la sensación de que algo importante estaba a punto de empezar.

No sabía cómo, ni cuándo. Pero lo sentía.

Y a veces, sentir es el primer paso hacia todo lo demás.

Capítulo 13



Ismael

El martes había comenzado como cualquier otro. Café en mano, entré en la oficina a las ocho y cuarto, con el gesto serio y la cabeza llena de números. Claudia, como siempre, ya estaba allí, revisando los correos urgentes y ordenando los documentos de la reunión del lunes.

—Buenos días —me dijo con una sonrisa profesional mientras se acercaba con una carpeta azul entre las manos—. Aquí tienes el informe sobre la propuesta de inversión que te presentaron ayer. Lo he ordenado por áreas y riesgos.

—Gracias, Claudia. ¿Lo has podido revisar tú?

—Sí, le he echado un primer vistazo. Pero creo que hay que pulirlo antes de enviárselo a Pablo. Hay varias cosas que no están del todo claras, sobre todo en la sección de proyecciones.

Asentí, frotándome la frente. Tenía razón, como casi siempre.

—Haz una revisión a fondo, redáctalo tú misma con tus notas y tus observaciones, y mándaselo a Pablo cuanto antes. Quiero su opinión sin que tengamos que explicárselo todo desde cero.

—Perfecto. Te lo dejo después en tu bandeja, limpio y listo para enviar.

Claudia salió del despacho con su eficiencia habitual, dejando tras de sí el leve aroma de su perfume y el sonido casi imperceptible de sus tacones sobre la madera. Me quedé solo, abrí el portátil y empecé a revisar algunos correos atrasados. Dos notificaciones, tres recordatorios y una reunión cancelada. Agradable sorpresa.

El móvil vibró sobre el escritorio. Vi el nombre en la pantalla y sonreí. «*Mamá».*

Respiré hondo antes de descolgar. Sabía lo que venía.

—Hola, mamá.

—Buenos días, hijo. ¿Cómo has amanecido?

—Bien. Trabajando. Como siempre.

—Ajá… —dijo, con ese tono que ya conocía demasiado bien— ¿Y cómo fue la cena del viernes con Jimena?

Resoplé al escucharla, echándome hacia atrás en la silla.

—¿De verdad ahora contamos mis citas como parte del informe diario?

Escuché su risa del otro lado de la línea, esa risa suave, de madre que se creía sutil y no lo era en absoluto.

—Tengo derecho a saberlo. Soy tu madre.

—La cena estuvo bien. Muy bien, de hecho. Después fuimos a tomar una copa.

—¿Y?

—¿Y qué?

—¿Pasó algo más?

—No voy a tener esa conversación contigo, mamá.

—¡Vamos, Ismael! No me mientas. Lucía me ha dicho que Jimena se lo contó… y Lucía me lo contó a mí. Así que no te hagas el misterioso.

Me llevé una mano a la cara, entre divertido y exasperado.

—Entonces no me queda ninguna duda. Vosotros dos —y probablemente los padres de Jimena también— os habéis compinchado como celestinos. Todo esto estaba planeado.

—Yo no digo nada. —Canturreó ella.

—Claro. Y ahora justo estás entrando a un túnel y no se me escucha bien, ¿verdad? —dije, porque cuando quería evitar una conversación, siempre me salía con la misma excusa.

—Sí, justo eso… Creo que… *psshh*… se corta… *psshhh.*

Y colgó. Solté una carcajada en voz baja, apoyando la cabeza contra el respaldo de la silla. Me la había jugado, y bien. Pero la verdad… no me arrepentía. Conocer a Jimena había sido una sorpresa. Una de esas agradables que te descolocan y, al mismo tiempo, te despiertan.

Pensé en su risa, en su manera de mirar, en cómo me había respondido al beso en la puerta de su casa, y en cómo no había hecho falta decir mucho más.

Estaba volviendo a mis correos cuando sonó el teléfono fijo del despacho. Vi el identificador y contesté sin dudar.

—Pablo, dime.

—Ya leí el informe preliminar. Claudia hizo un muy buen trabajo. Solo falta pulir un par de cifras, pero por lo demás está perfecto. No te lo pienses más, Ismael, esa inversión es sólida. Métete.

—¿Estás seguro?

—¿Cuándo me he equivocado contigo?

—La última vez fue con aquella empresa de coches, ¿te acuerdas?

—Eso fue un experimento —respondió riendo—. Pero esta vez es diferente. Es dinero bien puesto. Hazlo.

Me quedé en silencio un segundo. Luego cambié de tema, sin poder evitarlo.

—Oye… estoy pensando en invitar a Jimena a pasar el fin de semana conmigo en la casa.

Hubo una pausa corta del otro lado.

—¿La de la sierra?

—Esa misma.

—Entonces, te interesa de verdad.

—Me interesa más de lo que pensaba —admití.

—Pues no la dejes escapar, Ismael. Invítala. Si acepta, ya tienes medio camino recorrido.

—Gracias, Pablo.

—De nada. Y si la llevas, que sea con vino bueno, ¿eh?

Colgué entre risas y, sin pensarlo más, agarré el móvil y le escribí un mensaje a Jimena.

Ismael: *¿Qué planes tienes para el fin de semana?*

Dejé el teléfono sobre la mesa y volví al informe, perdiéndome entre números, notas y gráficas. Pero lo cierto es que, por primera vez en mucho tiempo, el trabajo me parecía… menos importante.

Media hora después, sonó el móvil. Era ella.

Jimena: *Perdón, estaba en una reunión con un cliente. No tengo planes, ¿por qué? ¿Tú me propones algo?*

Reí en voz baja, casi como un adolescente, y le contesté al momento.

Ismael: *Sí. Quiero invitarte a pasar el fin de semana conmigo. Un lugar tranquilo, para desconectar.*

La respuesta llegó poco después.

Jimena: *Acepto. ¿A qué hora salimos el viernes?*

Ismael: *A las tres. Paso por tu casa. Te aviso antes.*

Dejé el móvil en el escritorio, todavía con la sonrisa en los labios. Hacía mucho, mucho tiempo que una mujer no me hacía sentir así. Con ganas. Con ilusión. Con la necesidad de saber más, de compartir más.

Y eso, para alguien como yo, era raro. Y emocionante.

Me quedé un rato observando el móvil, sin hacer realmente nada. Solo lo miraba, sonriendo como un imbécil. Hacía tanto que no me sentía así… ligero. Despreocupado. Con esa punzada de anticipación que se sentía cuando sabías que algo bueno estaba por venir.

No era solo atracción física, aunque desde luego la había. Jimena me interesaba de verdad. Tenía algo en su forma de hablar, en la manera en que pensaba, que me resultaba profundamente atractiva. Y eso me descolocaba. Estaba acostumbrado a relaciones prácticas, superficiales, sin pretensiones de más. Esto era distinto.

Abrí una pestaña del navegador y empecé a mirar el estado del tiempo en la sierra para el fin de semana. Sol, temperaturas suaves, nada de lluvia. Ideal. Después me metí en la agenda para organizar el viernes: tendría que salir antes de la oficina, dejar todo cerrado el jueves. Me bastaba con poner a Claudia al tanto.

Estaba todavía metido en esos detalles cuando volvió a sonar el móvil. Era Pablo de nuevo.

—¿Ya la has invitado? —Fue lo primero que dijo, sin saludo.

—Hola a ti también. Y sí —contesté—, la he invitado.

—¿Y? ¿Cómo ha tomado tu invitación?

—Con naturalidad. Me dijo que no tenía planes y que aceptaba —dije, y le escuché reír.

—Ya tienes medio camino hecho, amigo.

—Sí, pero…

—¿Pero?

Me quedé en silencio unos segundos. Pablo me conocía demasiado.

—No quiero estropearlo —dije al fin.

—¿Estropear qué? ¿Una cita? ¿Un fin de semana?

—No es solo una cita. Y lo sabes.

Pablo guardó silencio un momento antes de hablar, esta vez con un tono más serio.

—Ismael… tú nunca mezclas trabajo con lo personal. Nunca. Pero a veces, cuando algo vale la pena, no puedes seguir actuando como si todo debiera encajar en compartimentos perfectos. Jimena no es «una clienta». Es alguien que te hace sonreír como un idiota frente al móvil, cosa que no veía desde… bueno, desde nunca.

Sonreí, negando con la cabeza.

—Gracias por el recordatorio, terapeuta.

—Llámame abogado, que es como cobro —respondió riendo—. Ahora en serio: si esta mujer te mueve el suelo, no la sueltes. Y tampoco la asfixies. Deja que las cosas fluyan. Vive un poco, Ismael. Que ya trabajas demasiado.

—Lo pensaré.

—No lo pienses, hazlo.

Colgué, quedándome un rato en silencio. Pablo tenía razón. Lo sabía. Mi vida siempre había sido: trabajo primero, relaciones después… si es que había relaciones. Algunas fueron bonitas, otras cómodas, y otras, francamente intrascendentes. Nunca me había permitido abrir demasiado espacio para algo serio. No lo buscaba, no desde que acabó esa relación con la que pensé que tenía un futuro como el de mis padres. Pero con Jimena… me sentía diferente.

Abrí el bloc de notas y empecé a planear lo que necesitaría para el fin de semana: una botella de buen vino, algo especial para cocinar, y ropa cómoda para ella. Tenía que decirle que llevara calzado para andar por el campo. Y velas. No muchas. Solo unas cuantas. Por si acaso.

Me levanté y crucé el despacho hasta la ventana. Desde allí, la ciudad parecía funcionar como un reloj: coches avanzando, gente apurada, vida sucediendo. Y yo, por primera vez en mucho tiempo, no estaba tan metido en esa rueda. Estaba saliéndome un poco. Por ella. Por mí.

Y no sabía a dónde me llevaría eso, pero quería averiguarlo.

Eran casi las seis cuando llamé a Claudia por el interfono.

—¿Tienes un minuto?

—Claro —respondió al instante—. Voy para allá.

Entró con la misma soltura de siempre, su Tablet en una mano y una carpeta en la otra. Claudia era orden, equilibrio, eficacia. Un pilar imprescindible en mi rutina diaria.

—¿Qué te ha dicho Pablo del informe? —preguntó mientras se sentaba.

—Que nos metamos. Que la inversión es sólida.

Claudia asintió. No se sorprendía fácilmente.

—Entonces, ¿avanzamos?

—Sí, pero quiero preparar todo para dejarlo cerrado el jueves. El viernes por la tarde no estaré disponible.

Me miró por encima de las gafas, con una ceja arqueada.

—¿Un viaje?

—Un descanso. Necesito salir un poco de esta rutina.

—Eso es nuevo —comentó, sin disimular el asombro—. ¿Vas solo?

—No —respondí, sin añadir más.

Ella sonrió de lado. Sabía cuándo no preguntar.

—Entonces organizaré todo para que el viernes no tengas que preocuparte de nada. Te lo dejo limpio. ¿Algo más?

—Sí, mándame una copia del acuerdo actualizado. Quiero repasarlo esta noche.

—Hecho.

Salió con la misma eficacia con la que había entrado, y yo me quedé solo otra vez, con el portátil abierto y una ligera emoción en el pecho. El tipo de

emoción que no se relacionaba con cifras, sino con promesas. Con expectativas.

Cogí el móvil y escribí a Jimena.

Ismael: *Lleva algo cómodo para caminar. Y algo bonito para la noche. No hace frío, pero estaremos en la sierra.*

Tardó menos de cinco minutos en responder.

Jimena: *Entendido. ¿Estamos hablando de zapatillas y vestido, o de senderismo y tacones?*

Me reí como hacía tiempo que no me reía, y es que esa mujer… esa mujer conseguía de mí lo impensable.

Ismael: *Zapatillas, sí. Tacones… solo si tú quieres. Yo estaré en zapatillas todo el fin de semana.*

Jimena: *Entonces, tacones para la cena y zapatillas para el resto. Trato hecho.*

Guardé el móvil en el bolsillo del pantalón, todavía con la sonrisa en los labios, como si se me hubiera quedado pegada a la cara. No recordaba la última vez que una conversación de WhatsApp me había producido esa sensación. Esa mezcla de cercanía y expectación, como si entre cada línea se colara algo más, algo no dicho pero latente.

Miré el reloj. Eran las seis y media. Podía irme ya.

Cerré el portátil, apagué la lamparita del escritorio, recogí el maletín y salí del despacho con una sola cosa en mente: el viernes. El coche. El camino a la casa de la sierra. Y ella, sentada a mi lado.

Y aunque me esforzaba en mantener la compostura, lo cierto es que lo que más deseaba en ese momento era volver a verla.

Capítulo 14



Jimena

Eran las tres de la tarde cuando escuché el tono del móvil con un mensaje y sonreí: era el aviso de Ismael de que estaba abajo. Me asomé por la ventana y lo vi allí, recostado contra la puerta del conductor, con las gafas de sol puestas y esa media sonrisa que me desarmaba. El sol le iluminaba el rostro, y me pareció imposible no sonreír.

Pero cuando bajé la vista, sentí que el corazón me daba un vuelco.

Ismael llevaba unos vaqueros ajustados, que le marcaban las piernas largas y firmes; un polo blanco con una raya azul marino que le atravesaba el pecho —algo en esa combinación resaltaba su piel dorada por el sol—; unas deportivas blancas que parecían nuevas, y sus gafas oscuras, que le daban un aire misterioso, casi cinematográfico. Se me escapó un suspiro. Estaba guapísimo.

Me apoyé un segundo en la barandilla, intentando recuperar el aliento. Como si no hubiera pasado la noche anterior imaginando este momento. Como si verlo así, tan él, tan de anuncio, no fuera una escena que me removía todo por dentro.

Cogí mi bolso, la mochila con algo de ropa y el neceser que llevaba días preparando como si fuera a una luna de miel secreta, y bajé las escaleras casi corriendo, con el corazón acelerado por una mezcla de emoción, nervios y deseo.

Cuando abrí la puerta, Ismael sonrió aún más. Dio un paso al frente, se quitó las gafas y me miró directamente a los ojos.

—¿Lista? —preguntó, con esa voz que siempre me parecía más grave cuando estaba de buen humor.

—Listísima —respondí, sintiéndome como una adolescente a punto de fugarse.

Él se acercó y, sin darme tiempo a pensar demasiado, me besó suavemente en los labios. Fue un beso breve, pero lleno de intención, como si dijera: «Esto es solo el comienzo». Sonreí con cierta timidez, notando cómo se me subía el color a las mejillas.

—¿Eso es por el viaje o por lo bien que me ves sin traje? —bromeó, echándose hacia atrás y mostrándome ese gesto socarrón que conocía tan bien.

—Un poco de ambas —contesté, y le guiñé un ojo mientras me subía al coche.

Nuestros ojos se encontraron un instante y hubo algo ahí, una chispa silenciosa que flotó en el aire unos segundos antes de que él arrancara. Ya estábamos en marcha. Solo nosotros dos.

El viaje fue ligero. La autopista estaba despejada y la música que él había elegido —una mezcla perfecta entre *indie* suave y ritmos veraniegos — acompañaba la conversación fluida. Hablamos de todo y de nada: de películas que queríamos ver juntos, de la vez que me fui con Marta a un fin de semana de chicas y casi nos perdemos en un bosque, y de cómo habíamos sobrevivido a una semana llena de trabajo y caos.

—¿Sabes qué? —dijo él en un momento, girando brevemente la cabeza hacia mí— Cuando has salido por la puerta, me ha dado un vuelco el corazón. Estás preciosa.

—¿Solo hoy? Vaya, gracias —respondí con una sonrisa burlona.

—No, no. Solo hoy, no. Siempre. Pero hoy… Hoy te brillaban los ojos de una forma especial. Como si ya estuvieras viviendo el fin de semana en tu cabeza.

—Puede ser —dije, mirándolo con cariño—. Es que contigo, cualquier escapada parece un viaje a otro planeta.

—Pues este planeta tiene piscina, camas balinesas y mojitos —anunció él con tono teatral.

—¡Entonces firmo contrato para quedarme a vivir!

Ambos reímos, y durante un buen rato fuimos simplemente eso: dos personas con ganas de compartir algo bonito. Sin relojes, sin planes rígidos, sin máscaras.

Tardamos poco más de una hora en llegar. Ismael bajó la velocidad al entrar por un camino de tierra rodeado de árboles altos, y al fondo apareció la casa.

Me quedé sin palabras.

—¿Te gusta? —preguntó, divertido, mientras apagaba el motor.

—¿Esto es real? —le dije, saliendo del coche sin dejar de mirar a mi alrededor.

Era una casa de una planta, con paredes blancas y grandes ventanales que se abrían hacia el jardín. Al frente, un césped perfectamente cuidado rodeaba una piscina tipo playa, que se fundía con el paisaje como si fuera parte natural del entorno. Había palmeras que se mecían con el viento, hamacas colgando entre los árboles y, al fondo, dos camas balinesas con dosel blanco que se movía suavemente con la brisa.

—Esto parece sacado de una película —murmuré, dando un par de pasos hacia la piscina.

—Me alegra que te guste. La encontré por casualidad hace algunos años y la compré. Pensé que nos vendría bien… desconectar un poco —dijo él, acercándose por detrás.

—Desconectar… —repetí, con una sonrisa cómplice— Me encanta la idea.

Entramos a la casa para dejar nuestras cosas y, si por fuera ya me había dejado sin palabras, al ver el interior me sorprendí aún más. Era tan hermoso como el exterior: tonos neutros, madera clara, decoración minimalista pero cálida. Todo invitaba a relajarse, a dejarse llevar.

Ismael se giró hacia mí con una ceja arqueada.

—¿Qué te parece si nos damos un baño? —propuso mientras se quitaba el polo.

Reí suavemente al ver cómo lo hacía sin quitarme la vista de encima.

—¿Siempre eres tan directo?

—Siempre que se trata de agua y tú en bikini, sí —dijo, guiñándome un ojo.

Me puse un bikini color coral que resaltaba el leve tono bronceado que tenía y salí al jardín. Lo vi ya dentro del agua, con el torso mojado, el cabello despeinado y esa sonrisa ladeada que me daba ganas de cruzar corriendo todo el césped.

—Ven, el agua está perfecta —me dijo, tendiéndome la mano.

Me acerqué despacio, dejándome mirar. Me encantaba esa sensación de ser deseada por él, de saber que me miraba como si fuera lo más bonito del lugar.

El agua estaba tibia. Me sumergí y nadé hacia él. Nos encontramos en el centro de la piscina, y por un instante, flotamos en silencio, solo mirándonos.

—No me esperaba algo así —le dije.

—¿Así cómo?

—Tan perfecto.

—Es porque estás tú —me respondió, sin dejar de mirarme.

Nos reímos y me lanzó un poco de agua, poniéndose de lo más juguetón.

—¿Otra guerra acuática, señor González?

—Siempre estás perdiendo, así que sí.

—Ah, ¿sí? —Le salpiqué con fuerza y él fingió ahogarse dramáticamente.

—¡Agua traicionera! ¡Me ha vencido!

Me eché a reír con ganas. Nadamos, nos abrazamos bajo el agua y nos dimos besos robados cada vez que uno se acercaba demasiado al otro.

Al salir, Ismael preparó dos cócteles: piña, mango, un toque de coco y algo de ron. Dulces, refrescantes, peligrosamente deliciosos.

—Esto está demasiado bueno —dije, tumbándome junto a él en la hamaca.

—Como tú —soltó, sin siquiera mirarme, como si fuera una verdad absoluta.

—¿Estás coqueteando conmigo, Ismael?

—Todo el tiempo —respondió, acercándose un poco más a mí.

Me giré hacia él y le puse un dedo en los labios.

—Entonces tienes que hacerlo mejor.

—¿Me estás retando? —preguntó con la ceja arqueada, y en ese momento vi al hombre de negocios que era.

—Tal vez —dije, encogiéndome de hombros.

Y me besó. De esos besos lentos que te dejan sin aire, como si cada segundo pudiera durar una eternidad. Apoyó su frente contra la mía después, sonriendo.

—¿Así mejor?

—No está mal… Aunque necesitaré más muestras.

—¿En cuotas?

—Y con intereses.

Nos echamos a reír otra vez. La tarde fue pasando entre besos, tragos y bromas absurdas. En un momento, él puso música suave desde su móvil y bailamos descalzos sobre la hierba.

—¿Sabes bailar? —pregunté, sorprendida.

—Lo justo para no pisarte —dijo, y me giró con un movimiento exageradamente elegante.

—¡Oye! Eso ha sido muy profesional.

—Tengo mis trucos.

—Sí… Ya lo veo.

Me dio un beso suave y volvimos a la piscina, donde los besos y caricias estuvieron muy presentes, acompañados de esas miradas que Ismael me lanzaba, cargadas de deseo.

No tardamos en salir, porque los dos deseábamos ir más allá en ese momento. Entramos en la casa aún empapados, dejando un rastro de gotas en el suelo de madera mientras nos dirigíamos al dormitorio. Nos besamos en el umbral, entre risas contenidas.

Cuando entramos en la habitación, las risas aún nos cosquilleaban en la garganta, pero algo había cambiado. Ismael cerró la puerta tras de sí y me miró con una intensidad que me dejó sin aliento. La luz tenue entraba por las ventanas abiertas y la brisa agitaba apenas las cortinas blancas.

Se acercó despacio, con esa manera suya de moverse, que parecía siempre medida, como si cada gesto tuviera un propósito. Me sostuvo el rostro con ambas manos y me besó. Un beso largo, profundo, con la lengua

acariciando la mía con una cadencia lenta y segura. Sus labios sabían a fruta y deseo.

Sus manos bajaron por mi espalda, se deslizaron hasta el borde de mi bikini y lo desataron con un gesto hábil. Lo miré a los ojos mientras lo dejaba caer al suelo, y mis pechos quedaron expuestos, tensos bajo su mirada. Me acarició con la palma abierta, con una ternura casi reverencial al principio, y luego con más presión, haciendo que mi piel se encendiera.

—Estás preciosa —susurró, con voz grave, ronca.

Le quité la ropa mojada sin apuro, besando cada centímetro nuevo de piel que se me revelaba. Su pecho firme, su vientre tenso, el camino de vello que descendía hacia lo inevitable. Cuando por fin lo tuve completamente desnudo frente a mí, me mordí el labio sin poder evitarlo.

Se tumbó conmigo sobre la cama, y nuestras piernas se entrelazaron. Mis muslos lo rodearon instintivamente. Sus dedos encontraron mi humedad con facilidad y comenzaron a acariciarme con movimientos circulares, lentos y precisos, como si conociera mi cuerpo desde siempre. Mi respiración se volvió errática, jadeante, y cerré los ojos, dejándome llevar.

Mientras sus dedos se adentraban en mi interior, su lengua descendía lentamente por mi cuerpo, haciéndome estremecer con cada centímetro recorrido.

Y siguió bajando, hasta alcanzar mi clítoris. Jugó con él —o mejor dicho, lo torturó dulcemente— y me hizo gritar su nombre cuando me alcanzó el orgasmo.

Cuando por fin me penetró, lo hizo con una lentitud casi insoportable, sin apartar la mirada. Me aferré a sus hombros, sintiéndolo profundamente. Cada embestida era medida, intensa, hecha para que la recordara. Nos movíamos al ritmo de nuestros jadeos, de nuestras respiraciones entrecortadas, del lenguaje secreto de la piel contra la piel.

Nuestros cuerpos sudaban, se buscaban, se aferraban. En un momento, él me sujetó por las caderas y me hizo sentar sobre él. Entonces fui yo quien lo cabalgó, despacio, mirándolo desde arriba, sintiendo cómo su deseo me devoraba.

Nos corrimos casi al mismo tiempo, sus manos aferradas a mi cintura, mi boca gritando su nombre. Y luego, la calma. La respiración volviendo a su

ritmo, su cuerpo colapsando junto al mío, nuestros corazones aún latiendo fuerte.

No dijimos nada. No hacía falta. Éramos un solo cuerpo, un solo temblor.

Nos quedamos allí, abrazados, unos minutos.

—Este fin de semana promete —dije, con una sonrisa somnolienta.

—Y este es solo el principio —susurró él, besándome la frente.

Un par de horas más tarde salimos a la terraza a cenar algo ligero: queso, pan, uvas, vino blanco frío. Me contó que tenía contratada a una pareja que cuidaba de la casa una vez por semana, y que cuando los avisaba de su llegada, le dejaban la nevera llena.

Ismael me contaba anécdotas absurdas de cuando era niño, como aquella vez que intentó construir una catapulta en su cuarto, y yo no podía dejar de reír.

—Vale, espera… ¿Me estás diciendo que lanzaste un zapato por la ventana y le diste al gato del vecino?

—No fue de manera intencionada. El gato eligió estar ahí.

—¡Increíble! Eres un arma de destrucción felina.

—Era un inventor precoz. Como Tesla. Pero con peores cálculos.

—Y peores consecuencias legales.

El cielo estaba estrellado, y el aire olía a jazmín. Me apoyé en su hombro, y él me envolvió con el brazo.

—No quiero que esto termine —susurré.

—Entonces no lo dejemos terminar nunca —respondió él.

Y así, entre bromas, besos, charlas profundas y miradas que decían más que mil palabras, la escapada se convirtió en algo mucho más grande. En un recuerdo que, lo sabía, guardaría para siempre.

Capítulo 15



Jimena

El sábado amaneció con un sol brillante. La brisa era tibia y olía a hojas, a piscina, a verano.

Me desperté con el roce suave de algo en mi nariz. Abrí los ojos y vi que Ismael estaba inclinado sobre mí, con una bandeja en la mano y una flor silvestre tras la oreja.

—Servicio de habitación —dijo con una sonrisa insolente—. Café, tostadas, frutas… y un anfitrión increíblemente guapo.

—¿Me estás malacostumbrando? —pregunté, incorporándome, aún somnolienta.

—Exactamente, ese es el plan.

Desayunamos en la cama, entre risas, migas y besos robados con sabor a café. Después pasamos la mañana en la piscina. Nadamos, jugamos y nos sumergimos como niños.

—Si fueras un animal, ¿cuál serías? —pregunté, recostada en una hamaca, mientras él se secaba el torso con una toalla.

—Un lobo. Fuerte, solitario, peludo.

—¡Ja! ¡Solitario, dice el que no ha dejado de besarme desde que llegamos!

—Bueno, serías mi loba —añadió, y se abalanzó sobre mí para hacerme cosquillas.

—¡Ismael, para! ¡Vas a hacerme caer!

—Si caes, caigo contigo —dijo, sujetándome con fuerza y besándome la nariz.

Después de secarnos, entramos en la casa para preparar la comida. En la cocina, me instalé en la barra, cruzando las piernas, observando cómo abría la nevera y sacaba ingredientes como si estuviera a punto de grabar un programa de cocina.

—¿Puedo ayudar? —pregunté, divertida.

—Claro —respondió sin mirarme—. Puedes empezar por no distraerme.

Levantó la vista y me miró de arriba abajo. Me di cuenta de que aún llevaba su camisa… y nada más.

—Esa camisa me queda mejor a mí, por cierto —añadió, acercándose como quien estaba por atrapar a una presa.

—Discúlpame, chef —respondí, alzando las manos teatralmente—. Solo intento que la cocina tenga ambiente.

—Ah, no, ambiente hay —murmuró, sin apartar la mirada de mis piernas.

Sonreí nerviosa, sintiendo mi cuerpo estremecerse, por lo que mi mente recordaba y por las ganas de que me tocara de nuevo.

La cena fue sencilla pero perfecta: pasta con marisco, una ensalada de rúcula, tomates cherri y queso de cabra, y una botella de vino blanco frío. Lo acompañé a cortar los ingredientes, aunque me costaba concentrarme entre sus bromas y las caricias fugaces que me daba al pasar.

—Así que marisco, ¿eh? ¿Intentas impresionarme? —le pregunté mientras pelaba los langostinos.

—No. Ya te tengo impresionada. Esto es solo un extra.

—Modesto, como siempre.

—No me pagan por ser modesto —dijo, y me guiñó un ojo.

Comimos en el porche, escuchando el leve chapoteo del agua en la piscina, jugando a hacernos preguntas absurdas. Ismael llenó nuestras copas, y brindamos sin decir nada, solo con una sonrisa. No hacía falta nada más.

—¿Cuál fue tu peor cita? —le pregunté, tomando un sorbo.

—Una chica que me habló durante cuarenta y cinco minutos de su cactus. Literalmente. ¡Su cactus!

—¿Y tú qué hiciste?

—Pedí otra copa y me hice amigo del camarero.

—¡Qué diplomático!

—¿Y tú?

—Un tipo que me llevó a ver una obra experimental… y luego me dejó esperando afuera porque «necesitaba tiempo para procesar lo que habíamos vivido».

—¿Y lo habíais vivido juntos?

—No. Él lloró toda la obra. Yo me dormí.

Y volvimos a reírnos, algo que me di cuenta me salía de manera natural cuando estaba con él.

Después de comer, aún con el vino como compañía, Ismael me pasó el brazo por los hombros y me acercó a su costado. Lo miré mientras apoyaba la mano en su muslo y, así, de manera natural como siempre ocurría, nos besamos. Fue lento, suave. El tipo de beso que no terminaba, que no buscaba avanzar, sino quedarse.

Después de recoger, volvimos a la cama balinesa con nuestras copas, y en mi cabeza no dejaba de resonar una misma pregunta.

—¿Y si nos quedamos aquí para siempre? —pregunté, sin mirar.

—¿En la casa o debajo de la palmera?

—En la vida. Aquí. Así.

Él me miró. Había algo en sus ojos: ternura, deseo, promesa.

—No me tientes, Jimena. Porque lo haría.

Y supe que hablaba en serio.

—¿Qué buscas tú, Ismael? —le pregunté, en voz baja.

—¿Ahora mismo?

—No. Conmigo. Con esto.

Él se giró hacia mí y me miró con esa honestidad que estaba segura de que no usaba con nadie más.

—Busco lo que nunca he tenido. Tranquilidad. Algo real. Alguien con quien no tenga que fingir. Contigo siento que puedo parar. Que ya no tengo que correr. Que todo está bien, incluso si allá afuera el mundo se cae.

Tragué saliva. El nudo en mi pecho era dulce, hondo. Apoyé mi frente en la suya.

—A mí me pasa igual —susurré.

Nos abrazamos en silencio, sintiendo que esa confesión no necesitaba ser sellada. Ya estaba dicha. Ya era real.

Al caer la tarde, volvimos a la piscina. Esta vez sin ropa, riéndonos como adolescentes mientras corríamos hacia el agua. Nadamos, nos sumergimos y nos abrazamos bajo el agua. Y sí, nos besamos, nos tocamos, nos sentimos piel con piel. Me llevó al orgasmo mientras me penetraba con dos dedos, y luego lo hicimos allí mismo, en el agua, recostados en la parte que simulaba la arena de la playa.

—¿Sabes qué es lo mejor de este fin de semana? —dijo cuando acabamos, apoyando su frente en la mía.

—¿Qué?

—Que no necesito nada más. Esto es suficiente.

—Lo es —respondí, acariciándole la nuca.

Cuando salimos, la piel ya estaba arrugada de tanto estar en el agua. Nos secamos entre risas y besos, envueltos en toallas, y me llevó de la mano hacia el dormitorio para descansar un rato. Me abrazó, dándome un beso en la frente, acariciándome la espalda mientras mi cabeza reposaba en su pecho. Y mientras cerraba los ojos, escuchando el latido de su corazón, lo sentí de verdad:

El amor. No el que se siente como fuegos artificiales. No el de los cuentos. Sino ese que te ancla, te calma, te hace cerrar los ojos sin miedo.
Supe que, aunque volviéramos a la ciudad, algo ya había cambiado. En él. En mí. En nosotros.

Desperté cuando el sol empezaba a bajar, tiñendo el cielo de tonos cálidos: naranja, rosa, lavanda. La habitación se llenaba de esa luz dorada que convierte todo en un recuerdo perfecto antes incluso de que suceda. Me estiré lentamente en la cama, aún desnuda, sintiendo el cuerpo descansado, pero con esa deliciosa sensación de haber sido deseada, tocada, abrazada. No solo físicamente. Todo en Ismael me hacía sentir vista.

Él dormía bocarriba, con una mano detrás de la cabeza, y el pecho subiendo y bajando con esa lentitud que solo da el descanso profundo. Lo observé en silencio, como quien contempla un secreto. Su mandíbula marcada, los labios apenas entreabiertos y ese mechón de cabello rebelde

que le cruzaba la frente me provocaron una sonrisa inevitable. Nunca me acostumbraba a lo guapo que era. Pero más que eso, me conmovía lo que me hacía sentir: segura, sin prisas, sin máscaras.

Me levanté con cuidado, procurando no despertarlo. Me puse su camisa y salí al jardín. Caminé descalza sobre el césped, dejando que el aire tibio me envolviera. Todo estaba en calma. Solo se escuchaban los sonidos suaves de la tarde y algún pájaro que aún cantaba. Me tumbé en una de las camas balinesas, mirando al cielo. No habían pasado ni cinco minutos cuando lo sentí detrás de mí.

—¿Te has escapado sin mí? —preguntó con voz ronca de sueño.

Me giré y lo vi en la puerta, envuelto en una toalla, el cabello alborotado y los ojos entrecerrados. Dios… hasta medio dormido era atractivo.

—Pensé que necesitabas descansar —le dije con una sonrisa—. Parecías en paz.

—Siempre que estás cerca, lo estoy —respondió mientras se acercaba y se sentaba junto a mí.

Me apartó un mechón de pelo del rostro y me besó la frente. Un gesto pequeño, pero que me hizo cerrar los ojos.

—¿Qué hacemos esta noche? —pregunté, acariciándole el brazo con una caricia suave.

—Tenía pensado cocinar algo —respondió, con su tono más casual.

—¿Tú cocinando? Eso tengo que verlo.

—No solo soy bueno en la piscina, señorita escéptica —dijo, arqueando una ceja con esa expresión juguetona que conocía tan bien.

La noche del sábado fue aún más cálida que la anterior. Después del atardecer, nos duchamos juntos, sin hablar demasiado, pero tocándonos con ternura. Sus manos me recorrían como si me conociera de antes, como si cada rincón de mi cuerpo fuera un secreto suyo.

Nos vestimos con ropa ligera: yo, con un vestido blanco de lino que dejaba al descubierto mis hombros; él, con una camisa abierta hasta la mitad y pantalones de algodón. Pusimos música suave: *bossa nova*, j*azz* lento, y alguna canción francesa de su lista de reproducción. Y preparamos unos cócteles con ginebra, pepino y albahaca.

Cenamos fuera, de nuevo, esta vez con velas sobre la mesa. La luz era tenue y los sonidos de la noche se mezclaban con nuestras risas y conversaciones. No recordaba todo lo que hablamos, pero sí recordaba que cada palabra tenía esa carga de querer decir más, de querer quedarse en la piel.

Después, bailamos. Descalzos, en el césped. Él me agarraba por la cintura con una mano y con la otra sostenía la mía, guiándome con una seguridad natural. Yo me dejaba llevar, riendo, cerrando los ojos, apoyando la frente en su cuello.

—Nunca me imaginé esto —le dije, en un susurro.

—¿Esto, qué?

—Sentirme así con alguien.

—Yo tampoco —respondió él—. Pero ahora que lo tengo, no quiero soltarlo.

Me apretó un poco más contra su cuerpo, y ese gesto dijo más que cualquier promesa.

Cuando la canción terminó, no dijimos nada; tan solo nos miramos con los ojos cargados de promesas. Él deslizó los dedos por mi espalda desnuda mientras entrábamos a la casa en silencio. Cada paso que dábamos hacía que el aire se volviera más denso.

Ya en el dormitorio, me empujó con suavidad contra la pared y me besó con una voracidad distinta. Esta vez no había pausa. Era hambre. Deseo crudo. Necesidad.

Me levantó en brazos sin esfuerzo y me sostuvo contra él, mis piernas rodeando su cintura. Me rozaba contra su erección, aún cubierta por el pantalón, y yo gemía en su oído, desesperada por más.

—Quiero sentirte —le dije, y él gruñó, como si le doliera contenerse.

Nos desnudamos rápido, con torpeza, con prisa, como dos cuerpos que se habían esperado demasiado. Me empujó sobre la cama y descendió por mi abdomen, dejando un rastro de besos húmedos hasta encontrarme donde más lo necesitaba. Su lengua fue precisa. Lenta al principio, luego más firme, más rítmica, hasta hacerme temblar de placer mientras me aferraba a las sábanas.

Lo atraje hacia mí, lo besé con ganas, con hambre, de un modo intenso, salvaje. Lo guie dentro de mí de un solo movimiento, y entró tan profundo que me estremecí. Lo hizo con un gemido en mi oído y me hizo suya con fuerza, con ritmo, con todo el cuerpo entregado.

Le arañé la espalda, lo mordí en el cuello, lo empujé para cambiar de posición. Lo cabalgué con los pechos erguidos, rebotando, mientras él me sujetaba de las caderas y decía mi nombre entre dientes.

—Dios, Jimena… eres increíble…

El sudor brillaba sobre nuestros cuerpos. Cada embestida era una declaración, una promesa. Cuando me hizo girar bocabajo y me penetró de nuevo desde atrás, tomándome del cabello con una mano y de la cadera con la otra, supe que esa noche no la iba a olvidar nunca.

El clímax me llegó tan intenso que grité, sin pensar, sin medir. Él vino detrás, temblando, jadeando, enterrando el rostro en mi cuello.

Quedamos exhaustos, desnudos sobre las sábanas revueltas, respirando como si hubiésemos sobrevivido a una tormenta.

—Eso ha sido… —Intenté decir, pero no terminé la frase.

—Lo sé —susurró, con una sonrisa—. Yo también lo he sentido.

Y nos quedamos así, enredados, con el cuerpo aún vibrando. Como si hubiésemos hecho el amor en todos los planos posibles: piel, alma, deseo. Y yo me sentía completa. Llena de él. De su olor, su peso, su amor.

Dormimos abrazados, desnudos, con la ventana abierta y el sonido de los grillos como única música. Y por primera vez en mucho tiempo, no pensé en el mañana.

Capítulo 16



Jimena

El domingo amaneció cubierto de una luz suave. Me desperté antes que él, acurrucada en su pecho, y me quedé así, escuchando el leve latido de su corazón, observando cómo la brisa movía las cortinas. Todo tenía esa quietud que anunciaba el final de algo hermoso. Pero dentro de mí no había tristeza, solo certeza. Esto no era un escape; era el comienzo de algo.

Me levanté despacio, con cuidado para no despertarlo, y me puse una de sus camisetas. Caminé descalza hasta la cocina, preparé café y salí al jardín, envolviéndome en una manta. El aire era fresco, casi dulce. Me senté en el porche, mirando cómo la casa despertaba. Las hojas brillaban con el rocío. Dos pájaros revoloteaban cerca de las hamacas, y la piscina era un espejo inmóvil. Silencio de domingo. Calma antes del regreso.

Poco después, sentí pasos suaves detrás de mí.

—Te buscaba —dijo Ismael, con voz ronca, acercándose.

Se veía de lo más atractivo recién levantado, con el cabello alborotado, el torso desnudo y los ojos entrecerrados por el sueño. Tenía la piel aún tibia, como si conservara el calor de la cama.

—Estoy aquí —respondí, mirándolo con una sonrisa que no me cabía en la cara.

Se sentó a mi lado, me abrazó por detrás y apoyó la barbilla en mi hombro. No dijimos mucho más. No hacía falta. Respiramos juntos. Solo eso. Y todo estaba bien.

Después del desayuno que preparamos juntos, empezamos a recoger con calma, sin prisa, sin tristeza. Era como si ambos supiéramos que esto no se terminaba aquí.

Mientras yo doblaba una manta, él apareció en la puerta con una ceja arqueada.

—Oye… —Empezó, con esa sonrisa suya que usaba cuando tramaba algo—. ¿Puedo hacerte una pregunta un poco comprometida?

—Solo si después tú respondes una mía —le advertí, cruzándome de brazos con gesto teatral.

—Trato hecho.

Se apoyó en la pared, cruzando los brazos, y me observaba como si estuviera decidiendo por dónde empezar a desarmarme.

—¿Qué pasará ahora? —preguntó, al fin— ¿Vamos a hacer como si este fin de semana no hubiera cambiado todo?

Mi corazón se aceleró, pero no de miedo.

—No quiero que esto sea un paréntesis —dije más firme que en toda mi vida—. Quiero que sea el primer capítulo.

Él suspiró, como si eso lo aliviara. Se acercó y me besó la frente.

—Entonces lo será.

—Mi turno —dije, mirándolo con picardía—. ¿A cuántas mujeres has traído a esta casa para seducirlas y tener un fin de semana de sexo salvaje?

Se rio, abriendo los brazos.

—¡Esa sí que no la he visto venir!

—Es una pregunta válida. Esta casa es demasiado perfecta. Como salida de un catálogo para amantes irresistibles.

—La verdad… —dijo, y bajó la voz— A ninguna. Eres la primera. Y, si las cosas salen como espero, también la última.

Me quedé mirándolo, el corazón golpeándome fuerte en el pecho.

—¿La última?

—Sí. Porque quiero repetir este fin de semana contigo. Todos los que podamos. En esta casa o donde sea.

Me mordí el labio, sintiendo cómo se me escapaba una sonrisa imparable.

—Yo también quiero repetirlo —dije en voz baja.

Nos quedamos ahí, en silencio y abrazados, con las frentes juntas, respirando el mismo aire.

Después de recoger, decidimos darnos un último baño, desnudos de nuevo, porque no había nada que escondernos. Nos metimos en la piscina, y el agua tibia envolvió nuestros cuerpos como una caricia.

—¿Sabes? —dije, flotando de espaldas mientras él nadaba cerca—. Me da miedo cómo me haces sentir.

—¿Por qué?

—Porque no me cuesta. Porque me sale natural. Porque no tengo que pensar qué decir, ni fingir que soy algo que no soy.

Se acercó y me rodeó por la cintura, haciendo que flotara sobre él.

—Ese es el punto, Jimena. No quiero que pienses. Solo que seas.

Me besó. Un beso largo, lento, sin apuro. Me dejó suspendida sobre él, como si me sostuviera no solo con los brazos, sino con todo su cuerpo, todo su deseo, toda su intención.

Y fue en ese beso donde el juego cambió. Porque no fue solo ternura. Fue hambre contenida. Fuego en aumento.

Me atrapó por la cintura y me pegó a él. Nuestros cuerpos mojados se deslizaron el uno contra el otro, piel con piel, y sentí su erección firme bajo el agua, rozándome, provocándome.

—Estás preciosa, así —susurró, bajando la mirada hacia mis pechos, que flotaban apenas sobre la superficie.

Sus manos bajaron por mi espalda, lentas, decididas, hasta mis caderas. Me besó con hambre, con esa urgencia que ya conocía, pero que esta vez traía algo más oscuro, más profundo. Respondí con la misma intensidad, mordiéndole el labio inferior antes de soltar un jadeo cuando sus dedos, debajo del agua, encontraron el centro exacto de mi deseo.

—Ismael… —murmuré, con la cabeza hacia atrás.

Me sujetó más fuerte, haciendo que me enredara con él. Sin dejar de besarme, me levantó dentro del agua, y me aferré a sus hombros. Mi cuerpo se abrió para él sin pensarlo. Me rozó solo un poco, pero fue suficiente para encenderme del todo.

Nos acercamos al borde de la piscina, y me alzó para que saliera primero. El agua resbaló por mi cuerpo, y sentí sus ojos siguiéndome como

si fuera la última cosa bella del mundo que veía. Salió detrás de mí, y antes de que pudiera secarme, me cogió por la cintura, me giró y me besó de nuevo, esta vez con una urgencia distinta.

—¿Aquí? —pregunté, con una sonrisa, notando cómo me arrastraba hacia la cama balinesa.

—Aquí. Ahora. No quiero esperar.

Me empujó con suavidad sobre las sábanas blancas y cálidas por el sol. Nos tumbamos en la cama, aún húmedos, con el sol filtrándose entre las hojas de las palmeras. Él se puso sobre mí, sus labios recorriendo mi cuello, mis clavículas, mis pechos. Yo me arqueé hacia él, enredando los dedos en su cabello. Era distinto de las demás veces. Más libre. Más salvaje. Como si ese último día mereciera una despedida en llamas.

—No te muevas —ordenó con una voz grave, dominadora, que me hizo temblar.

Se arrodilló entre mis piernas abiertas y bajó la cabeza. Sentí su lengua trazando un camino lento desde mi ombligo hasta mis muslos, jugando con mi impaciencia. Me arqueé al sentir sus labios en mi sexo, cálidos, hambrientos. Me abrió con los dedos y me besó allí como si fuera sagrada. Su lengua entró, salió, rodeó, lamió, hasta hacerme perder el control.

—Dios… Ismael…

Mis manos se aferraron a los barrotes del dosel mientras mi cuerpo se agitaba bajo sus caricias. Estaba al borde. El orgasmo se acercaba, acechaba de manera incontrolable, y mi cuerpo se movía y sacudía mientras él, con su lengua y sus dedos, me hacía acercarme cada vez más a ese punto en el que no había vuelta atrás.

—Mírame cuando te corras —susurró, mirándome fijamente.

Y lo hice. Me corrí mirándolo a los ojos, gimiendo sin pudor, sacudida por una ola que me rompió por dentro. Me temblaban los muslos, el abdomen, el alma.

Pero él no terminó ahí.

Subió sobre mí y me besó, haciéndome saborear mi propio placer en sus labios. Me penetró con un solo movimiento, lento y firme. Solté un gemido agudo, abriéndome más para él. Entraba hasta el fondo, hasta donde nadie más había llegado. No solo era sexo. Era entrega.

—Eres mía —murmuró junto a mi oído—. Esta vez y todas las que sigan.

Lo abracé con fuerza, perdiéndome en el ritmo de su cuerpo contra el mío. Me embestía con una mezcla perfecta de fuerza y ternura. Unas veces me susurraba cosas sucias, otras más dulces, promesas. Y otras veces me besaba como si el mundo fuera a acabarse.

Tuvimos varios orgasmos, uno tras otro, mezclados entre sudor, susurros, risas breves y respiraciones entrecortadas. Me mordió el cuello, el pecho, y yo le arañé la espalda, la cadera. Nuestros cuerpos se fundieron tantas veces que ya no sabíamos dónde empezaba uno y terminaba el otro.

Terminamos exhaustos, envueltos en las sábanas, con el sol descendiendo lentamente tras las palmeras.

—Nunca había sido así —le dije, con la voz ronca.

—¿Cómo?

—Tan real. Tan intenso. Tan… tú y yo.

Me miró y me besó la frente. Su respiración aún era agitada; su pecho subía y bajaba bajo mi mejilla.

—No quiero que esto se acabe —confesó.

—No tiene por qué —le respondí.

Y nos quedamos así, abrazados, con el cuerpo todavía latiendo y la piel encendida. La cama balinesa, la brisa, el olor a agua y a deseo… Todo formaba parte de algo que ya no era solo un recuerdo. Era el inicio de una historia escrita en cada rincón de nuestro cuerpo.

Hasta que de nuevo el deseo llamó a nuestra puerta y nos dejamos llevar, una vez más.

—Te voy a echar de menos esta noche —murmuré mientras él bajaba besándome el abdomen.

—No vas a tener que echarme de menos por mucho tiempo —respondió con una sonrisa que ardía.

Y me hizo el amor otra vez, bajo el cielo, con el cuerpo aún salado, el cabello mojado y el corazón desbordado. Fue intenso, profundo, sucio y hermoso a la vez. Sin disimulo. Sin filtros. Verdadero.

Después volvimos a quedarnos abrazados en silencio, acompañados del sonido de las hojas y el agua como única música. Él jugaba con un mechón

de mi cabello. Yo dibujaba círculos sobre su pecho.

—¿Crees que esto cambiará cuando volvamos a la ciudad? —le pregunté sin abrir los ojos.

—No. Pero si cambia… que sea para más.

—¿Y si nos enredamos con las rutinas, el trabajo, los horarios?

—Entonces nos desenredamos aquí —respondió—. Cada vez que lo necesitemos.

Me giré para mirarlo. Su rostro estaba tan cerca que podía ver cada pequeña sombra en sus ojos.

—¿Esto va en serio, Ismael?

—Va en lo más serio que he sentido en años.

Asentí, y nos volvimos a besar.

Después, entramos a ducharnos, entre risas y caricias, con el agua cayendo sobre nosotros. Nos vestimos con calma, ya sin esa urgencia de antes. Era extraño: el reloj avanzaba, pero no sentía que el tiempo se nos acabara.

Comimos un sándwich rápido y cargamos el coche sin hablar mucho. No por incomodidad, sino por algo parecido a una reverencia. Como si ambos supiéramos que ese lugar se estaba convirtiendo en algo sagrado.

Antes de marcharnos, me detuve en la puerta de la casa. Me giré para mirarla por última vez. Ya no era solo una casa. Era un santuario. Un nido. Un recuerdo vívido.

—¿Lista? —preguntó él.

—Sí —respondí, y me subí al coche.

Durante el viaje de vuelta, hablamos poco. Llevábamos las ventanillas abiertas. El viento me enredaba el cabello. Su mano reposaba sobre mi muslo. De vez en cuando me miraba, y yo le devolvía una sonrisa tranquila.

Llegamos a mi casa a eso de las cinco. El cielo ya tenía ese tono dorado de las tardes de domingo que anticipaban la semana. Aparcó frente a mi portal, apagó el motor y nos quedamos mirándonos unos segundos en silencio.

—Gracias —le dije, acariciándole el rostro con suavidad.

—¿Por qué?

—Por todo. Por este fin de semana. Por hacerme sentir así.

—Eso es lo que quiero, Jimena —dijo, cogiéndome la mano—. Hacerte sentir así. Cada día.

Nos besamos una vez más. Fue un beso con sabor a algo nuevo, algo real. A comienzo. A promesa.

Bajé del coche. Él no arrancó hasta que entré en el edificio y cerré la puerta. Me quedé un segundo ahí, apoyada en ella, con el corazón aún vibrando.

No me sentí sola. Me sentí llena. Me sentí viva. Me sentí amada de nuevo, y eso… eso me daba mucho miedo.

Capítulo 17



Ismael

Me desperté con la ciudad aún somnolienta. Eran las siete y cuarto cuando la luz gris del lunes empezó a filtrarse entre las cortinas de mi ático. El cielo tenía ese tono azul sucio que solo existe en las mañanas laborales.

Me senté en el borde de la cama y dejé que el recuerdo de ella se colara entre mis pensamientos. La imagen de Jimena, desnuda en la cama balinesa, con el sol cayendo sobre su piel húmeda, era demasiado clara. Demasiado reciente.

Me levanté, fui directo a la cocina y me preparé un café. Mientras el aroma comenzaba a llenar el aire, cogí el móvil. Tenía varios correos sin leer, notificaciones de reuniones, un mensaje de Pablo desde anoche… pero ninguno de esos nombres me interesaba. Solo buscaba uno.

Jimena.

Abrí WhatsApp y, sin pensarlo demasiado, le escribí.

Ismael: *Buenos días, preciosa. ¿Me echaste de menos anoche en tu cama?*

Sabía que probablemente aún dormía, pero parte de mí quería provocarla, meterme en su mente desde temprano. Como ella estaba en la mía. Como había estado toda la noche. Aún podía olerla en mi piel, sentir la presión de sus piernas alrededor de mi cintura, escuchar sus gemidos en mi oído mientras me pedía que no parara.

El teléfono vibró antes de que pudiera ni siquiera dar el primer sorbo de café.

Jimena: *Sí. Mucho. Estuve a punto de tocarme pensando en ti… pero quise guardármelo. No sé si fue valentía o tortura.*

Me reí suavemente. Apoyé la espalda en el marco de la ventana y le respondí de inmediato.

Ismael: *Hazlo ahora. En el banco. Y llámame. Quiero oír cómo te corres para mí.*

Me imaginé su expresión, esa mezcla de escándalo y picardía que tenía cuando le decía algo así. Un minuto después, la pantalla se iluminó de nuevo.

Jimena: *¡Eres un descarado!*

Sonreí sin poder evitarlo, porque era como si la tuviera delante, diciéndome aquello con ese tono de voz y esa leve sonrisa en los labios que siempre le salía.

Ismael: *Sí. Pero soy un descarado que te desea como nadie te ha deseado antes.*

La imaginación se me disparó. Ella sentada en su despacho en el banco, cruzando las piernas con nerviosismo, repasando mi mensaje una y otra vez, mordiéndose el labio. Vestida con esa elegancia suya que me volvía loco. Y por dentro, encendiéndose poco a poco. Con ganas de cerrar la puerta, de tocarse mientras escuchaba mi voz. Quería eso. Quería estar en cada rincón de su pensamiento.

Apuré el café, recogí el reloj del mueble de la entrada y me pasé la mano por el cabello mientras iba hacia el dormitorio a vestirme. Camisa blanca, pantalón gris claro, zapatos negros pulidos. Ni un atisbo del hombre salvaje de la cama balinesa, pero debajo de esa fachada seguía el mismo fuego.

Caminé hasta el espejo. Me detuve un segundo y pensé: *«Estoy jodido»*. Porque era lunes por la mañana, tenía una semana entera de reuniones,

números y decisiones… pero lo único que quería era volver a tener a Jimena encima de mí, o debajo, o contra una pared, o donde fuera.

Y lo peor —o lo mejor— era que sabía que ella sentía lo mismo.

Mientras bajaba en el ascensor del edificio, le envié otro mensaje.

Ismael: *¿Lo estás pensando?*

Tardó en contestar, y eso me hizo sonreír. Porque sabía lo que ese silencio significaba. Jimena nunca respondía rápido cuando estaba considerando algo atrevido.

Salí del edificio. El aire de la ciudad me golpeó la cara con su mezcla de gasolina y café recién hecho. Había movimiento, pasos apresurados, bocinas lejanas. Todo ese ritmo cotidiano contrastaba con el fuego privado que ardía entre ella y yo.

Ya en el coche, encendí el motor y puse música suave. No quería ruido. Solo quería que el día pasara lo suficientemente rápido como para volver a verla. Y, si era posible… tocarla otra vez. Escucharla rendirse de nuevo en mis brazos.

Pero por ahora, tenía que volver al mundo real. Aunque la realidad, desde que ella estaba en mi vida, había comenzado a sentirse menos fría.

Subí al ascensor del edificio de mis oficinas con la mente aún a medias entre informes y gemidos imaginados. El móvil no había vuelto a vibrar desde mi último mensaje, pero estaba casi seguro de que Jimena estaba leyendo y releyendo cada palabra. Era parte del juego. Parte de lo que nos tenía tan enganchados.

Mi despacho ocupaba la esquina noreste de la planta catorce. Vistas limpias, diseño sobrio, cristal y madera. Todo minimalista, como me gustaba. Nada más cruzar la puerta, Claudia levantó la vista desde su mesa. Siempre impecable, siempre eficiente. Ella era mi asistente desde hacía varios años, y si algo tenía claro, era que, sin Claudia, media empresa se desmoronaría.

—Buenos días, jefe. Veo que el fin de semana fue bien —dijo, con una sonrisa cómplice, como si pudiera leer mi mente.

—Buenos, Claudia. ¿Cómo pinta el lunes?

—Reunión con Finanzas a las diez, llamada con los italianos a la una, y Pablo viene en un rato. Dijo que quería verte antes de que el mundo se acabara.

—Qué considerado —bromeé, quitándome la americana—. ¿Tenemos algo urgente?

—Además del presupuesto trimestral y los informes de análisis de expansión, nada mortal… de momento.

Asentí, y entré a mi despacho. Me senté, abrí el portátil y revisé correos. Mientras escaneaba documentos y respondía un par de cosas urgentes, pensé en ella. En Jimena. En cómo había cambiado el ritmo de mis pensamientos en solo unas semanas. Lo profesional seguía ocupando su lugar, pero ahora tenía otro eje que tiraba de mí con una fuerza diferente. Algo que me desafiaba y me calmaba al mismo tiempo.

Estaba en eso cuando Claudia asomó la cabeza por la puerta.

—Pablo ha llegado. ¿Lo dejo pasar?

—Por supuesto. Y dile que, si viene sin café, lo devuelvo.

Ella sonrió y desapareció. Segundos después, Pablo entró con dos vasos de cartón en la mano y esa sonrisa que usaba para cerrar acuerdos millonarios… o para meterse en problemas.

—¿Así recibes a tu abogado estrella?

—Mientras sigas trayendo café, puedes llamarte como quieras.

Nos dimos un apretón de manos rápido, de esos que no necesitan protocolo. Pablo era más que mi abogado. Era mi mejor amigo desde hacía décadas. Cómplice de ideas locas, testigo de mis ruinas sentimentales y de mis mejores aciertos.

—¿Cómo estuvo el fin de semana? —preguntó, dejándose caer en el sillón frente a mi escritorio.

—Perfecto.

—Perfecto, ¿eh? —Curioseó con una sonrisa de medio lado. Le lancé una mirada que hablaba por sí sola.

—Jimena es… —dije, con una sonrisa inevitable— distinta. No sé cómo explicarlo, pero estar con ella no se parece a nada de lo anterior.

—¿Perfecto en qué sentido? ¿Sexo? ¿Compañía? ¿Ambiente *spa*? ¿Todo junto?

—Todo junto. Pero lo que más me sorprendió fue la sensación de calma. Estábamos allí y… no necesitaba nada más.

Pablo arqueó una ceja.

—Eso suena a que te estás enamorando.

No respondí de inmediato. Bajé la mirada al vaso de café entre mis manos.

—Podría ser —dije al fin. Él soltó una risa corta y sincera.

—¡Vaya! ¿Jimena tiene una hermana? ¿Prima? ¿Amiga soltera, aunque sea? —preguntó y me reí.

—Tiene una amiga. Pero está felizmente emparejada. Lo siento.

—Siempre llego tarde. —Chasqueó la lengua.

Hablamos luego de un par de acuerdos pendientes, inversiones potenciales, oportunidades en marcha. Pero el aire entre nosotros seguía impregnado de esa conversación anterior. Yo no era de hablar mucho sobre mis relaciones. Pablo lo sabía. Por eso, el hecho de que compartiera tanto sobre Jimena lo decía todo.

Después de una hora, Pablo se levantó.

—Bueno, me voy antes de que la emoción romántica se me contagie. Nos vemos el miércoles.

—Trae más café —le dije, acompañándolo a la puerta.

—Y tú, ve pensando en esa amiga, por si acaso.

Volví a sentarme y, apenas puse las manos sobre el teclado, mi móvil vibró. El nombre de Jimena apareció en la pantalla.

Jimena: *¿Estás solo y disponible para una llamada?*

El corazón me dio un pequeño vuelco, anticipando algo. Le respondí sin dudar:

Ismael: *Depende… ¿Vas a tocarte y correrte para mí?*

La respuesta llegó casi al instante.

Jimena: *Sí.*

Mi garganta se secó. Cerré el portátil sin pensarlo y me acomodé en la silla.

Ismael: *Llámame. Ahora.*

Y cuando la pantalla se iluminó con su nombre, deslicé el dedo y contesté con una voz más grave de lo habitual.

—Dime que estás sola.

—Lo estoy —susurró ella—. He cerrado el despacho, incluso las persianas interiores. No hay nadie cerca.

Su voz ya temblaba. Y yo me encendía solo de escucharla respirar al otro lado.

—Quiero que te sientes… despacio. Que subas la falda, si la llevas. O que te bajes lo que lleves puesto.

—Llevo medias… y tanga. Pero no por mucho tiempo.

Suspiré, cerrando los ojos. La imaginaba tan clara que podía verla.

—Tócate. Empieza por el cuello. Despacio. Como si fueran mis dedos —le pedí. Ella jadeó suavemente.

—Ismael…

—¿Sí?

—Te deseo tanto que duele.

—Entonces hazlo. Hazlo y déjame escucharte. Quiero que te corras pensando en cómo te besé el fin de semana. En cómo te hice gritar mi nombre.

Los segundos siguientes fueron pura respiración agitada, susurros, el leve crujido de la silla donde estaba sentada. Yo la guiaba con la voz; ella obedecía con una entrega que me volvía loco.

—Quiero que imagines mi boca entre tus piernas —dije—, mi lengua rozándote justo ahí… lentamente… como me suplicaste ayer.

Ella gimió, y ese sonido me recorrió como una corriente eléctrica.

—Estoy cerca… —Jadeó.

—Entonces no te detengas. Quiero que te corras para mí, Jimena.

Y lo hizo. Con un gemido ahogado, el temblor en su voz, sus dedos aún en movimiento. Sentí su orgasmo como si me atravesara. Fue brutal. Real. Íntimo.

Hubo unos segundos de silencio en los que tan solo escuchaba su respiración al otro lado.

—Quiero tenerte aquí —le dije—. Aquí mismo. En este despacho. Que te corras otra vez, pero con mi boca. Con mi cuerpo.

Ella gimió bajito.

—Tengo una hora para comer…

—Entonces ven. Quiero que vengas a comer conmigo. Y no me refiero a comida.

Jimena rio bajito. Yo sentía mi erección palpitante bajo el pantalón. Ella se había corrido guiada por mi voz, y yo estaba a punto de encerrarme en el baño para liberar tensión, pero tenía una videollamada que hacer. Debía mantenerme profesional.

Nos despedimos quedando en hablar más tarde, no dijo nada de venir a comer conmigo. Escuché un par de golpes en la puerta y vi que Claudia se asomaba para avisar de que debía volver a la realidad y seguir con el trabajo.

Pero ese pequeño paréntesis en mi mañana había sido tan intenso que casi pareció que la tenía entre mis brazos.

Capítulo 18



Ismael

El reloj marcaba casi las dos cuando sonó el timbre del despacho. Me levanté con una mezcla de curiosidad y nerviosismo, sin saber qué esperar. Y ahí estaba ella, Jimena, cruzando el umbral con esa confianza natural que la hacía irresistible.

Llevaba una falda lápiz negra, ajustada y elegante, que delineaba cada curva con precisión. La blusa de seda blanca acariciaba su piel, ligeramente transparente, insinuando sin revelar del todo la perfección de su figura. Su cabello caía en ondas suaves, y sus ojos brillaban con ese fuego que me había atrapado desde la primera vez.

Al verla, un nudo me apretó el estómago, y mi respiración se volvió más profunda, más rápida.

—¿Qué haces aquí?

—Como te dije, tengo tiempo libre para comer y…

—¿Tienes hambre? —pregunté, intentando mantener la compostura.

—No tanta como de ti —respondió con una sonrisa juguetona, cruzando la habitación con pasos lentos y deliberados.

Y no, yo no pude resistirme. Cerré la puerta con suavidad tras ella y, sin decir una palabra más, la atraje hacia mí. Sus labios buscaron los míos con una urgencia contenida, un roce que prometía tormentas y calma a la vez.

Sus manos se posaron en mi pecho, deslizando los dedos bajo la tela, mientras yo recorría su espalda con caricias firmes y suaves al mismo

tiempo. Cada contacto, cada suspiro, era un mensaje cifrado en el idioma que solo nosotros entendíamos.

Con delicadeza, desabroché el primer botón de su blusa, revelando la curva de su clavícula y la tibia suavidad de su piel. El roce de sus pezones contra la seda aumentó la electricidad que ya me recorría todo el cuerpo.

—Eres un infierno —murmuró ella, y sentí su aliento cálido acariciando mi piel.

—Y tú, mi perdición —respondí, bajando mis labios para besarla en el cuello, deslizando la lengua con ternura y deseo.

La invité a sentarse en el sofá mientras yo me desabrochaba la camisa, dejando al descubierto el torso que sabía cuánto le gustaba tocar. Ella no tardó en acariciar cada músculo, recorriendo con los dedos la firmeza forjada con años de disciplina y deseo.

—¿Sabes que tienes la piel más suave que he tocado nunca? —le susurré, entrelazando sus manos con las mías.

—Claro, por eso quiero que la recorras toda —dijo, con una sonrisa que encendió algo muy profundo en mí.

No hubo más palabras. Nuestros cuerpos se buscaron con la urgencia de quienes saben que cada segundo es un regalo, cada caricia es un acto de amor y lujuria entrelazados.

Deslicé las manos por debajo de su falda, sintiendo el calor de su piel y la firmeza de sus muslos. Ella suspiró, arqueándose hacia mí, acercando sus labios a mi oído.

—Quiero que me hagas tuya aquí, ahora, sin esperar ni un minuto más.

La llevé hasta la mesa del despacho, apartando papeles y carpetas con movimientos torpes, ansioso por dejar espacio para lo que iba a suceder. La recosté con cuidado, besando cada centímetro de piel que se iba revelando, sintiendo cómo respondía a cada roce con gemidos bajos y estremecimientos de placer.

Sus dedos se enredaron en mi cabello mientras mi boca descendía por su cuello, sus clavículas, sus pechos, encontrando los pezones endurecidos que lamí, besé y mordí con ternura feroz, haciéndola gemir de placer. Cada latido de su corazón vibraba en mis oídos; cada respiración entrecortada era una invitación a seguir descubriéndola.

Con cuidado, retiré la blusa por completo, dejando sus pechos desnudos ante mis ojos hambrientos. Lamí uno, mordí suavemente el otro, y escuché cómo su cuerpo se estremecía bajo mis caricias.

—Ismael… —susurró con voz temblorosa—. No pares.

No lo hice. Me movía guiado por el instinto, entregándome a ella por completo. Sus piernas se abrieron, invitándome a ese lugar donde habita el placer más puro. Pero no había prisa: teníamos una hora para saborearnos a conciencia.

El roce de nuestras pieles, la mezcla de respiraciones y suspiros, el calor que nos envolvía… todo creaba una atmósfera eléctrica, cargada de deseo y pasión.

Deslicé los dedos lentamente subiendo por su muslo, encontré su sexo húmedo y caliente, lo toqué por encima de las medias y el tanga que lo cubría. Ella gimió en respuesta, aferrándose con fuerza a mi cabello.

—Sé lo que quieres, y lo vas a tener —le susurré antes de devorar sus labios con ansia y lascivia.

Ella despertaba en mí algo distinto, me hacía ser un hombre muy diferente al que era cuando estaba con otras mujeres.

Subí la falda hasta que quedó alrededor de su cintura y comencé a quitarle las medias y el tanga mientras ella me observaba fijamente, mordiéndose el labio. Cuando descubrí su sexo por completo, me incliné, hundiendo la cabeza entre sus piernas, y comencé a lamer, morder y penetrarla con la lengua mientras Jimena se deshacía sobre mi escritorio.

Sentí cómo su cuerpo se tensaba, cómo sus gemidos se intensificaban. La guie con delicadeza, ayudándola a liberar ese orgasmo que la sacudió con fuerza, haciendo que sus dedos se clavaran en mi espalda y su cuerpo se arquease hacia mí.

Desabroché mi pantalón tan rápido como pude. Ella me atrajo hacia su boca, besándome con esa hambre que me habían dicho sus ojos que tenía de mí, y cuando liberé mi miembro, la penetré con fuerza. Ambos gemimos, quedándonos quietos un instante, solo para sentir ese éxtasis de estar unidos. Cuando noté el modo en el que movía sus caderas buscando más, comencé a moverme.

Entraba y salía de ella con fuerza, con embestidas tan profundas que sentía cómo se movía el escritorio bajo nosotros. La deseaba, la deseaba tanto que me pasaría la vida así, con ella en cualquier posición, mientras la hacía mía una y otra, y otra vez.

Nos besamos, nos devoramos, nos tocamos y nos llevamos al límite, acercándonos sin remedio al momento álgido del placer, a ese clímax que los dos liberamos, al unísono, con un grito que resonó en cada rincón de mi despacho.

Cuando todo terminó, la abracé con fuerza, besando su frente, sintiendo el latido de su corazón calmarse al compás del mío.

—Te deseo como a nadie antes —le confesé, con la voz rota aún por la excitación.

Ella me miró con una mezcla de ternura y picardía.

—Y yo quiero que me sigas deseando siempre —dijo, sus labios rozando los míos en un beso suave, pero lleno de promesas.

Nos quedamos así, enredados, sabiendo que ese almuerzo había sido mucho más que un instante de placer. Había sido un incendio compartido, una promesa de lo que estábamos construyendo juntos, un pacto silencioso entre dos cuerpos y dos almas.

Nos recostamos juntos en el sofá, aún con las manos entrelazadas, las miradas perdidas en la profundidad del uno en el otro. Sentí cómo cada latido de mi corazón vibraba en sintonía con el suyo, como si lo que nos unía fuera más que físico, algo que tocaba lo más hondo de nosotros.

—Jimena —susurré, acariciando su mejilla—, no quiero que esto sea solo un fuego pasajero. Quiero que sea una llama que no se apague.

Ella me miró con esa mezcla de dulzura y deseo que me volvía loco.

—Ismael, conmigo puedes ser todo lo que quieras. Y quiero que lo sepas: no soy de esas que se conforman con poco. Aunque, siendo sincera, esto… es una locura. No suelo acostarme con clientes, la verdad —dijo con un leve suspiro.

No quise entrar en ese terreno. Simplemente, sonreí, sintiendo que había encontrado algo real en ella, algo que llevaba años buscando sin saberlo.

Nos levantamos poco después, despacio, sabiendo que el tiempo apremiaba, pero sin prisa, porque en ese momento el mundo podía

detenerse. La ropa fue reapareciendo entre besos lentos y susurros.

Antes de despedirnos, la rodeé por la cintura y la miré fijamente a los ojos.

—Volveré a verte pronto. Y esta vez, prometo que no habrá pausas.

Ella me besó, un beso suave, pero con la certeza de quien sabía que esto era solo el comienzo.

La vi salir del despacho mientras yo me quedaba allí, con una sonrisa imposible de borrar y con la certeza de que, finalmente, el destino había puesto en mi camino a la mujer que había esperado toda la vida.

Capítulo 19



Jimena

El reloj marcaba las once y veintitrés cuando el señor García se levantó de su asiento, estrechándome la mano con esa sonrisa cortés que siempre escondía un toque de desconfianza. Era su estilo: hacerme sentir que había ganado la partida, cuando en realidad solo me había dejado mover una pieza.

—Gracias por tu tiempo, Jimena. Siempre es un placer tratar contigo —dijo, acomodando su portafolios.

—Lo mismo digo, señor García. Espero su respuesta antes del viernes —respondí con una sonrisa profesional, firme, sin mostrar cuánto me agotaban esos encuentros de doble filo.

Apenas se cerró la puerta de mi despacho, suspiré. No había sido una reunión complicada, pero llevaba semanas así: caminando en la cuerda floja entre lo que los clientes pedían y lo que el banco podía ofrecer.

Entonces, sin que tuviera tiempo de abrir el portátil, la puerta volvió a abrirse. Sergio entró como una ráfaga, con esa energía tan suya, una taza de cartón en la mano y esa sonrisa que podía derretir hasta al más exigente auditor del Banco Central Europeo.

—Para ti —dijo, dejándome el café frente al teclado—. Cortado, sin azúcar, como te gusta.

—Gracias, Sergio —respondí, sorprendida pero agradecida. Era raro que me trajera café, y mucho más sin pedírselo.

Él no se fue. Se apoyó ligeramente en el borde de mi escritorio, cruzando los brazos, observándome con una ceja levantada.

—¿Piensas aceptar mi invitación a cenar algún día?

Solté una risa suave, más por nervios que por otra cosa.

—No deberíamos mezclar el trabajo con el placer —dije, mirándolo por encima de la taza.

Sergio ladeó la cabeza, aún sonriendo, pero con ese brillo en los ojos que siempre me ponía en guardia.

—¿Y eso no es justo lo que hiciste con ese inversor? —preguntó, y antes de que pudiera abrir la boca para negarlo, añadió en voz baja—: Sé que el lunes tuviste sexo telefónico con él.

Sentí que la sangre se me helaba.

—No deberías escuchar conversaciones ajenas detrás de las puertas cerradas —le dije con la voz tensa, intentando no perder el control.

Él se inclinó un poco más hacia mí, susurrando casi en mi oído.

—Yo podría hacerte gemir y gritar mucho más… y mejor. Solo tienes que dejar que te lo demuestre.

Me quedé pálida. No por sus palabras, sino por lo rápido que se desdibujó la línea entre la broma y la amenaza.

Y entonces se echó hacia atrás, riéndose.

—Estoy bromeando, Jimena. No te pongas así.

No supe qué responder. Me limité a apartar la mirada, dándole un trago al café, más por hacer algo con las manos que por necesidad.

—En fin —continuó, como si nada hubiera pasado—, necesito que revises la documentación del señor De la Torre. Lo voy a ver esta tarde y quiero llevarlo todo listo.

Suspiré y volví a mi yo profesional, tragándome todo lo anterior como si no hubiera ocurrido.

—Está en la carpeta compartida. El perfil es bastante conservador, pero tiene capacidad para invertir fuerte. Le gustan los fondos sostenibles.

—Perfecto. Gracias, jefa —dijo, guiñándome un ojo antes de salir.

Me quedé un momento en silencio, con el café en las manos. A veces no sabía si Sergio era simplemente un idiota inmaduro o alguien que jugaba demasiado cerca del fuego.

Pero justo entonces, mi móvil vibró con la llegada de un mensaje de Marta, iluminando la pantalla.

Marta: *¿Comemos juntas hoy? Tengo algo que contarte.*

Sonreí al instante. Marta. Justo lo que necesitaba después de un miércoles tan torcido.

Le dije que sí, sin dudarlo. No la veía desde que le conté que Ismael me había invitado a pasar el fin de semana con él, y me apetecía mucho tener una tarde de chicas con mi mejor amiga.

Pero hasta que llegara el momento de salir, me mantendría centrada en el trabajo. Había algunas hipotecas que requerían mi atención.

A las dos en punto ya estaba en la terraza del restaurante italiano, donde solíamos comer cada vez que una de las dos necesitaba terapia exprés entre *risotto* y vino blanco. Marta ya me esperaba, con sus gafas de sol enormes y su melena suelta cayendo como una cortina brillante sobre los hombros. Al verme, se levantó y abrió los brazos como si no me hubiera visto en semanas, aunque solo habían pasado unos días.

—¡Por fin! —exclamó, abrazándome con fuerza y besándome en ambas mejillas— Estás radiante, chica. ¿Qué estás usando en la piel, luz solar embotellada?

—Nada especial —respondí, sonriendo mientras nos sentábamos—. Bueno… quizás un poco de Ismael por la mañana.

—¡Lo sabía! —dijo ella, dejando caer la servilleta sobre su regazo con teatralidad— Cuéntamelo todo, maldita sea. ¿Es tan perfecto como parecía en las fotos que vi?

Asentí, dejando el bolso a un lado y soltando el aire como si llevara todo el día guardándome una bomba de felicidad.

—Más. Pasamos el fin de semana juntos y fue… no sé, increíble. Tiene esa mezcla rara de inteligencia, humor, seguridad… Y no te imaginas lo atento que es. Me sentí como en una película romántica, de las buenas, de las que no tienen final triste.

Marta me miraba con los ojos entrecerrados, como si analizara cada palabra en busca de pistas emocionales.

—¿Y el sexo? —preguntó con picardía, bajando un poco la voz.

—Marta…

—¡Vamos, por favor! ¿Me vas a decir que no fue increíble con ese hombretón?

Me reí, negando con la cabeza.

—Fue… otra cosa. Me sentí conectada con él de una forma que nunca había sentido. Como si me conociera de antes. Y es un descarado. El lunes me preguntó si le había echado de menos la noche anterior; le dije que sí y que estuve a punto de tocarme pensando en él, y me dijo que lo hiciera. En el banco.

—Dime que lo hiciste. Que te soltaste la melena.

—Lo hice. Y después fui a su oficina a comer, pero…

—No me digas más, os comisteis mutuamente.

—Algo así. —Sonreí.

—Madre mía —dijo ella, apoyando la barbilla en la mano—. Si el tipo te deja así de iluminada… no lo dejes escapar. Quiero su número, su foto, su carta astral y saber qué desayuna, por si me lo cruzo por ahí y tengo que clonarlo.

Reímos las dos, como siempre que nos olvidábamos del mundo por un rato. Pero entonces Marta se puso seria de repente. Lo noté en su mirada, que bajó hacia su servilleta como si algo se hubiera encogido dentro de ella.

—¿Qué pasa? —le pregunté, dejando el tenedor— Tienes esa cara de «te tengo que contar algo y no sé cómo».

Ella suspiró, jugueteando con el borde de su vaso.

—Tengo un retraso.

El silencio se coló entre nosotras como un invitado no deseado.

—¿Un retraso de…?

—Sí, ese tipo de retraso —dijo, volteando los ojos—. Ya sabes. La regla. Llevo más de dos semanas y estoy empezando a ponerme nerviosa. No me atrevo a hacerme una prueba.

Me incliné hacia ella, bajando la voz.

—¿Y has hablado con Iván?

—¿Estás loca? ¡No! —exclamó en un susurro escandalizado— Ni siquiera sé si quiere tener hijos. Nunca lo hemos hablado. En ningún

momento hablamos de boda, ni de hijos, ni de nada más allá de vivir juntos, como ya lo hacemos, o de hacer una escapada a la playa.

Le cogí la mano y sonreí con ternura. Estaba nerviosa, se le veía a leguas, y ni qué decir del modo en que le temblaba la mano.

—Vale. Pues lo primero es saber si realmente estás embarazada. Después ya pensaremos en todo lo demás. Venga, comemos rápido y vamos a la farmacia. Te acompaño.

Marta asintió, agradecida. Pero su cara estaba llena de miedo.

—¿Y si lo estoy? ¿Y si se lo toma mal? ¿Y si me deja?

—Pues lo mato —dije con una sonrisa tranquilizadora—. Pero primero vamos a salir de dudas.

La comida se volvió más ligera en palabras y más pesada en pensamientos. Aun así, conseguimos reírnos de algunas tonterías y recordar un par de anécdotas de nuestras primeras citas desastrosas para despejar el ambiente. Y cuando pedimos la cuenta, Marta ya estaba más tranquila… al menos hasta que llegáramos a la farmacia, que la conocía muy bien, y ella era de las que llevaban los nervios por dentro, como las procesiones.

La farmacia estaba a solo dos calles del restaurante, pero el camino hasta allí fue como si Marta caminara hacia el patíbulo. No paraba de hablar, en un torrente nervioso que parecía salido de una película de Almodóvar.

—Nunca hablé con Iván de hijos. Nunca. O sea, hablamos de perros, sí, de vivir juntos… pero un hijo. ¡Un hijo, Jimena! Eso es como… ¡una hipoteca con piernas!

—Y probablemente igual de caro —dije, intentando no reírme, mientras empujaba la puerta de la farmacia.

El aire acondicionado nos recibió con ese frescor medicinal que olía a paracetamol y crema de bebé. Una dependienta joven, de unos veintitantos años, nos saludó con una sonrisa amable.

—Hola, buenas tardes. ¿Puedo ayudaros?

Marta tragó saliva y se acercó al mostrador como si fuera a pedir algo prohibido.

—Sí… eh… necesito una prueba de embarazo.

—Claro, ¿alguna en particular?

—Mejor… cinco —dijo Marta con tono grave.

La chica parpadeó y luego sonrió un poco, sorprendida.

—¿Cinco?

—Sí, quiero estar completamente segura. No me fío de que una sola me diga que estoy embarazada y sea una conspiración de la industria farmacéutica para que me case con un tipo que aún no ha aprendido a colgar las toallas bien.

La dependienta soltó una risita y nosotras también; yo incluso volteé los ojos, pero le di una palmadita en la espalda a Marta para decirle *«Tú puedes, drama Queen»*.

Después de que la dependienta se fuera hacia la parte trasera, vi a Marta coger una caja de caramelos que había en el mostrador. Me miró, la abrió y se llevó unos cuantos a la boca.

—Necesito azúcar, lo siento, así que no me juzgues. Estoy a punto de saber si estoy embarazada o si esto es un retraso por estrés en el trabajo.

—No se me ocurriría juzgarte, pero dame unos pocos, anda. —Le quité la caja, y en ese momento regresó la dependienta con cinco pruebas en la mano—. Estos se los cobras también, que le van genial para los nervios —dije, poniendo la caja en el mostrador, y Marta pasó la tarjeta para pagar con una cara de terror que no pude evitar reírme.

Pero la comprendía, sabía lo nerviosa que estaba y no iba a dejarla sola.

Capítulo 20



Jimena

Salimos de la farmacia con una bolsita blanca que parecía llevar plutonio dentro. Marta la sostenía con las dos manos, como si cargara dinamita.

—Dios mío, Jimena. Voy a mear cinco veces por estrés, no por necesidad. ¿Y si ninguna funciona? ¿Y si todas dicen cosas distintas? ¿Y si me da un falso positivo por comer piña en conserva?

—Eso es un mito —le dije, abriendo la puerta de casa—. Y lo sabes. No me seas exagerada, anda, que esto es la vida real.

—¡Exacto! Y en la vida real, ¡los bebés traen gastos, llantos y pañales!

Me eché a reír mientras la empujaba suavemente hacia el baño.

—Haz pis, Marta. No te estoy pidiendo que escales el Everest. Es solo una tirita de papel y un poco de valor.

—Lo dices como si fuera tan fácil… Tú no tienes un útero rebelde ahora mismo.

—Yo tengo uno que aplaude por cada mujer valiente que se enfrenta a una tirita de papel —le dije, cerrando la puerta del baño tras ella—. ¡Y que sepas que esto se lo voy a contar a tu hija cuando nazca!

—¡No va a nacer nadie! ¡Igual estoy solo hinchada por los raviolis!

Esperé fuera del baño como si estuviera escoltando a una estrella del pop antes de salir a cantar en vivo. Marta tardó una eternidad. Cuando salió, tenía los ojos desorbitados y sostenía las cinco pruebas como si fueran reliquias sagradas.

—¿Y ahora?

—Ahora esperamos —dije, señalando el temporizador del horno que había puesto con cinco minutos exactos.

Marta empezó a pasear por el salón como un tigre enjaulado.

—Nunca le pregunté a Iván si quería tener hijos. Ni siquiera sé si tenía plantas en casa antes de mudarse conmigo. ¡Igual las mató todas! ¿Y si es alérgico a los niños? ¿Y si se va corriendo al ver esto?

—¿Y si no? —le dije, deteniéndola por los hombros— ¿Y si se emociona? ¿Y si quiere criar contigo a un bebé igual de adorable y dramático que tú?

—¡Sería una telenovela en pañales!

—Y tú serías la protagonista perfecta —dije riéndome.

El temporizador sonó, y Marta dio un salto como si le hubieran disparado.

—¡No puedo verlo! ¡No puedo! Léelas tú.

Cogí las cinco pruebas con el mayor cuidado del mundo. Una por una, miré los resultados.

—Positiva… positiva… positiva… positiva… y ¡sorpresa! Positiva. Todas.

Marta se quedó en blanco. Literalmente. Dejó de hablar, de moverse… y luego se desmayó sobre el sofá.

—¡Marta! —grité, arrodillándome junto a ella— ¡No, no, no me hagas esto!

Corrí a la cocina, mojé un paño con agua fría, volví y se lo puse en la frente. Le di toques suaves en las mejillas.

—Vamos, *drama Queen*. Abre los ojos. No te puedes desmayar cada vez que te diga que vas a ser madre.

Ella gimió suavemente y luego abrió un ojo.

—He tenido un sueño horrible —murmuró—. Me había hecho cinco pruebas de embarazo… y todas daban positivo.

—No ha sido un sueño —le dije, mostrándole las pruebas—. Ha sido ciencia, cariño. ¿Cómo estás?

Marta se incorporó como si le costara veinte veces más de lo habitual. Miró los palitos, me miró a mí y luego se cubrió los ojos.

—No puede ser… ¿Cómo me voy a haber quedado embarazada?

Le sonreí con cariño.

—¿Quieres que te lo explique con lo de la abejita y la flor?

—¡No estoy de humor para tus sarcasmos, Jimena!

—¿Y entonces para qué has venido a mi casa?

Marta se dejó caer contra el respaldo del sofá, dramática, con una mano sobre el vientre.

—No sé cómo se lo va a tomar Iván. De verdad. Y si me dice que no quiere saber nada, ¿qué hago?

Me senté a su lado, cogiéndole la mano.

—Entonces lo mandas a freír espárragos. Pero no creo que lo haga. Él te quiere, se nota. Y tú no estás sola en esto. Yo voy a estar contigo en cada etapa. Y voy a ser la mejor tía del mundo. La más consentidora y, probablemente, la que más lo malcríe.

Ella me miró, con los ojos húmedos, pero una sonrisa asomando poco a poco.

—Tengo miedo, pero… también tengo ilusión. No sé, como si… como si algo se encendiera aquí dentro.

Le toqué el vientre suavemente.

—Pues parece que sí se encendió algo, sí.

Nos abrazamos, las dos llorando un poco, riéndonos al mismo tiempo. Después de todo, así era nuestra amistad: intensa, ridícula y profundamente leal.

—Se lo voy a contar esta noche —dijo Marta, decidida.

—Hazlo. No esperes. Sea como sea, vas a estar bien.

Ella asintió, se limpió las lágrimas y, tras un último abrazo, se fue con una sonrisa extraña, mezcla de vértigo y esperanza.

Me quedé sola en el salón, con un silencio reconfortante a mi alrededor. Sonreí, feliz por ella. Feliz por esa vida que venía en camino. Y, sin poder evitarlo, pensé en Ismael.

Hacía dos días que no sabía nada de él, pero entendía que estuviera ocupado. No quería parecer pesada. Sabía que había conexiones que no necesitaban palabras todos los días para seguir vivas.

La noche cayó como un suspiro lento. Desde la ventana del salón, el cielo tenía ese azul profundo de las noches despejadas, con la ciudad

parpadeando abajo, como si todas las luces quisieran contarme secretos. Me quedé trabajando un rato, revisando informes de clientes, ajustando balances. La rutina, ese refugio cómodo que a veces usamos para no pensar demasiado.

Pero cada vez que me despistaba, cada vez que el cursor parpadeaba en la pantalla sin que mis dedos se movieran, aparecía él. Ismael. Su risa grave, su forma de mirarme como si pudiera ver más allá del maquillaje y de las respuestas listas, su manera de hablarme al oído el lunes por la mañana… como si estuviera en mi cama, aunque solo fuera una voz.

No había vuelto a escribirme desde entonces. No era raro, me lo repetía mentalmente como un mantra; estaba metido hasta el cuello en esa ronda de inversión que lo había tenido ocupado toda la semana anterior. Lo sabía. Lo aceptaba. Pero, aun así, dolía un poco ese silencio.

Mi móvil vibró. El nombre de Marta iluminó la pantalla como una bengala de emergencia. Lo cogí al instante.

Marta: *Se lo he contado.*

Mi corazón dio un pequeño salto. Y entonces me llegó otro mensaje.

Marta: *Le enseñé las cinco pruebas. Se quedó blanco. No decía ni una palabra. Pensé que se iba a desmayar como yo.*

Y me reí, porque seguro que se habría puesto aún más nerviosa si eso hubiera pasado. Llegó otro mensaje.

Marta: *Y entonces… me abrazó. Me abrazó tan fuerte que me quedé sin aire. Me dijo que estaba feliz. Le encantaba la idea de ser padre. Que no se lo esperaba, pero que no podía imaginarse tener ese bebé con nadie más que conmigo.*

Sentí que las lágrimas me pinchaban detrás de los ojos. Sonreí, tocando la pantalla con los dedos como si pudiera acariciar sus palabras.

Marta: *Voy a ser mamá, Jimena. No me lo creo.*

Me quedé mirando el mensaje, con una sonrisa boba y las emociones enredándose en la garganta. No respondí enseguida. Cerré los ojos,

imaginándola a ella y a Iván en su piso, con las pruebas sobre la mesa y el futuro abriéndose de golpe, como una ventana en primavera.

Respondí finalmente con algo simple pero sincero:

Jimena: *Vas a ser la mejor mamá del mundo. Y yo, la tía más feliz. Te quiero.*

Dejé el móvil a un lado y me recosté en el sofá, abrazando el cojín como si pudiera contener todo lo que sentía.

Estaba feliz por Marta, de verdad. Esa felicidad profunda que nace cuando sabes que la vida de alguien a quien quieres como a una hermana está a punto de transformarse en algo hermoso. Y, sin embargo, no podía evitar mirar mi propia historia y sentir el vacío que dejaba la espera.

Y entonces, de nuevo, Ismael en mi mente. Dos días de silencio. No era nada. O sí. No lo sabía. Lo único que sabía con certeza era lo que sentí cuando estuve con él. Y que no era algo que se pudiera fingir u olvidar. Él había abierto una puerta dentro de mí que yo misma había sellado hacía mucho tiempo.

Me levanté, apagué el portátil y me serví una copa de vino. Brindé en silencio por Marta, por Iván, por ese futuro bebé que aún no tenía nombre. Y también, en voz baja, por mí. Por lo que fuera que viniera después. Por lo que estaba esperando.

Me senté frente a la ventana, dejando que la brisa nocturna acariciara mi cara. Afuera, las luces seguían contando historias. Y yo, por primera vez en mucho tiempo, me sentí parte de una de ellas.

Capítulo 21



Jimena

Desde el lunes no sabía nada de Ismael.

Habían pasado ya cuatro días enteros, cuatro amaneceres con sus respectivas noches, y ni una llamada, ni un mensaje. Nada. Y, para ser completamente justa, yo tampoco le había escrito. No porque no quisiera, sino porque no quería parecer pesada. Cargante. Desesperada. O peor aún: malinterpretadora profesional de fines de semana casuales.

Quizás él solo había dicho aquello de «quiero seguir viéndote» para quedar bien. Un clásico. Cortesía postsexo, de la que brota automáticamente en algunos hombres, como los avisos automáticos de seguridad en una ap bancaria. Como si decirlo fuera un gesto de educación, más que una promesa verdadera. Como si con eso ya bastara.

Y yo… yo me lo había creído.

Volví a casa el lunes por la tarde, con el cuerpo todavía tibio de él, la sonrisa boba instalada en la cara y el estómago con esa sensación flotante, como si hubiera subido a una noria emocional.

Pero desde entonces, silencio.

Suspiré. Tenía la mirada perdida en la pantalla del ordenador, los dedos tocaban con suavidad el bolígrafo que giraba entre mis manos, cuando escuché mi nombre.

—Jimena —repitió alguien con suavidad, aunque ya era la tercera vez que lo decía—. ¿Estás bien?

Parpadeé, regresando de golpe a la realidad. Claro, la reunión. Estaba en mi despacho con Carmen, una de las asesoras del banco, revisando los estudios de varias hipotecas. Su rostro mostraba esa mezcla entre paciencia y sospecha.

—Perdón —dije, incorporándome un poco en la silla y forzando una sonrisa—. Me he distraído un segundo. Sigue, por favor.

Carmen asintió sin darle mucha importancia y retomó el informe. Era viernes y se notaba: las decisiones iban lentas, las palabras más cuidadosas, como si todas quisieran que la semana terminara sin contratiempos.

La reunión terminó unos veinte minutos después y Carmen se marchó. Pero apenas tuve tiempo de abrir el correo cuando escuché los nudillos contra la puerta. Al abrirse, vi que era Sergio.

—¿Molesto? —preguntó con esa sonrisa que combinaba el descaro con una simpatía torpe pero encantadora.

—Pasa —dije, apoyando el codo sobre la mesa, y lo vi entrar con un pequeño montón de papeles en la mano.

—Es solo lo de los viernes, ya sabes —dijo, dejándolos frente a mí—. Faltan las firmas para cerrar las validaciones.

Asentí mientras cogía el bolígrafo y comenzaba a firmar.

—Y ya que estamos… ¿Estás segura de que no quieres cenar conmigo esta noche? Hay un japonés nuevo en el centro que te encantaría. Tiene un ramen que te hace replantearte el catolicismo.

Reí mientras le devolvía los papeles firmados.

—Sergio…

—Lo sé, lo sé. Rechazo número… —miró al techo, como haciendo cálculos— veintitrés. Qué pena de mí. No me quiere ni un poquito, mi jefa.

—Ni un poquito —confirmé con una leve sonrisa.

Hizo una reverencia dramática, como si estuviera en una obra de teatro, y salió del despacho con un guiño.

Volví al ordenador, intentando concentrarme. Revisé un par de correos, respondí una notificación del departamento jurídico y estaba a punto de meterme de lleno en una tabla de Excel cuando escuché de nuevo la puerta. Esta vez no fueron nudillos, sino un golpe suave, seguido de una voz desconocida.

—¿Jimena Martín?

—Sí, soy yo.

Un repartidor joven, con cara de no haber dormido mucho, sostenía una caja blanca con un lazo negro.

—Esto es para usted.

—¿De parte de quién? —pregunté, aunque ya tenía una sospecha.

—No lo pone en el registro, pero lleva una nota dentro —respondió, y se marchó en cuanto le firmé la entrega.

Observé el paquete como si fuera un acertijo. Lo coloqué sobre la mesa y deshice el lazo. La caja era impecable, de un blanco marfil, y dentro había una gran variedad de detalles: una caja de bombones de una firma carísima —reconocí el logotipo al instante—, otra más pequeña con trufas, y una tercera con bombones rellenos, cubiertos de chocolates de colores y sabores variados: fresa, pistacho, naranja, lavanda… Una joya para los sentidos.

Y junto a todo eso, una pequeña rosa roja, preservada dentro de una caja de cristal transparente. Era hermosa. Delicada. Como salida de una de esas películas románticas.

Entonces encontré la nota. La letra era suya. La de Ismael.

«Perdóname por estos días de silencio. No ha pasado un solo día en que no haya pensado en ti. Me gustaría invitarte a cenar esta noche, si todavía quieres verme».

Y sonreí, porque no pude evitarlo. Me temblaban los dedos y el corazón, como si una descarga suave de alivio me recorriera entera.

Cogí el móvil y marqué su número. Él respondió al segundo tono.

—Hola, Jimena.

—Hola… —dije, con la sonrisa todavía en la voz— Acaba de llegar tu regalo.

—¿Te ha gustado?

—Muchísimo. Es precioso, todo. Gracias.

—Lo siento por no haberte escrito antes. He estado hasta arriba con unas inversiones, una locura. No quería molestarte con prisas o con respuestas a medias. Prefería esperarme y hacerlo bien.

Asentí, aunque él no podía verme, sin perder la sonrisa mientras miraba la rosa.

—Lo entiendo. Gracias por el detalle, de verdad.

—¿Te gustaría cenar conmigo esta noche?

—Claro que sí —respondí sin dudar, con el corazón más ligero que hacía diez minutos—. Me encantaría.

Colgamos poco después quedando en vernos. Y justo entonces, como si alguien estuviera dirigiendo mi vida con el sentido del humor de una comedia romántica, la puerta volvió a abrirse.

—¡Sorpresa! —dijeron dos voces femeninas al unísono.

Levanté la vista y me encontré con mi madre, elegantísima como siempre en tonos azul oscuro y *beige*, y Sofía, la madre de Ismael, con una sonrisa felina y labios perfectamente pintados de rojo.

—¿Qué hacéis aquí? —pregunté, aún medio en *shock*.

Y mi madre respondió con naturalidad.

—Habíamos quedado para desayunar y pensábamos pasar a saludarte… pero luego dijimos: ¿por qué no secuestrarla directamente y que se venga con nosotras?

—¡Desayuno de chicas! —añadió Sofía, moviendo las cejas como si fuera algo de lo más travieso.

Y me reí, porque no había forma de negarme a ello.

—Está bien, vale, dadme un segundo y os acompaño.

La cafetería a la que fuimos era pequeña, con ventanales grandes que dejaban pasar una luz dorada de media mañana. Estaba a apenas dos calles del banco, pero entrar allí era como cambiar de planeta. El murmullo suave de las conversaciones, el aroma a café recién molido, la vajilla bonita de loza decorada con flores pequeñas… Todo tenía un aire acogedor, casi hogareño. Yo solía ir allí sola a veces, para desconectar, pero esta vez la experiencia prometía ser bastante menos tranquila.

Mi madre pidió una infusión de frutos rojos con un bollo de almendra. Sofía, un café solo doble —«como la vida misma», dijo con una carcajada —, y una tostada con aguacate, tomate y huevo poché. Yo me conformé con un capuchino y un cruasán que parecía recién salido del horno.

—Bueno… —dijo mi madre mientras cruzaba las piernas y me miraba como quien prepara un ataque sorpresa— ¿Y ese brillo en los ojos? ¿Quién te ha hecho sonreír así?

Y al escucharla, a punto estuve de atragantarme con la espuma del café.

—¿Qué brillo? —Intenté que sonara con indiferencia, aunque era inútil. La conocía demasiado bien. Y ella a mí.

—Ay, por favor, Jimena —intervino Sofía, acercándose sobre la mesa como si fuéramos adolescentes conspirando en la hora del recreo—. Que estás hablando con tu madre, que te conoce desde que te parió.

—Entre terribles dolores, he de añadir —dijo mi madre con una sonrisa.

—Y yo no te conozco tanto, pero soy mujer. Y créeme cuando te digo que esa cara de enamorada no se improvisa.

—No estoy enamorada —protesté, sonrojándome un poco—. Y tampoco es que haya pasado gran cosa.

Mi madre arqueó una ceja, escéptica.

—¿Entonces no ha sido Ismael el que te ha mandado la caja que había en tu escritorio con bombones, trufas y una rosa? —preguntó mi madre, y me quedé helada.

—¿Cómo lo sabéis?

—¡Ja! —exclamó Sofía con una sonrisa triunfal— ¡Sabía que era él! Es que a Ismael no se le da bien hacer cosas a medias. Cuando se le mete algo en la cabeza…

—¿Ismael te contó que me mandaba eso? —le pregunté a su madre, aún sorprendida, y la mía sonrió con dulzura.

—Cariño, entre madres hablamos más de lo que os imagináis. Nosotras no necesitamos WhatsApp, tenemos el instinto.

Sofía me dio un leve codazo con el brazo.

—Y además… me lo dijo él ayer. Estaba todo nervioso buscando una florista que tuviera rosas preservadas. Me preguntó si conocía alguna que no pareciera un tanatorio de lujo.

Me llevé las manos a la cara, medio avergonzada, medio encantada.

—Dios mío, esto es surrealista.

—No te pongas roja, hija —dijo mi madre, que se estaba divirtiendo de lo lindo—. Lo estás haciendo muy bien. Y él también parece estarlo

intentando. Eso es lo importante.

Sofía le dio un sorbo a su café antes de hablar.

—Mira, yo no quiero meter presión… bueno, un poquito sí —añadió con una sonrisa traviesa—, pero a mí me encantaría que Ismael sentara la cabeza con una mujer como tú.

—¿Y cómo soy yo? —pregunté, fingiendo ofensa mientras partía mi cruasán.

—Lista, con carácter, independiente, con tu propio trabajo, y además no eres de esas que se hacen las tontas por coquetería. A mi hijo le va a venir bien alguien que le frene el ego con una sola mirada.

Y vi a mi madre asintiendo como si estuviera firmando un tratado.

—Sí, opino igual. Aunque también te digo que, como te rompa el corazón, Sofía y yo lo buscamos en cualquier rincón del mundo.

Las tres rompimos a reír, y negué con la cabeza.

—A ver, aún es pronto. Salimos un fin de semana. Ha sido intenso, sí, pero tampoco nos vamos a casar el mes que viene.

—¡Uy, pero si ya hablas en plural! —exclamó mi madre, dando palmaditas teatrales— «Salimos», dice. «Ha sido intenso». Esto ya es lenguaje de novia, ¿eh?

—Mamá, por favor…

—No, no, tú déjala —intervino Sofía—. Si me dice que está con una mujer que lo hace feliz, yo ya estoy lista para elegir el vestido de madre del novio.

Y me reí otra vez, sacudiendo la cabeza, porque desde luego que mi madre y Sofía eran iguales: unas locas adorables.

—No sé qué me da más miedo: que me guste tanto Ismael o que vosotras estéis tan a bordo del barco en tan poco tiempo.

—¿Quién ha dicho miedo? ¡Esto es emoción! ¡Ganas de boda! ¡Ganas de nietos! ¿Sabes lo bien que me vendría un nieto que me llame «abuela Luci»?

—¡Yo quiero ser «abu Sofi»! —añadió la otra, levantando la mano.

Y yo ya no podía más. Me reía a carcajadas. Eran imposibles. Divinas, pero imposibles.

—Ni siquiera hemos hablado de hijos, ni de futuro… solo hemos quedado para cenar esta noche. ¡Relajaos un poco!

Sofía fingió indignación.

—¿Y por qué no vamos nosotras también a cenar cerca? Así, si se le ocurre hacer algo tonto, nosotras intervenimos.

—O lo seguimos en Google Maps —propuso mi madre, como si no fuera una broma.

Justo en ese momento, la camarera pasó por nuestro lado y nos miró con una sonrisa cómplice, como si reconociera ese tipo de conversación y la aprobara.

Cuando terminamos de desayunar, me levanté para pagar, pero Sofía fue más rápida.

—Nada de eso. Hoy invitamos nosotras. Tú estás viviendo tu comedia romántica y eso hay que celebrarlo.

Mi madre me dio un beso en la mejilla antes de salir de la cafetería.

—Y que sepas que vamos a repetir esto pronto. ¿Te parece si organizamos una comida de chicas algún día?

—Me parece genial. Pero sin interrogatorio policial —dije sin poder dejar de sonreír.

—Ni promesas —replicó Sofía—, solo risas, vino y chismes.

Nos despedimos entre risas y besos, y regresé al banco con el corazón más ligero que en toda la semana.

Ya sentada en mi despacho, encendí el ordenador para retomar el trabajo y, justo entonces, mi móvil vibró. Era un mensaje de Marta.

Lo abrí y vi una imagen borrosa, blanca y gris, con forma de pequeña habichuela. La primera ecografía.

Marta: *Ocho semanas y el guisantito está sanísimo.*

Me quedé mirando la foto durante varios segundos y sentí una calidez tierna en el pecho. «Guisantito». Marta siempre encontraba formas de hacer todo dulce.

Jimena: *No sabes la ilusión que me hace verte tan feliz. Ese guisantito va a tener la mejor madre del mundo.*

Dejé el móvil a un lado y me puse a trabajar con una sonrisa suave en los labios. El día seguía siendo viernes, sí… pero ya no era un viernes cualquiera.

Volví a mirar la pantalla del ordenador. Tenía varias pestañas abiertas, entre informes y correos sin leer, pero algo dentro de mí había cambiado.

Como si todas las dudas que me habían envuelto esa mañana —la incertidumbre con Ismael, el miedo de haber sido solo un pasatiempo— hubieran quedado relegadas a un rincón donde ya no molestaban tanto.

La nota. Los bombones. La rosa. La llamada. Y ahora el desayuno improvisado con las dos mujeres que más fuerza y sabiduría acumulaban en su vida. Cada detalle, cada gesto, me había recordado que la vida no siempre avisa cuando está a punto de ponerse interesante. A veces solo había que dejar de temerle al silencio y esperar.

Le di un sorbo al café —ya frío—, pero no me importó. Sonreí con una de esas sonrisas auténticas que nacen desde dentro, sin esfuerzo.

Revisé los documentos pendientes, mandé un par de respuestas rápidas y luego cerré la última ventana. El reloj marcaba la una y media.

Todavía quedaba trabajo por delante, pero mi mente ya tenía otra melodía de fondo: una mezcla de ilusión, tranquilidad y ese pequeño temblor interior que aparece cuando algo nuevo, y quizá importante, está comenzando.

Acaricié distraídamente la cajita de cristal con la rosa roja, que había colocado al lado de la pantalla.

El detalle era más que un regalo: era una forma de decir *«pienso en ti»* sin palabras rebuscadas. Y yo lo había sentido.

Volví a mirar el móvil. El mensaje de Marta seguía abierto. El guisantito.

Y por un segundo pensé que tal vez la vida era eso: un conjunto de cosas pequeñas creciendo a su ritmo. A veces invisibles, pero siempre avanzando.

Relaciones, amistades, proyectos, amores.

Como semillas bajo tierra.

Como bebés de ocho semanas.

Como un *«lo siento»* sincero con sabor a trufa.

Suspiré y cerré los ojos por un momento, permitiéndome disfrutar del instante. Luego me puse en pie, ajusté la chaqueta de mi traje y me dirigí a la sala de operaciones para una última reunión.

La tarde me esperaba con números y decisiones.
La noche, con promesas por descubrir.
Y yo, por fin, volvía a sentirme exactamente donde quería estar.

Capítulo 22



Ismael

La noche comenzaba con ese tipo de calma que se respira en la ciudad cuando todo parece estar en su sitio. Llegué al restaurante diez minutos antes de la hora. Lo hacía siempre: no por impaciencia, sino por costumbre. Por el placer de observar. De anticiparme.

El lugar era discreto, como me gustaba a mí. Nada de grandes salones ni camareros teatrales. Solo mesas amplias, manteles suaves, luz cálida y un hilo musical en francés que acariciaba más que invadía. Una pequeña joya en el centro de la ciudad, con un menú íntimo y una carta de vinos que conocía casi de memoria.

Pedí una copa de vino blanco mientras esperaba. No la había visto desde el domingo. Y aunque no me lo permitía con facilidad, la había echado de menos. Mucho más de lo que me habría gustado admitir. Por eso quise sorprenderla con aquel detalle esta mañana. No sabía si lo entendería bien, pero la sonrisa con la que respondió al teléfono me había quitado un peso de encima.

Miré hacia la entrada justo cuando la vi cruzar la puerta. *Jimena.*

Su nombre se formó en mi mente como un suspiro. Llevaba un vestido negro, sencillo, elegante, con la espalda parcialmente descubierta y un recogido deshecho que dejaba escapar un mechón rebelde. Los ojos brillantes, curiosos, como si también estuviera buscando algo. O a alguien.

Me levanté al verla acercarse.

—Hola —saludó, con esa media sonrisa que me desarmaba por completo.

—Hola —respondí, mientras la rodeaba con un brazo para darle un beso en la mejilla que se alargó apenas un segundo más de lo necesario—. Estás preciosa.

—Tú también. Aunque no llevas bombones ni rosas ahora. ¿Te estás relajando ya? —preguntó con la ceja arqueada, y me reí.

—Estoy ahorrando sorpresas para el postre.

Nos sentamos uno frente al otro. La mesa estaba dispuesta con discreción, rodeada de otras parejas, igual de absortas en sus propios mundos. La luz de la vela entre ambos proyectaba reflejos suaves sobre su piel, y el murmullo del restaurante parecía alejarse poco a poco, como si el universo entero nos estuviera dando espacio.

—¿Has tenido un buen día? —preguntó, cruzando las piernas, mientras yo no podía dejar de mirarle las manos. Esas manos que hablaban tanto como su voz.

—Mejor de lo que esperaba, ahora que estás aquí. —Me detuve un segundo antes de añadir—: Estaba nervioso.

—¿Tú, nervioso? —preguntó, con una sonrisilla.

—Un poco —admití, girando la copa entre los dedos—. No sabía si ibas a aceptar la cena. Ni si todavía estabas enfadada.

—No estaba enfadada. Solo… esperaba que tú tomaras la iniciativa. No quería parecer una de esas mujeres que se enganchan después de un fin de semana bonito.

—Fue más que bonito —le aseguré, bajando la voz—. Y no he dejado de pensar en ti desde que saliste de mi despacho el lunes.

Jimena se mordió ligeramente el labio inferior, un gesto que yo empezaba a identificar como su forma de suavizar las emociones intensas. Agradecí el gesto sin decirlo. No quería empujar nada. Solo quería estar allí con ella. Escucharla. Mirarla. Tener la oportunidad de descubrir qué nos unía más allá del deseo.

El camarero se acercó con naturalidad y tomó nota del pedido: *foie* con higos para compartir de primero, luego lubina para ella, solomillo para mí. Todo maridado con un vino tinto suave que yo conocía bien.

—Así que… —Comenzó ella, acariciando el borde de la servilleta entre los dedos— ¿Qué ha sido de tu vida de tiburón financiero esta semana?

—Caótica —respondí riendo—. Tengo varias operaciones pendientes. De hecho, por eso quería pasar el lunes por el banco. Hay unas transacciones que necesito mover antes del cierre del trimestre. Fondos privados, algo de inmobiliario en Portugal y dos participaciones en empresas. Te las enseño si quieres, aunque igual te duermes.

—Me subestimas —dijo con la ceja arqueada—. Me encantan las inversiones. Aunque confieso que tengo un punto débil por los proyectos de innovación que fracasan estrepitosamente.

—Entonces te voy a llevar a una de mis reuniones los lunes por la tarde. Te vas a sentir como en un circo de ideas mal financiadas.

Acabamos los dos riendo, y yo notaba cómo la conexión entre nosotros se volvía mucho más real. Cada vez que ella hablaba, sus ojos se iluminaban. Y cada vez que se inclinaba hacia mí para decir algo más bajo, sentía que el mundo entero se reducía a esa conversación.

Entre plato y plato, hubo risas. Comentarios al oído. Miradas largas que duraban lo justo para rozar la intimidad sin romperla. Las manos se buscaron sin proponérselo: un roce al pasarle la copa, un dedo sobre su muñeca, un pulgar que acarició el dorso de su mano durante unos segundos que parecieron un suspiro contenido.

Todo se sentía fácil. Como si estuviéramos retomando algo que nunca debimos dejar pasar.

Y cuando llegó el postre, una porción de pastel de queso con arándanos que compartimos, lo supe: quería más de eso. Más de ella. No solo esta noche. No solo una habitación o un fin de semana. Quería descubrir cada rincón de su risa, cada detalle de su inteligencia, cada silencio suyo.

Y entonces, cuando el camarero retiró los platos y nos ofreció subir a la terraza para una copa, miré a Jimena y lo sugerí sin pensarlo dos veces.

—¿Te apetece subir arriba? Tienen una terraza preciosa. Música suave, una barra coqueta y, quién sabe, igual nos animamos a bailar.

Ella sonrió, inclinando ligeramente la cabeza.

—¿Como lo hicimos en tu casa?

—Como lo hicimos en mi casa, pero mejor vestidos —respondí, y se rio de ese modo contagioso que siempre me sacaba una sonrisa.

Nos levantamos de la mesa, y mientras caminábamos juntos hacia la escalera que llevaba a la terraza del restaurante, con las luces tenues por detrás y la noche extendiéndose como un susurro sobre la ciudad, sentí algo moverse dentro de mí. Silencioso y firme, como si acabara de encontrar un sitio en el mundo que no sabía que estaba buscando.

La terraza del restaurante era una joya escondida. No muy alta, pero lo suficiente para que la ciudad se desplegara a su alrededor con luces suaves y tejados antiguos. Las farolas titilaban a lo lejos como luciérnagas eléctricas, y una brisa dulce acariciaba las mejillas con discreción.

La música llegaba desde una pequeña zona con altavoces ocultos entre plantas. *Jazz* suave, instrumental. Cuerdas, piano y silencios bien medidos.

Jimena me miró en cuanto llegamos arriba, como si quisiera decir algo, pero se contuvo. Solo se limitó a sonreír mientras caminaba delante de mí, con ese contoneo de caderas y esa sensualidad que hacía que todos se giraran para mirarla. Y cuando la vi apoyarse en la barandilla, moviendo las piernas suavemente y el modo en el que se elevaron sus caderas, consiguiendo que la tela del vestido subiera un poco, revelando más de esa suave piel que me volvía loco. Sentí que me entraba tanto calor que, por un instante, tuve que recordarme que estaba en un lugar público.

—Esto es precioso —dijo, acercándose, mirando hacia la calle.

—No me gustaba mucho compartirlo —respondí—, pero contigo me apetece. Todo se ve distinto cuando estás tú.

Ella giró levemente el rostro para mirarme, con ese brillo en los ojos que no necesitaba explicación.

Nos sentamos en un rincón junto a la barra exterior. La camarera se acercó enseguida y pedí un *whisky* con hielo. Jimena, un cóctel suave con frutos rojos que llevaba el nombre, según la carta, de *Pasión de medianoche*.

—¿Así que «Pasión de medianoche»? —pregunté, mirándola con una sonrisa ladeada.

—¿Qué te digo? Soy una mujer coherente.

Sonreí al verla encogerse de hombros e hicimos un pequeño brindis.

Había algo en ese momento, en esa calma compartida, que se sentía distinto a otras veces. La química seguía ahí, tan viva como aquel fin de semana, pero ahora venía acompañada de otra cosa. De una especie de reconocimiento. Como si, sin decirlo, ambos estuviéramos explorando un terreno nuevo, uno más profundo que el del deseo.

—¿Sabes? —dijo ella, girándose hacia mí, con el vaso entre las manos— Cuando abrí tu caja esta mañana… pensé que quizás estaba siendo demasiado ingenua.

—¿Por qué?

—Porque todo eso, los bombones, la rosa… parecía salido de un guion de película. De esas que no terminan bien.

—¿Y ahora qué piensas?

Ella me miró, seria por un segundo. Luego apoyó la barbilla en la mano y volvió a hablar, casi en un susurro:

—Que tal vez esta vez sea diferente.

No respondí de inmediato. En lugar de eso, le tomé la mano, esa misma que había estado acariciando durante la cena con pequeñas excusas, y la apreté con suavidad. Ella no se apartó.

—Lo es —dije—. Es diferente. Porque yo soy diferente contigo.

Jimena bajó la vista un instante, como si no supiera qué hacer con todo eso que le estaba entregando. Luego levantó la cabeza, y nuestros ojos se encontraron otra vez.

—¿Bailamos? —pregunté.

No dudé. Me levanté enseguida y le ofrecí la mano. La aceptó sin vacilar.

La pista de baile era pequeña. Nadie más bailaba, pero eso no nos importó. No había escenario ni foco. Solo nosotros y una canción lenta que acababa de empezar. Un saxo que lloraba suavemente bajo una melodía antigua. Y la noche, que parecía haberse detenido por completo.

La rodeé con los brazos, y ella apoyó una mano en mi hombro mientras la otra quedaba entrelazada con la mía. Nos movimos despacio, sin prisa. Como si cada paso fuera una forma de hablar sin palabras.

—¿Esto también lo tenías planeado? —susurró ella junto a mi cuello.

—No. Solo sabía que quería estar cerca de ti. Que si tenía la oportunidad de bailar contigo, no la iba a dejar pasar.

—¿Eres siempre así de bueno improvisando? —preguntó con una ceja arqueada.

—Solo cuando se trata de ti.

Jimena rio bajito, como si no quisiera romper la intimidad que nos envolvía. Y yo, aprovechando ese instante de cercanía, me incliné solo unos centímetros y nuestros labios se rozaron. Un beso suave, casi robado, con sabor a deseo contenido.

Bailamos así durante minutos que se sintieron suspendidos en otro tiempo. Y luego, sin necesidad de hablar, nos quedamos abrazados unos segundos más allá del final de la canción. El siguiente tema empezó a sonar, algo más movido, pero ninguno de los dos se apartó.

—Me encantaría que pasaras el fin de semana conmigo, pero mañana tengo una cena importante con unos posibles clientes —le dije.

Ella sonrió dulcemente.

—Eres un hombre muy ocupado, y lo entiendo.

—Pero podemos pasar la noche juntos —susurré.

Ella me miró con ese brillo en los ojos que tanto me decía sin necesidad de palabras.

—Entonces, esta noche… seré toda tuya.

Capítulo 23



Ismael

Nos retiramos de la pista de baile aún con los dedos entrelazados. La camarera se acercó para retirar los vasos vacíos y nos deseó buenas noches con una sonrisa discreta. Bajamos las escaleras juntos, sin decir nada, como si todo ya estuviera dicho.

Cuando llegamos al parquin, abrí la puerta del coche para ella y luego subí. Mientras conducía hacia mi ático, no dejé de mirar sus manos sobre el regazo, la forma en que cruzaba las piernas, la serenidad en su rostro.

La noche no había hecho más que comenzar. Y yo sabía que no iba a olvidarla nunca.

El trayecto no fue largo, pero se sintió así. No por el tráfico, que era casi inexistente a esas horas, sino por la tensión suave que flotaba entre nosotros. No era incomodidad. Era esa energía densa y eléctrica que aparece cuando dos personas saben, sin decirlo, que lo que viene no es cualquier cosa.

Jimena iba en silencio, mirando por la ventanilla, pero de vez en cuando giraba la cabeza y me sonreía. Una sonrisa ladeada, íntima. Y yo, con una mano en el volante y la otra descansando sobre su muslo —apenas rozando el tejido suave de su vestido—, no podía evitar buscarla, aunque fuera en un gesto pequeño.

Al llegar al edificio, bajamos del coche sin prisa. Subimos en el ascensor sin hablar demasiado, solo mirándonos. Pequeños gestos contenidos.

—¿Quieres algo de beber? —pregunté mientras cerraba la puerta al entrar.

—Solo agua, gracias —respondió, dejándose caer con elegancia en el sofá—. Ya he tenido suficiente pasión de medianoche por hoy.

Me reí desde la cocina, sirviendo dos vasos. Al volver, le entregué el suyo y me senté junto a ella.

—Reconozco que hoy me has sorprendido mucho, y muy gratamente —dijo tras dar el primer sorbo.

Me incliné un poco, dejé el vaso en la mesa y, entonces, con un gesto lento, tomé su mano. Me la acerqué a los labios y la besé con suavidad, apenas rozando la piel.

—¿Puedo seguir sorprendiéndote?

Ella no respondió con palabras. Solo me miró. Fijamente. Y luego se acercó.

El primer beso no fue rápido. Tampoco desesperado. Fue contenido, saboreado. Una declaración en sí mismo. Los labios de Jimena se movieron sobre los míos con esa suavidad que solo ella poseía.

Después del primero, vinieron otros. Más intensos. Más profundos.

Nos fuimos acercando, y el sofá se volvió estrecho para tanto deseo. Las manos de Jimena se apoyaron en mi pecho, acariciándolo con decisión, mientras las mías exploraban su espalda, su cintura, el hueco exacto entre sus omóplatos. El calor aumentó con rapidez, pero no había prisa. No había torpeza. Solo una sed mutua, atenta, hecha de miradas y caricias que hablaban más que cualquier palabra.

—Vamos al dormitorio —susurré con la voz ronca, mis labios rozando su oído. Ella asintió, con ese brillo del deseo, cubriendo sus ojos cuando me miró.

Caminamos tomados de la mano. Era ella quien me guiaba en mi propia casa.

Jimena cruzó la puerta y se deshizo de sus tacones con un movimiento ágil. Caminó descalza sobre la alfombra con esa seguridad felina que tanto me desarmaba. Yo, unos pasos detrás, apenas podía apartar la mirada. No solo por el cuerpo que dejaba entrever su vestido ceñido, ni por la curva de

su espalda al caminar, sino por la forma en que ella ocupaba el espacio. Como si lo reclamara con solo respirar.

La observé en silencio, embelesado. Cuando se giró para mirarme, no hizo falta que dijera nada. Sus ojos ya lo estaban diciendo todo.

Me acerqué a ella con calma, sin hablar. Le sostuve el rostro entre las manos y volví a besarla, más intensamente esta vez. Jimena respondió con la misma hambre contenida. Sus manos se enredaron en mi nuca, bajaron por mi cuello, y comenzó a desabotonar la camisa, uno a uno, con lentitud, sin dejar de besarme.

—Te he imaginado tantas veces esta semana —me susurró al oído, mordiéndome suavemente el lóbulo—. Y ninguna vez se pareció a esto.

—¿Eso es bueno o malo?

—Eso es… jodidamente perfecto.

La camisa cayó al suelo. Ella me rozó el pecho con las uñas, lentamente, bajando por mi abdomen mientras yo la sostenía por la cintura. Luego, con un gesto decidido, se giró y me dio la espalda, retirando a un lado el cabello. Una invitación silenciosa.

Bajé la cremallera del vestido, besando cada rincón que iba quedando al descubierto. Su piel olía a perfume cálido y piel viva. Ella tembló ligeramente al sentir mi boca en la espalda, y el vestido cayó alrededor de sus pies.

Llevaba lencería negra. Finísima. Sutil. Tan provocadora como delicada. Contuve el aliento al verla.

—Eres un sueño —murmuré, rozando su hombro con los labios.

—Soy real. Y estoy aquí. Contigo.

Se dio la vuelta y me besó con urgencia. Ya no había pausa. Ya no había espera. Solo necesidad.

Mis manos bajaron por su espalda, por la curva de su cadera, hasta sus muslos. Ella me apretó contra sí, empujándome hacia la cama mientras yo la abrazaba con fuerza, sin querer soltar ni un solo centímetro de su cuerpo.

Caímos sobre las sábanas blancas, y el contraste con su piel morena, con su cabello suelto, era casi hipnótico.

Nos deshicimos de la ropa que quedaba sin hablar, solo con caricias, besos lentos y una respiración que ya empezaba a desbordarse. La besé en

el cuello, en los hombros, en la clavícula. Luego bajé por su pecho, despacio, saboreándola, adorando cada parte de su cuerpo con la boca.

Lamí su sexo, húmedo y caliente; deslicé la lengua entre sus labios vaginales mientras ella jadeaba y se estremecía. Mordisqué su clítoris y la penetré con dos dedos, haciendo que gritara de placer. No me detuve hasta que alcanzó el primer orgasmo de la noche. Si algo tenía claro, era que iba a hacerla disfrutar. Más de una vez.

Volví a besarla desde su sexo hasta sus labios, y ella arqueó la espalda, con los dedos enredados en mi cabello, los labios entreabiertos, gimiendo suavemente, como si quisiera resistirse al placer, pero no pudiera.

—Ismael… —susurró mi nombre, con la voz rota.

Y eso bastó para que yo perdiera todo rastro de control.

La penetré despacio, con una mano firme agarrando su cintura y la otra entrelazada con la suya. No había prisa. Comenzó entonces ese ir y venir acompasado, rítmico, que subía y bajaba con la respiración de ambos. El cuerpo de Jimena se movía bajo el mío como si me conociera desde siempre. Como si me reclamara.

Nos mirábamos a los ojos todo el tiempo, como si de ese modo pudiéramos decirnos lo que no alcanzaban a expresar las palabras.

Aumenté el ritmo; nuestras respiraciones comenzaron a ser más entrecortadas con cada segundo que pasaba, y los gemidos se hicieron inevitables. El fuego del momento nos envolvía a los dos. Nuestras manos se buscaban, los besos no cesaban, ni siquiera en el clímax.

—Eres increíble… —murmuré.

—No pares… —exigió— Te quiero así… Así…

Y llegamos juntos al clímax, envueltos en sudor y respiración agitada. Me aferré a ella como si la noche pudiera escaparse en cualquier momento, y Jimena me abrazó fuerte, con las piernas rodeando mi cintura, los labios en mi cuello y sus dedos dibujando palabras invisibles sobre mi espalda.

Después nos quedamos en silencio. Nuestros pechos subían y bajaban al mismo ritmo. La ciudad seguía respirando al otro lado del ventanal, pero nosotros estábamos en otra parte. En un lugar donde solo existíamos los dos.

En un momento, ella me abrazó fuerte, con la cabeza apoyada sobre mi pecho, y le acaricié el pelo en silencio. No sabía cuánto tiempo había pasado. Ni importaba.

—¿Sigues pensando que fue solo un fin de semana bonito? —le pregunté en voz baja, y ella sonrió con los ojos cerrados.

—No. Ahora sé que esto… es el principio de algo mucho mejor.

Y el que la abrazó con más fuerza en ese momento fui yo, apretando su cuerpo contra el mío. Ahí sentí que, por primera vez en mucho tiempo, no estaba huyendo de nada.

—Me encantas, Jimena —murmuré.

—Tú también —susurró ella, ya a medio camino del sueño.

Y así, desnudos, abrazados, con el aroma de la pasión aún flotando en el aire, la noche siguió avanzando. Pero yo ya no necesitaba más. Porque en ese instante, ya lo tenían todo.

Estaba, simplemente, donde quería estar.

Capítulo 24



Jimena

Los domingos tenían ese sabor extraño a descanso interrumpido, a lista de cosas que aún no había hecho, y el lunes era toda una amenaza: el comienzo de una nueva semana. Pero ese domingo era distinto.

Me levanté con el cuerpo relajado, aún con el eco de la noche del viernes en la piel: la cena con Ismael, el baile lento, la manera en que me miraba como si tuviera todas las respuestas del mundo… y con el corazón un poco más ligero que de costumbre.

Aunque no iba a negar lo evidente: mis latidos se volvían más fuertes y frecuentes cada vez que estaba con él. Y sí, también cuando solo pensaba en él.

Me duché con calma, elegí un vestido fresco de lino blanco y me recogí el cabello en una trenza rápida antes de salir hacia casa de mis padres. Era una de esas mañanas en las que la ciudad parecía en pausa: las calles silenciosas; algún perro paseando al dueño más que al revés, y el sol colándose entre los toldos como si tuviera prisa por llegar a todas partes.

Mi madre me abrió la puerta antes incluso de que tocara el timbre, como si tuviera un radar materno siempre encendido.

—¡Mi niña bonita! —gritó, dándome un abrazo que olía a perfume floral y a salsa de tomate casera— ¿Estás más delgada? ¿O más guapa? Porque algo ha cambiado, y me vas a contar qué.

—Mamá, han pasado solo dos días desde que me viste —repliqué, rodando los ojos, sin poder evitar reír mientras entraba.

—Dos días en los que pueden pasar muchas cosas —añadió mi padre desde el comedor—. Como que mi equipo de fútbol gane un partido. O que tu madre aprenda a no comprar tres barras de pan para dos personas.

—¡No critiques el pan, que es lo mejor de esta casa! —replicó ella, llevándose la mano al pecho como si le hubieran insultado la honra familiar.

Todo olía a domingo: a horno encendido, a risas familiares, a muebles que no cambiaban nunca. Mi padre estaba en modo tertulia, sentado con el periódico del día aún sin leer, mientras la tele soltaba de fondo un programa absurdo de cocina. Mi madre iba de la cocina al comedor como una orquesta de un solo instrumento, dando instrucciones sin perder la sonrisa.

Nos sentamos a comer poco después. Paella, cómo no. Y pan, claro. Pan para mojar hasta el alma.

—Y dime —dijo mi madre mientras me servía una copa de vino blanco —, ¿qué tal la cena con Ismael? ¿Vais a volver a veros?

—Mamá…

—Yo solo digo que la gente no manda bombones carísimos porque sí. A no ser que estés chantajeando a alguien.

—¡Lucía! —protestó mi padre, aunque se le escapó una sonrisa— Déjala respirar. Ya nos contará si es algo serio o una de esas… ¿Cómo se llaman ahora? ¿Relaciones sin etiquetas? —preguntó mi padre con los ojos entrecerrados.

—No es sin etiquetas —contesté, cogiendo un poquito de pan—. Solo estamos… conociéndonos.

—Traducción: se están acostando —dijo mi madre, de manera teatral, mientras se abanicaba con la servilleta—. Pero con cariño, ¿eh?

—Mamá, por favor. —Me reí, roja hasta las orejas.

—¿Qué? ¿Me vas a decir que a los treinta años no puedes tener una vida sexual activa?

—¡Lucía, que estoy comiendo! —gritó mi padre entre carcajadas.

—Andrés, asume que nuestra niña es una mujer y tiene sexo, como nosotros.

—Por el amor de Dios. —Me atraganté con el sorbo que acababa de dar, y mi padre me dio unas palmaditas en la espalda.

—Te digo lo mismo que a tu padre: a nuestra edad tenemos…

—¡¡Mamá!!

—¡¡Lucía!!

Mi padre y yo protestamos al mismo tiempo. Sabíamos lo que venía después, y por mucha confianza que tuviera con mis padres, no me apetecía mantener en mi mente la imagen de ellos dos, con sesenta y cinco años, en la cama teniendo sexo.

Y así era mi familia. Un poco escandalosa, siempre demasiado directa, pero llena de amor del bueno. Terminamos el almuerzo entre bromas, cafés y un intento fallido de mi madre de enseñarme fotos antiguas donde decía que yo «tenía cara de novia de pueblo».

Antes de irme, me dio un táper con restos de paella, una bolsa con pan —porque, claro, sobraron barras— y un beso largo en la mejilla.

—Cuídate, princesa. Y si ese Ismael te mira como creo que te mira… no lo sueltes tan rápido —me dijo con una sonrisa y un brillo en los ojos que pocas veces le había visto cuando hablábamos de algún novio.

Y yo sonreí porque sí: Ismael me miraba como si me viera. Como si supiera más de mí que yo misma.

Después de comer con mis padres, necesitaba aire. No porque no los quisiera, todo lo contrario, sino porque una hora más y mi madre me estaba sacando la carta astral de Ismael o pidiéndome que le mostrara su Instagram. «Para saber si tiene manos de buena gente», como solía decir ella. Lo juro.

Había quedado con Marta para vernos en nuestra cafetería de siempre, esa que tantas veces fue testigo de conversaciones dolorosas y otras mucho más alegres. Llegué un poco antes y me pedí un café con hielo. Ella apareció cinco minutos después, radiante, con una sonrisa que parecía tener luz propia.

—¡Por Dios, estás radiante! —le dije en cuanto la vi— ¿Estás segura de que solo estás de ocho semanas? Pareces recién salida de una portada de revista maternal.

—Ay, cállate —dijo riendo, acomodándose en la silla frente a mí—. ¡Tengo las tetas enormes y lloro con anuncios de champú! Pero sí, estoy feliz. Muy feliz.

Y lo estaba. Se le notaba en la mirada, en el tono de voz. En esa paz que desprendía alguien cuando algo maravilloso le florecía dentro.

—Y, ¿cómo está, Iván? —pregunté, mientras le preparaban su *chai latte* con leche de avena, como siempre.

—Loco. Te lo juro. Se emociona con cada cosa. Me tocó la tripa el otro día y me preguntó si ya se notaba algo. ¡¿Qué se va a notar si parece que me comí una hamburguesa y ya?! —dijo entre risas— Pero está como en una nube. Ya está planeando cómo pintar el cuarto del bebé.

—¿En ese piso tan bonito con terraza?

—Sí. Se empeñó en que lo vamos a hacer todo allí. Dice que el niño, o la niña, tiene que nacer rodeado de plantas y de café recién molido. Literal, sus palabras.

—Ay, por favor, qué mono —le respondí, con una sonrisita estúpida, porque era inevitable—. Me encanta Iván. Está hecho para ser padre. Y tú, pensando que te iba a dejar, ya te vale.

—Y espera que te cuente. Sus padres lloraron cuando se lo dijimos. Su madre ya está comprando cosas de bebé por Internet. Y David, su hermano, ya ha dicho que quiere pintar una pared con estrellitas fluorescentes.

—¿Cómo no los vas a querer con una reacción así?

Marta me miró. Luego bajó la vista a su taza, dio un sorbo y la dejó en la mesa.

—Quiero pedirte algo —dijo, en tono serio—. Y si dices que no, lo entenderé. Pero tenía que proponértelo.

Yo me enderecé en la silla.

—Me estás asustando. ¿Qué pasa?

—Quiero que seas la madrina de mi guisantito.

No supe qué decir. Solo sentí el golpe seco de la emoción atrapándome el estómago, y las lágrimas picando en los ojos, queriendo salir.

—¿En serio?

—¿Cómo no va a ser en serio? Eres mi mejor amiga. Eres como una hermana. Y si algún día yo no estoy, quiero que mi niño, o mi niña, sepa que puede contar contigo para todo.

Me tapé la boca con una mano. Por un segundo, sí, casi lloré.

—Claro que sí —le dije, medio entre risa y medio conteniendo la emoción—. ¡Por supuesto que sí! ¡Seré la madrina más pesada de la historia! Me vas a tener que echar de tu casa más de una vez.

Nos abrazamos por encima de la mesa, derramando parte del *chai* y riendo como idiotas.

—¿Ves? —dijo ella— Ya estás entrenando para limpiar babas y manchas de leche.

—Baberos, biberones, pañales y canciones inventadas. Lo tengo todo controlado.

Después de unos minutos de risas, Marta sacó el móvil.

—Quiero que hagamos una cena los cuatro. Tú, yo, Iván y… bueno…

—¿Ismael? —Curioseé, arqueando la ceja.

—Claro. ¿O hay otro del que no me has hablado?

Sonreí, bajando la mirada a mi taza.

—No tengo apenas tiempo para uno, voy a tener para dos. —Resoplé, y se rio—. Pero no sé si estamos en esa fase. No somos novios formales.

—¿Entonces qué sois? —preguntó Marta, arqueando una ceja— ¿*Follamigos* con mucho amor?

—¡Marta! —protesté entre risas, dándole un golpecito con la servilleta— No digas esas cosas tan alto.

—Anda ya. Si lo digo porque se os nota. Mira, no sé qué tenéis o no, pero la forma en la que hablas de él, y cómo te brillan los ojos… eso no lo da solo el sexo, Jimena.

—Lo sé. Pero… tampoco quiero ilusionarme.

—¿Por qué no?

—Porque lo que ahora se ve perfecto, puede que en unos meses se haya acabado. No sé si esto es serio, ni si será definitivo. Solo sé que ahora me hace bien. Y me gusta. Mucho.

Ella me cogió la mano y me dio un apretón suave.

—A veces, eso es todo lo que importa. Que te haga bien. Que te guste. Y ya.

Tenía razón. Hablaba por experiencia porque llevaba años con Iván y ella se sentía así, aunque le hubiera dado miedo el hecho de que tal vez Iván no

quisiera tener hijos. Pero también la tenía, porque yo con Samuel, lo pasé mal. No solo al final, sino durante toda la relación.

Nos queríamos, sí, pero la sombra de su ex siempre estaba ahí, entre nosotros, y a veces, aunque no lo hiciera con mala intención y yo no me lo tomara a malas tampoco, la mencionaba. Y el modo en el que hablaba de ella… no me hacía bien.

Pero Ismael…

Con él todo era distinto. Era un hombre de los pies a la cabeza, como decía mi padre, y me trataba como una reina, sin más.

Nos despedimos poco después con un abrazo largo y un «te quiero» que me dejó con un nudo dulce en el pecho. Marta caminó calle abajo con esa luz que tienen las mujeres cuando saben que están creando vida, y yo volví a casa con la mente flotando entre el café, la risa de mi amiga y el recuerdo de Ismael, besándome el cuello en su cocina.

Subí las escaleras de mi piso sin prisa, con el teléfono en la mano, deseando escribirle. Pero no lo hice aún, pues tal vez su cena de negocios la noche anterior se alargó mucho y estaría descansando.

Me duché, me puse ropa cómoda y, mientras me preparaba un té fresquito, me quedé de pie junto a la ventana, mirando cómo la tarde moría poco a poco.

Pensé en nosotros. En lo que éramos, o no éramos. Porque no éramos una pareja oficial. Pero estaba claro que tampoco éramos un capricho de fin de semana.

Éramos algo más. Algo con cuerpo, con mirada, con deseo y cariño.

Algo que no sabía si duraría. Pero que, por ahora, me hacía sentir que estaba viva.

Y eso, por el momento, era suficiente.

Capítulo 25



Ismael

Lunes, el día que más odiaba de la semana. Pero desde que ella estaba en mi agenda, incluso eso había cambiado.

Esa mañana me levanté con una vitalidad distinta, con ganas de comerme el mundo como cuando tenía veinticinco años, y pensé en lo que quería hacer con mi vida. Y sí, con una sonrisa de oreja a oreja al pensar en que iba a ver a Jimena otra vez.

Me habría encantado que se quedara conmigo el fin de semana, que me hubiera estado esperando en el ático cuando regresé de la cena de negocios el sábado solo para poder relajarme entre sus brazos y dormir con esa calma que ella me proporcionaba, pero no podía pedirle eso ya que no era mi mujer.

Mi mujer. Dos palabras simples, pero con un significado enorme.

Entré en la sucursal del banco con paso firme. No iba como un cliente más, aunque fuera a tener una reunión para hablar de mis finanzas. Iba a verla. A Jimena.

Llevaba puesta una blusa azul claro y un pantalón *beige* que le marcaba las curvas con una elegancia sobria y jodidamente irresistible. El pelo recogido en una coleta alta dejaba su cuello al descubierto, y apenas cruzó la mirada conmigo desde su despacho, supe que esa mañana estaría cargada de todo, menos de formalidad.

Me recibió con una sonrisa que parecía decir *«compórtate»* y, al mismo tiempo, *«acércate más»*.

—Buenos días, señor González —dijo, en tono profesional, pero con un brillo en los ojos, que era puro fuego contenido.

—Buenos días, señora asesora —respondí, con esa media sonrisa que siempre le desarmaba un poco—. ¿Tiene tiempo para mí?

Era una pregunta trampa: ya habíamos quedado en vernos. Pero si decía que sí, pensaba tentarla con una comida en mi casa… y tomarnos el postre con calma. Mucha calma.

—Para inversiones, siempre.

Cerró la puerta con disimulo cuando entré a su despacho. Y, aunque había otros empleados y movimiento fuera, el ambiente entre nosotros era como un campo magnético silencioso.

Nos sentamos frente a frente, separados por el escritorio, aunque ambos sabíamos que esa barrera era ficticia.

—Entonces —dije, mientras le pasaba los documentos—, vengo a cerrar lo de la inversión que dejamos pendiente. Pablo, ya tiene todo preparado, pero quiero revisarlo contigo antes de firmar.

Ella asintió, atenta, aunque sabía que cada palabra que yo decía iba cargada de otro lenguaje bajo la superficie.

—Claro. Te enseño las proyecciones.

Mientras hablaba, gesticulaba con las manos. Me perdía entre las líneas de sus dedos, en la forma en que acariciaba el borde de la carpeta sin darse cuenta. Hubo un momento en que nuestras manos se rozaron al pasarle una hoja. No fue algo intencionado. O quizás sí. Pero ninguno la retiró de inmediato.

Entonces, sin aviso, se abrió la puerta.

—Disculpad —dijo un hombre que tendría mi edad, entrando con un fajo de papeles en la mano—. Perdón, Jimena, solo necesito unas firmas tuyas. Son del cierre del viernes a última hora.

—Claro, Sergio. Déjamelos.

Me aparté con cortesía mientras ella revisaba. Él me miró fugazmente, apenas disimulando el juicio en su expresión. Como si evaluara si yo era «suficiente» para ocupar ese espacio, ese momento, con ella.

Luego la miró a ella. Pero no como un compañero de trabajo. Sino como alguien que había estado esperando una oportunidad que nunca llegó.

—No me extraña que trabajes tanto. Con este tipo de clientes da gusto, ¿eh? —dijo, con una sonrisa ladeada que no tenía nada de inocente.

Jimena levantó la vista, captando el doble sentido.

—Trabajo con muchos clientes, Sergio. Lo que da gusto es la eficiencia.

Lo dijo con suavidad, pero con filo. Él sostuvo la mirada por un segundo más, luego me lanzó otra mirada rápida antes de girarse.

—Ya está todo firmado. Gracias —dijo, saliendo.

Cuando se cerró la puerta, me quedé en silencio un momento. Ella colocó los papeles en una bandeja, como si nada. Pero yo no iba a dejarlo pasar.

—Ese hombre quiere algo contigo —dije sin rodeos.

—¿Sergio? —Fingió sorpresa—. No, es todo en broma. Siempre ha sido así.

—No es tan broma como crees, Jimena.

Ella se detuvo y me miró. Quiso decir algo, lo supe; si algo me caracteriza, es que sé leer a las personas. Pero al final solo suspiró.

—¿Podemos no hablar de esto? No tiene importancia.

No insistí. En parte porque no quería que se cerrara, y en parte porque justo en ese momento mi móvil vibró. Era Pablo.

—Un segundo —dije, respondiendo mientras me levantaba—. Pablo, dime.

Me apoyé en el marco de la ventana mientras escuchaba.

—¿Estás liado? —preguntó.

—Sí, estoy en el banco ahora mismo.

—Vale, entonces no te molesto mucho. Tengo unos papeles que debes ver y firmar de las inversiones. ¿Te va bien esta tarde?

—Perfecto, quedamos esta tarde en la oficina. Reviso los documentos y lo firmamos todo. ¿A las cinco?

—Por mí bien.

—Hecho. Hasta luego.

—Adiós.

Corté la llamada y volví hacia ella.

—Te invito a comer —le dije, sin rodeos.

—¿Ahora?

—Sí. Salgamos un rato. Hace sol, es lunes, y aún no me has hecho preguntas incómodas sobre mis decisiones financieras —contesté, y ella sonrió, divertida.

—Está bien. Déjame recoger esto.

Cuando salimos del despacho, le puse la mano suavemente en la parte baja de la espalda. Un gesto casual para cualquiera que nos viera… pero no para el tal Sergio, que estaba justo al otro lado, en la fotocopiadora.

No lo miré directamente, pero lo vi. Tensión en la mandíbula. Una mirada que hablaba sin decir nada. Ese hombre estaba celoso. Y lo sabía.

Jimena no dijo nada, pero su espalda se curvó ligeramente bajo mi mano. Una complicidad muda que encendía todo.

Salimos del banco y nos dirigimos a un pequeño restaurante que yo conocía cerca. Era un lugar tranquilo, con luz natural que entraba por grandes ventanales y mesas de madera oscura, perfectas para charlas largas y sonrisas cómplices.

Jimena caminaba a mi lado con esa mezcla de seguridad y suavidad que me volvía loco. A cada paso, la química parecía prenderse un poco más, una corriente invisible que nos conectaba sin palabras.

Nos sentamos en una mesa en la esquina, con vistas a un pequeño jardín interior. Ella pidió una ensalada con quinoa y aguacate; yo opté por algo más contundente, pero sin perder el tono saludable.

Durante la comida, hablamos de todo y de nada: las inversiones que debíamos cerrar, el estrés del trabajo y, entre medio, bromas que nos hacían reír con ganas.

—¿Sabes? —dije mientras le pasaba un poco de pan— He estado pensando en que podríamos ir este fin de semana a mi casa de la sierra.

—¿Otra vez? —Rio ella—. Y yo que pensaba que me dirías que nos quedáramos en el ático.

—También lo había pensado, pero prefiero la casa. Me gusta ese aire puro, el silencio… Y claro, ir con compañía es mucho mejor que ir solo.

Ella me lanzó una mirada que me atravesó.

—No es una invitación formal. —Rio.

—¿Quieres pasar el fin de semana conmigo en la sierra? Prometo que seré bueno.

—¿Igual de bueno que la otra vez? —Arqueó la ceja—. Porque no tuviste las manos quietas en ningún momento.

—Pero si soy un santo.

—Sí, sí, se te ve, se te ve. —Volteó los ojos.

Nos reímos, y así transcurrió toda la comida. A mí, lo que más me gustaba era la facilidad con la que podíamos ser auténticos el uno con el otro.

Cuando terminamos, nos quedamos tomando un café, acercándonos sin darnos cuenta, hasta que nuestras manos se rozaron otra vez, y esta vez, ninguno apartó la suya.

—Entonces, ¿qué me dices? ¿Llamo a Fidel esta tarde para que me llene la nevera para el fin de semana? —insistí, porque deseaba estar con ella, porque quería pasar dos días pudiendo tocarla y besarla como llevaba deseando desde que la vi en su despacho. Porque esta mujer me enloquecía.

—Llámale. Y si puedes… —Se inclinó hacia delante, sin soltar mi mano, y bajó la voz—. Dile que compre nata, fresas y champán.

—Preciosa, me estoy imaginando cosas, y eso es peligroso —susurré.

—¿Cómo de peligroso?

—Tanto, como que ahora mismo me encerraría contigo en tu despacho y te haría gemir y gritar sin importarme que ese tal Sergio te oiga. —Ella se sonrojó, pero al mismo tiempo se puso nerviosa.

—Es usted un CEO muy descarado. —Rio.

No quería irme. No quería que el día con ella terminara así. Pero tenía que ver a Pablo y revisar esos documentos para cerrar cuanto antes las próximas inversiones. Así que, tras pagar la cuenta, nos levantamos de la mesa.

Volví a colocar la mano en su espalda. Ella me miró con una leve sonrisa por encima del hombro y, al salir a la calle, no pude evitar que mi mano se deslizara despacio por la curva de su cintura hasta posarse en una de sus nalgas.

—Lo que yo digo, un descarado —suspiró, y me eché a reír.

Pero antes de que pudiera dar un paso más, la rodeé por la cintura, la hice girar y la atraje hacia mí. La besé con esas ganas contenidas desde que la vi en su despacho, con ese deseo que solo ella me provocaba, y sin que me importara quién pudiera vernos en ese momento en plena calle.

Cuando nos separamos, la miré fijamente a los ojos y el brillo en los suyos no mentía; me deseaba en ese momento tanto como yo a ella.

—Un descarado al que tú vuelves loco —le dije con la voz ronca por el deseo. Y de verdad tuve que reunir todo el autocontrol que tenía para no llevarla en ese instante a mi coche y a mi casa, y hacerla mía.

La acompañé hasta el banco y nos despedimos de manera formal, casi inocente, con un beso en la mejilla como un par de colegiales. Quedamos en hablar y vernos pronto.

Aunque, si de mí hubiera dependido, esa mujer se vendría a mi casa a pasar cada noche de esta semana.

Subí al coche, lo puse en marcha y conduje hasta mi empresa sin poder dejar de pensar en ella. No era obsesión —de eso estaba seguro—, era algo que no me pasaba desde hacía mucho tiempo.

Entré en la oficina con la cabeza aún llena de los planes para la semana. Tenía varias inversiones importantes por revisar y algunas operaciones estratégicas que Pablo, mi amigo y abogado, y yo habíamos estado estudiando durante semanas.

Al abrir la puerta del despacho, Pablo ya estaba allí, revisando unos documentos, con ese gesto serio que solo aparecía cuando había algo importante en juego. Le saludé con un leve asentimiento.

—Buenas tardes, Ismael. Hoy te traigo bastante trabajo.

—Ya lo estoy viendo —respondí con una sonrisa al ver las carpetas que señalaba—. Espero que esas inversiones den el resultado que esperamos.

Nos sentamos el uno frente al otro, con las carpetas en medio del escritorio, y comenzamos a repasar los últimos movimientos y proyectos. Comentamos cifras, estrategias, riesgos y oportunidades, mientras la rutina de oficina iba pasando en segundo plano.

De pronto, la puerta se abrió y entró Claudia, mi asistente.

—Ismael, Jorge de contabilidad, dice que necesita hablar contigo —comentó con cierta urgencia—. ¿Quieres que suba al despacho?

Miré a Pablo y asentí.

—Sí, dile que suba.

Diez minutos después, Jorge apareció con su carpeta llena de documentos y un gesto preocupado.

—He estado revisando las cuentas de las últimas semanas —comenzó—, y he encontrado algo que no me cuadra.

Fruncí el ceño, intrigado y algo inquieto. Pablo también levantó la vista, atento.

—¿Qué has visto, Jorge? —pregunté.

Jorge desplegó las hojas sobre la mesa y comenzó a señalar algunas líneas.

—Hay transferencias que se realizaron justo después de las últimas aportaciones que hemos cerrado en las inversiones. No son cantidades enormes, pero sí lo bastante significativas para levantar sospechas.

—¿De cuánto estamos hablando? —Quiso saber Pablo.

—Nada que altere el balance general, pero sí lo suficiente como para justificar una investigación —explicó Jorge—. Lo que más me desconcierta es que esas transferencias se han realizado bajo la firma directa de Jimena Martín, la directora del banco nuevo con el que estamos trabajando.

Su nombre sonó como un golpe seco. Jimena. Me quedé paralizado.

—¿Jimena? —pregunté sin poder creérmelo— Eso no puede ser.

Jorge asintió y me mostró los documentos.

—Te lo garantizo. Son sus firmas. Además, las transferencias van a una cuenta en el extranjero. Aún no he podido identificar al beneficiario.

Sentí un nudo en el estómago. La incredulidad se convirtió en rabia, y vi que Pablo me miraba con dureza.

—Esa mujer te está robando desde poco después de que empezaste a trabajar con ella —dijo mi amigo y abogado, tras comprobar las fechas de esas transacciones.

Sus palabras me quemaron como ácido. Noté la sangre arderme en las venas.

—Esto es una traición —murmuré.

Tomé los papeles y, sin mediar palabra, me levanté, dominado por un enfado imparable.

—¿Qué vas a hacer? —Escuché preguntar a Pablo mientras recogía mis cosas.

—Voy a hablar con ella —respondí con la voz firme—. Ahora mismo.

Pablo me observó, comprendiendo que ya no había marcha atrás.

Salí de la oficina con la carpeta en la mano y la ira consumiéndome por dentro. No podía creer que Jimena, con quien había comenzado algo especial, pudiera estar detrás de todo esto.

Sabía que tenía que aclararlo. Ella tenía que rendir cuentas. Y si este era su modo de actuar, robar a sus clientes como si fueran comisiones encubiertas, conmigo que no contara.

Capítulo 26



Jimena

Nada me había hecho pensar que ese lunes sería el fin de todo. Nada me había preparado para lo que estaba a punto de ocurrir.

Estaba en casa, después de darme una ducha y ponerme ropa cómoda. Iba a coger el portátil para revisar unos papeles de una hipoteca que teníamos pendiente cuando escuché el telefonillo. Al preguntar, escuché la voz de Ismael y sonreí, pensando que, al igual que yo, se había quedado con ganas de más y venía a verme a modo de sorpresa.

Pero en cuanto le vi, supe que nunca olvidaría ese día.

Entró en mi casa como un huracán, con la expresión dura, los ojos llenos de ira y unos papeles en la mano. No hizo falta que dijera nada para entender que algo iba terriblemente mal. Entonces, sin contemplaciones, me lanzó los documentos a la cara. Cayeron sobre mí como cuchillos invisibles que me desgarraban por dentro.

—¿Qué es esto, Jimena? —me preguntó con voz grave, seca— ¿Cómo me explicas estas transferencias? ¿Por qué estás robando dinero de mis cuentas?

Sentí cómo el mundo se me venía abajo. Las hojas que caían a mi alrededor tenían cifras, fechas, firmas… y mi nombre. Pero yo no entendía nada, no había hecho eso.

—No… —balbuceé, sintiendo que el corazón me explotaba en el pecho — No, no es cierto. Yo no he hecho nada.

Me miró con una mezcla de desprecio y tristeza, como si entre nosotros ya no quedara nada.

—¿De verdad vas a negarme lo evidente? ¿Incluso con las pruebas que tengo? ¿Creíste que no nos daríamos cuenta por no ser cantidades grandes? Tengo un equipo contable en el que confío plenamente, y lo revisan todo con lupa.

—No te he robado, Ismael. Te juro que yo no he hecho esas transferencias.

—No me jodas, Jimena. Ni me tomes por tonto. Es tu nombre el que aparece en esas transferencias, tu firma digital bancaria. ¿Vas a seguir diciéndome que no has sido tú?

—¡Es que no he sido yo! Tiene que haber un error… No pueden ser de mi banco.

—Son de tu banco. Desde poco después de conocernos.

—No, tiene que ser un error —dije mientras cogía algunos papeles, y notaba las manos temblorosas.

—¿Tienes por costumbre seducir a tus clientes más ricos, para luego follártelos y robarles sin que se den cuenta? —Me escupió. Cada palabra fue una daga.

Me dolió más que mil puñaladas. La rabia y el dolor me invadieron. Y, sin pensarlo, le di una bofetada que resonó en todo el salón.

—¡Vete de mi casa! —grité, con las lágrimas cayendo en ese momento sin control— No voy a permitir que me llames puta ni ladrona. No soy ninguna buscona, ni una estafadora.

Ismael permaneció inmóvil unos segundos, con los ojos llenos de furia contenida. Y yo estaba allí, ante él, enamorada como nunca lo había estado de nadie, y llorando por el daño que me habían hecho esas palabras.

—Voy a llegar al fondo de este asunto —me advirtió—. Y cuando tenga toda la verdad, te aseguro que te destruiré. No volverás a trabajar en la banca. Ni en nada que tenga que ver con manejar dinero.

Y con un portazo que hizo vibrar las paredes, salió de mi vida.

Aquel portazo resonó en toda la casa, un golpe seco que hizo vibrar hasta las ventanas, y me dejó sola, rota, con los papeles esparcidos a mis pies. El

aire se me quedó atrapado en los pulmones, y el silencio que dejó Ismael a su paso fue más cruel que cualquier grito.

Tenía las manos temblorosas, el corazón en un puño y la garganta atrapada en un nudo imposible de deshacer.

Me quedé temblando, rota. Las lágrimas eran un torrente incontrolable que no podía contener. Intentaba respirar, pero la presión en el pecho era insoportable. Y entonces supe lo que venía: un ataque de pánico. Mi respiración se aceleró, me mareé, y la ansiedad me paralizó.

Me dejé caer en el sofá, temblando, mientras las lágrimas seguían deslizándose lentas y calientes, como ríos de fuego que arrasaban cada fibra de mi cuerpo. Me sentía deshecha, no solo por su abandono, sino por las palabras que me había lanzado con esa furia desgarradora. ¿Robar a mis clientes? ¿Seducirlos para estafarlos? Aquellas acusaciones eran cuchillos afilados, clavados en lo más profundo de mi ser.

Y dolían mucho más porque venían de él, de Ismael, la persona en la que había confiado, la que creía que me conocía.

Me cubrí el rostro con las manos, tratando de frenar ese torbellino de emociones que me arrasaba por dentro. Pero era inútil. El dolor se había apoderado de mí, el miedo y la rabia se enredaban en un nudo tan fuerte que parecía imposible respirar. Y, sin darme cuenta, la ansiedad me atrapó aún más con sus garras. Sentí que el aire escaseaba, que el pecho me oprimía, que el mundo se cerraba a mi alrededor.

Respiraba entrecortada, hiperventilando, incapaz de controlar ese ataque de pánico que se había apoderado de mí. No podía estar sola en ese momento, necesitaba a alguien que me anclara a la realidad, que me recordara quién era y que no había hecho nada malo. Con manos temblorosas, marqué el número de mi padre, porque solo él podía ayudarme a poner orden en aquel caos.

—Papá… —Logré susurrar con la voz rota y lágrimas que no paraban de caer—. Por favor, ven a casa. Estoy… estoy hecha polvo.

Él no dudó ni un segundo.

—Voy para allá ahora mismo, hija. Aguanta, que ya estoy en camino —me respondió con esa voz cálida que me daba paz.

Me recosté en el sofá, tratando de controlar la respiración mientras las lágrimas seguían cayendo sin cesar. En mi mente resonaban, una y otra vez, las palabras de Ismael, esas acusaciones que me habían destrozado. Me preguntaba cómo podía creer algo así, cómo había sido capaz de pensar que yo haría algo semejante. El miedo a que todo se viniera abajo me devoraba.

Cuando la puerta sonó y vi a mi padre entrar, un rayo de calma atravesó el caos en mi pecho. Su presencia era un bálsamo para mi alma desgarrada.

—Cuéntame todo, hija —me pidió, con esa paciencia infinita que solo un padre sabía tener.

Le hablé entre sollozos, contándole cada detalle: desde la llegada furiosa de Ismael, la acusación terrible, hasta el portazo que me había dejado sola y rota. Le mostré los papeles, esos documentos que parecían pruebas irrefutables.

—Vamos a verlo con calma —dijo, tomando el portátil—. Entre los dos entraremos en la aplicación del banco y revisaremos cada movimiento.

Sentí un ligero alivio. No estaba sola en esta batalla. Juntos comenzamos a analizar las cuentas, a escudriñar cada transferencia, cada cifra, cada nombre. La realidad fue un golpe aún más fuerte que cualquiera que hubiera recibido ese día.

Las transferencias existían, y el dinero había salido de las cuentas vinculadas a Ismael para ir a parar a una cuenta en el extranjero. Una cuenta a nombre de una empresa desconocida, difícil de rastrear.

El corazón se me encogió. ¿Quién podía haber hecho algo así? ¿Quién había traicionado a Ismael e intentado incriminarme?

Mi padre, serio y preocupado, fue el primero en hablar.

—Voy a pedirle un favor a un conocido para que investigue todo —me aseguró—. No vamos a dejar que te hagan esto sin pelear.

—Yo nunca haría algo así —le dije, con toda la sinceridad y la tristeza de mi alma—. Nunca lo haría, papá. Tú lo sabes.

—Lo sé, Jimena, y te creo. Pero alguien en el banco ha tenido que ser. Es tu firma, hija —respondió con la certeza de quien conoce la realidad de un lugar donde todos creen que nadie traiciona a nadie.

Y entonces recordé lo que había dicho Ismael.

—Papá, ¿y si no ha pasado solo con las cuentas de Ismael? —pregunté, con miedo, por la respuesta que pudiera tener mi pregunta.

—Pues solo hay un modo de saberlo, hija —respondió.

Y entre los dos seguimos revisando las cuentas de mis clientes más importantes. Descubrimos que el de Ismael no era un caso aislado.

Varios movimientos parecidos se habían hecho en las cuentas de otros clientes que yo gestionaba. No eran cantidades grandes, pero sí lo suficiente como para llamar la atención y levantar sospechas. Lo que nos sorprendió a los dos fue que ninguno de ellos se hubiera dado cuenta de esos movimientos.

No me podía creer que eso hubiera pasado ante mis narices, que alguien se hubiera atrevido a hacer esos movimientos bancarios suplantándome. ¿Y con qué fin? ¿Para culparme, hacer que me despidieran y quién sabe qué más? ¿O simplemente para lucrarse y asegurarse un buen colchón para su jubilación?

Y entonces mi padre y yo nos miramos en silencio, dejando que el peso de la verdad se asentara. Después de unos minutos que parecieron eternos, mi padre rompió de nuevo aquel silencio.

—Si estás pensando en la misma persona que yo —dijo, con voz baja y grave—, prepárate para lo que venga.

Asentí, con lágrimas que otra vez corrían sin freno.

—Sí… —susurré—. Si ha sido capaz de hacerme esto, de traicionarme así, de querer acabar con mi carrera, yo también voy a pelear. No voy a rendirme.

Mi padre me abrazó con fuerza, como si quisiera transmitirme toda su protección en ese momento.

—Nunca había visto a Ismael tan enfadado —murmuré entre lágrimas.

—Hablaré con él, hija. Le haré entrar en razón y que sepa que no has sido tú.

—No —contesté, y él suspiró preocupado.

—¿Por qué no quieres que lo haga?

Cerré los ojos y en mi mente resonaron sus palabras; sentí el dolor de nuevo en el pecho y el momento exacto en el que mi corazón se hizo añicos.

—Porque no, papá. Me dejó claro que no quiere saber nada de mí. Y después de acusarme así, sin ni siquiera investigar, soy yo quien no quiere saber nada de él. Por mucho que me duela… y por mucho que lo quiera.

Nos quedamos en silencio, abrazados, mientras yo lloraba aferrada a su pecho, con el peso de lo ocurrido posándose sobre nuestros hombros. Él me sostenía, me daba ese refugio necesario en medio de la tormenta que se había desatado en mi vida.

Y pensaba en lo mucho que me iba a costar sacarme a Ismael de la cabeza… y del corazón. Porque estaba enamorada de él como nunca lo había estado de nadie.

Sabía que el camino iba a ser largo y doloroso, sabía que la lucha apenas estaba comenzando. Y sin duda, sabía que arrancarlo de mi vida sería la batalla más difícil de todas a las que tendría que enfrentarme jamás.

Lloré aún más. No solo por lo que había perdido, sino por el amor que dolía tanto, por la traición que me habían hecho y ardía en mis entrañas, por la incertidumbre de un futuro roto.

Y, sin embargo, en medio de ese dolor, sentí una chispa de esperanza. Porque no estaba sola. Tenía a mi padre, mi fuerza… y la determinación de no dejar que nadie me derribara.

Capítulo 27



Jimena

Nunca en mi vida, dos días me habían parecido tan largos. Me sentía como atrapada en un tiempo espeso, detenido, como si el mundo entero se hubiera ralentizado mientras yo simplemente… caía. Desde que mi padre comenzó a investigar lo que había pasado en el banco, no había dicho ni una palabra al respecto. Ni una pista, ni un comentario casual. Nada. Y esa ausencia de noticias me estaba matando por dentro.

No dormía. Apenas comía. No tenía fuerzas ni para fingir que todo estaba bien. Me limitaba a existir. El cansancio me devoraba, pero no era solo físico; era un agotamiento que se había enroscado en mi pecho y no me dejaba respirar del todo.

Lo peor no era siquiera saber que alguien dentro del banco había manipulado esas transferencias, falsificando mi firma. Lo peor era que Ismael, él… había creído que era capaz de algo así. No hubo preguntas, ni dudas, ni una mínima oportunidad para defenderme. Solo una acusación directa, fría, violenta, como si yo no hubiese significado absolutamente nada para él.

Y ahí estaba yo, sentada en la cafetería de siempre, la que quedaba a dos calles del banco, con las manos temblando alrededor de una taza de café frío. Marta no tardaría en llegar. Llevaba dos días evitando contarle todo, en parte porque decirlo en voz alta me dolía más. Pero necesitaba hacerlo. Necesitaba que alguien lo supiera.

La campanita de la puerta sonó y levanté la vista justo cuando Marta entraba. Me vio y enseguida notó que algo no iba bien. Se acercó sin decir una palabra, me rodeó con los brazos y yo me rompí en su abrazo. Lloré como no había podido llorar en dos días.

Y le conté todo, sin dejarme una sola palabra de lo que había ocurrido.

—Shhh, Jimena… tranquila, tranquila… —susurró mientras me acariciaba la espalda— Todo va a salir bien. No te preocupes. Seguro que tu padre encuentra algo que te exculpe. Tú no has hecho nada malo.

Asentí, pero no estaba segura de nada en ese momento. Sentía que todo lo que era sólido en mi vida se estaba desmoronando como un castillo de arena bajo la marea. Me sentía tan indefensa, tan frágil.

—Vamos a salir de esta. Te lo prometo. Y ese imbécil… si no es capaz de confiar en ti, es que no te merece. Así de simple —dijo con certeza mientras apretaba mis manos.

Volví al banco después de aquello, aún con los ojos hinchados por haber llorado. Me dolía la cabeza y el estómago, como si mi cuerpo quisiera gritar que no podía más.

Sergio se acercó casi en cuanto entré. Llevaba una carpeta gruesa en la mano, llena de operaciones pendientes.

—Jimena, te dejo esto para revisar —dijo, pero al ver mi expresión se detuvo—. ¿Estás bien?

—Déjalo en la mesa, por favor —respondí con voz apagada, sin siquiera mirarlo.

Él no se movió. Me observaba con preocupación. Lo sentía.

—No estás bien. No me mientas, Jimena. Te conozco. ¿Qué te pasa?

—No es nada.

—¿Es por el inversor? ¿Te ha hecho algo? ¿Te dio la patada porque se cansó de ti?

Sentí que las lágrimas estaban a punto de asomar otra vez. Él notó el temblor en mi rostro y se acercó. Me abrazó sin pedirme permiso y, con una dulzura inesperada, me colocó un mechón de cabello tras la oreja.

—Si es que tenías que haber salido conmigo en vez de con él —dijo con una media sonrisa, intentando animarme.

No pude evitar reír, aunque fue una risa ahogada por el dolor que me oprimía el pecho. Sergio me dio un beso en la frente y se marchó a una reunión con un cliente. Lo vi alejarse con el corazón encogido. Estaba sola. Más sola que nunca.

Entonces cogí el teléfono. Tenía que hacer algo. Algo más que esperar. Llamé a Hugo Salvatierra. Era uno de los clientes a los que supuestamente había «robado». Quería hablar con él cara a cara.

Nos vimos en un restaurante cerca del banco. Fui con los papeles que había logrado recopilar, todos los movimientos sospechosos con mi firma falsificada.

Cuando Hugo llegó, lo saludé con una mezcla de miedo y vergüenza. Me senté frente a él y respiré hondo.

—Antes de nada, si decides cambiar de banco, lo entenderé. No voy a impedírtelo.

Él frunció el ceño y cogió los papeles. Su mirada fue de sorpresa, luego de preocupación. Y revisó cada uno de los movimientos que yo había resaltado.

—Mis contables no me han dicho nada de esto. ¿Cómo lo descubriste?

—Uno de mis nuevos clientes… me acusó de robarle. Dijo que en las transferencias aparece mi firma. Pero son movimientos que nadie autorizó. Ni él, ni su empresa. Y lo peor… es que es cierto. Mi firma está ahí.

Hugo me miró durante un buen rato. Luego desvió la mirada hacia los papeles de nuevo.

—Siempre que necesito una transferencia de urgencia, te la pido a ti. Y siempre lo haces bien. Nunca sospeché nada. No había visto estos otros movimientos. Son pequeñas cantidades, pero regulares. Dispersas. Si no fuera porque lo estoy viendo ahora, no me habría dado cuenta. Mis contables tampoco.

—Eso es lo que me aterra. Que quien lo hizo sabía cómo evitar alarmas. Sabía cómo moverse. Sabía cómo imitarme.

Vi cómo tragaba saliva. Su expresión era de incredulidad y rabia a partes iguales.

—¿Y nadie del banco te ha dicho nada?

—Mi padre está investigando. Pero no me ha contado aún lo que ha encontrado. No quiere que me angustie más, supongo.

—Tienes suerte de tenerlo.

Asentí. Durante un instante, ninguno dijo nada. Hasta que Hugo volvió a hablar de nuevo.

—Jimena… yo sé que tú no harías esto. Ni en mil años. Lo sé. Y si necesitas que dé mi versión a quien sea, lo haré.

—Gracias —susurré—. De verdad. Gracias.

No pude evitarlo. Las lágrimas comenzaron a caer de nuevo. Me sentía tan impotente.

Hugo se levantó, arrastró su silla y se sentó a mi lado. Me abrazó, con cuidado, con ternura, y me secó las lágrimas con los pulgares.

—No te preocupes. Yo sé que tú no harías algo así. Confío en ti, Jimena. Desde que tomaste el cargo de directora. Incluso antes, cuando eras asesora.

—Ojalá quien me acusó pensara lo mismo… —murmuré entre sollozos.

Él sostuvo mi rostro entre sus manos y me miró fijamente.

—Si no te creyó, es porque no te conoce. O no quiere conocerte. Y si es así… no merece estar en tu vida.

Y entonces, sin darme tiempo a pensar, me besó. Fue un beso suave, largo. No me aparté. Me sentí sostenida, aunque solo fuera por un instante.

Pero justo en ese momento, una voz me heló la sangre.

—Ya veo que no me equivocaba. Seduces a los clientes… y después les robas.

Ismael. Estaba ahí, a unos pasos. Su expresión era de rabia contenida. De celos. De desprecio. El tiempo se detuvo. Sentí que se me iba el alma. Lo vi, con los labios apretados, la mandíbula tensa, la furia en cada gesto.

Me aparté de Hugo, aturdida, mientras ellos se reconocían.

—¿Tú? —dijo Hugo, mirándolo con desdén.

—¿Os habéis acostado? —preguntó Ismael, con veneno en la voz.

—Sí. Pero hace meses. Y si piensas que estoy intentando volver a acostarme con ella, ten cuidado con lo que dices —respondió Hugo, levantándose.

—Tenlo tú. Porque te va a robar. Como a los demás.

—¡Ella no es ninguna ladrona! —espetó Hugo, furioso— Antes de acusarla, deberías haber investigado. Si de verdad crees eso de Jimena, es que no solo no la conoces, sino que no eres el hombre que ella merece.

—No necesito investigar. Hay pruebas. Su firma. Las cuentas. ¿Qué más quieres?

—¿Tú crees que una firma impresa es prueba de culpabilidad? ¿De verdad piensas eso?

Ismael me miró. Quise ver duda en sus ojos, pero solo vi rabia. Y algo más: dolor.

—Te vas a arrepentir —le dijo Hugo con una leve sonrisa mientras negaba con la cabeza—. De acusarla. Y más aún… de perderla. Porque Jimena es una mujer a la que se debe cuidar y amar. No despreciar.

Ismael me miró. Yo no bajé la vista. No esta vez. No merecía mi rendición. Vi la furia en sus ojos. Vi el dolor.

—No lo creo —murmuró Ismael, y se dio media vuelta.

Se fue sin mirar atrás. Yo no dejé de mirarlo.

Vi su espalda alejarse, su figura perderse entre la gente del restaurante, y sentí que algo se rompía de forma definitiva.

Hugo se sentó de nuevo y me rodeó con los brazos.

—No voy a disculparme por besarte. Pero dime, ¿has tenido algo con él? —preguntó, y asentí— Pues entonces no le dediques ni una lágrima más. No las merece. Ya se dará cuenta de lo que ha hecho y lo que ha perdido. Y cuando lo haga, volverá arrastrándose.

—No creo —dije en voz baja.

—Preciosa. —Sonrió con tristeza—. Ese hombre está enamorado de ti. Y celoso. Si su mirada pudiera, me habría noqueado. Va a volver. Como se suele decir… con el rabo entre las piernas.

No dije nada. No porque creyera lo mismo, sino porque ya no tenía fuerzas para discutir ni con él ni conmigo misma.

Después de comer, nos despedimos. Volví al banco más sola que nunca. Más triste. Y sin ganas de nada.

Cuando regresé al banco, la sensación de vacío era casi insoportable. Me costaba caminar por los pasillos, saludar a mis compañeros, fingir normalidad. Las miradas no eran distintas, nadie me había acusado

formalmente, pero yo sentía como si cada paso que daba dejara un rastro de sospecha detrás de mí.

Me senté en mi despacho sin encender el ordenador. Apoyé los codos sobre el escritorio, entrelacé los dedos y dejé caer la frente sobre mis manos. El leve zumbido de las impresoras, las conversaciones a media voz, los pasos… Todo me parecía lejano, como si estuviera atrapada bajo el agua.

Pensaba en Ismael. En su mirada de desprecio. En su rabia. En sus palabras. No había mayor castigo que su juicio implacable, esa forma de mirarme como si hubiera destruido todo lo bueno entre nosotros por ambición o por traición. Yo, que lo había querido tanto. Que había apostado por él, incluso cuando dudaba de mí misma. Que le había entregado más de lo que jamás confesé en voz alta.

Y, aun así, la parte de mí que lo amaba… no podía odiarlo del todo. Me dolía más que no hubiera querido escucharme, que no hubiera buscado la verdad. Que me hubiera creído culpable con tanta facilidad. Aquel beso con Hugo no había sido un acto de traición. Había sido una tabla en medio del naufragio. Pero para Ismael, solo había sido la confirmación de su prejuicio.

Respiré hondo y miré el reloj. Pasaba poco de las cuatro. Dentro de media hora tenía una reunión, y aún no había revisado los documentos que me había dejado Sergio. Me forcé a abrir la carpeta. Las letras bailaban ante mis ojos, como si mis lágrimas no quisieran irse del todo.

Una parte de mí quería marcharse. Coger mis cosas y desaparecer. Tomar un tren, un avión, lo que fuera. Irme lejos. Olvidar todo. Pero esa opción solo vivía en mi mente, como un espejismo. Yo no era de las que huían. Siempre había enfrentado los problemas. Aunque esta vez… no sabía si tenía fuerzas suficientes.

Un golpe suave en la puerta me sacó del trance.

—¿Puedo pasar? —preguntó Sergio, asomando la cabeza.

Asentí, y entró con cautela, como si supiera que caminaba sobre cristales rotos.

—Me preguntaba si querías que repasáramos juntos las operaciones.

—Gracias, pero puedo hacerlo —respondí con una sonrisa débil.

—Jimena… —Se sentó frente a mí—. De verdad. Si necesitas hablar con alguien, aquí estoy. No es solo por lo del inversor. Sé que hay algo más. No te ves bien. No eres tú.

Tuve que tragar saliva antes de responder.

—Gracias, Sergio. Pero de verdad, estoy bien.

Mentí otra vez. Como un autómata. Como si creyendo lo suficiente en esas palabras fueran a volverse realidad.

—Vale —respondió él, sin creérselo—. Pero deja que te diga algo. A veces uno elige mal. Y si ese tío te trató como parece… es porque no tiene ni idea del valor que tienes.

Quise decir algo, pero no me salieron las palabras.

—Por cierto —añadió sonriendo, como quien lanzaba una balsa en medio del mar—, todavía estás a tiempo de salir conmigo. No todo está perdido.

Reí. Una risa sincera, aunque corta. Él se levantó, me tocó el hombro con cariño y salió del despacho sin más. Su cercanía era un consuelo amable, una presencia silenciosa que no exigía nada de mí. Y en ese momento, eso era más de lo que podía pedirle al mundo.

La tarde transcurrió entre informes, correos y llamadas que sonaban todas iguales. Sentía que no estaba realmente allí, que solo mi cuerpo se movía mientras mi mente seguía anclada en el restaurante, en las palabras de Hugo, en los ojos de Ismael.

Hugo me había hecho sentir segura. Apreciada. Me había defendido sin dudar, sin cuestionarme, sin pedir explicaciones. Y, sin embargo… no era él quien ocupaba mis pensamientos al caer la noche. No era a él a quien extrañaba con esa punzada insoportable.

Capítulo 28



Jimena

El banco estaba igual que siempre. Las mismas conversaciones, los mismos pasos, las mismas caras. Todo seguía su curso, como si mi mundo no se hubiera desplomado por completo. Era extrañamente doloroso comprobar que el mundo no se detenía por el sufrimiento que me invadía.

Entré en mi despacho, cerré la puerta con más fuerza de la necesaria y me senté lentamente, como si cada movimiento me costara años. Me quité los tacones y dejé que mis pies descansaran sobre la alfombra. Era un gesto pequeño, insignificante, pero me sentí un poco más humana.

Durante un largo rato solo me dediqué a mirar por la ventana. La ciudad seguía ahí, ruidosa, rápida, viva. Yo, en cambio, me sentía como si estuviera viendo todo desde detrás de un cristal grueso, como si perteneciera a otro plano.

Otra noche sin apenas dormir, y un nuevo día lleno de los mismos problemas desde que Ismael me acusó de robarle.

Pensaba en todo lo que había dicho Hugo el día anterior. En cómo me había defendido. En lo rotundo que había sido con Ismael. ¿Cómo era posible que alguien que no compartía mi vida me defendiera más que la persona que sí lo había hecho?

No podía dejar de pensar en Ismael. En su rabia. En esa mirada que me dedicó como si fueran cuchillas. Me dolía. Me dolía hasta el alma. Y no era solo por lo que había dicho, sino por lo que no había dicho. Por lo que no

quiso escuchar. Por la facilidad con la que creyó que yo era capaz de algo tan sucio.

Lo que más me dolía no era haber perdido a Ismael. Era haber descubierto que, en realidad, nunca lo tuve de verdad.

A media mañana recibí un mensaje de mi padre. Me pidió que fuera a su casa en cuanto terminara la jornada. No dijo nada más. Ni una palabra sobre la investigación, ni sobre lo que había descubierto. Solo un simple: «Ven a verme cuando termines. Te espero».

Ese mensaje me puso más nerviosa de lo que debería. ¿Y si había encontrado algo? ¿Y si había confirmado que era una trampa? ¿Y si, por el contrario, había descubierto algo aún peor? El estómago se me retorció en una mezcla de ansiedad, miedo y esperanza.

El resto de la jornada fue una especie de limbo. Revisé las operaciones con la atención de un zombi, respondí correos que probablemente tendría que volver a revisar más tarde. Cuando por fin llegó la hora de comer, recogí mis cosas y salí en silencio.

Ni siquiera me despedí. Tampoco sabía si volver después o irme a casa y quedarme allí con mi dolor, con mi tristeza, con un bote de helado de un kilo y escuchando mil canciones de desamor que me hicieran recordarle a él.

Mi padre me recibió con una expresión indescifrable. Estaba de pie junto a la ventana del despacho que tenía en casa, con los brazos cruzados, mirando hacia el jardín.

—Cierra la puerta, por favor.

Lo hice. Caminé despacio hasta sentarme frente a él. No dije nada, solo esperé.

—He encontrado algo —dijo sin preámbulos—. Y no te va a gustar.

Mi corazón se detuvo por un instante.

—¿Qué es?

—Accedí a los registros internos del sistema, con ayuda de un amigo de la policía informática. Lo que encontré fue… manipulación deliberada de tus credenciales. Alguien usó tu cuenta de usuario para firmar esas transferencias. Tal como sabíamos, no fuiste tú.

No pude hablar. Me quedé paralizada.

—Las firmas son digitalizadas. Imposibles de distinguir de las reales sin una comprobación de metadatos. Pero lo que no sabían es que el sistema deja una traza profunda, un registro oculto que solo los técnicos pueden ver. En esas trazas aparece que tu cuenta fue accedida desde otro terminal. No desde tu ordenador.

—¿Desde cuál? —pregunté en voz baja.

—Desde uno en el segundo piso. El de contabilidad. Alguien entró fuera del horario laboral, usó tu usuario y emitió esas órdenes. El acceso fue autorizado con un código antiguo, uno que tú cambiaste hace meses. Alguien lo tenía guardado.

Me llevé una mano al pecho. El corazón me latía como un tambor enloquecido.

—¿Sabes quién lo ha hecho?

—Todavía no. Pero estoy cerca. Muy cerca. He limitado los accesos internos. Nadie sabe que estoy detrás de esto. Quiero protegerte. Pero Jimena… esto es más grande de lo que parece. No es solo contra ti. Es parte de algo más profundo.

—¿Qué significa eso?

—Que han desviado pequeñas cantidades de varias cuentas, no solo de tus clientes. Cuentas importantes. Fondos que se movieron a paraísos fiscales a través de intermediarios. Y todo está diseñado para que parezca que fue una gestión tuya. Como si hubieras montado una red para desviar capital.

Le escuchaba en silencio y cada palabra era peor que la anterior. Empecé a sentirme mareada.

—¿Por qué yo?

Mi padre se sentó frente a mí. Por primera vez en días, su mirada se suavizó.

—Porque eres directora. Porque tienes acceso. Porque confían en ti. Y porque saben que eres el blanco perfecto: mujer, joven, ambiciosa… fácil de señalar. Y porque sabían que tu caída taparía otras cosas más graves.

No sabía si llorar o gritar. Me limité a asentir, como si mi cuerpo ya no pudiera soportar más peso.

—¿Qué hago ahora?

—Nada. De momento, nada. Déjamelo a mí. Confía en mí, hija. Voy a sacarte de esta.

Asentí. Quería creerle. Quería aferrarme a su promesa. Pero me sentía como una pieza en medio de una maquinaria que no alcanzaba a comprender del todo.

Me quedé a comer con ellos. Mi madre sonreía con cariño y me abrazaba y besaba sin decir nada, aunque ella lo sabía todo. Ese consuelo fue suficiente para mí.

Esa tarde no regresé al banco. Me fui a casa y me duché durante casi una hora. El agua caliente no logró calmarme. Ni el té, ni la música suave, ni mirar el techo en silencio. Me sentía atrapada en una angustia que no conocía. Ni siquiera cuando murió mi abuela me había sentido así. Aquello fue dolor, sí, pero esto era algo más oscuro. Más sucio. Como si me hubieran arrancado algo desde dentro.

Pensé en Ismael. Pensé en su juicio. En su rechazo. En cómo me miró con asco. En cómo ni siquiera quiso oírme. En cómo me dejó sola. Y por un momento, lo odié. Odié su cobardía, su facilidad para abandonarme.

Pero también pensé en cómo me había mirado antes de todo esto. En cómo me había sostenido en otros momentos. En cómo me había besado como si el mundo fuera a acabarse.

Y eso… eso dolía más.

A la mañana siguiente, llegué al banco más temprano de lo habitual. Aún no había nadie en mi planta. Me encerré en mi despacho y encendí el ordenador. Releí los documentos que había reunido con Hugo. Comparé firmas. Revisé horarios. Y entonces, algo me llamó la atención.

Una de las transferencias se había hecho en sábado.

Yo no trabajaba los sábados. Nadie del banco, salvo seguridad, tenía acceso ese día.

Busqué el horario de entrada en el edificio. Y ahí estaba. A las ocho y doce de la mañana, alguien había accedido con una tarjeta de administrador. La tarjeta estaba a nombre de Carlos Narváez, del departamento de sistemas.

Carlos era de los pocos con privilegios para entrar al servidor. Y también era uno de los que había estado en la reunión donde se asignaron mis

nuevas claves, meses atrás. Mi padre tenía razón: alguien las había guardado.

Imprimí el registro. Y me temblaban las manos.

Salí del despacho con el papel en la mano. Lo apretaba tanto que mis nudillos estaban blancos. Caminé por el pasillo como si no pisara el suelo, con la mirada fija en ningún sitio, con el corazón palpitando con una mezcla extraña de miedo y euforia.

Carlos Narváez. No era alguien con quien tuviera mucha relación, más allá de lo profesional. Siempre había sido cordial, eficiente… y discreto. Demasiado discreto, ahora que lo pensaba. Era de esos que parecían invisibles, los que uno olvidaba al salir de una sala, pero que estaban siempre presentes.

Lo busqué, pero no estaba en su sitio. Pregunté a su compañera, y me dijo que había salido a una reunión técnica en otro edificio. Le dejé una nota para que pasara por mi despacho en cuanto volviera. No quería acusar a nadie sin pruebas. Pero ya no podía seguir en la sombra, esperando a que las piezas encajaran por sí solas.

Volví a mi oficina, cerré la puerta y me senté frente al ordenador. Llamé a mi padre, le conté lo que había encontrado. Escuchó en silencio, luego me pidió que escaneara el papel y se lo enviara. Lo hice.

—Es una buena pista —dijo finalmente—. No te precipites, Jimena. No le digas nada a nadie todavía. Voy a verificar ese acceso. Si él usó la tarjeta, tiene que haber grabaciones. Pero si no fue él…

—¿Y si fue otra persona con su tarjeta?

—Entonces estamos ante algo aún más serio. Déjame encargarme de eso. Y tú… haz como si nada.

Colgué, pero no pude quedarme quieta. Me levanté, caminé por la oficina, traté de concentrarme en el trabajo. Pero el peso en el pecho no se iba. Estaba tan al límite, tan agotada… que me preguntaba cómo seguía en pie.

A media mañana, Rosa, una de las chicas de caja, apareció por mi despacho con un café y un bollo.

—Vi tu cara esta mañana. Tienes peor pinta que un lunes sin café. Toma.

Me reí, por primera vez en mucho tiempo, aunque fuera solo un poco.

—Gracias. No sabes cuánto lo necesito.

—¿Pasa algo?

—Sí… —Comencé a decir, pero me detuve haciendo caso a las palabras de mi padre—. Es algo personal.

—¿Y cómo estás?

—No lo sé. Rota. Confundida. Pero viva. Supongo que eso ya es algo.

Me miró con ternura, sin insistir. Ella era así, sabía cuándo hablar, y cuándo simplemente estar.

A la hora del almuerzo, me quedé sola en el despacho. Todos se habían ido a comer. Yo no tenía hambre. Me limité a mirar el techo, a repasar una y otra vez lo ocurrido con Hugo, con Ismael, con mi padre, con las pistas que parecían multiplicarse y alejarse al mismo tiempo.

Entonces, como si mi cerebro encendiera una luz dentro de la oscuridad, recordé algo.

Uno de los movimientos con mi firma coincidía con el día que habíamos tenido la reunión con un fondo internacional. Aquel día había estado reunida desde las nueve hasta la una. El sistema marcaba una transferencia hecha a las diez y dieciséis. Imposible. No podía haberlo hecho. Y, sin embargo, mi firma estaba allí.

Fui hasta el archivo digital, pedí los accesos del sistema de videovigilancia de esa fecha. Tenía privilegios para hacerlo como directora. Localicé el pasillo del segundo piso, cerca del despacho donde se había hecho el acceso sospechoso. Avancé el vídeo. A las diez y veinticuatro, alguien pasó frente a la cámara.

Era Sergio.

Lo vi claramente. Reconocí su caminar, su forma de vestir. Llevaba una carpeta en la mano, caminaba como si fuera parte de su rutina. Pero no tenía por qué estar ahí. No ese día. No a esa hora.

Me quedé helada.

Volví a revisar el acceso al sistema. La entrada al terminal había ocurrido a las diez y veintiuno. El margen cuadraba. Solo él había pasado por ese

pasillo. Solo él tenía la proximidad suficiente para haber usado una tarjeta de otro o haber tenido una copia del acceso.

No podía ser él. El hombre que me hacía reír. El que me defendía de mí misma con esas bromas a medias. El que me dijo que debía haber salido con él en vez de con Ismael. El que me conocía desde que entré al banco.

¿O tal vez por eso mismo… era perfecto para hacerlo?

Sentí que me faltaba el aire. Me levanté, cerré la puerta, y respiré hondo. Si él estaba implicado… todo cobraba otro sentido. Su cercanía. Sus palabras. Incluso su presencia oportuna cada vez que yo me derrumbaba.

Mi padre tenía razón: el culpable tenía que ser alguien cercano. Alguien con acceso. Alguien en quien yo confiara tanto que no cuestionara nada.

Pasé el resto del día en piloto automático. No confronté a Sergio. No lo mencioné. No quería. No podía. Aún no tenía pruebas directas. Pero el nudo en mi estómago crecía como una tormenta.

Cuando salí del banco esa tarde, la calle estaba llena de gente. Era viernes. Los bares comenzaban a llenarse. La ciudad parecía avanzar con normalidad. Nadie podía imaginar que, en el segundo piso de una entidad bancaria, alguien había fabricado una trampa perfecta contra una mujer que solo quería hacer bien su trabajo.

No volví a casa, no quería ir todavía. Caminé sin rumbo. Crucé dos avenidas, pasé por una calle secundaria y me senté en una plaza. Me quedé allí, con el bolso apretado contra el pecho y la mirada perdida.

Pensé en mi vida. En lo que había construido. En lo que estaba perdiendo.

Pensé en Ismael. En cómo me miró por última vez. Y en cómo no aparté la mirada, ni siquiera cuando él sí lo hizo.

Pensé en Hugo, en sus palabras, en su confianza. En el beso. En lo fácil que fue dejarme sostener, aunque solo fuera por un rato.

Pensé en mi padre. En su rostro, cansado pero decidido. En su promesa. En su silenciosa forma de protegerme.

Y pensé en mí. En quién era yo antes de todo esto. En quién quería ser después.

Volví a casa tarde, con la cabeza embotada. Me metí en la cama sin cenar. Cerré los ojos con fuerza, como si al hacerlo pudiera despertar en

otro sitio. Pero el sueño no vino.

Solo pensamientos. Silencios. Palabras de otros. Y un recuerdo que se repetía una y otra vez.

La voz de Ismael. Dura. Incrédula. Llena de desprecio.

«Seduces a los clientes… y después les robas».

Y luego la voz de Hugo, tan distinta, tan clara.

«Ella no es ninguna ladrona. Y si piensas eso… no solo no la conoces, es que no eres el hombre que ella merece».

Me giré en la cama. Apagué el teléfono. Me cubrí hasta la cabeza. Y lloré.

Pero esa noche, mientras las lágrimas caían sin pausa, algo dentro de mí comenzó a endurecerse. A despertarse.

Una determinación sorda, dolorosa, pero firme. Me iban a hundir, sí. Pero yo no me iba a ir sin pelear.

Por mí. Por mi nombre. Por la verdad.

Y si alguien me había traicionado… iba a descubrirlo.

Aunque doliera. Aunque me rompiera en el proceso.

Capítulo 29



Ismael

Era sábado. Pero no sentía ni el descanso del fin de semana ni la calma de estar en casa. Todo lo contrario. Me había pasado la noche revisando movimientos de cuentas, informes, registros. Y no por trabajo, al menos no del tipo habitual. No podía dejar de mirar cada número, cada transacción, buscando un error, una grieta, algo que me dijera que lo que había pasado no era real.

Pero todo parecía decirme que sí lo era. Que Jimena me la había jugado. Y lo había hecho bien.

Me pasé la mano por la cara, agotado, mientras el café se enfriaba en la mesa. No podía entenderlo. No a ella. No a Jimena. Jamás habría imaginado que fuera capaz de algo así. Y ese era el problema. Porque la conocía. O al menos eso creía.

Pero su firma estaba ahí. Una detrás de otra. Transferencias de cantidades medianas, dirigidas a una cuenta que, hasta ahora, nadie podía rastrear.

¿Cómo pudo hacerme algo así?

Apreté los dientes con rabia. Me sentía estúpido. Engañado. Como un crío que se enamora de la chica equivocada y termina arruinado por creer en algo que nunca existió.

La pantalla del portátil brillaba en la oscuridad del salón. Había abierto todos los informes que tenía. Cada extracto. Cada movimiento. Nada

encajaba, y al mismo tiempo todo encajaba demasiado bien. Esa era la jodida trampa.

Y en mitad del silencio, mi móvil vibró sobre la mesa. Era Pablo.

—Dime —contesté sin ganas.

—He estado buscando todo el rastro digital de las transferencias con la firma de Jimena —dijo, sin siquiera saludar—. Y no logro dar con el titular final. Está todo filtrado por capas y sociedades pantalla. Es una maraña. Muy profesional.

—¿Y qué significa eso?

—Que alguien ha hecho esto sabiendo lo que hacía. No estamos hablando de un error ni de un principiante. Esto se planeó con tiempo. Se ocultó bien.

Me recosté en el sofá, cerrando los ojos por un segundo.

—¿Cómo estás tú? —preguntó después.

—Vi a Jimena con Hugo Salvatierra el otro día —le conté por fin, porque hasta ahora no lo había hecho.

Hubo un silencio breve al otro lado de la línea antes de que volviera a hablar.

—¿Y?

—Se besaron —respondí, con un nudo en la garganta que no pensaba confesar.

—¿Qué sentiste?

—Me dieron ganas de partirle la cara —dije, y Pablo resopló—. ¿Eso responde a tu pregunta?

—Sí —dijo sin vacilar—. Estás celoso.

—Se acostó con él hace meses, y ahora entiendo que, en la fiesta, cuando hablamos de ella, sonriera de ese modo. Él…

—Sí, sí, se la ha follado antes que tú. Haznos un favor a los dos y no sigas mortificándote.

—¿Sabes qué me dijo ese cabrón?

—Sorpréndeme.

—Me dijo que Jimena no sería capaz de hacer algo así. Que confiaba en ella. Que antes de acusarla yo debería haber investigado.

Pablo no respondió enseguida. Sabía que era una línea delicada.

—¿Y si tiene razón? —dijo al fin— ¿Y si no fue ella?

—¿Estás diciendo que alguien más lo hizo y la hizo quedar como culpable?

—Sí. Mira, yo también vi esas transferencias. Y sí, la firma es la suya. Pero si fue manipulada, si alguien la usó… entonces la hemos juzgado mal. Y tú, sobre todo tú, Ismael, le has echado una mierda tan grande encima que te va a costar recuperarla. Si es que aún quieres hacerlo.

Sentí que me faltaba el aire. Recuperarla. Si es que quería. Si es que podía.

—Si tengo que perderla, ya me olvidaré de ella. No sería la primera vez —dije, haciéndome a la idea de que recuperar a Jimena sería una misión imposible.

—No, pero de esta estás mucho más jodido —respondió él, sin rodeos—. Lo sabes. Y lo sabes bien. Estás enamorado, Ismael. Y lo estás desde hace tiempo. Aunque no quieras admitirlo.

Antes de que pudiera responderle, colgó.

Me quedé con el móvil en la mano, mirando el techo como un imbécil. No quería reconocerlo, pero Pablo tenía razón. La rabia no me venía solo del engaño o de las transferencias. Me venía de ella. De lo que había sido con ella. De lo que sentía, incluso ahora, incluso sabiendo que quizás me había traicionado.

Apreté el puño. La imagen de Jimena y Hugo, tan cerca, tan íntimos, volvió a mi mente como un disparo. Me dolía más que cualquier prueba. Me jodía más que cualquier cifra.

El timbre sonó de pronto y me sobresalté. Miré el reloj y eran las nueve y diez de la mañana. ¿Quién coño venía a esta hora un sábado?

Me levanté y fui a abrir la puerta, sin pensar demasiado. Al otro lado estaba mi padre.

No lo veía desde hacía semanas. Y por la expresión en su rostro, no era una visita cualquiera.

—¿Qué haces aquí? —pregunté, y él entró sin pedirme permiso ni esperar a que le invitara.

—¿Se puede saber qué cojones te pasa? —espetó— ¿Cómo has podido tratar así a Jimena?

—¿Tú también vienes a defenderla ahora?

—¿Sabes quién vino a verme hoy? Andrés. Su padre. Me lo contó todo.

Me quedé quieto, paralizado, a decir verdad, porque si el padre de Jimena lo sabía…

—¿Y qué te contó?

—Que su hija está destrozada. Que tú la acusaste de algo que no puedes demostrar. Que ni siquiera le diste la oportunidad de explicarse. Me dijo que jamás la había visto así. ¿Sabes lo que es ver a un padre pedir ayuda por su hija porque no puede más?

No respondí. No sabía qué decir.

—Te has equivocado, Ismael —sentenció, mirándome fijamente a los ojos, y vi la decepción en ellos—. Y si te equivocas con algo así, con alguien como ella… te vas a arrepentir toda la vida.

—¿Y si no me equivoqué? ¿Y si fue ella?

—¿Y si no? ¿Y si lo único que hiciste fue empujarla cuando más necesitaba que la sostuvieras? —gritó, y se hizo el silencio.

Mi padre me miró como si no me reconociera, como si me viera por primera vez en su vida.

—Tú no eres así. Tú no juzgas sin pruebas. No rechazas a la gente sin escuchar. Si has cambiado tanto… entonces no eres el hombre que pensé que eras.

Y sin darme opción a decir nada más, se dio media vuelta y se fue.

Me quedé ahí. Solo. En la puerta. Con el eco de sus palabras retumbando en mi cabeza como una campana rota.

Entré de nuevo. Cerré con fuerza. El salón parecía más oscuro de lo normal. La pantalla seguía encendida, con las transacciones abiertas. Me senté. Miré los datos. Volví a ver la firma. Su nombre. Jimena.

Más jodido que estaba yo por no poder verla… por seguir amándola aun sabiendo que me había robado… no lo estaba nadie.

No había rabia suficiente para tapar eso.

Miré la botella de *whisky* que había dejado sobre la mesa desde la noche anterior. La cogí. Sentí el peso en la mano. Y sin pensarlo, la lancé contra la pared.

El cristal estalló como si fuera el único sonido real en medio de tanto silencio.

El *whisky* se escurrió por la pared, gota a gota, dejando un rastro oscuro y amargo sobre la pintura blanca. El olor invadió la sala de inmediato. Yo me quedé quieto, de pie, con los dedos aún tensos por el impulso. Miraba los cristales en el suelo, pero no los veía. Mi cabeza estaba a kilómetros.

Era irónico. Tanto esfuerzo por mantener el control, por no dejarme llevar, por actuar siempre con lógica, con frialdad, con cabeza… y ahora estaba ahí, lanzando botellas, bebiendo sin medida y repitiendo el nombre de una mujer como si fuera una maldición.

Jimena.

Una parte de mí la odiaba. La odiaba con una intensidad casi física. Porque si todo era cierto, si de verdad había sido ella, me había arruinado por completo. Me lo había arrebatado todo: la confianza, la seguridad, el futuro que estaba empezando a construir con ella.

Pero otra parte, una más profunda, más silenciosa, se negaba a aceptarlo.

Y eso era lo que más me jodía. Esa duda clavada como un anzuelo en el pecho. Esa puta voz que me decía una y otra vez:

¿Y si no fue ella? ¿Y si la estás matando en vida con tus palabras?

Suspiré, cansado, derrotado, y me dejé caer en el sofá, entre los papeles y la rabia.

Capítulo 30



Ismael

Me levanté pasadas las dos, sin hambre. Fui a la cocina, pero solo abrí la nevera y la cerré de nuevo. Nada tenía sabor últimamente. Ni la comida. Ni los días. Ni yo.

Decidí revisar otra vez las transferencias. Estaban hechas desde cuentas perfectamente legales, con autorizaciones aparentemente válidas. Cada una llevaba la firma digital de Jimena. No había forma de refutar eso. Lo que más me dolía era la precisión del fraude. Si era una trampa, la habían construido con una delicadeza escalofriante.

Abrí una carpeta nueva en el portátil. Empecé a comparar horas. Fechas. Correlaciones entre movimientos. Buscaba patrones. Algo que me dijera que había un fallo, una grieta, algo que la librara.

Pero no lo encontraba.

Al rato, el móvil volvió a vibrar. Era un mensaje de Pablo.

Pablo: *Sigue habiendo algo raro. Voy a pasarme por la empresa el lunes. Voy a pedir acceso al servidor interno. No me cuadra que ella haya hecho esto sola. Si fue ella, al menos, no lo hizo sin ayuda. Te aviso.*

No respondí. No tenía fuerzas.

Volví al salón. Me senté en el suelo, junto a los cristales. Estaban fríos. Transparentes. Me quedé mirándolos sin pensar. Aquel día, cuando la vi en el restaurante, rodeada de papeles, explicándole algo a Hugo… no parecía una mujer que estuviera escondiendo nada. Parecía… destrozada.

Y luego, el beso. Ese jodido beso.

Me dolió como una puñalada. No por celos. No solo por eso. Sino porque en ese gesto vi algo que me negaba a aceptar: ternura. Protección. Confianza. Todo lo que yo le había negado en los últimos días.

¿Y si ese cabrón la estaba consolando… por culpa mía?

Recordé cómo me miró cuando me fui. No bajó la mirada. No se disculpó. No me siguió. Me sostuvo la mirada con lágrimas en los ojos, sí, pero sin una sola palabra.

Y eso fue mucho peor. Porque en esa mirada había decepción. Dolor. Y dignidad.

Me levanté de nuevo. Fui al baño y me lavé la cara. Me miré en el espejo. Estaba pálido, con los ojos hundidos y barba de más de una semana. No era yo. No del todo.

Pensé en lo que había dicho mi padre. En cómo me había enfrentado. En lo decepcionado que estaba.

Y, lo peor de todo, pensé en que tenía razón.

Yo no era así. Siempre fui analítico. Preciso. Nunca me precipité en mis decisiones. Hasta Jimena lo decía: *«Contigo da gusto discutir, porque siempre escuchas antes de hablar»*.

Y ahora… ahora había hecho justo lo contrario.

La había juzgado. Señalado. Condenado. Todo por unas pruebas que, aunque claras, podían haber sido falsificadas. O manipuladas. Todo sin haberla escuchado de verdad.

Me vestí como si tuviera una cita. Como si salir a la calle me fuera a salvar del caos que era mi cabeza.

Salí del edificio y caminé sin rumbo, por calles sin nombre. Vi parejas en terrazas, familias en parques, niños riendo. Me sentí fuera de lugar en cada esquina. Como si todos los que pasaban por mi lado notaran que estaba roto por dentro.

Pasé frente al banco. Cerrado, por supuesto. Pero me detuve.

Miré el edificio durante un largo rato. Ahí empezó todo. Ahí la conocí. Ahí la admiré. Ahí empecé a amarla, aunque me costara aceptarlo.

No sabía cuánto tiempo estuve allí, parado, en silencio. Hasta que un par de jóvenes me empujaron sin querer al pasar, riendo, sin notar siquiera que

existía. Seguí caminando y busqué un bar tranquilo. Pedí una copa. Luego otra.

Pero nada me quitaba el nudo del pecho.

Volví a casa al anochecer. Abrí el portátil una vez más. Pablo me había enviado un nuevo correo. Adjunto iba un informe de una de las sociedades pantalla.

Me puse a leerlo con detenimiento. Algo llamó mi atención de inmediato: el nombre de uno de los intermediarios era Carlos Narváez.

Ese nombre lo conocía.

Trabajaba en sistemas. Lo había escuchado en el banco una de las veces que fui a verla cuando un repartidor preguntó por él, y así me lo confirmaba Pablo. Añadía que era alguien discreto, el típico tipo de persona que nadie recordaría, pero que tenía acceso a todo.

Fruncí el ceño y abrí el archivo de personal que había adjunto. Pablo era abogado, pero conocía a gente que podía conseguir este tipo de cosas. Allí estaba. Técnico de soporte. Con acceso a firmas digitales y servidores internos. Uno de los que podía, perfectamente, duplicar credenciales si quisiera.

¿Y si…? ¿Y si no fue ella? ¿Y si fue él? ¿Y si alguien usó su firma? Desde otro terminal. Con acceso robado. Desde dentro.

Me quedé quieto, escuchando cómo el corazón me latía más rápido.

Necesitaba más. Pruebas. Confirmación. Pero por primera vez… una chispa de esperanza se encendía entre la niebla.

Y, con ella, un dolor nuevo. ¿Y si me equivoqué? ¿Y si ya era demasiado tarde para pedir perdón?

El informe seguía abierto frente a mí, con el nombre de Carlos Narváez en la parte superior. Lo miraba como si pudiera extraer respuestas solo con la fuerza de la mirada. Me parecía imposible que no lo hubiera considerado antes. Estaba tan obsesionado con Jimena, tan empeñado en que había sido ella, que ni siquiera me permití contemplar otra opción.

Y ahora ese nombre aparecía ahí, flotando como un anzuelo en aguas turbulentas.

No dormí esa noche. Otra más. Me quedé investigando todo lo que pude sobre Carlos: sus accesos, sus permisos, los proyectos en los que había

trabajado en los últimos meses. Y cuanto más leía, más encajaba todo.

Era técnico de seguridad. Tenía permisos para las firmas digitales del equipo directivo. Las configuraba, hacía copias de respaldo… y podía acceder al sistema cuando quisiera. Era el tipo de persona que, si quisiera cubrir sus huellas, sabría perfectamente cómo hacerlo.

¿Y si lo hizo por dinero? ¿Y si alguien lo convenció? ¿O si lo hizo por cuenta propia y solo necesitaba un chivo expiatorio?

El perfil perfecto. Invisible, confiable, meticuloso. Nadie lo sospecharía. Nadie lo vería venir.

Excepto, quizá… Jimena.

A la mañana siguiente, me preparé un café, aunque apenas pude beberlo. Tenía el estómago cerrado, la garganta seca. Me duché, me vestí con desgana y marqué el número de Pablo, que tardó en responder.

—Dime.

—Carlos Narváez.

—¿Qué?

—Aparece como intermediario en uno de los movimientos. Técnicamente, podría haber tenido acceso a las firmas digitales. Tiene todos los permisos.

Pablo resopló.

—Estás pensando que pudo ser él.

—No lo sé, pero encaja. Nadie lo sospecharía. Y si lo hizo, necesitaba que alguien llevara el peso. Jimena era perfecta para eso. Tenía acceso, era directora, estaba en el ojo público. Nadie pensaría que fue un técnico de soporte.

—Eso… cambia muchas cosas.

—No cambia lo que yo hice —dije en voz baja.

Pablo se quedó en silencio unos segundos. Luego volvió a hablar.

—¿Vas a hablar con ella?

—No lo sé.

—Deberías.

—¿Y decirle qué? «Perdón, puede que me haya equivocado al acusarte de robar cientos de miles de euros». No va a mirarme a la cara. Y con razón.

—Aun así, ve. Aunque sea para intentarlo.

Y colgó, sin dejarme hablar, otra vez.

Estuve toda la mañana dándole vueltas. Tenía el móvil en la mano, el mensaje a medio escribir.

«Necesito hablar contigo». Pero no lo enviaba. Lo borraba. Lo escribía de nuevo y volvía a dudar.

La voz de mi padre, las palabras de Pablo, la mirada de Hugo… todos parecían decirme lo mismo: «Estás perdiendo a la única persona que de verdad te importa».

Y yo… no sabía cómo detenerlo.

A mediodía salí a caminar. Fui hasta su portal, sin saber si tenía el valor de subir. Me quedé en la acera de enfrente, observando como un idiota. Como un tipo que ya no sabía si tenía derecho a llamar a esa puerta.

Pasaron quince minutos.

Treinta.

Y no me moví. Hasta que la vi.

Salía del portal. Pelo recogido. Ojeras marcadas. Una chaqueta gris que llevaba como si no quisiera llamar la atención. Llevaba unos papeles en la mano y caminaba rápido, sin mirar a ningún lado.

Jimena. Mi pecho se cerró de golpe. Como si el aire se volviera de cemento. No me vio. No la llamé. No tuve el valor.

Solo la seguí con la mirada hasta que dobló la esquina y desapareció. Y me quedé allí, solo, preguntándome si ya la había perdido para siempre.

Volví a casa y me senté en el sofá. El portátil aún seguía encendido. Miré el nombre de Carlos. Abrí su ficha interna. Tenía dirección registrada.

Cogí las llaves del coche y no lo dudé.

Una hora más tarde, estaba aparcado frente al edificio en el que vivía Carlos Narváez. Un bloque anodino en las afueras. Bajé del coche con el corazón golpeando en la garganta. Subí al cuarto piso y toqué el timbre.

Tardó, y cuando abrió, me miró con sorpresa, como si me conociera, pero disimuló después.

—¿Puedo ayudarle en algo?

—Necesito hablar contigo. Sobre Jimena. Y sobre unas transferencias —dije sin ni siquiera presentarme, y lo vi tensarse al instante. Fue breve, pero

evidente. Bajó la vista. Luego me dejó pasar y entré.

El apartamento era sobrio. Minimalista. Demasiado limpio. Nos sentamos, yo en el sofá y él en un sillón al lado.

—No sé de qué quiere hablar conmigo, y ni siquiera le conozco —dijo él, con una sonrisa ensayada.

—Lo sabes perfectamente —respondí, mirándolo a los ojos—. Tu nombre aparece como intermediario en una operación fraudulenta. Sé que tenías acceso a las firmas digitales. Sé que pudiste haberlo hecho.

Silencio. Su rostro permaneció inexpresivo, pero sus manos temblaron un segundo y fue suficiente para mí.

—No tengo nada que ver con eso —dijo, demasiado rápido.

—¿Quién te pagó, Carlos? —pregunté, y él se levantó.

—Creo que debería irse.

—Si hablo con el comité de auditoría, si pido que revisen tus accesos, tus movimientos… vas a caer tú, no Jimena.

Y entonces, por primera vez, vi miedo en sus ojos. Verdadero miedo.

No dijo nada más; yo tampoco. Me levanté y salí de allí con el corazón disparado. Tenía algo. No era una confesión, pero era lo más cerca que había estado. Pablo debía saber esto. Teníamos que actuar.

Pero más urgente aún… Tenía que hablar con ella. Con Jimena.

Antes de que fuera demasiado tarde.

Capítulo 31



Ismael

Volví a casa con el corazón bombeando como si hubiera corrido una maratón. Apenas cerré la puerta, marqué el número de Pablo, que contestó al segundo tono.

—¿Tienes algo? —preguntó con curiosidad e impaciencia a partes iguales.

—Sí. Carlos. Me lo he encontrado en su piso. Está nervioso. Muy nervioso. Lo negó todo, como es obvio, pero no supo mantener la compostura. Estoy convencido: fue él.

—¿Te lo ha confesado?

—No. Pero se está cayendo por dentro. Si apretamos un poco más, canta.

—¿Y Jimena?

—La vi esta mañana. Salía de su portal. No me vio.

—¿Y?

—No la llamé. No fui capaz —murmuré mientras me dejaba caer en el respaldo del sofá.

—¿Y a qué esperas, Ismael? —dijo Pablo, sin rodeos, tras un breve silencio— ¿A que venga ella a ti después de todo lo que le dijiste? ¿A que sonría y te diga que no pasa nada? Eso no va a pasar, colega.

Me quedé en silencio porque sabía que tenía razón. Pablo volvió a hablar, esta vez bajando un poco el tono.

—Si quieres arreglar esto… si de verdad crees que te equivocaste, ve. Búscala. Háblale. Aunque te cierre la puerta. Aunque no te perdone.

—¿Y si no puedo arreglarlo?

—Entonces, por lo menos sabrás que lo has intentado.

Era domingo. Un día gris, de esos que parecían suspendidos en el tiempo. Las calles estaban vacías. El mundo, en pausa. Y yo caminaba con las manos en los bolsillos, como si eso bastara para protegerme del frío.

Sabía que Marta, la amiga de Jimena, solía estar en una cafetería cerca del banco. Decidí ir allí. Tal vez, si la encontraba, podría preguntarle si Jimena querría hablar conmigo. O al menos intentarlo.

Entré. El lugar estaba medio vacío. Olía a café recién molido y a pan tostado. Y la vi. Estaba sola, mirando por la ventana, con una taza entre las manos.

Me acerqué despacio.

—Marta —dije.

Levantó la vista. Su rostro cambió en segundos: sorpresa, desconfianza y, por último… una punzada de rabia.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó con rabia y el ceño fruncido.

—Necesito hablar contigo. Es sobre Jimena.

Me observó en silencio unos segundos. Luego señaló la silla frente a ella y me senté.

—¿Qué quieres?

—Sé que no tengo derecho a pedir nada. Pero necesito saber si… si ella está bien.

—¿Tú te atreves a preguntar eso? —espetó, bajando la voz para no llamar la atención— Está hecha polvo, Ismael. No come, no duerme, va al banco como un fantasma. Y, aun así, se levanta cada mañana a luchar. A limpiar tu mierda. A demostrar que no fue ella.

Tragué saliva después de escucharla. Marta era como Pablo, una amiga leal que estaba ahí para lo que fuera, y en estos momentos, estaba para consolar a Jimena y defenderla con uñas y dientes.

—Creo que ya sé quién fue.

Eso la hizo fruncir el ceño aún más.

—¿Quién?

—Un técnico del banco. Carlos Narváez. Tiene acceso a las firmas digitales; aparece como intermediario en una operación. Lo enfrenté ayer.

No lo admitió, pero se está hundiendo. Lo sé.

—¿Y vienes a decírmelo a mí?

—No sé si Jimena querrá verme.

—No lo sé yo tampoco. Pero lo que sé es que, si no haces nada, lo perderás todo. Ya no por ella. Por ti.

Me dejó su número. Y algo más importante: un nombre.

—A veces va a caminar por el parque, junto a la estación, por las tardes. La ayuda a despejarse. Si tienes algo que decirle, búscala ahí.

Y sin más, se levantó dejando su té a medias y se fue.

Miré el papel, lo leí una y otra vez, y regresé a casa, donde me movía de manera autómata, sin prestar atención a nada. Solo con una cosa en mente. Comí y vi pasar todas las horas, mientras ella, una y otra vez, se instalaba en mi cabeza.

Fui esa misma tarde. Me senté en un banco, con la esperanza como única compañía. El parque estaba casi vacío. El cielo, nublado. Las hojas crujían bajo los pies de los pocos que caminaban.

Y entonces, la vi. Jimena.

Venía caminando despacio, con la mirada fija en el suelo. Sola.

Mi corazón latió con tanta fuerza que me dolió. Me levanté sin pensarlo más y di unos pasos hacia ella.

—Jimena —la llamé. Se detuvo al instante al escuchar mi voz, levantando la cabeza, y me vio.

Su rostro fue un mapa de emociones en segundos: sorpresa, dolor, enfado, decepción.

—¿Qué haces aquí?

—Necesito hablar contigo.

—No tenemos nada de qué hablar —dijo, dando un paso hacia un lado.

—Por favor —le pedí cogiéndole la mano, y noté esa chispa, esa leve descarga que sentí la primera vez que nos tocamos.

Jimena suspiró, bajó de nuevo la mirada, dudó unos segundos y luego volvió a mirarme.

—Tienes un minuto.

Un minuto. Un maldito minuto para intentar arreglar un desastre.

—Sé que no tienes razones para creer en mí. Que te fallé. Que te hice daño. Pero me equivoqué. Me equivoqué contigo, con todo. Acabo de descubrir que probablemente no fuiste tú. Carlos Narváez, un técnico. Tiene acceso a las firmas. Tiene un rastro. Voy a denunciarlo mañana. Ya hablé con Pablo. Tenemos pruebas. O casi.

Ella no decía nada. Me escuchaba, inmóvil y en silencio, con la mirada perdida en algún punto, pero sin mirarme a mí directamente.

—Solo quería que supieras que… que lo siento. Que, si tú estás así, yo estoy peor. Y no porque me duela que hayas estado con Hugo, o por todo esto… sino porque te perdí. Y no sé si algún día podré perdonarme por haber sido tan jodidamente ciego.

El silencio entre nosotros pesaba como plomo. Y entonces ella habló.

—¿Sabes qué es lo peor, Ismael?

—¿Qué?

—Que, aun así… una parte de mí quería que vinieras. A pesar de todo. A pesar de las cosas horribles que dijiste. De cómo me hiciste sentir. Esa parte de mí… aún te quiere.

Mi respiración se cortó. En ese momento me quedé sin aire en los pulmones, por lo que acababa de escuchar. Porque ella me quería, lo había dicho.

—Pero no sé si puedo volver a confiar —añadió, con lágrimas en los ojos—. Me dolió más que me miraras con desprecio que cualquier acusación.

—Te lo juro… voy a demostrar que no fuiste tú. Y si después de eso sigues sin poder perdonarme, lo entenderé. Pero no voy a dejar que nadie más cargue con la culpa que tú no mereces.

Ella asintió. Una sola vez.

—Demuéstralo —dijo, y se dio la vuelta.

No me abrazó. No me besó. No se quedó. Pero tampoco se fue con odio.

Y eso… era más de lo que merecía.

Volví a casa con las palabras de Jimena grabadas a fuego en la piel. *«Demuéstralo»*.

No fue un perdón ni una promesa. Pero era algo. Una rendija en la pared que yo mismo había construido. Y si me dejaba la vida, iba a derribarla.

Encendí el portátil y abrí todos los documentos que tenía sobre Carlos Narváez: archivos cruzados, accesos, horarios. Llamé a Pablo y tardó un poco en responder.

—¿Sabes la hora que es? —dijo, con voz ronca.

—Tenemos que movernos ya. Si no lo hacemos, Carlos puede cubrir sus huellas. O desaparecer.

Se quedó en silencio. Luego, resignado y con un suspiro, contestó:

—Dame veinte minutos.

A las tres de la madrugada estábamos frente al despacho de Pablo, en el edificio de su bufete. Las luces de los monitores eran lo único que iluminaba la sala. Todo lo que habíamos hecho hasta ese momento era reconstruir movimientos desde fuera. Ahora necesitábamos entrar más a fondo.

Pablo tecleaba rápido; yo solo observaba y apretaba los dientes. Cada segundo que pasaba sin encontrar algo me parecía una eternidad. Pero entonces, tras más de una hora de trabajo, lo dijo:

—Aquí está. Mira esto.

Me giré hacia su pantalla.

—Es una copia de seguridad del sistema de transferencias del mes pasado. No se borró correctamente. Carlos accedió a la terminal de Jimena desde una conexión remota. Desde una IP que no está autorizada.

—¿Puedes rastrearla?

—Ya lo he hecho. No es una IP del banco. Es una dirección privada en su casa.

—¿Tiene eso validez legal?

—No, todavía no. Pero la tendrá si conseguimos una auditoría formal. Podemos entregárselo al jefe de sistemas. Que revisen los registros. Si encuentran lo mismo que nosotros, es cuestión de tiempo que salte todo.

Asentí, y una mezcla de alivio y furia me recorrió el cuerpo. Carlos lo había hecho.

Había usado el acceso de Jimena. Había redirigido dinero de clientes, con su firma, desde otra ubicación. Y yo… había creído que ella era capaz de algo así.

—Voy a ir al banco mañana —dije—. Hablaré con el director de zona. Que abran una investigación interna.

—¿Y Jimena?

—No puedo volver a verla todavía. No hasta que tenga pruebas firmes en la mano.

—No tardes demasiado, Ismael. Ella ya sufrió bastante por ti.

Asentí de nuevo. No lo haría.

Regresé a casa y, aunque traté de dormir, apenas conseguí hacerlo un par de horas, lo justo para después darme una ducha, adecentarme y tomarme un café.

A las ocho de la mañana me presenté en el banco con los documentos impresos. El director de zona, Alberto Ramírez, me recibió con el ceño fruncido. Él no era quien llevaba el tema de cuentas de grandes empresas; eso era cosa de Jimena, pero tenía una misión y la iba a llevar a cabo.

Me presenté formalmente, le entregué los papeles sin dar muchas vueltas y le pedí lo que quería y necesitaba que hiciera.

—Carlos Narváez —dije—. Necesito que revisen estos accesos. Es probable que haya usado las credenciales de la directora Jimena Martín para hacer transferencias fraudulentas. Tengo indicios claros.

Lo revisó durante un rato en silencio. Fruncía el ceño. Tomaba notas y me miraba de vez en cuando.

—¿Está dispuesto a testificar? —preguntó después.

—Lo estoy.

—¿Y sabe lo que implica esto?

—Sí. Y me da igual.

Levantó la mirada.

—¿Por qué?

—Porque alguien que no ha hecho nada está pagando las consecuencias —respondí con sinceridad, y él asintió con calma.

—Le mantendré informado. Pero si esto es cierto, señor González… no solo exoneraremos a Jimena. También iremos penalmente contra Carlos. Y podría caer más gente.

—Entonces háganlo. Cueste lo que cueste.

Salí del banco con el estómago hecho un nudo. El cielo seguía gris. Mis pasos me llevaron, sin querer, hacia la cafetería donde la vi por última vez. Y ahí estaba.

Sentada. Sola. Con un café en la mano. Otra vez.

Entré y no se sorprendió al verme. Me miró y esperó. Yo me acerqué despacio.

—¿Puedo? —pregunté y asintió sin hablar.

Me senté frente a ella y saqué los papeles del sobre.

—Aquí está todo. La IP. Los accesos. La ruta del fraude. Se lo he entregado al director de zona de tu banco esta mañana. Van a abrir una investigación. Van a por Carlos.

Ella no tocó los papeles, solo los miró. Y luego, me miró a mí.

—Gracias.

Nada más. Y nada menos.

—No lo he hecho solo por ti —dije—. Lo he hecho porque no podía seguir respirando, sabiendo lo que te hice. Lo que pensé de ti.

Silencio, por su parte y por la mía. Y yo lo respeté, esperando a que ella rompiera con él.

—¿Y ahora qué? —preguntó.

No tenía respuesta. Por primera vez, no sabía qué decir.

—Ahora… lo que tú quieras. Si me odias, lo entenderé. Si no quieres volver a verme, también. Pero necesitaba hacerlo bien. Aunque fuera tarde.

Ella bajó la vista y tocó la taza con los dedos. Pensaba. Yo no me atrevía ni a moverme.

—¿Sabes qué fue lo peor? —dijo finalmente— Que cuando me acusaste, no lo hiciste con rabia. Lo hiciste con desprecio. Como si nunca me hubieras conocido. Como si nunca hubiera significado nada.

Tragué saliva porque sus palabras dolían como cuchillos clavándose en mi carne.

—Lo sé.

—Y eso… eso es difícil de olvidar —dijo, y asentí—. Pero también sé —continuó— que has venido. Que lo has buscado. Que no te has escondido. Que has dicho la verdad, aunque te deje en mal lugar.

Levantó la mirada y comprobé que sus ojos estaban llenos de tristeza. Pero también de algo más. Algo que no quise interpretar.

—No te perdono aún, Ismael. No puedo. Pero tampoco te odio.

—No espero que me perdones.

—Lo que sí espero —dijo, con una leve sonrisa cansada— es que, si de verdad esto cambia… empieces por perdonarte tú.

Me quedé en silencio. Ella terminó su café, se levantó y se fue.

Sin abrazos. Sin promesas. Sin finales.

Pero con algo mucho más difícil de conseguir: una segunda oportunidad. Aunque aún no supiera qué hacer con ella.

Capítulo 32



Jimena

Llevaba dos días en casa de mis padres y, aun así, no había conseguido dormir bien ni una sola noche. El cansancio me atravesaba los huesos como una estalactita helada, pero más aún esa mezcla de culpa y alivio que se había instalado como huésped incómodo en mi pecho. El silencio del comedor, interrumpido solo por el tic-tac del viejo reloj de pared, me hacía sentir más pequeña que nunca.

Mi padre estaba sentado frente a mí, con las gafas al borde de la nariz y una taza de café entre las manos. Mi madre se había sentado al lado, observándome como si pudiera adivinar cada pensamiento que cruzaba mi cabeza. Siempre tenía esa capacidad: escanear mi cara como un médico el corazón de un paciente, y luego clavar el diagnóstico sin margen de error.

—El director de zona me llamó esta mañana —dijo mi padre con voz grave. Tenía ese tono que usaba cuando algo era importante, y eso me asustaba más que cualquier otra cosa—. Me ha contado todo lo que descubrió Ismael.

Lo miré en silencio, sintiendo que la sangre se me iba a los pies. Esperaba el resto. La confirmación.

—Carlos Narváez —continuó él—. Jamás lo habría imaginado.

Asentí con lentitud. Sentía aún esa punzada de incredulidad atravesándome el pecho como un alfiler invisible.

—Yo tampoco. Pensé que… —Me callé a mitad de frase, tragando saliva.

—Pensamos que había sido Sergio. —Completó él por mí—. Tenía todas las papeletas: ambicioso, desconfiado, siempre husmeando donde no le llamaban.

—Y resultó ser el más callado de todos —añadí, todavía sin poder creerlo—. Narváez… Si hasta me invitó a su boda. Me regaló un libro de Neruda, papá. ¡De Neruda!

Mi madre se levantó sin prisa y fue a la cocina. Cuando regresó, colocó una bandeja de galletas de mantequilla en la mesa. Tenían forma de estrella, como cuando era niña y me enfermaba. Nos miró con ese aire de madre que sabía todo sin que nadie le dijera nada.

—Siempre se ha dicho que los más calladitos son los más peligrosos. ¿Qué esperabais? —dijo como si nada, y bebió un sorbo de su infusión de manzanilla.

Me froté los ojos. Ardían. Todo ardía.

—No entiendo cómo ha podido hacerlo. Y mucho menos cómo consiguió mis claves… Cómo nadie lo descubrió hasta que el contable de Ismael lo detectó.

—No pienses más en eso, hija —me dijo mi madre, acariciándome el brazo con esa ternura que solo las madres saben usar como vendaje emocional—. Ya ha pasado. Ahora todo se arreglará.

Quise creerla. Pero el nudo seguía ahí, en el centro del estómago. Un nudo grueso, húmedo y punzante que apretaba cada vez que recordaba esa tarde. Esa conversación. Su voz. La de Ismael. Su mirada como una puñalada sin filo, sus palabras como cuchillos lanzados a quemarropa. Su odio injustificado. Su sentencia.

«Buscona». «Ladrona».

Aún dolían más que el hecho de que me creyera capaz de haber hecho aquello de lo que me estaba acusando.

Después de comer, me despedí de ellos con un beso en la mejilla y salí a encontrarme con Marta. Nos vimos en nuestra cafetería de siempre, la de las mesas de madera desgastada y las lámparas colgantes que siempre me parecieron demasiado bajas, como si estuvieran al borde de golpear ideas. Ella ya me esperaba con un café con leche enorme y cara de querer respuestas. Llevaba un moño desordenado, los labios pintados de rojo y ese

brillo en los ojos que solo aparecía cuando una amiga venía armada con ironía y ternura.

—¿Y bien? —preguntó nada más sentarme, sin saludar, pero no hacía falta.

—Todo se ha arreglado —dije sin rodeos. Ya no podía darle más vueltas —. Carlos Narváez. El director de zona abrió una investigación interna. Lo van a despedir. Y si todo va bien… también lo denunciarán.

Marta se recostó en el respaldo con un gesto que era mitad alivio, mitad indignación contenida.

—¿Y de Ismael… ni flores? —preguntó, y bajé la mirada.

—No he sabido nada desde que vino a verme para decirme lo del comité. Me lo contó, dejó los papeles y se fue. Ni una palabra más. Ni una llamada después. Yo me quedé llorando como una idiota cuando se fue.

Ella suspiró profundamente. Parecía querer abrazar el aire para evitar darme un mazazo emocional.

—Estás enamorada, Jimena. No vas a olvidarle, así como así.

—Lo sé. Y no quiero olvidarle —admití, apretando la taza con tanta fuerza que mis nudillos se pusieron blancos—. Pero lo que no puedo olvidar… es cómo me habló aquella tarde. Lo que me llamó. Me miró como si fuera basura. Como si yo fuera… lo peor del mundo para él.

Las lágrimas se me escaparon sin permiso, y la voz se me quebró al final. No era un llanto estético. Era un llanto feo. Sonoro. Tenso.

Marta me abrazó al instante, de lado, apretando mi cabeza contra su hombro, como si pudiera deshacer mi tristeza con fricción humana.

—Shhh, no pasa nada, cielo. Ya está. Ya pasó. Seguro que todo llega a un punto donde podáis arreglarlo. De verdad.

—Últimamente, lloro por todo —dije, limpiándome con la manga de la blusa—. A veces me da por llorar con anuncios… hasta los de animales. ¡Los de perros perdidos me destrozan! ¿Te acuerdas de ese con el labrador que encuentra a su dueño en el hospital?

Marta se quedó callada. Muy callada. Demasiado para mi gusto.

—¿Qué pasa? —pregunté, ya temiéndome lo peor.

Ella me miró fijamente, como Sherlock Holmes, a punto de atar todos los cabos sueltos.

—Que nos vamos a la farmacia ahora mismo, señorita.

—¿Qué?

—Venga, levanta. No me obligues a cogerte en brazos.

—¿A la farmacia para qué?

—Para comprar una prueba de embarazo, ¿para qué si no?

—¿Qué? ¿Estás loca?

—Lloras con los anuncios, Jimena, con los anuncios, como yo. ¿Recuerdas?

—¡Marta, que no estoy embarazada!

—Eso pensaba yo… y el guisantito ya tiene diez semanas. Anda, que tú y yo vamos a compartir más que cafés a partir de ahora.

—¡Estás loca!

—¡Y tú embarazada! —gritó mientras tiraba de mi brazo para ir a la farmacia.

Diez minutos después estábamos en casa de Marta, con cinco pruebas de embarazo sobre la mesa del baño.

—Esto es una exageración —murmuré, mientras sostenía una en la mano.

—Cinco pruebas. Por si alguna tiene ideas raras —respondió ella, divertida—. ¡Vamos, que quiero verte la cara!

Me encerré en el baño y las fui haciendo una por una, sin mucha fe. Pero cuando terminé y las dejé sobre el mármol…

Dos rayitas. Cinco veces. Un ejército de verdades imposibles.

—Marta —llamé, con la voz hecha un hilo.

Entró con cara de «te lo dije», pero cuando vio mi cara… se descompuso, se olvidó del sarcasmo.

—¿Y bien? —preguntó y señalé las pruebas.

—No puede ser —dije.

Ella se tapó la boca con las dos manos. Luego chilló. Literalmente chilló como si alguien hubiera anunciado que cancelaban las Navidades.

—¡Vamos a ser mamás a la vez!

—No, no, no. Marta, ¡que no puede ser! ¡Esto no estaba en mis planes!

—¿Quieres que te explique lo de la abejita y la flor, como tú me dijiste a mí? —respondió con la ceja arqueada.

Y entonces rompí a reír. A carcajadas. Y también a llorar. Porque no sabía si estaba feliz o aterrada.

O ambas cosas.

Esa noche no pude dormir. Me pasé horas tumbada en la cama, mirando el techo, sintiendo a la niña que fui y a la mujer que ahora temblaba por dentro. Recordaba las manos de Ismael en mi espalda, su voz diciéndome que confiaba en mí, sus ojos al principio. Y también recordaba su juicio, su condena sin defensa. El daño que me hizo.

Pero había algo más ahora. Algo creciendo dentro de mí. Algo que no tenía la culpa de nada.

—Tienes que contárselo a Ismael —dijo Marta al día siguiente, con un tono que no admitía réplicas.

—No.

—¿Cómo que no?

—Entre nosotros no hay nada. No voy a obligarlo a quedarse conmigo por esto.

—No seas tonta. No se trata de obligar. Se trata de que tiene derecho a saber que va a ser padre.

—¿Y si me odia? ¿Y si piensa que lo hice a propósito?

—¿Y si no? —respondió ella— ¿Y si vuelve? ¿Y si te cree?

No supe qué contestar. Antes de que pudiera decir nada más, Marta ya estaba saliendo por la puerta, probablemente a planear cómo secuestrar a Ismael y encerrarlo en una sala de terapia hasta que recapacitara.

Fui directa a casa de mis padres. Con las pruebas en el bolso. Con el corazón latiendo tan rápido como un tambor llamando a la batalla. Me senté con ellos en el sofá y lo solté, casi de golpe.

—Estoy embarazada.

Primero, silencio. Después, la sorpresa en sus rostros. Luego, lágrimas. De mi madre y también mías.

Mi padre me abrazó fuerte.

—Tienes que decírselo a Ismael.

—No puedo. Todavía no.

—No le prives de la felicidad de saber que va a ser padre, Jimena —me dijo con voz firme, pero suave—. No le quites eso. Por más errores que

haya cometido, tiene derecho a saberlo.

—Lo pensaré —susurré.

Y me fui a casa, aún temblando.

Al llegar, vi una caja blanca con un lazo negro en la puerta y mi nombre, escrito a mano.

Entré. Me senté en el sofá y la abrí con cuidado.

Dentro había tres cajas de bombones: trufas, chocolates rellenos con coberturas de colores y sabores variados, y otra con forma de corazón. Y en el centro, una rosa blanca preservada. Impecable. Como si el tiempo no la tocara.

Había una nota al lado.

«Perdóname por haber sido tan idiota. Por no haberte creído. Por no haberte cuidado. Por haberte perdido antes de luchar por ti. No sé si tengo derecho a estar en tu vida, pero si alguna vez decides que sí… prometo no volver a fallarte. Ismael».

Y lloré como no había llorado nunca. Lloré por todo lo que fue. Por todo lo que aún dolía. Por todo lo que vendría.

Llevé una mano a mi vientre, temblorosa. Y por primera vez en mucho tiempo… sonreí.

Porque tenían razón.

Todos tenían razón.

Tenía que contárselo.

Capítulo 33



Ismael

Eran las cinco en punto.

Estaba sentado en el sofá, con un vaso de *whisky* entre los dedos, mirando fijamente la puerta, como si con eso pudiera hacerla aparecer antes. El mensaje de Jimena había llegado la noche anterior. Solo tres palabras:

«Tenemos que hablar».

No había dormido desde entonces. La cabeza me daba vueltas y el corazón me latía como si fuera a salirse por la boca. Había imaginado todas las posibilidades: que viniera a decirme que me perdonaba, que me odiaba, que se iba, que había conocido a otro… O que simplemente quería un cierre. Uno que yo no estaba seguro de poder darle sin romperme.

Di otro trago al *whisky* que hizo que me ardiera la garganta, pero me mantuvo enfocado. O eso intentaba.

Y a las cinco y diez, sonó el timbre.

El tiempo dejó de existir por un segundo. Me levanté despacio, como si tuviera miedo de espantarla. Fui hasta la puerta y la abrí. Ahí estaba ella.

Con su chaqueta *beige*, el pelo suelto y los ojos… esos ojos. Tenían tristeza, sí. Pero también fuerza.

—Hola —dijo.

—Hola.

Nos miramos en silencio y le hice un gesto para que entrara. Cerré la puerta tras ella y de nuevo el mundo se hizo pequeño, solo nosotros dos

dentro de él.

Se sentó en el sofá, el mismo donde yo había estado torturándome durante horas, y me senté frente a ella, dejando el vaso a un lado.

—Gracias por venir —murmuré.

—Gracias por abrir.

Su voz era serena, pero yo podía sentir el temblor bajo cada palabra. Como si ambas cosas fueran una coreografía ensayada cien veces: orgullo y dolor, dignidad y nostalgia.

—Dijiste que tenías que hablar conmigo.

—Sí. Pero antes quiero que me escuches.

Asentí. No iba a interrumpirla. No después de todo. Jimena suspiró y volvió a hablar.

—Lo que más me dolió no fue que no confiaras en mí. Ni siquiera que creyeras que había robado. Fue por cómo me hablaste. Cómo me miraste… como si no me conocieras. Como si fuera menos que nada para ti.

Tragué saliva, y el nudo en la garganta se apretó con rabia.

—Me lo repito cada noche —continuó—. Esa tarde, esa conversación… No he dormido bien desde entonces. No como antes. Y por más que haya salido la verdad, por más que me hayan exculpado en el banco… tú no puedes devolverme lo que me rompiste por dentro. —Levantó la mirada—. No sabes lo sola que me sentí, Ismael. Lo sola que estuve.

Me dolía. Me dolía con cada sílaba. Y, aun así, necesitaba escucharla. Porque era lo mínimo que le debía.

—Lo siento —dije por fin—. Lo siento con cada parte de mí. No tengo excusa. Solo sé que… cuando vi las pruebas, cuando creí que habías sido tú, me sentí traicionado. Y no quería volver a pasar por eso. Otra vez no.

Ella frunció el ceño.

—¿Otra vez?

—Mi ex. Años atrás me usó. Me mintió. Me hizo creer que teníamos un futuro… y al final solo quería lo que tenía. Lo que yo podía darle.

Hice una pausa. El vaso seguía a mi lado, tentador, pero no lo toqué.

—Y entonces llegaste tú. Tú, que me haces sentir cosas que no sabía que aún podía sentir. Que me miras y me desarmas. Y de pronto, todo parecía

demasiado perfecto. Y cuando algo parece perfecto… da miedo. Porque sabes que puede romperse.

Ella me miró en silencio y no me detuve; tenía que decírselo.

—Verte con Hugo Salvatierra… —seguí— me dolió más de lo que debería haber dolido. Quise darle un puñetazo cuando te besó. No porque no tuvieras derecho, sino porque… me di cuenta de que te había perdido. Y que era culpa mía. Porque estoy enamorado de ti.

Jimena entrecerró los ojos.

—¿Estás enamorado de mí?

—Sí. —No lo dudé ni un segundo—. Más de lo que puedo explicar. Más de lo que entiendo. Nunca había sentido esto desde… bueno, desde hace muchos años. Pero contigo es distinto. Tú… eres todo lo que no sabía que necesitaba.

La vi contener el aliento y una lágrima resbaló por su mejilla. Pero no era de tristeza. Al menos no del todo.

—Yo también tengo algo que decirte —dijo con voz baja.

—¿Qué?

Sacó del bolso una bolsita de tela. Dentro, cinco pruebas de embarazo. Las colocó sobre la mesa, una a una. Silencio.

Mi cerebro hizo clic. Primero, negación. Luego cálculo. Y finalmente…

Impacto.

Cogí la botella de *whisky* y le di un buen trago, largo, dejando que ardiera como el infierno. Pero lo necesitaba.

—Voy a ser padre —dije al fin, en voz baja.

—Solo quería que lo supieras —respondió ella, sin mirarme—. No te estoy pidiendo nada. Si no quieres estar presente, lo entenderé. Todos me han dicho que debía contártelo, y eso estoy haciendo. Nada más.

Entonces me levanté. Crucé el espacio que nos separaba en dos pasos y la besé.

La besé como llevaba semanas deseando hacerlo. Como si con ese beso pudiera sellar todas las heridas, borrar todas las palabras dichas con rabia.

Cuando sus labios rozaron los míos, sentí una mezcla de alivio y tormenta que me atravesó el pecho. Fue un beso lento, cargado de todas las palabras que no habíamos dicho, de todo el dolor y el amor reprimidos. Mis

manos encontraron su cintura, apretándola con suavidad, como queriendo retenerla, asegurándome de que estaba allí, conmigo.

Ella me devolvió el beso con la misma urgencia; su cuerpo contra el mío era cálido y frágil, y a la vez tan fuerte como un refugio que necesitaba con desesperación. Deslicé una mano hacia su rostro, acariciando su mejilla, bajando lentamente hasta su cuello, sintiendo el pulso de vida que latía contra mis dedos.

Nuestros cuerpos comenzaron a moverse con un ritmo propio, sincronizados, como si hubiésemos nacido para encontrarnos así. Sus manos recorrieron mi espalda, tirando de mi camisa, mientras la mía bajaba hacia su vientre. La besé allí, justo sobre su piel, sintiendo el latir de algo más que nuestro amor: un pequeño milagro que ya era parte de nosotros.

—Hola, pequeño —susurré contra su piel.

Ella rio suavemente, con esa luz en los ojos que me partía el alma.

Nos dejamos llevar, sin miedo, sin reservas. Cada caricia era un suspiro, cada suspiro una promesa. Piel contra piel, el roce de nuestras bocas, el calor que nos envolvía era todo lo que existía. La besé con una mezcla de ternura y pasión, con manos que exploraban y querían hacerla suya de un modo sagrado.

Ella respondió a cada gesto, a cada beso, con gemidos suaves y ojos que decían sin palabras cuánto me necesitaba. Me perdí en ella, en la entrega, en el amor crudo y puro que nos unía en ese instante.

Mis manos acariciaban su cuerpo con delicadeza, bajando por su espalda, mientras la atraía hacia mí, sintiendo cada curva, cada estremecimiento. La besé en el cuello, en la clavícula, bajando con lentitud y deseo, sin prisa, como si el tiempo se hubiera detenido solo para nosotros.

Nos dejamos caer en el sofá, entre caricias y lágrimas. Fue tierno y urgente, un reencuentro en la piel y el alma. Como si en cada gesto nos pidiéramos perdón. Como si en cada suspiro nos volviéramos a elegir.

Hablé con ella y con nuestro bebé en susurros llenos de promesas y amor, y vi cómo sus ojos brillaban con lágrimas que no eran solo de emoción, sino de felicidad profunda.

Cuando finalmente nos entregamos completamente, en un estallido de pasión contenida, supe que nada volvería a ser igual. Nos habíamos

encontrado en medio de la tormenta y, en ese encuentro, habíamos encontrado la calma.

Acurrucados después, con su cabeza sobre mi pecho y yo rozando su cabello, sentí que habíamos empezado un camino nuevo, lleno de amor y esperanza, y que estaba dispuesto a recorrerlo a su lado, sin importar lo que viniera.

Y allí, tumbado con ella sobre mi pecho, la acaricié despacio.

—No me voy a ningún lado, Jimena. No te voy a dejar. Ni a ti, ni a ese bebé. Porque no mentía cuando te dije que te amo. Lo hago. De verdad.

Ella se giró, con los ojos aún brillantes.

—¿Y ahora qué?

Sonreí con una claridad que no había tenido nunca.

—Ahora quiero que te vengas a vivir conmigo. Que empecemos nuestra vida juntos. Que redecoremos una de las habitaciones del ático para el bebé. Que pongamos estrellitas en el techo y cojines por todo el suelo.

Ella soltó una risa, de esas que te hacían temblar por dentro. Me incorporé un poco, la tomé de la mano y la miré directamente a los ojos.

—Y quiero algo más —susurré—. Quiero que seas mi esposa. Que te cases conmigo.

Ella me miró, con los labios entreabiertos, como si el mundo se hubiera detenido otra vez.

—¿Ahora? ¿Así?

—Así. Con el corazón en la mano. Sin planes, sin condiciones. Solo nosotros dos. Tú, yo y el bebé.

Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Sí —dijo, con voz entrecortada—. Claro que sí.

Y entonces, por primera vez en mucho tiempo, supe que todo iba a estar bien.

Porque el amor no se mide por las veces que uno cae, sino por las veces que elige quedarse.

Y yo me iba a quedar.

Para siempre.

Capítulo 34



Ismael

Eran las siete de la mañana y llevaba despierto desde las cinco. No había forma de dormir con algo así en la cabeza. En el pecho. En la sangre.

Iba a ser padre.

Las palabras seguían dando vueltas como un eco interminable. Todavía me parecía irreal. Como si alguien más lo estuviera viviendo y yo solo estuviera viendo una película desde dentro. Pero era cierto. Las cinco pruebas alineadas en mi mesa aún estaban ahí. No había forma de negarlo. De huir. Y tampoco quería hacerlo.

Jimena estaba en la cocina. Podía escucharla toser suavemente mientras preparaba algo, tal vez una infusión, tal vez su ritual matutino de pan con aguacate. No me importaba lo que fuera. Solo me importaba que estaba ahí. Que había dormido en mi cama, en mi pecho, como si el mundo nos hubiera dado una segunda oportunidad.

Me incorporé, descalzo, caminando hacia ella con pasos lentos. Me detuve un segundo en la puerta y observé su silueta contra la luz tenue de la ventana. Llevaba una camiseta mía. Su pelo aún estaba revuelto. Y, aun así, jamás había visto algo tan hermoso.

Me acerqué por detrás y rodeé su cintura con mis brazos.

—Buenos días —murmuré contra su cuello; ella sonrió sin girarse.

—Buenos días.

—¿Nerviosa?

—Mucho.

—¿Quieres que vayamos caminando? Nos vendrá bien estirar las piernas.

Se giró despacio, con la taza entre las manos.

—¿Y si no todo está bien? ¿Y si…? —Le tapé la boca suavemente con los dedos.

—No vamos a pensar en eso. Hoy vamos a conocer al bebé. Vamos a ver ese puntito que lo cambiará todo. ¿Vale?

Ella asintió, con los ojos brillantes.

—Vale.

La clínica ginecológica no estaba lejos. Caminamos en silencio casi todo el trayecto. No hacía falta hablar, nos bastaba con saber que el otro estaba al lado. Cada paso que dábamos parecía acercarnos más a algo que no sabíamos cómo nombrar. Era miedo. Era emoción. Era ese nudo en la garganta que no te dejaba tragar saliva ni mirar el móvil.

Al llegar, una enfermera joven y simpática nos hizo pasar a una salita donde todo olía a gel frío y desinfectante. Jimena se sentó, y yo cogí su mano, sintiendo que temblaba un poco.

—¿Lista? —le pregunté; ella hizo una mueca.

—Tan lista como puede estarlo alguien a quien van a mirar por dentro.

No pude evitar reír. Su humor seguía ahí, intacto. Ella sonrió también, y en ese momento, lo supe con certeza: no me iba a mover de su lado jamás.

Entramos en la sala. Una doctora amable, de unos cincuenta años, nos saludó con cordialidad. Le pidió a Jimena que se recostara y levantara la camiseta. Yo me quedé a su lado, de pie, con la respiración contenida.

La doctora encendió la pantalla. Aplicó el gel frío en el vientre de Jimena y empezó a mover el ecógrafo con calma.

—Vamos a ver… —dijo con voz tranquila.

Y entonces… Apareció. Un puntito en la pantalla. Pequeño. Vibrante. Como una luciérnaga latiendo en medio de la oscuridad.

—Ahí está. —Sonrió la doctora—. Ese es vuestro bebé.

Jimena soltó un suspiro que sonó más a sollozo. Se tapó la boca con la mano y las lágrimas empezaron a correrle por las mejillas sin control.

—¿Eso… eso es su corazón? —susurró.

—Sí. Está latiendo perfectamente. Tiene seis semanas y dos días, según las medidas. Todo va bien.

Yo no podía apartar la vista del monitor. Era… un punto. Solo eso. Pero en ese instante, era el centro del universo. El principio de todo.

Me incliné sobre ella. Le besé la frente primero, luego los labios. Llevaba semanas soñando con ese beso, pero este era distinto. Era un beso con lágrimas. Con promesas nuevas.

—Te amo, Jimena —le dije, con la voz rota—. Te amo más que a nada en este mundo.

Ella me devolvió la mirada. Seguía llorando y sonriendo al mismo tiempo.

—Y yo a ti, Ismael. También te amo. No he dejado de hacerlo ni un segundo.

Nos abrazamos fuerte, allí mismo. Como si el mundo entero se redujera a esa camilla, esa pantalla y ese punto latiendo como una nota de esperanza.

Cuando salimos, el sol nos golpeó la cara con esa calidez que parecía invitar a respirar profundamente. Caminamos unos metros en silencio; luego la cogí de la mano con decisión.

—¿Dónde vamos? —preguntó.

—Confía en mí —respondí; ella resopló, pero sonreía.

—Si acabamos en una tienda de bebés, voy a llorar, te lo advierto.

—No —dije, riendo—. Vamos a un sitio mejor.

La joyería estaba en una esquina poco llamativa del centro, pero por dentro parecía sacada de un cuento. Mostradores de cristal, luces cálidas, terciopelo en las bandejas. Y anillos. Muchos. De todos los estilos. De todos los precios.

Jimena me miró, confundida.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó en un susurro; me acerqué y cogí sus manos.

—Quiero que elijas el anillo que tú quieras. No uno que yo escoja. No uno que «debería ser». Quiero que lleves el que te haga sentir que esto es real. Que tú y yo vamos a caminar esto juntos.

Ella se quedó callada. Respiró hondo y entonces se acercó a la vitrina. No tardó en encontrarlo.

Era un anillo precioso. Fino. Elegante. Oro blanco, con un diamante discreto en el centro y dos pequeños zafiros a los lados. Lo probó en el dedo. Encajaba como si hubiera estado esperándola.

—Es este —dijo con la voz apenas audible.

Se lo coloqué en el anular con cuidado, como si fuera algo sagrado. Porque en realidad sí lo era.

—Ahora sí —susurré—. Eres oficialmente mi prometida. Y mi futura esposa.

Ella me besó. Con ternura. Con ganas. Como si todo lo que había sido dolor, ahora solo supiera a esperanza.

Apoyé mi mano sobre su vientre.

—Y tú —dije, bajando la voz—. Tú también vas a saberlo. Voy a estar aquí. Siempre. Para los dos. Pase lo que pase. Nunca más te dejaré solo.

Jimena lloró otra vez. Pero esta vez con una sonrisa que iluminaba más que cualquier escaparate. Yo la miré. Y pensé que, si tenía que volver a pasar por cada noche en vela, cada error, cada herida, cada vacío… Lo haría.

Una y mil veces. Por este momento. Por ellos. Por lo que estaba a punto de empezar.

Después de salir de la joyería, Jimena y yo no teníamos prisa por llegar a ningún sitio. Caminábamos sin rumbo, como si por primera vez en semanas pudiéramos hacerlo sin que algo nos persiguiera. Íbamos de la mano, en silencio, sonriendo como dos adolescentes que acababan de escaparse del mundo.

Yo no podía dejar de mirar su mano. El anillo brillaba bajo el sol como si supiera que había sido esperado, deseado. Como si perteneciera allí desde siempre. Y tal vez fuera así. Tal vez algunas cosas solo tenían sentido cuando llegaban tarde. Cuando ya no esperabas nada.

Paramos a comer algo ligero en una terracita al sol. Nada muy elaborado, solo queríamos estar juntos. Mirarnos. Decirnos cosas sin tener que decirlas. Cada gesto, cada roce de manos, era un pacto nuevo, silencioso. Íntimo.

—¿Te das cuenta de que todo ha cambiado? —preguntó ella, con el tenedor a medio camino.

—Sí. Y, sin embargo… contigo todo sigue teniendo sentido.

Ella bajó la mirada, tímida, como si aún le costara creérselo. Como si una parte de ella temiera que esto fuera a romperse de nuevo.

—Tengo miedo, Ismael —confesó, y le cogí la mano por encima de la mesa.

—Yo también. Pero el miedo no significa que estemos perdidos. Solo que algo nos importa tanto que no podemos permitirnos fallar.

Ella apretó mi mano con fuerza, como si necesitara anclarse. Como si yo fuera su suelo. Y en realidad, ella era el mío.

Al caer la tarde, decidí que ya era hora de dar el siguiente paso. Necesitaba que mis padres lo supieran. Que la conocieran así, como lo que ya era: la madre de su nieto, mi prometida, la mujer con la que iba a construir todo lo demás.

—¿Estás segura de que quieres venir? —le pregunté, mientras aparcaba frente a la casa de mis padres.

—Claro —respondió, con un suspiro nervioso—. Si me dejas esconderme detrás de ti, si tu madre me fulmina con la mirada.

—Mi madre solo fulmina a los que no le dan nietos. Así que creo que te has ganado su bendición automática.

Ella rio, más relajada, y fuimos hasta la entrada. Mi padre abrió la puerta.

—Ismael, no te esperábamos.

Nos abrazamos brevemente. Entonces miró a Jimena y su sonrisa se volvió más contenida. No de rechazo. De expectativa.

—Está todo solucionado, papá —dije—. Y… hay algo que queremos contaros.

Mi madre apareció desde la cocina, secándose las manos. Nos miró a los dos, luego al anillo en el dedo de Jimena, y se llevó la mano al pecho.

—Dios mío…

La hicimos sentarse. Yo tomé aire.

—Vamos a ser padres.

Mi padre se quedó inmóvil, procesando. Mi madre, en cambio, soltó un gritito ahogado y empezó a llorar.

—¡Mi niño! ¡Ismael! ¡Pero si hace nada tú no sabías ni freír un huevo!

—Sigo sin saber, mamá.

—¡Pues aprende, que ahora vas a ser padre!

La casa se llenó de risas, de abrazos. Incluso mi padre, normalmente más comedido, nos abrazó a los dos. No con palabras grandes, pero con esa manera suya de poner una mano en tu hombro como diciendo: «Estoy contigo, hijo».

Nos quedamos a cenar. Hablaron del embarazo como si ya hubieran empezado a tejer ropita. Mi madre trajo un álbum con fotos de cuando yo era bebé. Jimena no paraba de reírse.

—Eras un muñequito —dijo, señalando una foto en la que yo aparecía con un gorro de pompón—. ¡Y mira ese moflete! Lo heredará nuestro hijo, seguro.

Me encantó cómo dijo «nuestro hijo». Como si ya lo sintiera real. Como si el puntito de aquella pantalla ya fuera una vida latiendo con historia propia.

Esa noche, de regreso en casa, el cansancio nos alcanzó. Jimena se duchó y se puso una de mis camisetas. Yo hice café descafeinado para los dos. Nos sentamos en el sofá, con la taza en la mano, sin tele, sin música. Solo nosotros.

—¿En qué piensas? —me preguntó.

—En que tengo miedo de no estar a la altura —confesé, y ella me miró con ternura.

—Estás. A cada segundo. A cada paso —dijo y apoyó su cabeza en mi hombro.

—¿Y tú?

—Pienso en que si alguien me hubiera dicho hace unos meses que hoy estaría embarazada, comprometida contigo y feliz… me habría reído en su cara.

—Y, sin embargo, aquí estás.

—Aquí estoy —repitió ella, acariciando su vientre.

Me incliné hacia ella. Le besé la frente, luego los labios. Luego su estómago, muy suave, como si ya pudiera escucharme.

—Voy a protegerte —susurré, contra su piel—. A ti y a tu madre. No importa lo que pase. Jamás os fallaré.

Jimena se cubrió la cara con las manos. Lloraba. Pero también reía.

—¿Qué te pasa? —le pregunté.

—Que estoy tan feliz que me da miedo.

—Yo también. Pero si es contigo… lo arriesgo todo.

Nos fuimos a la cama abrazados. Esa noche dormimos como no lo hacíamos desde hacía meses. Sin palabras, sin preguntas. Solo paz. Solo amor. Solo promesas nuevas.

Y antes de cerrar los ojos, pensé…

Si tuviera que pasar de nuevo por cada error, por cada noche de duda, por cada malentendido, por cada lágrima…

Lo haría. Una y mil veces.

Porque el amor verdadero no se encontraba. Se construía.

A veces entre ruinas.

A veces con las manos temblando.

Pero siempre, con el corazón despierto.

Epílogo



Jimena

Siete años después…

Habían pasado siete años desde aquellos días turbulentos que marcaron un antes y un después en mi vida. Siete años en los que, aunque no todo fue fácil, construimos algo sólido, hermoso y verdadero. Ahora miraba a mi alrededor y veía a mi hija Alba, una niña de cinco años y medio que era la luz de nuestra vida. Una niña alegre, curiosa, que tenía la sonrisa fácil y una energía que llenaba cada rincón de nuestra casa.

Alba no solo era amada por nosotros, sus padres, sino que también era la alegría de nuestros padres. Los padres de Ismael y los míos se deshacían en mimos y atenciones con ella. Era como una nieta que unía a nuestras familias con más fuerza: un lazo indestructible que nos había hecho aún más cercanos. No había reunión familiar sin que la pequeña fuera el centro de todas las miradas y consentimientos.

Durante estos años había podido reflexionar mucho sobre cómo cambió mi vida en aquel tiempo. Recordaba perfectamente ese momento en que Ismael me pidió matrimonio, justo después de que le dijera que estaba embarazada. Fue una propuesta sencilla, sin grandes formalidades, pero con una intensidad y sinceridad que me hicieron llorar de felicidad. Desde entonces, hemos sido inseparables, compañeros de vida, en el amor y en la lucha diaria.

Ismael y yo nos casamos en una pequeña ceremonia rodeados de familia y amigos más cercanos dos meses después. Fue un día lleno de emoción, risas y promesas que seguimos cumpliendo cada día. Puedo decir con orgullo que, después de todo lo vivido, éramos más fuertes y estábamos más enamorados que el primer día.

En lo profesional, seguía siendo directora del banco, una posición que me había dado muchas satisfacciones, aunque también muchas responsabilidades. Sergio —ese hombre que tantas veces bromeó con invitarme a salir y que solía decir que terminaría divorciándome porque, en el fondo, lo quería a él y no al inversor— se había convertido en mi mano derecha. Era increíble cómo había evolucionado nuestra relación profesional. Aunque sus bromas no cesaban, sabía que tenía un lugar especial en mi vida, aunque solo fuera como amigo y aliado.

Desde aquel escándalo con el robo de dinero, nunca más hubo problemas de ese tipo en el banco. Descubrimos que fue obra de Carlos, un empleado que parecía demasiado discreto para ser sospechoso, pero que consiguió engañar a todos. Por suerte, todo se solucionó, se recuperó el dinero y se restauró la confianza en nuestra entidad.

Ismael había seguido creciendo en su carrera como inversor y juntos, hacía un par de años, nos decidimos a comprar una casa con jardín y piscina en las afueras de la ciudad. Era nuestro refugio, el lugar donde los fines de semana se convertían en fiestas de risas y juegos con Marta, Iván y su hijo Isaac, que ya tenía seis años y era el mejor amigo de Alba.

La vida había sido generosa con nosotros, y aunque los retos no faltaban, el amor que nos teníamos siempre era el motor que nos impulsaba. Estaba segura de que Ismael y yo estábamos tan enamorados como aquella primera noche, y cada día descubría en él algo nuevo que me enamoraba aún más.

Pasar estos años junto a Ismael y Alba había sido como construir un refugio sólido contra cualquier tormenta. Aún me acordaba de los primeros meses después del nacimiento de Alba, cuando todo era un torbellino de emociones, noches sin dormir, pañales, biberones y aprendizaje constante.

No iba a mentir, fue agotador y hubo momentos en los que dudé si podría con todo. Pero también fue mágico. Ver cómo Ismael, que parecía tan fuerte

y seguro en su trabajo, se transformaba en un padre tierno, cuidadoso y lleno de paciencia, me hizo amarlo aún más.

Recordaba cuando llegaba cansada a casa después de un día intenso en el banco, y él ya tenía todo listo para la cena, o se había quedado despierto para calmar a Alba cuando lloraba. Siempre fue un apoyo incondicional, y eso, en medio del caos, nos hizo crecer como pareja.

Los primeros pasos de Alba fueron un momento inolvidable. Estábamos en el jardín, ella tambaleándose entre risas y mirándonos con esa mezcla de orgullo y desconcierto que solo un niño tenía cuando descubría algo nuevo. Iván y Marta, que vivían a unos minutos de nuestra casa, siempre estaban ahí para compartir esas pequeñas grandes alegrías.

Los sábados por la tarde los pasábamos juntos en el parque o preparando meriendas en casa. Isaac y Alba eran inseparables, como dos piezas que encajaban a la perfección, y nos encantaba verlos jugar y crecer juntos.

Y me derretía cada vez que recordaba cómo, una noche estando aún embarazada, mientras le besaba, sentí que todo por lo que habíamos pasado —los momentos de incertidumbre, el dolor, las dudas— había valido la pena. Porque nos había traído a ese instante, tan lleno de vida y esperanza, como era el de ser padres. Él posó sus manos con delicadeza en mi vientre y, con voz suave, casi como hablándole a un secreto muy especial, le dijo a nuestro bebé:

—*No te preocupes, pequeña. Papá y mamá te quieren mucho.*

Me reí al escucharlo, pero en el fondo sentí una oleada de emoción que me recorrió todo el cuerpo. Esas pequeñas palabras, dichas con tanta sinceridad, tenían el poder de llenar el corazón y de hacer que el futuro se viera brillante y lleno de promesas.

Estaba en la cocina, preparando un par de vasos de té frío para tomar en el jardín, cuando él apareció detrás de mí, con esa sonrisa cómplice que me derretía. Me rodeó por la cintura, sus labios rozaron mi cuello y me susurró al oído:

—La niña ya está dormida… ¿Sabes? Me apetece practicar para hacer otro bebé.

Me reí, sabiendo que, a pesar de ser un CEO serio y responsable, era tan descarado y espontáneo como siempre.

—Sigues siendo un CEO muy descarado —le dije mientras me giraba para besarlo.

Apoyó la frente en la mía y me miró con esa mezcla de amor y ternura que siempre me había enamorado.

—Te amo, Jimena. Y quiero volver a ser padre contigo —dijo con sinceridad.

Sonreí y saqué del cajón una prueba de embarazo que había guardado para ese momento. Se la mostré y sus ojos se iluminaron.

—¿Ves? —le dije— Ya estamos en ello.

Él soltó una carcajada y me besó con dulzura.

—Bueno, mejor practicamos por si es una falsa alarma —respondió con una sonrisa, y me reí con ganas.

Nos dijimos «te amo» una y otra vez, y en ese instante comprendí que la felicidad a veces se medía en detalles pequeños, en momentos simples que se convertían en eternos, como una prueba de embarazo positiva, un beso cálido en la cocina o la risa de nuestra hija jugando en el jardín.

Mis redes sociales:

Instagram: @aitorferrerescritor
Facebook: Aitor Ferrer
Amazon: relinks.me/AitorFerrer